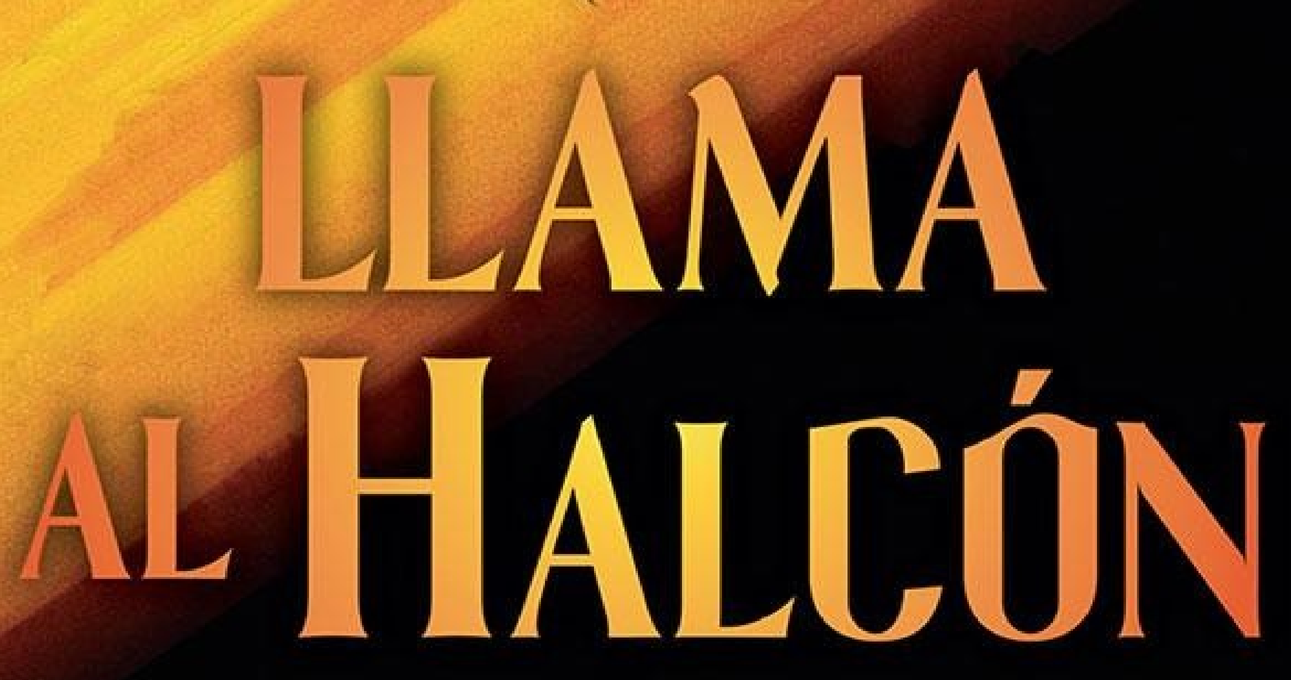
MAGGIE STIEFVATER



Los que sueñan caminan entre nosotros… y los soñados también. Los que sueñan no pueden dejar de soñar; solo pueden tratar de controlar sus sueños. Los soñados no pueden vivir su propia vida; si muere quien los ha soñado, dormirán para siempre.

Y también están aquellos que buscan a los soñadores. Para usarlos. Para atraparlos. Para matarlos antes de que sus sueños destruyan el mundo.

Ronan Lynch es un soñador, capaz de extraer de sus sueños curiosidades y catástrofes que lleva a su complicada realidad.

Jordan Hennessy es una ladrona. Cuanto más se acerca al objeto soñado que ambiciona, más se refuerzan los lazos inextricables que la unen a él.

Carmen Farooq-Lane es una cazadora. Su hermano era un soñador… y un asesino. Carmen ha visto los efectos que pueden tener los sueños en una persona, y también conoce el daño que puede causar un soñador. Pero eso no es nada comparado con la destrucción que está a punto de desatarse…

Maggie Stiefvater

Llama al halcón

Trilogía de los soñadores - 1

ePub r1.0
Titivillus 11.12.2020

Título original: *Call Down the Hawk*
Maggie Stiefvater, 2019
Traducción: Xohana Bastida Calvo
Diseño de cubierta: Matt Griffin

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Para los magos que me despertaron
de mi sueño de mil años

No sufriré la capucha,
ni la jaula, ni me posaré en el brazo,
ahora que sé del orgullo
de planear sobre la espesura
en la niebla hecha retazos
o el cúmulo oscuro.

—William Butler Yeats,
«El halcón»

Si soñar un poco es peligroso, la cura no es soñar menos, sino soñar más; soñar todo el tiempo.

—Marcel Proust,
En busca del tiempo perdido, Vol. II

¿Estáis seguros de que un suelo no puede ser también un techo?

—M. C. Escher,
«Ser un artista gráfico»

PRÓLOGO

Esta historia trata sobre los hermanos Lynch.

Había tres y, si a alguien no le gustaba uno de ellos, no tenía más que probar con el siguiente, porque el hermano Lynch que resultaba demasiado ácido o demasiado dulce para algunos podía ser justamente del gusto de otros. Los hermanos Lynch, los huérfanos Lynch. Todos ellos habían surgido de los sueños, de un modo u otro. Y eran guapos como demonios, del primero al último.

Los tres sabían cuidar de sí mismos. Aurora, su madre, había muerto como a veces lo hacen los sueños: de forma truculenta, inocente, inesperada. Su padre, Niall, había sido asesinado o sacrificado, dependiendo de lo humano que se lo considerase. ¿Quedarían más miembros de la familia Lynch? No parecía probable; a los Lynch se les daba demasiado bien morir.

Los sueños nunca han sido los cimientos más seguros para construir una vida.

Los hermanos Lynch llevaban tanto tiempo en peligro que cada uno había desarrollado métodos propios para mitigar las amenazas. Declan, el mayor, se procuraba seguridad siendo lo más anodino posible. Se le daba muy bien. En todos los aspectos de su vida —los estudios, las actividades extracurriculares, las novias—, elegía invariablemente la opción más insulsa. Tenía verdadera facilidad para ello. Existen algunas personas tan aburridas que, en el fondo de su ser, se vislumbra lo que podría ser una personalidad con matices y extravagancias. Declan, sin embargo, practicaba una forma de aburrimiento tal que, en el fondo de su ser, se vislumbraba más aburrimiento aún. No es que Declan fuera invisible; la invisibilidad, de hecho, tiene un encanto propio. Era aburrido sin más. Técnicamente era un estudiante universitario, un becario en la oficina de un político, un chico de veintiún años con toda la vida por delante, pero a todo el mundo le costaba recordarlo. De hecho, a todo el mundo le costaba recordarle.

Matthew, el más joven, flotaba sobre los peligros del mundo siendo lo más amable que se podía ser. Era alegre, complaciente y dulce. Todo le

parecía bien, y no de modo irónico. Se reía con los chistes. Sus palabrotas eran de abuela. Incluso su apariencia era afable, desde el querubín rubio que había sido de niño hasta el adonis rubio que era a los diecisiete años. Aquel exceso de bondad dulzona e inconsciente podría haber sido insufrible si Matthew no hubiera sido también un desastre con los modales en la mesa, un estudiante menos que mediocre y un despiste con patas. Todo el mundo quería abrazar a Matthew Lynch al verlo, y a él le parecía estupendo.

Ronan, el mediano, se procuraba seguridad mediante una apariencia temible. Al igual que sus dos hermanos, iba a la iglesia regularmente, pero casi todo el mundo suponía que apoyaba al equipo contrario. Vestía de luto riguroso y tenía un cuervo hembra como mascota. Llevaba el pelo rapado, y toda su espalda estaba ocupada por un tatuaje erizado de garras y dientes. Su expresión era eternamente ácida y apenas hablaba. Cuando lo hacía, sus palabras eran como cuchillos: brillantes, afiladas y tendentes a clavarse en el interlocutor. Sus ojos eran azules. La gente, en general, cree que los ojos azules son bonitos, pero los de Ronan no lo eran. Su azul no era celeste, marino, añil, aguamarina ni turquesa; era un azul de iceberg, de borrasca, de hipotermia, de muerte accidental. Todo en Ronan sugería que se dedicaba a robar carteras o a tirar bebés al suelo. Estaba orgulloso de su apellido, y lo cierto es que le cuadraba. Sus labios estaban siempre torcidos, como si acabara de pronunciarlo.

Los hermanos Lynch tenían muchos secretos.

Declan coleccionaba frases de especial belleza que no se permitía usar en público, y también poseía una sonrisa de brillo especial que jamás vería nadie. Matthew tenía un certificado de nacimiento falso y carecía de huellas dactilares. A veces, si dejaba que su mente vagase, se sorprendía a sí mismo caminando en una perfecta línea recta. ¿Para encontrar algo? ¿Para huir de ello? Eso era un secreto incluso para el propio Matthew.

Ronan poseía el secreto más peligroso de todos. Como muchos secretos de importancia, le venía de familia; en este caso, de su padre. Era lo bueno y lo malo de Ronan Lynch. Era bueno porque, a veces, cuando se dormía y soñaba, se despertaba con el sueño hecho realidad. Era malo porque, a veces, cuando se dormía y soñaba, se despertaba con el sueño hecho realidad.

Monstruos y artefactos, fenómenos meteorológicos y deseos, miedos y bosques…

Los sueños nunca han sido los cimientos más seguros para construir una vida.

Tras la muerte de sus padres, los hermanos Lynch siguieron sus vidas con discreción. Declan abandonó el negocio de los sueños y se fue a estudiar la carrera de ciencias políticas más aburrida que encontró. Ronan procuró que sus juegos con pesadillas quedasen confinados dentro de la finca familiar, en una zona rural de Virginia. En cuanto a Matthew… Lo único que tenía que hacer Matthew era estar atento para no perderse accidentalmente.

Declan se fue haciendo cada vez más aburrido. Ronan empezó a aburrirse cada vez más. Matthew se esforzaba por no permitir que sus pies le llevaran a algún sitio incomprensible.

Los tres querían algo más.

Al final, uno de ellos tenía que romper con todo. Niall, su padre, había sido un desatado soñador de Belfast con fuego en los talones; Aurora, su madre, había sido un sueño dorado con el cielo infinito reflejado en los ojos. Sus hijos estaban hechos para el caos.

Era un octubre afilado, un octubre salvaje, uno de esos momentos pegajosos que se te cuelan por la piel y revolotean en tu interior. Habían pasado dos meses desde el inicio del semestre de otoño. Los árboles parecían quebradizos e inquietos. La hojarasca crujía, caprichosa. El invierno aullaba por la noche en los umbrales de las casas hasta que los fuegos de las chimeneas lo ahuyentaban durante unas horas.

Algo más rondaba aquel octubre, algo que se estiraba, se desperezaba y jadeaba, pero que aún no se podía ver. Más tarde, recibiría un nombre; pero, por ahora, se limitaba a agitar todas las cosas insólitas que encontraba. Y los hermanos Lynch estaban entre ellas.

Declan fue el primero.

Mientras su hermano menor estaba en el instituto y el mediano vegetaba en la finca familiar, Declan fue a su cuarto, abrió un cajón y sacó de él un trozo de papel con un teléfono escrito. El corazón se le aceleró solo de mirarlo. Habría debido destruirlo, pero, en vez de hacerlo, marcó el número.

—¿Eres el muchacho Lynch? —dijo la voz al otro lado.

—Sí —respondió Declan sin más—. Quiero la llave.

Y colgó.

No le habló a nadie de aquella llamada. Ni siquiera a sus hermanos. ¿Qué más daba un secreto más en una vida llena de ellos?, pensó.

Aburrimiento y secretos: una combinación explosiva.
Algo iba a arder.

1

Las criaturas de todo tipo habían empezado a quedarse dormidas.

La más llamativa de todas era el gato. Era un animal muy hermoso —al menos, para los amantes de los felinos—, con rasgos delicados y un pelaje largo y sedoso que parecía a punto de derretirse como el algodón de azúcar. Tenía tres colores diferentes; eso, en circunstancias normales, lo habría identificado como hembra, ya que ese pelaje solo se hereda si se poseen dos cromosomas X. Sin embargo, era posible que esa regla no rigiera allí, en aquella confortable casita de campo cuya existencia casi nadie conocía. En aquel lugar se imponían reglas que no tenían nada que ver con la ciencia. De hecho, incluso era posible que la criatura ni siquiera fuera un gato. Tenía forma de gato, sí, pero lo mismo ocurre con algunas tartas.

Fuera lo que fuera, la criatura había visto cómo lo mataban.

El hombre se había llamado Caomhán Browne. Aún se llamaba así, en realidad; como las botas de calidad, las identidades suelen sobrevivir a quien las ha llevado puestas.

Les habían dicho que el hombre era peligroso; y, sin embargo, les había tirado de todo salvo lo que ellos temían. Una mesita baja, una butaca rechoncha con estampado de flores desvaídas, un montón de revistas de diseño, una televisión mediana de pantalla plana… Incluso le había clavado a Ramsay el crucifijo que había en la pared del recibidor, algo que a Ramsay le había hecho gracia incluso mientras ocurría («¡Virgen santa!», exclamó).

Una de las mujeres llevaba puestas unas elegantes botas de borreguillo con tacón que ahora estaban empapadas de sangre. Uno de los hombres, que sufría de migrañas, empezaba a notar que la magia onírica del lugar hacía resplandecer una especie de aura en los bordes de su campo visual.

Lock, Ramsay, Nikolenko y Farooq-Lane habían terminado por acorralar a Browne y al gato en la rústica cocina de aquella casita típicamente irlandesa. Lo único que tenía Browne al alcance de la mano era una escoba decorativa de retama que había en la pared y el gato. La escoba

no servía para nada, ni siquiera para barrer; el gato, sin embargo, podría causar algún que otro daño si se lanzaba con habilidad. Pero existen pocas personas que sepan lanzar un gato con habilidad, y Browne no era una de ellas. Todos pudieron ver en qué momento se daba cuenta de que no tenía nada que hacer y se rendía.

—No matéis a los árboles, por favor —dijo.

Le dispararon. Varias veces. Los errores salen caros; las balas, baratas.

El gato tricolor tuvo suerte de que no le acertara ningún tiro, porque estaba acurrucado detrás de Browne y las balas tienden a atravesar las cosas que golpean. Solo quedó salpicado de sangre. Soltó un aullido de furia sobrenatural y levantó la cola, con el sedoso pelaje erizado. Luego se lanzó directamente contra los asaltantes, porque todos los gatos son capaces de lanzarse a sí mismos con habilidad.

Por un instante fugaz, pareció que uno de ellos estaba a punto de lucir una bufanda de gato con las garras extendidas.

Pero, entonces, Browne se estremeció por última vez y se quedó inmóvil.

El gato se desplomó.

Cuando un cuerpo golpea el suelo, produce un sonido que no se parece a ningún otro; el «blump» informe que causa un envoltorio de carne inconsciente relleno de huesos no se puede imitar, por más que se intente. El gato tricolor cayó exactamente con ese sonido y se quedó inmóvil también. Pero su pecho, a diferencia del de Browne, siguió moviéndose al ritmo de la respiración.

Era imposible, antinatural, estaba completamente dormido.

—Vaya mierda más rara —comentó Ramsay.

Sobre el fregadero de porcelana blanca había una ventana. Al otro lado se veía un prado de un verde vivo y, algo más cerca, tres ponis despeluchados de pie en el barro, junto a la cerca. Los tres doblaron lentamente las patas delanteras y quedaron apoyados unos en otros, como una panda de borrachos. Dos cabras balaron con extrañeza antes de desplomarse igual que los ponis. También había gallinas, pero esas ya dormían, salpicadas por el prado como montoncitos suaves de colores terrosos.

Caomhán Browne había sido lo que los Moderadores denominaban un Zeta. Con eso se referían a los sujetos que, en ocasiones, tras soñar con algo, se despertaban con ello en las manos. El gato, como los intrusos sospechaban desde el principio, no era un gato, sino una cosa con forma de

gato salida de la mente de Browne. Y, como todos los sueños vivientes de este, no podía permanecer despierto si Browne moría.

—Apuntad la hora del fallecimiento —dijo Nikolenko.

Todos volvieron a examinar a su presa… o a su víctima, dependiendo de lo humano que se lo considerase. Farooq-Lane miró su teléfono y escribió un mensaje con los pulgares.

Luego, salieron para buscar al otro Zeta.

Las nubes desdibujaban las cimas de las suaves colinas. La pequeña finca estaba rodeada por un bosquecillo musgoso. Resultaba muy bonito; pero allí, entre los árboles, el aire zumbaba aún más fuerte que en el interior de la casa. No es que los intrusos fueran incapaces de respirar aquella atmósfera; era más bien que no podían pensar dentro de ella o, quizá, que podían pensar en exceso. Todos empezaban a ponerse nerviosos; allí fuera, las amenazas parecían más reales.

El otro Zeta ni siquiera había tratado de esconderse. Lock lo encontró sentado en la horquilla de un árbol cubierto de liquen, con un aspecto inquietantemente inexpresivo.

—Lo habéis matado, ¿verdad? —preguntó el Zeta. Luego, al ver que Farooq-Lane aparecía junto a Lock, añadió—: Ah, eres tú.

Entre el Zeta y Farooq-Lane parecía haber una relación de familiaridad complicada.

—Esto no tiene por qué ser así —dijo Farooq-Lane. Se estremeció, aunque no parecía tener frío y tampoco parecía asustada; había sido uno de esos escalofríos casuales—. Lo único que tienes que hacer es dejar de soñar —añadió.

Lock carraspeó como si no estuviera de acuerdo con aquella visión tan sencilla del asunto, pero no dijo nada.

—¿En serio? —replicó el Zeta levantando la mirada hacia Farooq-Lane y escrutándola como si no hubiera nadie más allí, exactamente igual que estaba haciendo ella con él—. Eso me mataría de otra forma. Esperaba más complejidad de ti, Carmen.

Lock alzó la pistola. Aunque no dijo nada en voz alta, aquel Zeta le parecía un cabrón especialmente siniestro, y eso sin tener en cuenta siquiera lo que había hecho.

—Entonces —dijo—, ya has elegido.

Mientras aquello ocurría, Ramsay había ido a sacar sus latas de gasolina del maletero del coche de alquiler; llevaba el día entero muerto de ganas de usarlas. «Petróleo», pensó con una sonrisa, como si la propia palabra fuera

graciosa. El bosquecillo ya apestaba al perfume dulzón y cancerígeno del combustible cuando Ramsay lanzó la última lata de una patada hacia la casita. Aquel tipo sí que se contaba entre las personas que habrían lanzado un gato para defenderse.

—Habrá que vigilar la carretera mientras esto arde —dijo Lock—. Vamos, deprisa.

El Zeta los miró con aire levemente intrigado.

—Entiendo que me lo hagáis a mí, tíos, pero ¿por qué a Browne? Era tan inofensivo como un cachorrito. ¿De qué tenéis miedo?

—Se acerca alguien —respondió Lock—. Alguien que va a destruir el mundo.

En aquel bosque vibrante, las expresiones dramáticas como «destruir el mundo» no solo no sonaban absurdas, sino que parecían posibles.

Los labios del Zeta se retorcieron en una sonrisa patibularia.

—¿Te refieres a ti mismo?

Lock le pegó un tiro. Luego le pegó unos cuantos más. Aunque estaba claro que el primero había conseguido su objetivo, siguió disparando hasta que se calmó. Mientras el eco de las detonaciones se apagaba, en lo más profundo del bosquecillo se oyó un golpe seco semejante al que había producido el gato al caer en la cocina. Parecía algo pesado. Fuera lo que fuera aquel sueño, todos se alegraron de que se hubiera dormido antes de tener ocasión de conocerlo.

Una vez se hizo el silencio en el bosque, los que quedaban con vida se volvieron hacia Carmen Farooq-Lane.

Tenía los ojos cerrados y la cara ladeada, como si estuviera esperando que le pegaran un tiro a ella también. Sus labios temblaron, pero no se echó a llorar. En aquel momento, parecía más joven. Normalmente, presentaba un aspecto de sofisticación profesional —trajes de lino, pelo recogido— que hacía difícil adivinar su edad: lo único que veían sus interlocutores era una ejecutiva exitosa y segura de sí misma. Aquel momento, sin embargo, la había despojado de todo su glamur para delatar los veintitantos años que tenía en realidad. No era cómodo verla así; de hecho, a uno de sus compañeros le dieron ganas de envolverla en una manta para tratar de devolverle su dignidad perdida. Pero, al menos, eso despejaba todas las dudas sobre su dedicación. Se había metido en aquello tanto como cualquiera de los otros, y lo había llevado hasta el final.

Lock le apoyó una mano en el hombro con gesto paternal.

—Una situación complicada de cojones —dijo con voz profunda.

Si aquellas palabras aliviaron a Farooq-Lane, ella no lo dejó ver.

—Vamos a terminar esto y nos marchamos de una vez —les dijo Lock a los demás.

Ramsay prendió una cerilla. Le encendió un cigarro a Nikolenko y luego encendió otro para él. Después, la tiró al suelo empapado de gasolina justo antes de que la llama le quemase los dedos.

El bosque empezó a arder.

Farooq-Lane se dio la vuelta.

Ramsay dio una calada, soltó el humo hacia el cadáver del Zeta y preguntó:

—¿Hemos salvado el mundo?

Lock tecleó en la pantalla de su teléfono la hora a la que había muerto Nathan Farooq-Lane.

—Aún no se sabe —respondió.

2

Ronan Lynch estaba a punto de destruir el mundo.

Al menos, su mundo. Iba a destruir el anterior para crear uno nuevo. Al principio de aquel viaje habría un Ronan Lynch diferente del que lo terminaría.

—La situación es la siguiente —dijo Declan.

Aquel era uno de los comienzos de conversación clásicos de Declan. Había algunos otros, como «Vamos a centrarnos en lo que de verdad importa», «Veamos qué hace falta para llegar a un trato» o «Hay que poner las cartas sobre la mesa».

—No me importaría que condujeras tú mi coche —prosiguió—, si te comprometieras a no subir de ciento cuarenta kilómetros por hora.

—Y a mí no me importaría que lo condujeras tú si no fueras a velocidad geriátrica —replicó Ronan.

Era un octubre glorioso: los árboles se mostraban en todo su esplendor, el cielo estaba despejado, el aire parecía lleno de expectación. Los tres hermanos discutían en el aparcamiento de un supermercado, ante las miradas intrigadas de quienes iban y venían. Formaban un trío tan llamativo como heterogéneo: Ronan, con su expresión siniestra y sus siniestras botas; Declan, con sus bucles perfectamente ordenados y su formal traje de chaqueta gris; Matthew, con sus horrorosos pantalones de cuadros y su alegre anorak azul.

—He visto manchas que se extendían más deprisa de lo que tú conduces —continuó Ronan—. Si llevas tú el coche, tardaremos catorce años en llegar. O diecisiete. O cuarenta. O cien. Para cuando lleguemos, iremos directamente a tu funeral.

Los hermanos Lynch estaban empezando el primer viaje que hacían juntos desde la muerte de sus padres. Habían salido de la casa de Declan y llevaban quince minutos de trayecto cuando Declan recibió una llamada que se negó a contestar en marcha. Y, ahora, el retraso se acumulaba debido a las negociaciones para ver quién ocupaba el asiento del conductor. Hasta el momento había conducido Ronan, y las opiniones sobre si debía

conservar o no ese privilegio estaban divididas. De pie en el aparcamiento, los tres hermanos fueron estableciendo los hechos: el coche era de Declan; el viaje, de Ronan; las vacaciones, de Matthew. Declan había recibido una carta de la agencia de seguros en la que le ofrecían una rebaja por su inmaculado expediente como conductor. Ronan había recibido una carta de las autoridades en la que le aconsejaban cambiar sus costumbres al volante si no quería que le retirasen el carné. Matthew no estaba interesado en conducir; siempre decía que, si no tenía suficientes amigos para que lo llevasen adonde quisiera ir, es que no estaba viviendo bien. Y, además, había suspendido tres veces el examen del carné.

—En última instancia, quien decide soy yo —sentenció Declan—, porque el coche es mío.

No añadió «y además soy el mayor de los tres», aunque la noción flotaba en el ambiente. Entre los hermanos se habían librado varias batallas épicas en torno a aquel concepto. El que en esta ocasión nadie lo expresara era, de hecho, un avance considerable en su relación.

—A Dios gracias —replicó Ronan—. Nadie más lo querría.

—Es un coche muy seguro —murmuró Declan con los ojos fijos en su teléfono.

El tiempo se arrastró mientras contestaba a un mensaje o correo con el peculiar estilo con que escribía en la pantalla, usando el pulgar de la mano izquierda y el índice de la derecha.

Ronan dio un puntapié a un neumático del Volvo. Quería ponerse en marcha. *Necesitaba* estar en marcha.

—Nos turnaremos cada dos horas —resolvió Declan finalmente con su tono monocorde—. Es justo, ¿no? Así tú estarás contento, yo estaré contento y todos estaremos contentos.

No era verdad. El único que estaba contento era Matthew, porque Matthew siempre estaba contento.

—Voy a necesitar algo para picar antes de que esta barca llegue al puerto —dijo mientras se arrellanaba en el asiento trasero con los auriculares puestos, más feliz que una perdiz.

Declan le dio las llaves a Ronan.

—Como te pare la policía —dijo—, no vuelves a tocar el volante de mi coche.

Y así partieron —esta vez, de verdad—, con Washington D. C. cada vez más pequeño en el retrovisor.

Ronan apenas podía creerse que Declan hubiera aceptado participar en aquel viaje. La excursión, diseñada para que Ronan visitase tres casas en alquiler en un estado distinto de aquel en el que vivía, parecía encajar limpiamente en el tipo de actividades que Declan habría desaprobado no hacía tanto. ¿Que Ronan, con sus peligrosos sueños, pensaba dormir en un lugar distinto a Los Graneros o a la casa del propio Declan en la ciudad? Difícil.

¿Que pretendía mudarse a un lugar que no era ni Los Graneros ni la casa de Declan en la ciudad?

Imposible.

Ronan ni siquiera sabía por qué Declan le seguía la corriente. Lo único que sabía era que estaban a ocho horas de averiguar si podía comenzar una vida nueva. Salvo por una temporada miserable tras la muerte de Niall, su padre, Ronan jamás había vivido en un lugar distinto de Los Graneros, la granja de su familia. A Ronan le encantaba Los Graneros y estaba aburrido de ellos; quería marcharse, se quería quedar. En Los Graneros, Ronan estaba a dos segundos de sus recuerdos de infancia y a dos horas en coche de sus hermanos. Sabía que allí podía soñar tranquilamente, rodeado únicamente de sueños. Allí, Ronan sabía quién era.

¿Quién sería Ronan Lynch en Cambridge?

No tenía ni idea.

Al llegar a Maryland, cambiaron de conductor y compraron cosas de picar para Matthew, quien las engulló alegre y ruidosamente en el asiento trasero. Mientras Declan volvía a incorporarse a la autopista interestatal, le ordenó a Matthew que comiese con la boca cerrada. La orden cayó en saco roto, como habían hecho todas las peticiones semejantes que la gente llevaba diecisiete años haciéndole a Matthew.

—Cómprale cosas que no crujan —le aconsejó Ronan—. Esa es la solución. Es imposible oír cómo mastica una gominola.

Matthew soltó una nueva carcajada. Le encantaba que le tomasen el pelo a Declan, pero aún le divertía más que se lo tomasen a él mismo.

—¿Cuánto tiempo hace que soñaste por última vez? —le preguntó Declan a Ronan en voz baja cuando ya llevaban un rato en la carretera.

Matthew, perdido en los placeres de sus auriculares y del videojuego que había descargado en su teléfono, no lo oyó. Tampoco es que hubiera importado: los sueños de Ronan no eran ningún secreto para su hermano pequeño. Sin embargo, a Declan le gustaba tratar todo como si fuese un secreto.

—Hace poco.

—¿Muy poco?

—No sé. Déjame que consulte mi diario de sueños, a ver si me dice cómo de poco es muy poco —replicó Ronan, y se vació en la boca una bolsita de cacahuetes recubiertos de chocolate con la esperanza de cortar aquella conversación.

No quería hablar de aquello, pero tampoco quería que se le notase. Aunque se atragantó un poco, consiguió aparentar algo así como indiferencia o reserva. «Todo irá bien», parecía añadir su manera de masticar los cacahuetes. «Hablemos de otra cosa», sugería su manera de masticar los cacahuetes. «No sé ni por qué se te ocurre preguntarme por eso», concluía su manera de masticar los cacahuetes.

Declan tomó una barrita proteínica y la sostuvo contra el volante, pero no trató de abrir el envoltorio.

—No hagas como si fuera raro que te pregunte eso —dijo.

Había dos razones principales por las que pasar la noche fuera de casa era algo complicado para un soñador. La primera, y más obvia, era que Ronan jamás podía saber si uno de sus sueños se materializaría accidentalmente con él al despertar. A veces eran sueños inofensivos: una pluma, un pez decorativo muerto, una planta en un tiesto… Otras, sin embargo, eran una canción informe que producía náuseas en quienes la escuchaban, un lagarto de apetito insaciable o dos mil zapatos de vestir de la talla cuarenta y dos, todos para el pie izquierdo. Si esas cosas aparecían en la aislada granja de la familia Lynch, no eran más que pequeñas molestias —a veces no tan pequeñas, porque los mordiscos de lagarto pueden ser muy dolorosos—. Pero si se materializaban en la casa de Declan, en una habitación de hotel o en el área de descanso de una autopista, junto al coche en el que Ronan acababa de echar la siesta… Entonces, eran algo muy distinto.

—¿Quieres que abra tu triste chocolatina de *yuppie*? —se ofreció Ronan.

—No cambies de tema —le regañó Declan.

Sin embargo, al cabo de unos segundos, le pasó la barrita proteínica. Ronan le quitó el envoltorio y le dio un mordisco de prueba antes de entregársela a su hermano. La impresión le recordó a caer de cara en un montón de arena húmeda y sucia.

—Muy elegante, Ronan —masculló Declan, y sopló suavemente sobre el extremo mordido de la barrita como si eso fuera a despejar los supuestos

gérmenes de su hermano—. ¿Sabes? No sé si te estás tomando esto en serio, la verdad.

La segunda razón por la que viajar siendo un soñador resultaba complicado era el brotanoche, una palabra bonita que Ronan había inventado para un fenómeno que no lo era tanto. Se trataba de algo relativamente nuevo para él; lo único que sabía era que, si transcurría demasiado tiempo entre dos de sus sueños productivos o pasaba demasiados días lejos de las colinas de Virginia occidental, donde había nacido, de su nariz empezaba a manar una viscosa sustancia negra. Enseguida le brotaba de los ojos y, luego, de las orejas; si no hacía nada, pronto empezaba a colmarle el pecho, el cráneo, el cuerpo entero, hasta que Ronan se sentía morir. Tal vez hubiera alguna forma de detener aquel fenómeno, pero Ronan no conocía ningún soñador vivo al que preguntar. Solo había conocido a otros dos en su vida —su padre y un chaval de su instituto que ya estaba muerto— y jamás había hablado con ellos sobre el tema. ¿Podría aguantar una temporada, ya fuera larga o corta, en Cambridge, Massachusetts, alejado de Los Graneros? Era imposible saberlo hasta que no lo intentase.

—Me toca elegir la música —dijo Matthew.

—No —respondieron a coro Declan y Ronan.

El teléfono de Declan vibró reclamando atención desde el salpicadero. Ronan hizo ademán de cogerlo, pero Declan se lo arrebató con tal rapidez que el coche estuvo a punto de salirse de la calzada. Lo único que pudo ver Ronan fue el inicio de un mensaje: «La llave está…».

—Tranquilo, vaquero —le dijo a Declan—. No iba a ponerle la mano encima a tu chica.

Sin decir nada, Declan metió el teléfono en el soporte de su puerta.

—¿Es tu nuevo entrenador personal? —aventuró Ronan—. ¿Un nuevo proveedor de barritas proteínicas? ¿Un chivatazo sobre una nueva oferta de moquetas de alto rendimiento para la casa y el jardín?

Declan siguió callado. Al fondo, Matthew tarareaba alegremente la canción que sonaba en sus auriculares.

Ninguno de los hermanos de Ronan le había dicho lo que opinaba sobre su marcha a otra ciudad. Ronan no sabía si se debía a que no les importaba o a que no creían que fuera a hacerlo de verdad.

Tampoco sabía qué prefería pensar.

Nueva York. Pararon en un área de servicio. Matthew trotó hacia los baños. Declan contestó una nueva llamada. Ronan se puso a dar vueltas. El viento se colaba por el cuello de su cazadora, astuto e insistente. Ronan notaba su propio pulso, tan rápido y entrecortado como las deshilachadas nubes otoñales.

La arboleda que rodeaba el área de servicio era rala e informe, más un puñado de palos que un bosque. Eran árboles extranjeros. Forasteros, frágiles ciudadanos de un código postal urbano. De alguna forma, verlos hizo que Ronan cobrara conciencia de lo que pretendía hacer. Durante muchos años, nada había cambiado. Ronan había dejado los estudios —algo que no lamentaba, al menos no del todo—, y sus amigos se habían graduado. Dos de ellos, Gansey y Blue, le habían invitado a atravesar el país con ellos en su año sabático antes de entrar en la universidad, pero en aquel momento a Ronan no le apetecía viajar a ninguna parte. No, cuando acababa de meterse de cabeza en…

—¿… de Adam aún?

Matthew acababa de hacer una pregunta que Ronan no había escuchado. Había vuelto de la gasolinera con una bolsa de gominolas que mascaba en silencio.

—¿Sabes qué? —añadió—. Acepto las críticas constructivas. ¿O eran las destructivas? Porras… Yo qué sé.

Adam.

Adam Parrish era el destino de aquel viaje.

«¿Existe alguna versión de ti que pueda venir conmigo a Cambridge?», le había preguntado Adam a Ronan el día de su marcha.

Quizá… Ronan había ido una vez a verle desde el inicio del semestre, pero había sido algo espontáneo: se había puesto al volante en mitad de la noche, había pasado el día con Adam y luego se había marchado de la ciudad sin haber pegado ojo ni por un segundo. No había querido ponerse a prueba.

Negación admisible: Ronan Lynch podría vivir en Cambridge siempre y cuando no se probase lo contrario.

Adam.

Ronan lo echaba tanto en falta como a un pulmón perdido.

Declan se acercó al coche y se miró la muñeca con la expresión de un hombre acostumbrado a decepcionar a su reloj de pulsera. Abrió la puerta del conductor.

—Eh, me toca a mí —protestó Ronan.

Sabía que, si no estaba al volante, no dejaría de dar vueltas a su maraña de pensamientos durante las dos horas que quedaban de trayecto. Adam sabía que iba a visitarlo aquel fin de semana, pero ignoraba que Ronan tenía varias citas para ver apartamentos de alquiler. Ronan no sabía cómo reaccionaría.

—Hicimos un trato —insistió.

—Lo hicisteis en un aparcamiento, así que Declan dejó el trato «aparcado». ¡Chiste! —exclamó Matthew.

—No pienso dejar que conduzcas entre estos tarugos de Massachusetts —replicó Declan, y puso punto final a la frase con un portazo.

Matthew se encogió de hombros. Ronan escupió al suelo.

Ya en el coche, Matthew se inclinó hacia delante con aire triunfal y reclamó el cable del audio. Una pegajosa remezcla *dubstep* de un tema pop resonó en los altavoces.

Las dos horas que quedaban hasta Cambridge iban a ser muy largas.

Ronan se tapó la cabeza con la cazadora para sofocar el sonido y amortiguar su nerviosismo creciente. Notaba los latidos de su propio pulso en la mandíbula. Los sentía en los oídos. «Suenan como los de cualquier otra persona», pensó. Como los de Adam cuando apoyaba la cabeza en su pecho. Ronan no era tan diferente. Al menos, podía no parecerlo. Podía cambiar de ciudad para estar con el chico del que se había enamorado, como todo el mundo. Podía vivir en una ciudad, como todo el mundo. Aquello podía salir bien.

Empezó a soñar.

3

En el sueño de Ronan había una voz.

Sabes que no es así como debería ser el mundo.

Estaba en todas partes y en ninguna.

Por la noche veíamos estrellas. Por aquel entonces, podías distinguir las cosas a la luz de las estrellas, después de que se pusiera el sol. Cientos de faros encadenados en el cielo que servían para comer, para escribir historias sobre ellos, para lanzar personas hacia allí.

Si no te acuerdas es porque naciste demasiado tarde.

La voz era inevitable y natural. Como el aire, como el clima.

Aunque tal vez te subestime. Tu cabeza está colmada de sueños; seguro que ellos lo recuerdan.

¿Queda alguna parte de ti a la que mirar el cielo le produzca dolor?

Ronan estaba tumbado en medio de una autopista. Tres carriles por sentido, ni un solo coche. Solo Ronan. Entendió, de la forma en que se saben las cosas en los sueños, que la carretera comenzaba en Los Graneros y terminaba en Harvard, y que él estaba en algún lugar intermedio. De la hierba rala de las cunetas brotaban a duras penas arbolillos raquíticos. El cielo era del mismo color que el desgastado asfalto.

También oíamos a las estrellas. Cuando las personas dejaban de hablar, se hacía el silencio. Ahora, aunque se cerrase hasta la última boca del planeta, se oiría un zumbido. El gemido del aire acondicionado que sale por esa rejilla que hay junto a ti. El susurro de los camiones con remolque que pasan por la autopista a

kilómetros de distancia. El quejido de un avión a tres kilómetros de tu cabeza.

«Silencio» *es una palabra extinguida.*

Te molesta, ¿verdad?

Sin embargo, en el sueño reinaba un silencio absoluto, roto solo por la voz. A Ronan no se le había ocurrido pensar en el tiempo que llevaba sin experimentar un silencio perfecto. Era una sensación de paz, no de muerte. Como dejar un peso que no era consciente de llevar a cuestas: el peso del ruido, el peso del resto de las personas del mundo.

Magia… Ahora es una palabra barata. ¡Mete una moneda en la ranura y consigue un truco de magia para ti y para tus amigos! La mayor parte de la gente ya no recuerda lo que es. No es cortar una persona por la mitad y sacar de dentro un conejo. No es sacarte una carta de la manga. No es eso de «¡Y, ahora, miren con atención!».

Si alguna vez has mirado el fuego y no has sido capaz de apartar la mirada, eso es. Si has contemplado las montañas y te has dado cuenta de que no estabas respirando, eso es. Si has clavado la vista en la luna y se te han llenado los ojos de lágrimas, eso es. Es la materia que hay entre estrella y estrella, el espacio que queda entre las raíces, lo que hace que la electricidad se despierte cada mañana.

Y nos odia.

Ronan no sabía a qué pertenecía aquella voz, si es que pertenecía a algo. En los sueños, las verdades físicas carecían de importancia. Tal vez la voz perteneciese a la carretera sobre la que yacía. O al cielo. O a algo situado fuera de su campo de visión.

Lo contrario de lo mágico no es lo ordinario: lo contrario de lo mágico es el hombre. El mundo es un letrero de neón que reza «HUMANIDAD»; pero todas las letras están borradas salvo «MAN». Hombre.

¿Entiendes lo que estoy tratando de decirte?

Ronan sintió una vibración en la parte trasera del cráneo: camiones lejanos que avanzaban rugiendo por la calzada hacia él, tendido en el carril central.

No pensaba dejar que el sueño se convirtiera en una pesadilla.

«Sé música», le dijo al sueño.

El rumor de los camiones se convirtió en el ritmo machacón del *dubstep* de Matthew.

> *El mundo te está matando, pero Ellos te matarán más rápido. Me refiero a Ellos, con e mayúscula.*
>
> *Aún no Los conoces, pero pronto lo harás.*

Bryde. El nombre de la voz apareció de súbito entre los pensamientos de Ronan de la misma forma en que había sabido dónde empezaba y terminaba aquella autopista. Era una verdad tácita: el cielo era azul, el asfalto desprendía calor, la voz pertenecía a alguien llamado Bryde.

> *Hay dos bandos en la batalla que se nos avecina. Uno es el bando del Black Friday, el wifi, el último modelo, las suscripciones por abono, el «ahora más adaptable», los auriculares con cancelador-creador-de-ruido, un coche para cada bosque, esta carretera termina.*
>
> *El otro bando es la magia.*

Ronan hizo un esfuerzo por recordar dónde se encontraba su cuerpo físico: en un coche en marcha junto a sus hermanos, de camino hacia Adam y hacia una nueva vida en la que sus sueños estarían bajo estricto control.

«No saques nada del sueño», se dijo Ronan. No estaba dispuesto a llevar a la vigilia un camión, una señal de tráfico o un ritmo *dubstep* imposible de parar que solo pudiera acallarse enterrándolo en algún lugar alejado. «Mantenlo dentro de tu cabeza. Demuéstrale a Declan que puedes hacerlo».

Bryde susurró:

> *Estás hecho de sueños y este mundo no es para ti.*

Ronan se despertó.

4

—¡Despierta, Waaaaaashington D. C.! ¡Que alguien avise a las autoridades! —aulló TJ Sharma, el anfitrión de la fiesta—. ¡Hay que comunicarles que una chica con superpoderes anda suelta!

Todos los presentes en aquella pretenciosa unifamiliar de las afueras de Washington miraban a Jordan, una joven cuyos ojos parecían un milagro y cuya sonrisa parecía un accidente nuclear. Los demás invitados vestían de manera informal y cómoda; Jordan, sin embargo, no practicaba ni el estilo informal ni la comodidad. Llevaba una cazadora de cuero y un corpiño de encaje, y su pelo rizado se elevaba en una enorme coleta afro. Los tatuajes de flores que recorrían su cuello y sus dedos brillaban sobre su piel oscura tanto como brillaba su entusiasmo sobre la noche de aquel barrio residencial.

—Chisssst —siseó Jordan—. Los superpoderes son como los niños, ¿sabes?

—¿Cada familia americana tiene dos coma cinco? —replicó TJ.

—No, es mejor verlos que oírlos.

En el fondo, una banda de *rock* de los noventa gimoteaba con frenesí algo sobre su juventud. El microondas tintineó anunciando una nueva remesa de palomitas baratas. El ambiente de la fiesta estaba a caballo entre la ironía y la nostalgia; como había dicho en broma TJ, su tema era el retraso madurativo. Había un bol enorme lleno de cereales Cinnamon Toast Crunch, y Bob Esponja correteaba por la tele de pantalla plana junto a un montón de juegos de la PS2. Los invitados, en general, eran más blancos, más viejos y menos peligrosos que Jordan. De hecho, Jordan se preguntaba qué estarían haciendo en aquella fiesta si no estuviera ella para entretenerlos.

—Vamos, venid aquí, jugadores. ¡Hacer cola es para los conformistas! —dijo mientras señalaba el bloc de notas que le había proporcionado TJ—. ¡Es la hora de hacer los deberes! Y esto entra en el examen. Escribid: «El veloz murciélago hindú comía feliz cardillo y kiwi. La cigüeña tocaba el

saxofón detrás del palenque de paja» y firmad debajo con vuestra mejor caligrafía escolar.

Jordan asistía a la fiesta con el nombre de Hennessy. Dado que allí nadie conocía a la auténtica Hennessy, nadie podía contradecirla. El propio TJ la conocía por ese nombre. Jordan estaba acostumbrada a llevar una identidad que no le pertenecía; de hecho, le habría parecido raro que alguien se dirigiera a ella por su verdadero nombre.

—Esto os va a encantar —les anunció TJ a los invitados, claramente emocionado.

A Jordan le caía bastante bien TJ. Era el joven vicepresidente de un banco pequeño, un Peter Pan de figura esbelta, un chico en un mundo de adultos o viceversa. TJ seguía comprándose juguetes y se iba a la cama cuando se lo decía su teléfono. Vivía en aquella pretenciosa unifamiliar junto a varios compañeros, no porque no pudiera permitirse vivir solo, sino porque aún no había aprendido a hacerlo.

Jordan y TJ se habían conocido en las calles de Washington D. C. unas semanas después de que ella y Hennessy llegasen a la ciudad. Había ocurrido de madrugada, en una noche iluminada por la expectación y el neón. Jordan iba a devolver un coche robado antes de que la policía la parase y le pegase un tiro, y TJ volvía de una expedición al supermercado nacida del aburrimiento.

El coche de él: un Toyota Supra tuneado que se había comprado en eBay después de ver uno igual en una serie de YouTube.

El de ella: un viejo Challenger tuneado que Hennessy había robado unas horas antes.

Él la retó en una gasolinera: quien ganase la carrera se quedaría con el coche del otro. Aunque Jordan no solía hacer tonterías, se parecía lo bastante a Hennessy para dejarse arrastrar a un juego así.

En resumen, ahora Jordan iba a todas partes al volante de un Supra. Durante un tiempo había llevado a TJ en el asiento del copiloto, pero a Jordan nunca le duraban mucho los novios. Sin embargo, los dos seguían siendo amigos. Al menos, tan amigos como se puede ser cuando uno de los dos usurpa la identidad de otra persona.

—La clave de una buena falsificación —explicó Jordan a los invitados— es recordar que no se puede copiar una firma. Si lo intentas, las curvas y las florituras te quedarán forzadas, y todo se cortará en seco en lugar de fluir con gracia. «Vale», estaréis pensando, «pues la calco y ya está». Gran error. Si la calcáis, los trazos irán arrastrando los pies desde el principio hasta el

fin. Cualquier aficionado con un poco de interés puede detectar una firma calcada. «Pero, Hennessy», me diréis, «¿qué se puede hacer entonces?». Lo que puede hacerse es asimilar la estructura orgánica, ¿lo veis? Tenéis que integrar la arquitectura de la caligrafía en vuestra mano, memorizar el sistema de los trazos. Se trata de intuición, no de lógica.

Mientras hablaba, había ido esbozando rápidamente distintas firmas y combinaciones aleatorias de letras. Apenas miraba sus trazos; sus ojos estaban clavados en los textos escritos por los demás.

—Tenéis que convertiros en la otra persona por un momento —añadió.

De pronto, pareció centrarse en una de las muestras de escritura. «El veloz murciélago hindú comía feliz cardillo y kiwi. La cigüeña tocaba el saxofón detrás del palenque de paja», rezaba como todas las demás, y bajo el texto firmaba alguien de nombre inusual: Breck Myrtle. Era una firma angulosa, lo cual facilitaba la tarea, y la caligrafía presentaba algunos rasgos distintivos que proporcionarían espectacularidad al truco.

Jordan dio la vuelta a la hoja que había emborronado y empezó a escribir con seguridad sobre la superficie blanca: «Por la presente, en este día de octubre, lego todas mis posesiones a la fabulosa Hennessy». Luego, rubricó el texto con una firma impecable: «Breck Myrtle».

Satisfecha, ofreció la hoja a los demás invitados para que la examinasen.

Se levantó un coro de exclamaciones de asombro, mezcladas con risitas y gemidos jocosos.

Breck Myrtle, por su parte, se lo tomó bastante peor.

—Pero ¿cómo has…? —balbuceó.

—¡Te tiene pillado, Breck! —exclamó una mujer—. ¡Lo ha hecho perfecto!

—¿A que da miedo? —dijo TJ.

Ninguno de los invitados había visto las facetas de Jordan que más miedo daban; ni siquiera las sospechaban. Si Breck Myrtle hubiera seguido hablando, Jordan podría haber analizado su forma de usar el lenguaje hasta ser capaz de predecirla y, luego, podría haber usado esa capacidad para falsificar cartas personales, correos electrónicos y textos, en lugar de camuflarse bajo la rigidez del lenguaje burocrático. Jordan podía trasladar sus habilidades como falsificadora a muchos medios diferentes, aunque, en general, las usaba en su vida personal más que en la profesional.

—Eres muy joven para ser una delincuente experta —exclamó otra invitada con una risita.

—¡Y eso que acaba de empezar a desarrollar sus poderes! —apostilló TJ.

Pero no era cierto: los poderes de Jordan habían llegado a su apogeo hacía tiempo. Tanto Hennessy como ella eran falsificadoras de arte. Las demás chicas de su casa hacían sus pinitos, pero en realidad solo eran copistas. Jordan se había dado cuenta tiempo atrás de que la gente tendía a mezclar —a confundir— los falsificadores con los copistas. El mundo del arte estaba plagado de pintores capaces de reproducir perfectamente cuadros famosos, hasta el último pliegue de los ropajes. Pero las copias, como solía decir Hennessy con desprecio, no eran arte. Para hacer una verdadera falsificación había que crear un cuadro nuevo con el mismo estilo del artista original. Copiar un Matisse ya existente era un juego de niños: solo hacía falta trabajar con una cuadrícula y dominar mínimamente el color y la técnica pictórica. Para falsificar un nuevo Matisse, sin embargo, no solo hacía falta pintar como Matisse, sino pensar igual que él. «Eso —remachaba siempre Hennessy—, es arte».

Y Jordan estaba de acuerdo.

En ese momento, un timbrazo ahogó la música de los noventa.

El corazón de Jordan dio un vuelco expectante.

—¡Bernie! —exclamó TJ—. ¡No llames al timbre como si no nos conociéramos! ¡Entra, tardona!

Aunque a Jordan seguía cayéndole bien TJ, no habría asistido a una fiesta con sus aburridos amigos si no hubiera tenido una segunda intención. Y la intención acababa de llegar: una mujer con un elegante traje de chaqueta violeta y gafas de sol redondas. Bernadette Feinman.

Con el cabello plateado sujeto firmemente por una reluciente pinza de perlas, Feinman parecía la única adulta de la estancia. De hecho, no solo daba la impresión de ser adulta, sino de ser una adulta dispuesta a hacerse un abrigo con la piel de ciento y un dálmatas. Quizá Jordan fuera la única persona de la sala consciente de la dimensión profesional de Feinman: era uno de los puntales del Mercado de las Hadas en Washington D. C., un mercado negro global, nómada y subterráneo en el que se comerciaba con todo tipo de bienes y servicios ilegales y de prestigio.

La palabra clave en todo aquel asunto era «prestigio».

El Mercado de las Hadas no estaba abierto a cualquier criminal de tres al cuarto.

A él solo accedían los delincuentes de primerísima clase.

Y Jordan quería acceder. Lo necesitaba, de hecho.

La decisión estaba en manos de Bernadette Feinman.

Feinman avanzó unos pasos. Su peculiar forma de andar recordaba a la rigidez de una mantis; pero, cuando habló, lo hizo con voz suave y melódica.

—Diría que no he llegado tarde a propósito si no fuera porque creo en la sinceridad.

TJ le colocó una copa en la mano, con la actitud de un chiquillo que quisiera hacer la pelota a su venerada abuela. Jordan repasó a la concurrencia con la mirada: mientras que todos los demás bebían cerveza, Feinman tenía una copa de vino blanco en una mano y un cigarrillo indio de clavo en la otra.

—Gente, esta es Bernie. Es mi Yoda, mi mentora, ¡así que brindemos por nuestros mayores! —la presentó TJ y, luego, la besó en una mejilla.

Los invitados brindaron por sus respectivos mayores y volvieron a centrarse en la PS2.

Feinman se inclinó sobre la mesa y echó un vistazo a las firmas. Luego alzó la mirada hacia Jordan.

—De modo que tú eres Hennessy —comentó—. No creo que esto sea lo mejor que puedes hacer, ¿verdad?

Jordan la miró con una sonrisa resplandeciente. Era su sonrisa de comerse el mundo: llena de confianza en sí misma y buena voluntad y despojada de cualquier atisbo de nervios o inseguridad ante aquel momento crucial.

TJ frunció levemente el ceño.

—¿De qué hablas, Bernie? —preguntó.

—Hennessy ha presentado su candidatura para optar a una plaza en mi agencia —respondió Bernie, mintiendo con tal fluidez que Jordan se preguntó si habría preparado la excusa de antemano.

—¿Qué es esto de hacer negocios en mi fiesta? —protestó TJ—. Si vas a usar mi sala de estar para asuntos profesionales, deberías pagarme una parte del alquiler.

Feinman le tendió su vaso, aún lleno.

—Ve a echarme un poco más de vino, Tej —pidió.

TJ se alejó copa en mano, silencioso y obediente como un niño bien educado.

Tamborileando con sus uñas esmaltadas de plata en la firma falsificada de Breck, Feinman fue directa al grano.

—Espero que puedas mostrarme algo más que truquitos de maga aficionada.

—Esto solo son las chocolatinas que hay junto a la caja —respondió Jordan—. No las confunda con el primer plato.

Feinman la miró fijamente, con los dientes sobresaliendo bajo los finos labios como una hilera de perlas menudas.

—Empieza a servir el menú, entonces.

—En un momentito.

La sonrisa de Jordan se desdibujó en el preciso instante en que salió a la fría noche otoñal. Se dio un momento para tranquilizarse mirando al Supra, aparcado en la misma esquina donde estaba cuando lo ganó; a los halos de luz en porches y garajes, que desvelaban las casas uniformes; a los coches adormilados en la penumbra de la calle, tras los árboles desnudos. Se planteó cómo pintaría aquella escena de barrio residencial, dónde situaría el punto de fuga, qué resaltaría, qué ocultaría en la oscuridad… Pensó en cómo convertiría en arte lo que tenía ante los ojos.

Luego, sacó seis cuadros del coche y regresó a la fiesta.

Ya dentro, los dispuso en la mesa del comedor para que Feinman los examinase, con la copa de nuevo aferrada en su mano de mantis. Eran copias, demostraciones de poderío. Un Mary Cassatt, un Hockney, un Waterhouse, un Whistler y una Mona Lisa con los tatuajes de Jordan, porque a Jordan también le gustaba gastar una broma de vez en cuando.

Si los invitados se habían quedado impresionados hacía un rato, ahora estaban sobrecogidos. Todos se apiñaban alrededor de las obras, incluido Breck Myrtle.

—Empiezas a darme miedo —dijo TJ—. Puedes pintar como quien quieras, ¿verdad?

Feinman se inclinó para examinar las partes clave: los bordes de los lienzos y las tablas, las marcas en la parte trasera, las texturas, las pinceladas, los pigmentos empleados, la autenticidad de los soportes… Jordan sabía que no iba a encontrar ningún fallo.

—¿Cómo pintas cuando no haces copias? —le preguntó Feinman.

Jordan lo ignoraba: dedicaba todo su tiempo a pintar como otros artistas.

—Eso es información confidencial —respondió.

—Tu estilo debe de ser espectacular —murmuró Feinman.

Envuelta en una bocanada de humo con olor a clavo, se acercó a la parodia de Mona Lisa. La pintura, envejecida y craquelada, tenía todo el

aspecto de ser una obra de museo; solo los anacrónicos tatuajes delataban su procedencia.

—Aunque estos juegos siempre resultan placenteros —añadió Feinman entre dientes.

Jordan contuvo el aliento.

Lo necesitaba. Y Hennessy también.

—Entonces, ¿la contratas? —preguntó TJ.

Feinman volvió su esbelto torso de insecto hacia Jordan y la escrutó desde detrás de los cristales tintados con la misma intensidad con que había examinado las copias, sin pestañear ni una vez. Jordan se dio cuenta de que era una persona acostumbrada a que sus palabras fueran acogidas como un mandato divino; y, de hecho, lo eran, tanto en el ámbito de TJ como en el de Jordan. Alguien con un dominio tal sobre aquellos dos mundos —el diurno y el nocturno— era, en opinión de Jordan, alguien verdaderamente poderoso.

—A veces —comenzó Feinman—, es necesario rechazar a un candidato precisamente por estar demasiado cualificado. Sería una pena maniatarlo de forma que no pudiera desarrollar su verdadero potencial.

Jordan tardó una fracción de segundo en darse cuenta de que acababa de rechazarla.

—Pero yo…

—Te estoy haciendo un favor —la cortó Feinman, y miró de soslayo la Mona Lisa—. Tal vez no lo sepas aún, Hennessy, pero estás hecha para pintar originales.

La lástima era que en aquella frase no había ni una sola palabra que fuera verdad.

5

Adam Parrish.

Así había comenzado todo: con Ronan en el asiento del copiloto de un Camaro naranja del 73 perteneciente a Richard Gansey Tercero, asomado a la ventanilla porque no soportaba estar encerrado. La pequeña ciudad de Henrietta, en Virginia, se acurrucaba en torno a ellos, con los árboles y las farolas inclinados sobre el coche como si quisieran espiar la conversación que tenía lugar en su interior. Y qué pareja peculiar formaban los dos chicos… Gansey, en su búsqueda desesperada de significado; Ronan, seguro de que su amigo no encontraría lo que buscaba. El primero y el último, respectivamente, en la encuesta «Quién triunfará en la vida» realizada entre los alumnos de Aglionby, el instituto privado al que ambos asistían. En aquellos tiempos, Gansey era el cazador y Ronan, su mejor amigo, era el halcón, ataviado con capucha y campanillas para evitar que se destrozase con sus propias garras.

Así había comenzado todo, con un estudiante empujando su bicicleta cuesta arriba, claramente encaminado al mismo lugar que ellos dos. Llevaba el uniforme de Aglionby, pero, al acercarse, Ronan advirtió que estaba más raído de lo que podía producir un año de uso. Claramente, era de segunda mano. De las mangas enrolladas asomaban dos antebrazos nervudos, con los finos músculos resaltados en abrupto relieve. La mirada de Ronan quedó prendida en las manos: unas bellas manos adolescentes de nudillos marcados, tan finas y largas como el rostro de aquel desconocido.

—¿Quién es ese? —preguntó Gansey.

Ronan, con la cabeza aún asomada por la ventanilla, no contestó. Al pasar, vio que la expresión de Adam era un cúmulo de contradicciones: intensa y recelosa, resignada y tozuda, derrotada y desafiante.

En aquel entonces, Ronan no sabía quién era Adam y, si eso fuera posible, sabía aún menos sobre sí mismo. Y, sin embargo, así había comenzado todo, mientras se alejaban del chico que empujaba su bicicleta, con Ronan recostado en su asiento, los ojos cerrados y en la mente una plegaria simple, inexplicable, desesperada:

Por favor.

Y, ahora, Ronan había seguido a Adam hasta Harvard. Después de que Declan lo dejase junto al recinto de la universidad («No hagas estupideces y mándame un mensaje por la mañana»), se detuvo en la superficie delimitada por la verja de hierro y contempló los elegantes y antiguos edificios rodeados de elegantes y antiguos árboles. Todo era rojizo: las residencias estudiantiles y los senderos de ladrillo, la hojarasca otoñal y la hierba, las bufandas que rodeaban la garganta de los universitarios que pasaban caminando tranquilamente… El campus, transformado por el cambio de estación, le resultaba extraño. Era curioso que unas cuantas semanas pudieran cambiar un paisaje hasta hacerlo irreconocible.

Seis mil setecientos estudiantes universitarios. Hijos de antiguos alumnos: veintinueve por ciento. Alumnos becados: sesenta por ciento. Monto medio de las becas: cuarenta mil dólares. Precio de la matrícula anual: sesenta y siete mil dólares. Salario medio de los graduados de Harvard, diez años tras su graduación: setenta mil. Tasa de admisiones: cuatro coma siete por ciento de las solicitudes.

Ronan se sabía todas las estadísticas de Harvard. Después de ser admitido, Adam se había pasado incontables tardes en Los Graneros despiezando y analizando todos los datos y detalles que había logrado averiguar sobre la institución. Durante aquellas semanas, Ronan había tenido a su lado a dos Adams: uno convencido de que se había ganado a pulso su plaza en una universidad de élite, y otro seguro de que la universidad descubriría muy pronto lo inútil que era en realidad. Ronan lo soportó con su mejor talante. Al fin y al cabo, si no era con él, ¿con quién iba a compartir Adam sus angustias? Su madre no era más que un espectro desconectado de la realidad; su padre, si se hubiera salido con la suya, habría terminado por matar a Adam antes de que terminase el instituto. De modo que Ronan trató de absorber los datos, la ansiedad y los nervios de Adam, evitando cuidadosamente recordar que, en muy poco tiempo, los caminos de los dos se separarían. Y evitando, también, recordar todas las caras resplandecientes, honestas y educadas que aparecían en los folletos, de las que Adam Parrish podría enamorarse olvidándolo a él.

A veces, Ronan pensaba en lo que podría haber ocurrido si no hubiera abandonado sus estudios y se hubiera matriculado también en la universidad aquel otoño. Pero imaginar aquello era tan imposible como

imaginar un Adam que no hubiera terminado la secundaria y se hubiera quedado en Henrietta. Ambos sabían quiénes eran. Adam, un estudiante; Ronan, un soñador.

¿Existe alguna versión de ti que *pueda venir conmigo a Cambridge*?

Quizá. Quizá.

Ronan tuvo que rebuscar un rato en su teléfono hasta averiguar cómo se llamaba la residencia de Adam —Thayer—, y tardó otro buen rato en localizar un plano del campus. Podría haber enviado un mensaje a Adam para decirle que estaba allí, pero le gustaba el leve componente de sorpresa de la situación, el que Adam supiese que llegaba ese día, pero no a qué hora. A Ronan le resultaba muy familiar aquel ritmo de idas y venidas, el vaivén oceánico de los amantes que se hacen a la mar y regresan cuando los vientos les son favorables; al fin y al cabo, era lo que había hecho siempre su padre, marchándose cada cierto tiempo de Los Graneros con un baúl lleno de sueños y regresando al cabo de unos meses con el baúl lleno de dinero y regalos. También era lo que había hecho siempre su madre, despidiéndose de él y dándole luego la bienvenida. Ronan recordaba bien las escenas de retorno: la forma en que la sonrisa de Aurora se revelaba al tiempo que lo hacían los paquetes que traía Niall en el baúl, la forma en que la sonrisa de Niall salía del cajón en que Aurora la había guardado y recobraba su brillo…

Durante los días precedentes, Ronan había imaginado muchas veces la escena de su reunión con Adam, tratando de figurarse qué forma tomaría. ¿Se quedarían paralizados antes de abrazarse en las escaleras de la residencia de Adam? ¿Irían brotando lentamente sus sonrisas antes de besarse en un corredor? «Ronan», decía el Adam imaginario mientras la puerta de su residencia se abría de par en par.

Sin embargo, no ocurrió ninguna de esas versiones.

Lo que ocurrió fue esto: Ronan averiguando por fin cómo llegar a Thayer, Ronan avanzando a grandes zancadas entre estudiantes y turistas, Ronan oyendo con sorpresa una voz que decía: «¿Ronan?».

Lo que ocurrió fue que Ronan giró sobre sus talones y se dio cuenta de que acababan de cruzarse por el camino.

Había pasado junto a Adam sin verlo.

Mientras lo miraba ahora con atención, los dos a la distancia de un brazo extendido, obligando a los demás viandantes a dar un rodeo para esquivarlos, supo por qué lo había pasado por alto. Adam era el de siempre y no lo era. Su fino rostro no había cambiado durante las semanas de

separación; aún era el chico de la bici. Su desvaído pelo rubio seguía como Ronan lo recordaba, corto y con unos encantadores trasquilones, como si se lo hubiera cortado él mismo frente al espejo del baño. Sin embargo, la pátina de grasa de motor, sudor y polvo que Ronan recordaba había desaparecido.

Adam estaba impecable: camisa de cuello abierto y mangas recogidas justo lo necesario, chaleco *vintage* de *tweed* y unos perfectos pantalones pardos de pinzas con los bajos vueltos para mostrar los estilosos zapatos. Como siempre, tenía un aire concentrado y reticente, pero, por alguna razón, su actitud parecía aún más lejana y comedida. De hecho, tenía aspecto de llevar en Cambridge toda la vida.

—No te había reconocido —dijeron los dos al mismo tiempo.

A Ronan le pareció una observación absurda por parte de Adam. Él seguía siendo el mismo, no había cambiado en absoluto. No podría haber cambiado ni aunque se lo hubiera propuesto.

—He pasado a tu lado sin verte —añadió Adam con tono de asombro.

Incluso su voz sonaba distinta. No quedaba en ella ningún rastro de su sutil acento de Virginia. A lo largo de los años de instituto se había esforzado mucho por eliminarlo, pero nunca lo había logrado por completo. Ahora, sin embargo, el deje estaba oculto. Su voz era la de un extraño.

Ronan se sentía en terreno inestable. Ninguna de sus escenas imaginadas contenía un momento como aquel.

Adam echó un vistazo a su reloj. Ronan se dio cuenta de que era el mismo que él le había regalado en Navidades —el elegante reloj de pulsera que había soñado para él y que daba la hora del lugar donde Ronan se encontrase—, y notó que el suelo se estabilizaba un poco bajo sus pies.

—No te esperaba hasta dentro de unas horas —dijo Adam—. Pensé que… Tendría que haber recordado lo deprisa que conduces. Creí que…

Se interrumpió. Ronan pensó que lo estaba mirando de manera extraña y, al instante, se dio cuenta de que él lo miraba exactamente de la misma forma.

—Esto es raro de cojones —murmuró, y Adam respondió con una risa aliviada y trémula.

Los dos se abrazaron con fuerza.

Aquello sí que era justo como Ronan lo recordaba. Las costillas de Adam encajaban con las suyas, como siempre habían hecho. Sus brazos rodeaban el estrecho torso de Adam, como siempre habían hecho. La

mano de Adam aún se acoplaba a la nuca de Ronan, como siempre hacía cuando se abrazaban. Y aunque en la voz de Adam no quedaba ninguna traza de su acento, sonó como siempre cuando susurró contra la piel de Ronan:

—Hueles a hogar.

Hogar.

El suelo se estabilizó un poco más. Todo iría bien; estaban juntos, Adam le seguía queriendo. Aquello iba a funcionar.

Dieron un paso atrás para separarse.

—¿Te presento a mis amigos? —preguntó Adam.

Para Ronan Lynch, hablar de amigos eran palabras mayores. Le costaba adquirirlos y le costaba aún más perderlos. La lista de sus amistades era exigua por dos razones: porque los secretos añadían complejidad a cualquier relación y porque a Ronan los amigos le ocupaban mucho tiempo. Les daba todo lo que tenía; y, si se daba a demasiada gente, acabaría quedándose sin nada. Y, así, su lista comprendía a Gansey, quien tal vez no le hubiera salvado la vida durante los años de instituto, pero al menos la había guardado lo bastante lejos de sus propias manos para impedir que la rompiese. A la diminuta Blue Sargent, hija de una vidente y dueña de un feroz sentido del deber, a la que había aprendido a estimar con calma, ambos retirando capa tras capa para revelar al otro hasta llegar a conocerse justo cuando terminaban los años de instituto. A Adam. Y, por último, a sus dos hermanos. No había nadie más. Ronan podría haber mantenido alguna amistad superficial a mayores, pero no le encontraba mucho sentido.

—¡Repo! Se supone que aquí tienes que decir Repo.

—¿Qué?

Estaban jugando a las cartas. Era un juego complicado con cientos de normas, un montaje de lo más elaborado y un horizonte temporal difuso. Ronan estaba bastante seguro de que lo había inventado algún estudiante de Harvard. De hecho, estaba bastante seguro de que se lo habían inventado los estudiantes de Harvard con los que estaba jugando en ese momento: Fletcher, Eliot, Gillian y Benjy. Adam estaba sentado junto a él, con su oído bueno —no oía nada del otro— de su lado.

Bajo la mesa, el pie de Adam se apoyaba en el de Ronan.

—Es para que se enteren los demás jugadores —explicó Eliot.

—¿De qué?

Eliot dio un respingo al oír la respuesta, aunque Ronan no creía haber hablado con un tono más brusco del habitual. Quizá el habitual fuera excesivo para él; al conocer a Ronan, lo primero que había dicho el vivaz Eliot fue: «¡Ah, das aún más miedo de lo que esperaba!».

«Yo también me alegro un huevo de conocerte», pensó Ronan en respuesta.

El juego se desarrollaba en torno a una mesa, en el sótano que hacía el papel de sala común en Thayer. Otros estudiantes jugaban al billar, se arremolinaban en torno a teles y ordenadores o escuchaban música. La sala olía a ajo y a comida basura. Los arcos de ladrillo que sustentaban el techo daban al lugar un cierto aire de bodega vinícola o de catacumba. Con todo ello, parecía un club secreto.

Gillian, que llevaba la corbata atada con un nudo más diestro y lustroso que cualquiera que hubiera hecho Ronan en su vida, agitó sus cartas hacia él.

—Tienes que decir «Repo» dirigiéndote a ellos para que puedan calcular el palo y color de tu jugada, lo que supuestamente les permitiría evitar que «repostes» la última carta que te hace falta para ganar.

Ronan recorrió con la mirada las cartas que ya había dejado descubiertas en la mesa.

—¿No me falta más que una?

—Es un *savant* —comentó Fletcher, cuyo torso amplio y redondo estaba aprisionado por un vistoso chaleco de punto.

Ronan lo miró; habría estado más propio fumando un puro o quizá retrocediendo lentamente para meterse en la foto en blanco y negro de la que sin duda había salido.

—Es un *savant* y no es consciente de ello —insistió Fletcher—. Es la muchacha bellísima que no ve su belleza. Es el forzudo que ignora su fuerza. Lo que necesitas son veinte; con veinte en la mano, te haces con todo y se acaba la partida. Y lo que tienes ahora, amigo mío, son diecinueve.

—Un bombazo de ida y vuelta —murmuró con sentimiento Benjy, que solo tenía dos cartas en la mano.

—Podrían fastidiarte la jugada —explicó Gillian—. Adam, por ejemplo, podría pagar su deuda con las picas que tiene. Si las metiera todas en el banco, a ti te resultaría imposible completar las picas de tu mano con sus cartas.

Bajo la mesa, Adam apoyó toda la pierna en la de Ronan sin que sus facciones cambiaran un ápice.

A Ronan se le estaba haciendo eterna la partida.

—Pero si Adam pagase con sus picas, no podría completar su propia mano —intervino Fletcher con voz engolada—. Teóricamente sería posible, pero en la práctica no. Y quedaría penalizado durante diez turnos, de modo que no podría volver a pagar con picas hasta entonces. En este punto, seguro que alguien ganaría la partida antes de que volviera a quedar libre en lo que a picas se refiere.

—Qué marrón —masculló Ronan.

—La pobreza apesta —repuso Fletcher alisándose el chaleco.

—Anecdóticamente —añadió Gillian con ironía.

Ronan miró de reojo a Adam. Adam, que se había criado en una caravana; Adam, que incluso ahora llevaba puesto un chaleco de *tweed* heredado del padre de Gansey hacía varios años; Adam, que nunca había ahorrado calificativos para describir a los niños ricos que iban al instituto, cuya matrícula él había pagado trabajando duramente.

Adam, sin embargo, se limitó a pegarse sus cartas al pecho para que los demás no pudieran verlas.

—Bueno, pues entonces Repo, joder —suspiró Ronan.

Gillian colocó un comodín junto a las cartas de Ronan.

—Con esto te dejo aparcado —anunció.

—Muy noble por tu parte —susurró Benjy.

—Grábalo en mi lápida —repuso ella.

Los demás siguieron jugando, saltando los turnos de Ronan y de Gillian gracias al sacrificio de ella. Ronan contempló la sala y trató de imaginar cómo sería pasar tiempo allí con frecuencia. Aún no le había dicho nada a Adam de los apartamentos que iba a ver. Prefería no mantener aquella conversación delante de todo el mundo; los demás no podían comprender lo difícil que era aquella decisión para él. Para un observador externo, no había nada que impidiera mudarse a Ronan: sus padres estaban muertos, él no trabajaba ni iba a la universidad, y Los Graneros seguirían allí cuando quisiera regresar en vacaciones para ver a sus hermanos.

Para un observador externo, Ronan Lynch era un perdedor.

—Eh, chico tenebroso —dijo Eliot.

—Lynch, te toca —añadió Adam.

Ronan examinó el panorama que se extendía sobre la mesa. Luego, tomó el comodín de Gillian, lo añadió a los otros cuatro comodines que había reunido durante la partida y colocó las cinco cartas en el centro del tablero.

—Así va esto, ¿no? —dijo mientras cogía un rey de corazones de las cartas de Fletcher y lo añadía a las diecinueve cartas expuestas delante de él, de forma que quedasen veinte justas.

—Dios, Dios, cómo te odio —gimió Fletcher en tono operístico.

—¿Quién eres tú para invadir nuestra tierra y robar nuestras mujeres? —murmuró Gillian.

—Adam, no nos cae bien tu novio —remachó Benjy.

Adam se limitó a sonreír para sí mientras recogía sus cartas con ademán experto.

—Chicos, me llevo al ganador —dijo.

—Eh, espera —lo detuvo Gillian—. Antes de que te vayas, tú y yo deberíamos hablar con Yanbin.

—Un segundito —le dijo Adam a Ronan, y luego, inclinándose hacia él, le susurró—: No mates a nadie.

Las últimas palabras no eran más que una excusa para respirar en el oído de Ronan, algo que no dejaba de hacer maravillas con sus terminaciones nerviosas.

Ronan se quedó cara a cara con los demás amigos de Adam. No sabía hasta qué punto era profunda su amistad; por lo que parecía, no era lo bastante profunda para aparecer en sus conversaciones telefónicas más a menudo que Gansey o Blue, pero sí que lo era para permitirles reclamar una partida de Repo antes de que Ronan y Adam se quedasen a solas. Desde luego, no respondían a las expectativas de Ronan. Su antiguo instituto era un centro privado, y Ronan había supuesto que la gente de Harvard sería una variación aún más desagradable de los cretinos de Aglionby. Sin embargo, los amigos de Adam no pertenecían ni por asomo a la misma especie. Ni siquiera eran de la misma especie entre ellos; cada uno era un individuo peculiar y diferente. Además, expresaban su homosexualidad con una ligereza y una alegría que Ronan jamás había conocido en Aglionby. Tras pasar la mayor parte de sus años de estudiante convencido de que todos sus compañeros eran unos niñatos ricos y de que él era la única persona gay de su entorno, Ronan encontraba aquel nuevo panorama extrañamente inquietante.

No es que le diera miedo que Adam le dejara por otro; es que, por primera vez, veía de forma concreta *con qué* podría reemplazarle si decidiera hacerlo.

—Bueno, entonces, ¿dónde te pilló llorando? —murmuró Benjy.

Ronan lo miró, atónito.

—¿Cómo? —dijo creyendo haber entendido mal.

—Cuando os conocisteis —aclaró Eliot—. ¿Dónde estabas llorando?

Ronan seguía sin entender. No le cabía en la cabeza que lo hubieran tomado por un llorón. La última vez que había llorado fue por su madre soñada, que había muerto abierta en canal mientras el bosque mágico que tanto amaba se deshacía a su alrededor. Ronan no creía que Adam hubiera podido hablar de aquello a nadie ajeno a los acontecimientos; sin embargo, la mera idea le provocaba un desagradable ardor en el pecho. Quizá Adam les hubiera contado una historia inventada sobre la forma en que se habían conocido, pero aquella idea también era desagradable.

Fletcher pareció adivinar sus pensamientos por su expresión.

—Ah, de modo que no se dedica a coleccionar llorones desde siempre —aventuró con voz grave, palmeándose la generosa panza—. Tú eres de la etapa prellanto.

—A lo mejor es que no quiere un llorón como pareja —apuntó Eliot.

—Parad el carro, ¿queréis? —se impacientó Ronan.

—Somos el Club de los Lloricas —explicó Benjy—. Todo comenzó cuando llorábamos.

—Adam Parrish y el Club de los Lloricas… Parece el nombre de un grupo musical —sonrió Fletcher—. Adam tiene un olfato especial para detectarnos, como si fuera un superhéroe. Ahora mismo, en algún lugar del campus de Harvard hay alguien escondido en el hueco de una escalera, llorando a moco tendido, y Adam se dirige hacia allá para consolarle y ofrecerle un hueco en la partida de cartas de los viernes por la noche.

Durante unos tensos segundos, Ronan trató de reconciliar al distante Adam que conocía con aquella descripción. El Adam que conocía era un observador silencioso, un archivero de experiencias humanas, un «miro pero no toco». La idea de que pudiera ser otra persona, alguien a quien Ronan no conocía, le resultaba tan inquietante como el hecho de que sus nuevos amigos no fueran tan estúpidos como había imaginado. Adam y él llevaban tanto tiempo compartiendo los mismos recuerdos que no se había dado cuenta de que no tenía por qué ser así. Adam había comenzado una nueva vida allí; se estaba convirtiendo en alguien diferente, partiendo del

maltratado chaval que Ronan había conocido para llegar a quien estuviera destinado a ser. Ronan, por su parte, era… Ronan. Escondido como siempre en las colinas de Virginia, estudiante fracasado, viviendo en el lugar en el que había nacido, guardando la discreción para no perder la vida. Fabricando los mismos recuerdos desde hacía meses.

Adam estaba cambiando. Ronan no podía cambiar.

«Voy a vivir aquí —pensó—. Va a funcionar».

—Sí —repuso con tono sarcástico—, Adam siempre ha tenido un corazón de oro.

—Dicen que los opuestos se atraen —comentó Eliot, mientras hacía una foto de la baza con la que Ronan había ganado la partida y se la enviaba a alguien con un mensaje.

—Ahí le has dado —contestó Ronan—. Adam se dedica a salvar gente y yo les robo el dinero del almuerzo.

Benjy había dejado de recoger las cartas y observaba el mazo con expresión pensativa.

—Le envidio —dijo con su tenue vocecilla—. Me gustaría tener una familia como la suya.

Los dedos de Eliot se detuvieron sobre la pantalla del teléfono.

—A mí también —dijo—. Me encantaría que mi padre conociese al suyo. El mío es odioso.

Chirrido de frenos, imagen congelada, alarma general.

—Tiene unas historias de familia tan encantadoras, tan sureñas… —añadió Fletcher con magnanimidad—. Es como Twain, pero sin racismo. Sus palabras son salsa para nuestros oídos, que son pan.

Hacía mucho tiempo, un chico llamado Ronan Lynch había asestado un puñetazo al padre de Adam Parrish delante de la caravana en la que vivían los Parrish. Hacía mucho tiempo, Ronan Lynch había presenciado cómo el padre de Adam Parrish golpeaba a su hijo hasta dejarlo sordo del oído izquierdo. Hacía mucho tiempo, Ronan Lynch había ayudado a Adam Parrish a mudarse a un miserable cuarto de alquiler para huir de una vez por todas de su familia.

A Ronan le parecía estar en un sueño en el que no podía enfocar bien la vista.

Todo resultaba sutilmente incorrecto.

Aún estaba mirando sin decir nada al Club de los Lloricas cuando Adam reapareció.

—¿Estás listo? —preguntó Adam.

—Me ha encantado conocerte, Ronan Lynch —dijo Fletcher ofreciéndole la mano desde el otro lado de la mesa.

Ronan vaciló, aún perplejo. Luego, empujó el brazo de Fletcher hacia un lado para chocar el puño contra el suyo en vez de estrecharle la mano.

—Lo mismo —dijo.

—Déjate ver por aquí —le pidió Eliot.

—*A-Dios* —añadió Benjy.

—A tomar por culo —remachó Gillian con voz suave.

Mientras se alejaban, Ronan aún oyó la voz de Fletcher a su espalda:

—Menudo quesito de hombre.

Salieron de la sala común, y Adam estiró el brazo para agarrar a Ronan de la mano. Mientras subían las escaleras, Ronan sacó sus dedos de entre los de Adam para rodearlo con el brazo y estrecharlo contra él. Entraron en el cuarto de Adam, cerraron la puerta y, de pie allí mismo, se enredaron el uno en el otro durante unos largos minutos. Cuando se separaron, los dos tenían los labios despellejados por la barba incipiente del otro.

—Te he echado de menos —susurró Adam con la boca pegada al cuello de Ronan.

Ronan se quedó en silencio. Aquello era perfecto; no quería estropearlo. La cama estaba justo al lado; el cuerpo de Adam se apretaba contra el suyo, tibio y familiar; Ronan anhelaba estar con él incluso mientras lo abrazaba.

Pero, entonces, lo dijo:

—¿Por qué les has mentido?

Adam no contestó ni se movió. Ronan, sin embargo, pudo sentir su reacción.

—Me refiero al Club de los Lloricas —añadió—. No lo niegues.

Adam dio un paso atrás. A pesar de la penumbra, Ronan vio que su expresión era casi la del Adam que conocía desde hacía años: cautelosa.

—Eso no es del todo cierto —replicó Adam.

—Y una mierda. Creen que tu padre… Uf, ni siquiera me sale llamar así a ese cabrón… Que tu padre es una especie de santo.

Adam le sostuvo la mirada sin decir nada.

—¿A qué estás jugando, Adam? —preguntó Ronan—. ¿Qué es eso de echar una partida de cartas cada viernes con un puñado de chicos ricos que creen que la pobreza es una broma y contarles un puñado de mentiras sobre la familia ideal que has dejado en casa?

Ronan lo recordaba tan vívidamente como si hubiera ocurrido el día anterior. O minutos atrás. O como si aún estuviese ocurriendo una y otra vez, repitiéndose en una especie de bucle perfecto y salvaje: Adam a gatas delante de la caravana, bamboleante, desorientado y roto, haciendo añicos la luz del porche con su extraña sombra. Su padre erguido sobre él, tratando de convencerle de que era culpa suya, siempre culpa suya. En aquel momento, la escena había llenado a Ronan de una rabia hirviente, explosiva, innegociable. Ahora le daba náuseas.

—¿Tan mal está? —replicó Adam—. ¿Tan malo es empezar desde cero? Aquí no me conoce nadie; no tengo por qué ser el chico que vive en una caravana, el chaval al que maltrata su padre. Nadie tiene por qué compadecerse de mí ni juzgarme. Puedo ser yo, simplemente.

—Eso es muy retorcido, joder.

Los ojos de Ronan se habían ido acostumbrando a la oscuridad. Ahora distinguía claramente el perfil de Adam, recortado sobre el azul parduzco de la noche que asomaba por las ventanas. Tenía el ceño fruncido y la boca cerrada con fuerza. Parecía dolorido. Aquel era el viejo Adam: el Adam de antes de la graduación, el anterior a aquel verano. Precisa y tristemente reconocible, a diferencia del elegante desconocido de pelo revuelto con el que Ronan se había cruzado por el camino.

—No creo que puedas entenderlo —murmuró Adam.

Aquello era demasiado; ahora, ni siquiera le reconocía su experiencia del dolor.

—Voy a empezar a contarle a todo el mundo que mis padres están vivos —gruñó Ronan—. De ahora en adelante, no quiero que nadie piense en mí como en un huérfano.

—Esto es todo lo que tengo. Tú tienes a tus hermanos; yo no tengo a nadie. Déjame en paz, ¿quieres? Tú nunca sabrás lo que es eso —replicó Adam, y su voz se quebró en el «quieres».

Y así, de pronto, la pelea terminó. Ni siquiera había sido una pelea entre los dos, en cualquier caso. Para Adam, había sido lo mismo que era siempre: una pugna de Adam contra sí mismo, de Adam contra el mundo.

Para Ronan también había sido lo mismo de siempre: una pugna entre la verdad y lo conveniente, entre el mundo en blanco y negro que él veía y la realidad que experimentaban todos los demás.

Volvieron a abrazarse y se quedaron de pie, con los ojos cerrados.

Ronan posó los labios en el oído malo de Adam, sintió lo mucho que odiaba a su padre y luego lo dijo en voz alta:

—Voy a ver varios apartamentos de alquiler. Mañana.

Durante una respiración, temió que Adam ya no quisiera una versión de Ronan que pudiera vivir con él en Cambridge. Pero, entonces, Adam respondió:

—No digas eso así, como si nada. No lo sueltes sin más. No puedo…

—No lo estoy diciendo sin más. Declan ha venido. Y Matthew. He venido en coche con ellos. Tuve que pasar como ocho horas en ese Volvo. Tenemos… Tengo varias citas para ver casas y toda esa mierda. Para visitarlas y elegir una. Puedes venir conmigo, si es que no tienes que pasearte por Harvard. Está todo planeado.

Adam retrocedió otra vez, pero ahora su expresión era muy distinta. No era la del Adam del pasado remoto ni la del lustroso Adam nuevo. Aquel era el Adam que había vivido el año anterior en Los Graneros, un Adam complicado que no trataba de esconder ni de reconciliar las complejas verdades que guardaba en su interior, sino que se limitaba a *ser*, sin más.

—¿Y crees que podría salir bien?

—Puedo controlarlo.

—¿De verdad?

—Paso la noche en casa de Declan cada dos por tres —respondió Ronan. En realidad, apenas dormía cuando se quedaba allí, pero eso no hacía menos cierta la frase.

—¿Y tu cara? ¿Qué pasa con el… el brotanoche? ¿Cómo te las vas a arreglar?

—Saldré de la ciudad cada fin de semana para soñar. Buscaré algún lugar seguro en el que hacerlo.

—¿Y cómo…? —comenzó Adam, pero no terminó la frase. Su frente se arrugó todavía más, su boca se frunció en un mohín consternado.

—¿A qué viene esa cara?

—Lo deseo demasiado.

Aquella frase fue suficiente para derretir todas las emociones encontradas que habían despertado en Ronan los nuevos amigos de Adam, la deprimente sensación de encontrarse estancado, todos los malos sentimientos que podía haber albergado en su vida. Adam Parrish lo quería y él quería a Adam Parrish.

—Funcionará —afirmó—. Funcionará.

6

Al parecer, el apocalipsis seguía en marcha.

Carmen Farooq-Lane, en medio de una de las infernalmente bulliciosas terminales del aeropuerto de Heathrow, levantaba la cara para mirar el panel de las puertas de embarque. A su alrededor, la gente circulaba con el ritmo entrecortado que adoptan los humanos en los aeropuertos y las estaciones de tren, dibujando trayectorias que tenían más que ver con el flujo de sus pensamientos que con la lógica formal. A las personas, en general, no les gustan mucho los aeropuertos; cuando están en ellos, se ponen en modo supervivencia. Se dejan guiar por el inconsciente; se convierten en la versión más pura e inmediata de sí mismas. Asustadas, dispersas, erráticas… Farooq-Lane, sin embargo, se encontraba bien en aquellos lugares. Le gustaban los horarios estables, las cosas sistematizadas y en su sitio, las vacaciones con rituales de celebración específicos, los juegos con turnos para los participantes… Antes de entrar en los Moderadores, los aeropuertos representaban para ella la agradable excitación de los planes que se cumplen. Ver sitios nuevos. Probar comidas nuevas. Conocer gente nueva.

Sí, se le daban bien los aeropuertos.

En aquel momento, la imagen de Farooq-Lane era la de una encantadora ejecutiva que posaba a la luz difusa de la sala. El traje de lino claro, impecable; la maleta de ruedas, pequeña, cara e inmaculada; la negra melena, delicadamente trenzada en un moño suelto; las pestañas absurdamente largas que ocultaban a medias sus ojos oscuros. Los botines eran nuevos; los había comprado en una tienda del aeropuerto y había tirado las botas manchadas de sangre en una papelera del servicio de señoras. Era la viva imagen de la perfección.

En su interior, una pequeña Carmen Farooq-Lane chillaba y golpeaba las puertas con los puños.

Nathan estaba muerto.

Nathan estaba muerto.

Ella había permitido que lo matasen.

Obviamente, los Moderadores no habían anunciado que lo matarían, pero Farooq-Lane sabía que no había cárceles para la gente como Nathan. La única manera de aprisionar verdaderamente a los Zetas era impedirles dormir. No dejar que soñaran jamás. Y eso, por supuesto, era imposible.

Esperaba más complejidad de ti, Carmen.

Su hermano se había ganado a pulso morir, no una, sino cien veces. Y, aun así…, Farooq-Lane estaba en duelo por el recuerdo de la persona que creía que era su hermano antes de descubrir lo que había hecho. «El corazón es necio», pensó. Su cerebro lo veía todo mucho más claro.

Si al menos su muerte hubiera servido para detener el apocalipsis…

En el panel apareció un vuelo a Berlín; el siguiente sería el suyo. Iba a Chicago. En Inglaterra brillaba la mañana; allí estarían en mitad de la noche. En diez horas estaría subiendo las escaleras de su casita unifamiliar, cargada con una bolsa de comida y con el bolso colgado al hombro, preparándose para la larga tarea de reinsertarse en su antigua vida. Volver a su propia cama, al tren matinal para ir al trabajo, a sus viejos amigos y a lo que quedaba de su familia… Había cumplido la promesa que les había hecho a los Moderadores y, así, se había ganado la libertad.

¿Pero cómo podría asesorar el futuro financiero de sus clientes, sabiendo como sabía que tal vez no hubiera futuro? ¿Cómo iba a volver a su antigua vida, si ya no era la Carmen Farooq-Lane que la había vivido?

Junto a ella, un hombre estornudó con estruendo y se hurgó en los bolsillos en busca de un pañuelo. Farooq-Lane ya había gastado varios paquetes y acababa de comprar más en previsión de otro día agitado. Se sacó uno del bolso y se lo ofreció al hombre, quien lo aceptó agradecido. Cuando el tipo parecía a punto de usar aquello como excusa para iniciar una conversación, el teléfono de Farooq-Lane sonó y ella se apartó para contestar.

—¿Sigues en la terminal? —preguntó Lock.

—A punto de embarcar.

—Te vas a casa.

No se dignó a contestar.

—Mira —continuó Lock—, voy a ir directo al grano. Sé que ya has hecho lo que te pedí y has cumplido con creces, pero todo esto se te da mejor que a nadie.

—No estoy segura de eso.

—No me refiero a la parte de romper cosas, sino a la de encontrarlas. Las personas como tú son las que importan de verdad. Nos haces falta.

¿Crees que podrías ayudarnos con uno más?

Uno más… ¿De verdad sería solo uno más? ¿Acaso importaba? Era como si una parte de ella estuviera deseando o esperando a que él se lo pidiese, porque, de pronto, se oyó a sí misma decir que sí sin haberlo pensado siquiera. De nuevo, la discordancia corazón-cerebro… Farooq-Lane quería terminar con todo aquello, pero solo podría hacerlo cuando estuviera segura de que el mundo había dejado de correr peligro.

—Me alegro de que aceptes —repuso Lock—. Nikolenko está en el aeropuerto con un paquete para ti; ella te indicará cuál es tu nuevo vuelo. Te espera en el mostrador del Café Costa.

Farooq-Lane echó un vistazo a la información del vuelo a Chicago, que acababa de aparecer en el panel. Luego se dio la vuelta y navegó entre la multitud hasta encontrar a Nikolenko, una mujer baja con facciones de granito y cabello del mismo color. La esperaba de pie junto a un chico flaco vestido con camiseta, americana y gafitas redondas, extraordinariamente alto y extraordinariamente encorvado. Sus codos, rodillas y nuez saltaban a la vista, y llevaba la melenita rubia recogida detrás de las orejas. Sus rasgos demacrados le daban apariencia de aprendiz de enterrador o, más bien, de cadáver.

—Ve a por un café —le indicó Nikolenko ofreciéndole unas monedas.

El chico la miró con expresión de no querer café. Pero nadie decía que no a Nikolenko, de modo que se marchó de todos modos.

Nikolenko le tendió un sobre a Farooq-Lane.

—Aquí tienes tu billete y la dirección en la que te alojarás.

—Lock me dijo que me entregarías un paquete.

—Es él —respondió Nikolenko señalando con la barbilla al chico flaco, que aguardaba en la cola de la caja.

Farooq-Lane pestañeó, perpleja.

—Es el Visionario —aclaró Nikolenko—. Te acompañará.

Ah…

Si sabían que el mundo iba a acabarse era por el Visionario. O más bien por los Visionarios, ya que aquel chico era el segundo que habían usado los Moderadores desde que Farooq-Lane comenzara a trabajar con ellos. No sabía cuántos habría habido antes. En cualquier caso, todos experimentaban premoniciones vívidas y detalladas que tenían que ver con los Zetas y con otros Visionarios.

Y con el fin del mundo.

Todos y cada uno de los Visionarios describían un apocalipsis causado por un fuego devorador e inextinguible, un fuego soñado. Farooq-Lane ignoraba cuánto hacía que los Moderadores buscaban al Zeta que extraería aquel fuego de sus sueños; solo sabía que, en algún momento, los principales países del mundo habían creado un organismo internacional con la máxima discreción. Los Moderadores provenían de todas partes del globo. Algunos obraban por la convicción de que las premoniciones de los Visionarios eran ciertas. Otros, porque habían conocido a algún Zeta y sabían de primera mano lo que estos eran capaces de hacer. Y ella obraba porque necesitaba convencer a los demás Moderadores de que no era cómplice de los crímenes de su hermano.

Hasta hacía poco, la pista más prometedora de la que disponían era Nathan. Al fin y al cabo, les constaba que quería incendiar el mundo.

Y, sin embargo, su muerte no había detenido las feroces profecías del Visionario.

Farooq-Lane contempló cómo el joven contaba monedas frente a la caja.

—¿Vamos a ir los dos en un avión normal? —le preguntó a Nikolenko —. ¿No es peligroso?

—El chico lleva meses bajo control.

Farooq-Lane no lograba identificar el sentimiento que la invadía. Solo sabía que no era bueno.

—No sabía que tendría que hacerme cargo de un adolescente — protestó.

Ni siquiera era consciente hasta aquel momento de que el Visionario fuera un chaval; lo único que conocía eran sus visiones. Farooq-Lane no era una mujer muy maternal. Para ella, la vida había sido complicada hasta pasada la veintena y prefería olvidarse de todas las épocas anteriores.

—Es fácil de llevar —le aseguró Nikolenko—. Hace todo lo que se le dice.

Aquello no mejoraba las cosas.

—¿Por qué tiene que venir conmigo? Hasta ahora me las he arreglado bien con las descripciones de las visiones.

—Ya le queda poco. Empieza a fragmentarse. Te resultará más fácil sacar información de sus visiones si lo tienes a mano.

¿Cómo que le quedaba poco? Farooq-Lane no sabía cuál era la esperanza de vida de los Visionarios, pero estaba segura de que no quería presenciar su final.

—Yo… —comenzó.

—Mira, princesa —la cortó Nikolenko—, tu misión es pan comido. Métete en el avión con Frankenstein y encuentra al Zeta que está viendo en sus premoniciones. Estate atenta por si encuentras algún Visionario que lo pueda reemplazar. Llámanos en cuanto averigües algo. En ese momento, los adultos irán corriendo a donde estés y se harán cargo de las cosas para que no tengas que volver a mancharte los zapatos.

Farooq-Lane se erizó. Se negaba a sentirse culpable por no matar con facilidad. Nikolenko y ella se sostuvieron la mirada hasta que el Visionario regresó con el café.

—No pienso bebérmelo —le dijo a Nikolenko. Tenía un acento extraño; alemán, quizá—. ¿Lo quieres tú?

Nikolenko se lo quitó y lo tiró a la papelera que tenía al lado con un solo gesto fluido.

—Problema arreglado. Llama a Lock cuando lleguéis, Farooq-Lane —dijo y, sin decir más, se dio la vuelta y se alejó.

El Visionario echó un vistazo a la papelera en la que reposaban los restos del café y luego le echó otro a Farooq-Lane.

—Carmen Farooq-Lane —dijo ella extendiendo la mano.

Él le chocó los cinco, repitió su nombre despacio y luego se presentó a su nueva guardiana:

—Parsifal Bauer.

Cuando Farooq-Lane abrió el sobre, los dos billetes parecieron deslizarse fuera como si estuvieran impacientes por liberarse.

—Bien, pues parece que vamos a pasar unos días los dos juntos en… Washington D. C.

Era un lugar tan bueno como cualquier otro para salvar el mundo.

7

La voz había regresado.

Te está preguntando si esto es real.

Quieres alguna prueba de que estamos hablando de verdad, de que esto no es solo un truquito estúpido de tu subconsciente.

¿Qué es la realidad? Escucha: te quedas dormido, sueñas con plumas y te despiertas con un cuervo en las manos. ¿Y aún te preguntas qué es lo real?

Ronan estaba soñando con la voz de Bryde, pero también soñaba con Lindenmere.

Lindenmere, Lindenmere.

Era un nombre sacado de un poema que jamás había existido. No sonaba peligroso.

Lindenmere, Lindenmere. Era un bosque o, más bien, algo que, por ahora, tenía forma de bosque. Ronan intuía que había existido en otra parte durante un tiempo larguísimo y que hacía poco se había abierto paso en el mundo, esta vez en forma de bosque. Lindenmere lo conocía y él conocía a Lindenmere; al menos, en la medida en que ambos —seres llenos de secretos incluso para sí mismos— podían ser conocidos.

Ronan amaba a Lindenmere y Lindenmere lo amaba a él.

Caminó entre sus árboles. La voz de Bryde llegaba desde algún punto a su espalda. Quizá Bryde fuese alguno de aquellos robles gigantescos y nudosos; quizá fuera una de las motas que flotaban por el aire; quizá fuera las flores que se enroscaban entre las zarzas. Quizá no fuera más que el subconsciente de Ronan.

—Lindenmere —dijo Ronan en voz alta—, ¿qué es Bryde? ¿Es real?

Las hojas de los árboles murmuraron hasta formar dos palabras: *Lo sabes*.

Y, detrás de ellas, la voz de Bryde continuó hablando:

Tú sobrepasas esas cosas, sobrepasas lo que es real. Te has criado entre lobos y ahora no recuerdas que en tus manos hay pulgares. La palabra «real» se inventó para otras personas; elimínala de tu vocabulario. No quiero oírtela decir nunca más. Si sueñas una ficción y te despiertas con esa ficción en las manos, se convierte en un hecho.

¿Lo entiendes? Para ti, la realidad no es una condición externa. Para ti, la realidad es una decisión.

Y, aun así, anhelas lo que la realidad significa para los demás, a pesar de que reduce tu mundo. Tal vez, precisamente, porque reduce tu mundo.

Ronan ascendió por una ladera musgosa. La luz allí era irisada, lustrosa, dorada, tangible. La rozó con los dedos y sintió con la vista y con el tacto cómo se adhería a la piel.

—Si lo supiera, no lo habría preguntado —dijo.

Los árboles volvieron a murmurar: *Soñador*.

¿Otro soñador? ¿Allí? Una nube de motas luminosas se abrió ante Ronan y lo rodeó mientras andaba. Agachó la cabeza para rastrear las huellas de otro humano en la maleza. Aunque era consciente de que podía coincidir con otros soñadores en el espacio de los sueños, hasta ese momento solo le había ocurrido una vez, y el otro soñador había conocido a Ronan en el mundo de la vigilia antes de buscarlo en aquel inframundo.

Además, ese soñador estaba muerto.

Y nadie más sabía que Ronan fuera un soñador.

Al menos, nadie debía saberlo.

—No te creo —dijo en voz alta—. Soy de natural desconfiado.

Existe un juego infantil para el que solo hace falta una tiza y un trozo de asfalto. Se llama El Caracol. Hay que trazar una espiral en el suelo —la concha de un caracol— y dividirla en secciones cada vez más pequeñas. Luego se tira una piedra; la casilla en la que caiga no se podrá pisar. A continuación, empiezas a saltar a la pata coja siguiendo la espiral, con cuidado de no pisar la casilla con la piedra. Si lo piensas, te darás cuenta de que el juego se hace más difícil a medida que se tiren más piedras, a medida que la espiral se vaya estrechando. Gana quien llegue al centro sin caerse.

Ese es el juego al que vamos a jugar tú y yo.

—¿Y si no quiero jugar? —replicó Ronan.

Su paso onírico, que al mismo tiempo le hacía avanzar mucho y poco, lo había conducido hasta un claro dividido por un profundo riachuelo negro. En él flotaba a modo de puente un tablón de madera. Sobre el tablón, una moto de estilo *vintage* rugía dejando tras ella un vaho delicado y trémulo.

Adam repetía una y otra vez que, si pudiera, cambiaría su coche por una moto. Aquella moto le gustaría, Ronan estaba seguro. De hecho, su estilo le recordaba un poco a Adam: elegante, dura y alerta, todo al mismo tiempo.

Apoyó un pie en el puente flotante y el tablón osciló, pero se mantuvo firme. Debajo, el riachuelo era una verdad emocional más que física: el agua estaba presente, pero no sería líquida a no ser que centrase su atención en ella, porque así funcionaban los sueños.

Ronan extendió la mano y la posó en el fresco sillín. Ya tenía el nombre de Adam bordado en uno de los lados. Acarició con las yemas de los dedos las puntadas que salpicaban el cuero como una constelación. Parecían reales.

Cada casilla será una prueba.

Yo estaré en el centro, al final de todo.

Primera casilla…

—No sé si eres real o algo creado por mi imaginación —dijo Ronan—. Pero, si no te importa, estoy ocupado.

Ocupémonos primero de eso, entonces. Una clase práctica sobre lo real y lo irreal. Yo calculo de cabeza y tú me pides que te escriba las cuentas en el margen. Bien, lo haré.

Primera casilla: lo que es real.

Primera casilla: pregúntale a tu hermano por el Mercado de las Hadas.

Primera casilla: susurrarán mi nombre.

¿Pruebas? Con eso te las tendrás que apañar. Tú haces la realidad.

Ronan agarró la moto del manillar y la condujo a la orilla. Tras él, la plancha de madera osciló y se elevó por la diferencia de peso. Al mirarla, Ronan se dio cuenta de que el riachuelo no contenía agua negra, sino bichos.

Bichos que se retorcían.

—Mierda —mascullló.

Salta, no pises, tira la piedra, me toca a mí.

Nos vemos al otro lado.

Ronan despertó.

8

Ya había amanecido.

Ronan oía todo tipo de ruidos matinales: el zumbido de una máquina de afeitar al otro lado del pasillo; el runrún de una canción en un cuarto contiguo; pisadas que subían y bajaban escalones, algunas vivaces y otras cansinas. Al otro lado de las ventanas sonaban el jadeo asmático de las aspiradoras de hojas, la percusión de las puertas de los coches al cerrarse, la cháchara de los estudiantes, los gruñidos de las camionetas de reparto, los alaridos de las bocinas…

Había pasado la noche en Cambridge.

Abrió los ojos y se vio desde arriba.

Era como si se hubiera convertido en un ángel que se velase a sí mismo. Un espíritu. El fantasma de las Navidades Pasadas. Cualquier cosa que flotase encima de alguien dormido y contemplase su sueño. Los pensamientos de Ronan Lynch, suspendidos sobre su propio cuerpo, lo observaban.

Vio un chico tumbado en la estrecha cama de abajo, inmóvil y aun así con aspecto de querer meterse en una buena pelea. Entre sus cejas, dos surcos formaban el símbolo universal de «te vas a enterar». Sus ojos, abiertos, miraban a la nada. Adam estaba encajado entre él y la pared, con la boca abierta y el pelo desordenado sobre la almohada.

Los dos estaban cubiertos de monstruos.

Sobre sus cuerpos se apiñaban unas criaturas que, a primera vista, parecían cangrejos herradura. A segunda vista, sus caparazones eran pequeñas máscaras, como las del teatro griego, con boquitas en el centro que se abrían y se cerraban frenéticas. Cada una de las bocas estaba erizada de dientes planos y perfectamente regulares, semejantes a los de las vacas.

Las criaturas resultaban deformes, como si hubieran salido de una pesadilla, porque de ahí era exactamente de donde habían salido. Pertenecían a una especie que no existía hasta el despertar de Ronan. Pertenecían a una especie que solo existía por el despertar de Ronan.

Eso era lo que significaba ser Ronan Lynch.

Del sueño a la realidad.

Los cangrejos, arremolinados, se agitaban lentamente retorciendo las sábanas con sus rígidas patitas.

Adam no se movía porque tenía el oído bueno enterrado en la almohada, y su agotamiento crónico siempre lo hacía dormir con abandono.

Ronan no podía moverse. Cada vez que sacaba algo de uno de sus sueños, al despertar le seguían unos minutos de parálisis. Era como si cambiase los minutos de vigilia consciente de los que había disfrutado en su sueño por un rato de somnolencia pasiva en la vida real.

Y no había forma de acortarlo, por amenazantes que fueran las circunstancias en las que se despertase. Solo podía flotar sobre su propio cuerpo, como ahora, contemplando cómo los sueños hacían lo que querían sin intervención suya.

«Adam», pensó, pero no pudo decirlo.

Clac, clac… Las monstruosas boquitas de los cangrejos se abrían y se cerraban con un chasquido húmedo, como habían hecho en su sueño cuando los vio bajo el puente. Las cosas soñadas no traicionaban su esencia en el mundo de la vigilia. Si desobedecían las leyes de la física en el sueño —como, por ejemplo, una plancha de madera que flotase a unos centímetros del suelo—, lo seguían haciendo al aparecer en la vida real. Si consistían en un concepto abstracto que se hacía corpóreo en el sueño —como una canción que de algún modo podía agarrarse con las manos—, su peculiar y alucinante carácter persistía al despertar.

Si eran unos cangrejos asesinos que querían devorarte en el sueño, lo seguían queriendo hacer en el mundo concreto.

Clac. Clac.

Ronan trató de mover los dedos de los pies. Nada. Lo único que podía hacer era flotar sobre sí mismo y esperar. Por suerte, las bocas de los cangrejos estaban en la parte superior de su máscara-caparazón, de modo que, por el momento, Adam y él estaban a salvo.

Por el momento.

«Adam», volvió a pensar, tratando de despertarlo con la fuerza de sus pensamientos.

Varios cangrejos cayeron al suelo y se dispersaron, produciendo un tamborileo seco con las patitas. Era un sonido inquietante que encajaba a la perfección con su aspecto. *Clac, clac. Tiqui, tiqui*.

«Mierda», pensó Ronan al darse cuenta de que no solo había extraído los cangrejos de su sueño. La tabla flotante también había salido y estaba suspendida junto a la cama como un *skate* rústico. En cuanto a la moto, estaba en el medio de la habitación, entre las dos camas. Seguía en marcha, igual que en el sueño y, tras ella, se extendía una estela retorcida de humo.

Ronan había sacado todo lo que se le había puesto por delante.

¿Cómo podía haberla jodido tanto?

Clac. Clac.

El otro soñador, Bryde, lo había desconcentrado.

El otro soñador. Otro. Soñador. Ronan había estado a punto de olvidarlo. Parecía imposible olvidar algo tan importante; pero, al fin y al cabo, así funcionaban los sueños. Incluso los mejores y los peores sueños de Ronan podían borrarse de su memoria instantáneamente. Ahora que le había venido a la cabeza, lo recordó todo de golpe.

A Ronan le hacía tanta falta otro soñador como una tonelada de cangrejos asesinos de mierda en su cama.

Lo único bueno era que la otra cama estaba vacía.

Ronan no sabía si Adam había arreglado las cosas para quedarse solos aquella noche o si se trataba de una coincidencia afortunada. Fuera como fuera, estaba aliviado. Ahora solo tenía que recobrar la capacidad de moverse.

Uno de los cangrejos asesinos correteó por el torso de Adam hasta llegar a su oído sordo.

«Despierta, Adam, joder. Despierta».

Por la cabeza de Ronan pasó la terrorífica idea de que los bichos ya habían matado a Adam y por eso no se movía; estaba muerto, enfriándose ya, asesinado por un sueño de Ronan mientras él flotaba impotente encima…

Otro cangrejo se deslizó sobre la cara de Ronan, y sus patitas puntiagudas se le hundieron en la piel de forma casi dolorosa. De pronto, el punto de vista de Ronan cambió: ahora veía desde sus propios ojos. Eso significaba que estaba a punto de retomar el control de su cuerpo. En el vientre del cangrejo había un código de barras. Encima de él se veía un pequeño letrero: «TCP CÓCTEL DE FRUTOS SECOS 0111». Debajo había dos ojitos azules que parpadeaban agitando unas espesas pestañas.

El 0111 se refería al cumpleaños de Ronan —que ya se acercaba trayendo consigo un uno y un nueve bien grandes—, pero el resto le

resultaba absolutamente inexplicable. El subconsciente de Ronan Lynch era una selva.

De pronto, otro cangrejo chocó contra el de su cara y lo volteó. La boquita, en contacto ahora con su piel, fue directa a por el ojo.

«Mierda peluda».

Los siguientes minutos se desplegaron en su mente: los dientes del cangrejo hincándose en su globo ocular mientras él era incapaz de gritar o de gemir siquiera; él mismo notando en silencio que se quedaba tuerto mientras Adam yacía a su lado, dormido o muerto.

Y de pronto se podía mover, se podía mover, su cuerpo era suyo otra vez.

Sacudió las mantas de una patada para quitarse de encima todos los cangrejos que había encima. Los monstruitos rodaron y salieron despedidos; algunos de ellos aterrizaron en la tabla que flotaba junto a la cama, que salió disparada por el impulso, como un taxi aéreo para cangrejos, y chocó contra el muro con una violencia que desalojó de golpe a los bichos.

—Ay, Dios —dijo Adam a su lado.

Estaba dormido, no muerto, y ahora su cara reflejaba la cruda verdad: acababa de despertarse en una habitación de pesadilla llena de crustáceos infernales.

—¡Dios, Ronan! ¡Dios! —exclamó—. ¿Qué has hecho?

—Tranquilo, lo arreglo en un momento —respondió Ronan mientras se ponía en pie.

Blam.

Mientras Ronan trataba de encontrar algún arma contundente, vio que Adam había estampado uno de los cangrejos contra la pared usando un libro de biología. El bicho reventó con un borbotón viscoso de líquido amarillo, como una oruga aplastada.

Un repentino frenesí se apoderó de todos sus congéneres.

—¡Arréglalo más *rápido*! —jadeó Adam.

Ronan vio la tabla que oscilaba a su lado y se subió a ella de un salto. El impulso la lanzó despedida hacia una esquina del cuarto y la hizo chocar contra la pared, pero Ronan logró mantener el equilibrio. Empujó la pared con el brazo para darse impulso y flotó hasta la esquina opuesta, donde había apoyada una bandera.

La aferró y la enarboló, como el gallardo héroe de una antigua leyenda irlandesa.

Blam. Adam despachurró otro cangrejo y, luego, otro más.

Ronan ensartó uno con su lanza improvisada, que se hundió justo en el código de barras.

—Ya os tengo, cabrones con dientes —masculló.

Uno de los bichos aterrizó en su brazo y, tras lanzarlo contra la pared, lo empaló rápidamente. Vio otro que quedaba panza arriba en el suelo y le atravesó el código de barras. *Bum*, *bum*, *plac*. Más tripas amarillentas. *Blam. Blam*. Adam estaba liquidando a los que habían aterrizado junto a la cama. Aquella tarea producía una cierta satisfacción repulsiva.

Alguien llamó a la puerta.

Ronan se preguntó cuánto tiempo llevarían llamando y no supo responderse. Solo ahora, con todos los cangrejos muertos, reinaba el silencio suficiente para oírlo.

Adam le miró horrorizado.

—En la cama —siseó Ronan con urgencia—. Tápalos para salir del paso.

Volvieron a llamar.

—¡Un momento! —respondió Adam.

Los dos empezaron a recoger como locos los pringosos cadáveres de los bichos y los ocultaron bajo el edredón. Ronan metió la tabla flotante debajo de la cama, donde se quedó presionando contra el somier, desesperada por reemprender el vuelo.

Adam se acercó a la puerta y abrió una rendija.

—¿Sí? —dijo sin aliento.

—Adam Parrish —respondió Fletcher con su tono ampuloso de costumbre—, ¿se puede saber qué demonios ocurre? Tus compañeros han ido a buscar al supervisor.

—Mira, Fletcher, la verdad es que… —balbuceó Adam.

Fletcher abrió la puerta de un empujón.

Se quedó de pie en el umbral, orgullosamente robusto, con su pelo engominado y un montón de libros bajo el brazo.

La habitación era una auténtica obra de arte contemporáneo, un experimento de texturas compuesto de patas de cangrejo arrancadas, manchurrones de tripas fluorescentes y algún hilillo de sangre de Adam y de Ronan. Además, empezaba a oler a gases de motor.

Los ojos de Fletcher recorrieron la escena y aterrizaron en la lanza improvisada de Ronan.

—Mi bandera —constató.

Adam se adelantó a toda prisa y cerró la puerta tras él.

—Las paredes —dijo Fletcher.

Los goterones de tripas habían empezado a descascarillar la pintura, y las esquinas de la tabla flotante habían dejado unas cuantas muescas en el recubrimiento de yeso.

—Las camas —dijo Fletcher.

Las sábanas estaban hechas jirones.

—La ventana —dijo Fletcher.

Uno de los cristales se había roto en un momento indeterminado.

—Una moto —dijo Fletcher.

A Ronan se le ocurrió que, si Adam no lo mataba antes, lo más probable es que lo matase el humo del motor, así que decidió apagarla. Le llevó un segundo hacerlo porque no tenía llave, pero al cabo de un momento encontró una palanquita con una placa que ponía *SÍ/NO*.

En la escena no había nada excesivamente sobrenatural, si se pasaban por alto los cangrejos ocultos por las mantas y la tabla flotante que había bajo la cama.

Solo había destrozos por valor de varios miles de dólares en el dormitorio de una residencia universitaria de Harvard, una sensación de culpa que casi asfixiaba a Ronan y un supervisor de camino.

—Ayúdame —dijo Adam simplemente.

9

A pesar de que, técnicamente, el número uno de aquella operación era Breck Myrtle, le encargó a Jeff Pick que rompiese la ventana para entrar en la casa. De ese modo, sería Pick quien comenzase con todo el asunto. Era una bobada, pero servía para tranquilizarle la conciencia a Myrtle.

Robar en casas no era el *modus operandi* habitual de Myrtle. Sus hermanos sí que se dedicaban a esas cosas: entrar por puertas traseras, pagar con cheques sin fondos, coger bolsos de Nissan Sentra sin cerrar… Su madre les había enseñado aquel tipo de delincuencia de bajo impacto. No es que los hubiera adiestrado, en plan clases particulares; había sido una enseñanza por el ejemplo. Ahora trabajaba recibiendo a los clientes en un Walmart y animaba a sus hijos a pasarse a la legalidad; pero Myrtle, que había decidido que nada de eso era para él, se dedicaba a vender obras de arte en una tienda de Takoma Park y por eBay. Lo que mejor le funcionaba era la parte virtual del negocio, porque la gente confiaba más en él cuando no podían verle la cara. Todos los hermanos Myrtle tenían la cara larga y los ojos pequeños, e incluso en sus momentos más benevolentes tenían aspecto de criatura que podría salir de las tinieblas para devorar cadáveres recientes. Eso, sin embargo, era irrelevante para las ventas por internet; ahí no era él quien daba la cara, sino la propia obra.

La mayor parte de lo que vendía era auténtico, pero también había falsificaciones. Venderlas no le causaba ningún problema; apenas merecía el calificativo de delito. La gente solo creía en las falsificaciones artísticas porque quería hacerlo, así que vendérselas era darles lo que buscaban.

En todo caso, Breck Myrtle no se dedicaba a asaltar casas.

Pero en esta ocasión había decidido hacer una excepción con Hennessy. La chica ya era una delincuente, y robar a un delincuente era como multiplicar dos números negativos: al final, el resultado era positivo.

La mansión McLean, en la que acababan de colarse, se extendía por una superficie de casi dos mil metros cuadrados, aproximadamente lo mismo que la cuidada parcela que la rodeaba. Para cualquiera que no viva en una

casa de esas dimensiones, resulta difícil imaginar lo que es. Dos mil metros cuadrados equivalen a unas cien plazas de aparcamiento, a algo menos de la mitad de un campo oficial de fútbol americano, al doble de los centros comerciales construidos en los Estados Unidos entre 1980 y hoy. La mansión constaba de ocho dormitorios, diez baños, una sala de baile, una piscina, una fuente decorativa adornada con estatuas de sirenas, una sala de proyección, una biblioteca llena de libros con el lomo en blanco y una cocina con dos hornos. El recibidor era del tamaño de un apartamento neoyorquino y estaba desnudo, salvo por una lámpara de araña lo bastante grande para tener conciencia de sí misma y dos escalinatas que conducían a la primera planta, por si los dueños de la casa querían usar una para subir y otra para bajar. Muchos objetos que nadie habría esperado ver recubiertos de pan de oro estaban recubiertos de pan de oro. El pavimento era de mármol extraído de lugares con nombres famosos o de madera de árboles en peligro de extinción.

Myrtle no habría sabido decir cuánto tiempo hacía que Hennessy estaba de okupa en aquella casa. Las mansiones de aquel tipo, pertenecientes en su mayoría a inversores saudíes, miembros de la realeza y gente así, podían pasarse años deshabitadas.

Ellos tres —Myrtle, Pick y otro Jeff, este apellidado Robinson— habían entrado por uno de los ventanales de la sala de billar. Pick, que parecía dominar el arte de colarse en casas ajenas, había sacado un cartel de vinilo para escaparates que anunciaba una oferta de sierras mecánicas, lo había pegado al cristal y le había asestado un puñetazo. El ruido fue notable por su discreción: un golpe sordo y arenoso, nada que hiciera pensar ni remotamente en un allanamiento de morada.

—¿Lo veis? —susurró Pick mientras retiraba el vinilo, ahora con una nueva capa de añicos de cristal—. Os dije que no habría alarmas. Hennessy no quiere atraer a la policía.

Examinaron la estancia, que parecía una sala de estar gigantesca. En un extremo, unas puertas de cristal daban a un patio enlosado, con una estatua de bronce que representaba a una mujer disparando una flecha hacia el cielo. La sala estaba amueblada con un sofá de capitoné y dos sillas que miraban hacia la chimenea de piedra labrada. También había una alfombra persa de valor incalculable, varios cuadros abstractos, un tiesto con un ficus de tres metros y un bólido Lexus amarillo chillón aparcado en diagonal, como si hubiera entrado desde el patio para disfrutar del calor de la chimenea. Sobre el capó, en un plato de plástico, reposaba un trozo de

pizza mordisqueado y frío, con una colilla hincada en la capa extra de queso. Eran estos tres últimos elementos los que proporcionaban el aroma que flotaba en la sala, una mezcla de gases de motor, humo y salsa marinera.

A pesar de aquellas extravagancias, lo más notable que había en aquella sala era una copia perfecta del famoso cuadro de Sargent *Retrato de Madame X*, apoyada en un caballete de gran tamaño. Bajo este, el suelo de mármol ajedrezado era un universo de pintura con constelaciones de gotas y estelas de cometas. El cuadro era impactante. La mujer que representaba, casi tan alta como Myrtle, posaba en actitud grácil y elegante, agarrando con una mano el vuelo de su vestido de satén negro. Sus cabellos eran de color caoba, y su piel, tan pálida que casi viraba al azul. En la esquina inferior derecha se veía una firma: «JOHN S. SARGENT 1884».

El cuadro habría sido perfecto si no fuera por los agujeros de bala que se abrían sobre uno de los delicados arcos de las cejas, junto a la ruborizada oreja.

—Menuda loca —masculló Pick.

Myrtle ya había oído hablar de Hennessy antes de la fiesta en casa de TJ Sharma. Según se decía, de sus manos salían las mejores falsificaciones de la Costa Este. Sus tarifas eran demasiado caras para encargarle copias del montón, pero —como probaba la copia perfecta de *Madame X* que tenían ante los ojos— no había nadie mejor si pretendías vender una falsificación de alta gama a un crédulo millonario extranjero que quisiera decorar su mansión recién comprada.

Y, para su sorpresa, la mismísima Hennessy —porque, para sorpresa de Myrtle, era una mujer y no un hombre— estaba en la fiesta de Sharma. El mundo era un pañuelo… O tal vez hubieran circulado rumores de que Feinman iba a abandonar su sarcófago para pasearse entre los mortales de la fiesta. A Myrtle le sorprendió que Feinman rechazara la petición de Hennessy de entrar en el Mercado de las Hadas; al fin y al cabo, estaba más que cualificada para ello. El propio Myrtle había recibido una invitación hacía tiempo, y eso que no era más que un simple intermediario.

No le resultó difícil seguirla hasta su casa y planear el golpe.

Para Myrtle sería pan comido vender a buen precio las falsificaciones de Hennessy en el mercado al que ella no podía acceder.

En la vida había que aprender de los tropiezos, incluso si eran ajenos.

—Vamos a separarnos —dijo en voz baja—. Buscad solo las cosas de valor.

—¿Aparatos electrónicos? —preguntó Pick.

Aquella eran las pegas de trabajar con delincuentes comunes.

—Si es lo que más te interesa… —suspiró Myrtle—. Nos vemos en un rato junto a la piscina.

Robinson echó un vistazo al interior del Lexus.

—¿Y si aparece Hennessy? —preguntó.

—Esta mañana salió un coche del garaje —respondió Myrtle—. Hennessy iba dentro.

—Y si hay alguien más —añadió Pick, sacando unas bridas de plástico de la misma bolsa en la que había llevado el cartel de vinilo—, lo atamos y punto.

Una vez más, a Myrtle le impresionó la pericia criminal de su compañero.

—Bueno, bueno. No querrán alertar a la policía, así que basta con asegurarnos de que no montan jaleo.

Los tres salieron en distintas direcciones.

Cada una de las alas en las que entraba Myrtle estaba llena de cuadros. No hubiera sabido decir si eran de Hennessy u originales. Pudo reconocer bastantes: Mondrian, Waterhouse, Ruysch, Hockney, Sandys, Stanhope. ¿Falsificaciones? ¿Grabados de calidad? ¿Originales? En una mansión como aquella, podían ser cualquiera de las tres cosas.

Empezó a descolgar todos los cuadros que veía, haciendo múltiples viajes para amontonarlos junto a la puerta de entrada.

En una de las alas descubrió el taller de Hennessy. La luz estaba encendida, a pesar de que no había nadie dentro. En el alto techo brillaba otra enorme lámpara de araña. En la pared, casi ocultos por rollos de lienzo, marcos vacíos con molduras doradas y bastidores, había un cabecero y unos pies de cama. A un lado había un escritorio de persiana cubierto de impresos oficiales, libros de cheques, pasaportes y sobres. Al pie del mueble había un ordenador, con el teclado tan separado que Myrtle estuvo a punto de pisarlo.

Por todas partes se veían tubos de pintura, lápices, papeles, libros, cuadros, esbozos… También había varias copias: *Las hijas de Edward Darley Boit*, de Sargent; *Las hermanas*, de Abbott Thayer, y *Al soldado británico desconocido en Francia*, de William Orpen. Myrtle supuso que Hennessy las había pintado por puro placer, ya que las obras eran demasiado conocidas para hacerlas pasar por originales.

En el centro de la sala reinaba un impactante retrato. La modelo era una hermosa mujer de cabello dorado, vestida con una americana de hombre, que contemplaba al espectador con aire receloso. Aunque Myrtle no era aficionado al arte figurativo, aquel cuadro le hizo sentir cosas en diversas partes de su cuerpo. No hubiera sabido decir aún qué partes eran; en cualquier caso, eran muy variadas.

—El truco está en comprar todos los cuadros malos y antiguos que te encuentres para pintar sobre ellos. Si los pasan por rayos X estás jodido, claro; pero el ojo no entrenado, el comprador *amateur*, el aficionado que acude a las subastas, ve el bastidor envejecido y pica de inmediato. La clave está en dar a la gente lo que quiere —dijo alguien.

Myrtle se dio la vuelta lentamente.

Hennessy lo miraba desde el umbral de la sala.

Se había cambiado desde aquella mañana, cuando se marchó con el coche. Su pelo afro estaba recogido en un moño alto y despeluchado. Llevaba gafas de sol, un abrigo de piel de conejo, un brazalete de encaje blanco que resaltaba sobre su piel oscura y unos *leggings* de piel que dejaban al descubierto el tatuaje de escamas de su pantorrilla. Sus nudillos también estaban cubiertos de tatuajes en tonos pastel, mezclados con manchurrones de pintura. Como en su encuentro anterior, Myrtle se sintió incapaz de calcular su edad. ¿Veinticinco? ¿Diecisiete?

—Las falsificaciones más competentes procuran cambiar lo menos posible —continuó Hennessy encendiéndose un cigarrillo, con aquella expresión que parecía sonreír aunque no lo hiciese—. Si respetas las normas el noventa y nueve por ciento del tiempo, la gente no advertirá el uno por ciento en que te apartas de ellas. La clave está en contar mil mentiras pequeñas en lugar de una grande. ¿Un Van Gogh inédito? Nadie se lo creería. Sin embargo, sí que comprarían un Henry Tonks recién descubierto. ¿Unos nuevos nenúfares de Monet? Ni de coña. Pero un Philip Guston menor te puede proporcionar una buena cena. ¿Te doy un consejo? Nadie va a comprar el Degas que tienes en las manos.

Myrtle no estaba preparado para aquella escena. Buscó una respuesta en su interior y solo encontró cólera. Era por la ausencia de miedo que mostraba la chica, por el hecho de que ni siquiera hubiese gritado. Lo ponía furioso. Su madre siempre le había dicho que guardaba mucha ira dentro. Tal vez fuera cierto, porque ahora sentía cómo su ira se multiplicaba por tres, por cuatro, por un millón. Dejó el Degas a sus pies y sacó una navaja.

—Niñata de mierda… No está bien hablar así a la gente, ¿sabes?

Hennessy sacudió el cigarrillo y un cúmulo de ceniza cayó al suelo.

—Tampoco está bien colarse en casas ajenas en plan misión imposible, gilipollas. Y, sin embargo, aquí estamos.

En algún lugar de la mansión sonó un alarido. La edad y el género de quien lo había emitido eran imposibles de determinar. A Hennessy no pareció preocuparle lo más mínimo.

Myrtle se lanzó sobre ella. No se le daba mal manejar la navaja, y su ira nuclear le proporcionaba superpoderes. Hennessy se agachó para esquivarle justo en el momento en que las suelas de Myrtle resbalaban en una arruga de la alfombra. Cayó sentado y se deslizó por el pavimento, sintiendo cómo su ira se convertía en un odio al rojo vivo. Aunque llevaba años sin hacer daño a nadie, lo único en lo que podía pensar ahora era en cómo sería desgarrar la piel de la chica con las uñas.

Se oyó otro grito. Víctima desconocida, escena del crimen indeterminada.

Myrtle gateó hasta ponerse en pie y se dispuso a lanzarse de nuevo sobre Hennessy, que fumaba tan tranquila junto a un desnudo a medio terminar.

—Para ahí —dijo alguien a su espalda, y Myrtle sintió que un objeto frío y romo le cosquilleaba detrás de la oreja—. A no ser que quieras recoger del suelo un revuelto de tus propios sesos, claro.

Myrtle paró ahí.

—¿Por qué no le das ese cuchillo a Hennessy?

Myrtle se lo ofreció a Hennessy, quien lo dejó caer en un bote de pintura abierto.

—Creí que no llegarías nunca, Jordan —dijo Hennessy.

—Accidente en la cuatrocientos noventa y cinco —respondió la voz que iba con la pistola.

La recién llegada rodeó a Myrtle y entró en su campo de visión. Lo primero que vio él fue el arma, que ahora le apuntaba a la cara: era una Walther que tenía la palabra «D!PLOMACIA» trazada con rotulador en el cañón. Lo segundo que vio fue la persona que la empuñaba.

Eran gemelas; tenían que serlo. Esta chica era exactamente igual a Hennessy: el mismo pelo, la misma cara, el mismo aro en la nariz, los mismos tatuajes… También se movía igual que ella, grácil y segura de sí misma, apoderándose del espacio donde apenas lo había, toda músculo y energía y desafío sonriente.

Myrtle odiaba a las dos por igual.

—¿Quién es ahora la niñata de mierda? —le preguntó Hennessy con suavidad lánguida.

Él la respondió con un insulto que comenzaba por P y rimaba con viruta.

—No tires de tópicos, anda —repuso Hennessy.

Luego, se acercó a él y le apagó el cigarro en la calva de la coronilla. Cuando Myrtle dejó de gritar, la gemela dijo:

—Vamos a dar un paseíto hasta la puerta y, después, no quiero volverte a ver.

Los tres caminaron hombro con hombro por el largo corredor, pasaron junto al montón de cuadros que había reunido Myrtle y se detuvieron al llegar al ventanal roto.

Pick, junto al ventanal, temblaba abrazándose el torso. Tenía medio rostro cubierto de sangre, aunque no resultaba fácil adivinar de dónde provenía. Robinson, acurrucado a su lado, miraba el montoncito de dientes —suyos, presumiblemente— que atesoraba en la palma de la mano.

Había otras tres chicas envueltas por la gris penumbra del amanecer. A pesar de la escasa luz, a Myrtle le pareció ver que también ellas eran iguales a Hennessy. Al menos su actitud era la misma, una especie de «o te follo o te jodo».

La que se llamaba Jordan registró los bolsillos de Myrtle y sacó su cartera.

—Tengo la memoria como un colador —explicó, y la radiante simpatía de su voz mientras fotografiaba la foto del carné con su teléfono fue una de las cosas más escalofriantes que Myrtle había oído en su vida—. No querría olvidarme de ti… Anda, mira qué hay aquí.

Sacó la invitación de Myrtle para participar en el Mercado de las Hadas y la sostuvo en alto.

—Lleva mi nombre —dijo él.

Hennessy se echó a reír, como si aquello fuera un detalle sin la menor importancia.

—Lo lamentarás —añadió Myrtle mientras Jordan entregaba la invitación a una de sus compañeras, quien se la guardó.

—Lo dudo mucho, compañero —replicó ella.

Hennessy le dedicó una sonrisa de oreja a oreja, tan amplia que en ella podría haber desaparecido el planeta entero.

—Gracias por el baile —dijo.

10

Ronan caminó durante varias horas.

Al principio vagó sin mirar adónde, limitándose a poner un pie delante del otro, los ojos en las botas, las botas en las hojas, hojas de árboles extraños que no conocía ni quería conocer. Solo cambiaba de trayectoria cuando el camino se desviaba, cuando atisbaba un edificio, cuando la verja del campus de Harvard se interponía severa en su camino. Al fin, se encontró metido en un laberinto que había frente a Divinity School, en una explanada solitaria. Los laberintos que había conocido hasta ese momento tenían paredes de piedra o setos; este, sin embargo, no era más que un diseño como de circunvoluciones cerebrales, formado por las baldosas del pavimento. Se podía pasar del exterior al interior en cualquier momento con solo un par de zancadas. Lo único que mantenía al paseante encerrado en él eran sus propios pies.

Ronan recorrió el laberinto hasta llegar al centro, volvió sobre sus pisadas para salir, entró de nuevo y salió una vez más. No pensaba en nada, porque, si lo hacía, pensaría en Adam dando explicaciones al supervisor y a Dios sabía quién más.

Se limitaba a andar.

A andar.

A andar.

Si hubiera tenido un coche, se habría montado y habría conducido. ¿Adónde? A cualquier lugar. Tan rápido como pudiera.

El juego se hace más difícil a medida que se tiren más piedras, a medida que la espiral se vaya estrechando.

En cierto momento, Declan le llamó por teléfono.

—Te dije que me escribieras por la mañana. Las normas eran muy sencillas.

Ronan trató de hablar, vio que su voz no le respondía y volvió a intentarlo. A la segunda lo consiguió, aunque la voz no sonó especialmente parecida a la suya.

—Destrocé su dormitorio —dijo.

Hubo unos segundos de silencio.

—Voy a llamar a Adam —dijo luego Declan.

Ronan siguió recorriendo el laberinto. En algún lugar, alguien tocaba con gran habilidad y sentimiento un lastimero corno francés. El instrumento se oía mucho más que el murmullo del tráfico.

Se sentó en el centro del laberinto. Apoyó la cabeza en las piernas y enlazó las manos detrás de la nuca. Así lo encontró Adam un rato más tarde. Se sentó justo detrás y apoyó su espalda contra la de él.

—Declan se llevó los cangrejos —dijo Adam.

Ronan no respondió.

—Me pidió que te echara a ti la culpa de todo —dijo Adam.

Ronan no respondió.

—Les dije… —Adam vaciló—. Les dije que habías bebido demasiado. Lo siento, yo…

—Bien —respondió Ronan. «Perdedor borracho destroza dormitorio de residencia universitaria»—. Fue culpa mía. Me da igual lo que piensen de mí; lo que piensen de mí no importa una mierda. ¿Estás metido en un lío?

—Claro —contestó Adam.

A Ronan le resultaba imposible determinar el estado de ánimo de Adam sin verle la cara. En ese momento, su voz sonaba más precisa y remota que nunca.

—Aún tengo que arreglarlo —añadió—. Fletcher tuvo que declarar que fuiste tú, no yo. Y no me permiten volver a invitarte. Me hicieron firmar un documento en el que me comprometía a no traerte al campus nunca más.

El corno francés emitió un gemido grave antes de elevarse una vez más en espiral.

—Pagaré las reparaciones —dijo Ronan. Su padre le había dejado algo de dinero que él jamás había tocado; ¿en qué iba a gastarlo, cuando podía soñar todo lo que necesitase?

Todo, salvo una vida allí.

Adam se dio la vuelta. Ronan también, y los dos se quedaron sentados frente a frente en el centro del laberinto. Adam enjugó con el dedo una lágrima del ojo derecho de Ronan y se la enseñó. La gota brillaba sobre la yema. Luego, estiró el brazo y enjugó la lágrima del ojo izquierdo.

Le mostró la yema del dedo.

Estaba manchada de una sustancia negra.

Brotanoche.

—Esto no puede funcionar, Ronan —dijo Adam.

Ronan era consciente de ello. Lo sabía porque ya había pasado la hora de la primera cita para ver un apartamento, y Declan no había vuelto a llamarle. Sabía que Declan había anulado las visitas. Sabía que no habría marcha atrás, porque Adam había firmado un papel en el que se comprometía a no invitar más a Ronan al campus. Sabía que tendría que volver a Los Graneros para seguir esperando a Adam allí.

Su tristeza era como una radiación: parecía que el tiempo pasado entre dos exposiciones fuera irrelevante, como si le hubiesen entregado un dosímetro con un límite determinado que se fuera rellenando a lo largo de su vida y lo matase al quedar colmado.

Adam Parrish y el Club de los Lloricas.

—No me refiero a lo nuestro, Ronan —añadió Adam—. Es algo distinto.

¿Existe alguna versión de ti que pueda venir conmigo a Cambridge?

No.

—No estoy prisionero en el campus —prosiguió Adam—. Puedo ir a verte en vacaciones.

Ronan observó cómo correteaba una hoja por el laberinto, escabulléndose sin esfuerzo del círculo exterior al interior antes de ser alcanzada por muchas otras. La hojarasca, apiñada, se estremeció con la brisa por un momento antes de salir en tromba hacia algún otro lugar.

—Dime que vaya a una universidad que quede más cerca de ti y lo haré —dijo Adam deprisa, amontonando las palabras—. Dímelo y lo haré.

Ronan se presionó la cuenca del ojo con la base de la mano para comprobar si salía más brotanoche. No salió nada; aún no era tan serio.

—No soy tan gilipollas —respondió.

—Claro que lo eres —replicó Adam, tratando de dar un giro de humor a la conversación y fallando en el intento—. Pero en otras cosas.

El corno francés se había quedado en silencio; lo único que se oía era el rumor de la ciudad que mataría lentamente a Ronan si él se lo permitía.

Se puso en pie.

Todo había terminado.

Estás hecho de sueños y este mundo no es para ti.

11

7:07. DESPIERTA, GILIPOLLAS. ESTÁS VIVO.

Ronan estaba despierto.

Contempló la lista garrapateada con tinta negra que había pegada en la pared de su dormitorio de Los Graneros, sobre la cama. Después de lo de Cambridge, se había pasado cuatro días evitando contestar todos los mensajes y llamadas. Por fin, Declan había ido sin avisar y le había encontrado metido en la cama, comiendo judías con tomate de una lata caducada y vestido con los mismos vaqueros que llevaba en su expedición fallida.

—Necesitas marcarte una rutina —le dijo Declan.

—Ya la tengo.

—¿No decías que tú nunca mientes?

7:15. VESTIRSE Y AFEITAR ESA LINDA CABECITA.

Ronan llevaba mucho tiempo sin recibir una charla de Declan en condiciones. Tras la muerte de su padre, Declan había pasado a ser el tutor legal de sus dos hermanos hasta que cumpliesen dieciocho años. Durante un tiempo, había hostigado a Ronan con sus órdenes. No te saltes clases, Ronan. No compres otra entrada, Ronan. No te quedes levantado hasta tarde con Gansey, Ronan. No te pongas los mismos calcetines dos días seguidos, Ronan. No digas tacos, Ronan. No te emborraches hasta quedar inconsciente, Ronan. No te juntes con esos aprovechados, Ronan. No te mates, Ronan. No hagas un nudo Windsor doble a la corbata con una camisa como esa, Ronan.

—Escribe tu rutina, Ronan. Ahora, delante de mí. Quiero ver cómo lo haces.

7:45. LA COMIDA MÁS IMPORTANTE DEL DÍA.

8:00. DAR DE COMER A LOS BICHOS.

9:30. REPARACIONES EN LOS GRANEROS O LA CASA.

12:00. Comer en la gasolinera rara.

13:30. Ocuparme del Maravilloso Emporio Onírico de Ronan Lynch.

—¿Qué significa lo último, Ronan?

Significa que la perfección llega con la práctica. Significa que hacen falta al menos diez mil horas para dominar las cosas; que hay que perseverar; que hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes.

Ronan había pasado cientos de horas a lo largo del año anterior soñando —y creando— objetos cada vez más complejos y precisos. La serie había culminado con un intrincado sistema de seguridad para Los Graneros que hacía la granja ilocalizable a no ser que quien la buscase supiera exactamente adónde se dirigía. Pero, después del incidente de Cambridge, aquella tarea había perdido toda su gracia.

—Yo no te pregunto lo que haces *tú* en el trabajo, Declan.

18:00. Conducir un rato.

19:15. Cenita de microondas.

19:30. Peli.

23:00. Escribir a Parrish.

El último mensaje que le había enviado Adam decía simplemente: «4 200 dólares».

Era la cantidad que le había enviado Ronan para cubrir las reparaciones del dormitorio.

*23:30. Irse a la cama.

*Sábado/Domingo. Misa/Washington D. C.

*Lunes. Colada y compra.

*Martes. Escribir o llamar a Gansey.

Los cuatro últimos renglones estaban escritos con la letra de Declan y sugerían de manera sutil todos los componentes de una vida adulta satisfactoria que Ronan había pasado por alto al escribir su lista. Aquello solo había servido para deprimir aún más a Ronan. «Mira lo idénticas que son todas tus semanas», parecía decirle la lista. «Puedes predecir las próximas cuarenta y ocho, setenta y dos, noventa y seis horas. Puedes

predecir el resto de tu vida». La misma palabra «rutina» deprimía a Ronan. Todo siempre igual… A la mierda.

«Declan me ha pedido que te diga que te levantes», le escribió Gansey.

«pq», contestó Ronan, y se quedó mirando cómo la luz del amanecer se deslizaba por los bultos grisáceos de su habitación. Estantes llenos de maquetas de coches; el estuche abierto de una gaita irlandesa; un escritorio desgastado por los años, con una ballena de peluche encima; un árbol de metal con ramas asombrosamente intrincadas; montones de ropa sucia tirados por el suelo entre virutas de madera de color rojo oscuro.

«No me hagas coger un avión para ir a verte. Ahora mismo estoy encadenado a uno de los nogales negros más antiguos de Oregón», respondió Gansey.

Ronan suspiró, se sacó una foto del codo doblado de forma que pareciese un culo, se la envió a Gansey y se levantó. A aquellas alturas de año, la luz matinal era débil; sin embargo, Ronan no se molestó en encender las luces mientras desayunaba y reunía las cosas que necesitaba para sus tareas del día. Habría sabido manejarse por la casa incluso en la oscuridad más absoluta; sus dedos conocían la forma de las paredes, sus pies conocían los crujidos de la tarima, su nariz conocía los aromas ahumados o levemente cítricos de las habitaciones. Tenía la casa memorizada como una melodía. Aquel lugar contenía la mayor parte de sus recuerdos de infancia, algo que podría haber sido insoportable para otras personas. Para Ronan, sin embargo, Los Graneros era uno de los escasos supervivientes de su familia. Las circunstancias de su vida lo habían hecho un prisionero, pero existían cárceles mucho peores que Los Graneros.

En el exterior, la niebla se tendía espesa e indolente sobre los lustrosos campos. Tras los cobertizos se extendían largas sombras violáceas, pero las partes iluminadas por el sol brillaban tanto que Ronan se vio obligado a pestañear. Mientras caminaba por las laderas herbosas, con las piernas empapadas por el rocío, sintió que se le aligeraba el ánimo. Siempre le intrigaba que las casas vacías fueran tan tristes y que los campos desiertos, por el contrario, fueran tan acogedores.

A medida que avanzaba, tras él aparecían criaturas imposibles que reptaban entre la hierba crecida. Algunas resultaban más alarmantes que otras. Ronan tenía mucho aprecio a su colección de seres: sus ciervos y sus luciérnagas, sus monstruos matutinos y sus pájaros de sombra, sus pálidos ratones y sus dragoncitos peludos… Desde un punto de vista ético, no

estaba seguro de tener derecho a hacer aquello. Podía crear soñando una vida de la nada, ¿pero debía hacerlo? Los días de diario, a menudo cedía al impulso de incrementar sus peculiares rebaños. Los fines de semana, pesaroso, iba a misa y pedía perdón a Dios por su soberbia.

Pero aquella mañana iba al encuentro de las criaturas soñadas por otra persona. Las vacas de bellos colores que había soñado su padre eran residentes eternas de Los Graneros, montículos de múltiples tonos —pardos, achocolatados, negros, dorados, castaños, pajizos, jaspeados…— cubiertos de rocío. Los seres soñados solo podían estar despiertos si su soñador vivía; por eso, las vacas llevaban sumidas en un profundo letargo desde la muerte de Niall. Ronan aún tenía que aceptar la idea de que aquello terminaría por ocurrirles también a sus criaturas soñadas.

De pronto, una nube negruzca y maloliente lo envolvió. Los músculos de Ronan se contrajeron por su cuenta y lo hicieron saltar antes de que tuviera tiempo de reconocer lo que era.

—¡Gasolina! —gruñó, extrañamente irritado por la conciencia de que su salto había sido ridículo—. Más vale que no te marches muy lejos.

Gasolina, otra criatura soñada, resultaba bastante más satisfactoria en la teoría que en la práctica. Era un jabalí enorme, del tamaño de una camioneta pequeña, con ojillos inteligentes y pelaje áspero y metálico. Si galopaba sobre una superficie dura, de sus pezuñas brotaban chispas. Cuando algo lo sorprendía, se desvanecía en una nube de humo. Cuando gritaba, sonaba como un pájaro.

Además, carecía de genitales. Aquella característica, que no parecía especialmente memorable en un animal como ese, resultaba obsesionante una vez se pensaba en ella.

Antes de disiparse, la nube maloliente emitió un trino.

Ronan agitó la mano para despejar los restos de humo mientras se arrodillaba junto a una de las vacas dormidas de su padre, un espécimen con un pelaje gris delicadamente moteado y un cuerno torcido.

—Te he reservado un billete de avión —dijo palmeándole la grupa—. Te toca un sitio con ventana y pasillo.

Desplegó un objeto soñado que había llevado hasta allí —una especie de manta hecha de hojas de árbol entretejidas, del tamaño de un mantel grande— y cubrió el lomo de la vaca con ella, poniéndose de puntillas para estirarla bien. Palpó el borde hasta encontrar un cordón ajustable que recordaba haber visto en el sueño. Estaba escondido en la parte inferior de la manta, remetido de un modo que hacía protestar a la mente racional de

Ronan si se concentraba en ello. Tiró de ella hacia fuera y hacia abajo sin pensar en cómo lo hacía y vio cómo la manta se ajustaba. Al cabo de unos segundos tuvo que apartar la mirada, porque el funcionamiento de aquel tejido quedaba fuera del orden natural de las cosas. Ronan había aprendido que era mejor no mirar de frente a algunos de los artefactos que soñaba. Había muchos cuentos sobre hechiceros y visionarios que se volvían locos de tanto usar la magia, y lo cierto es que algunos sueños parecían capaces de agrietar la mente hasta quebrarla. La manta de hojas era uno de ellos.

Tiró tres veces del cordón ajustable y, como en el sueño del que había salido, la manta se elevó llevando la vaca consigo. Ahora Ronan tenía una vaca flotante con un cordel. Un globo vacuno. Un zepelín bovino. En el fondo de su mente había asomado la idea de pasarse el invierno tratando de soñar con algo capaz de despertar a los seres creados por un soñador muerto; y esa tarea sería mucho más agradable en el largo cobertizo, que tenía calefacción. Lo único que necesitaba era algo que lo ayudase a transportar vacas hasta allí.

Le complació ver que el dispositivo funcionaba, aunque no confiaba en tener más suerte con las vacas dormidas de la que había tenido a lo largo de los meses anteriores.

Por la mente le cruzó una pregunta repentina: ¿sabría aquel tal Bryde despertar sueños ajenos?

Si era capaz de hacerlo, tal vez mereciera la pena entrar en su juego.

—¡Kerah! —se oyó en la altura.

Ronan levantó la mirada justo en el momento en que un ave negra como la muerte se precipitaba sobre él.

Era Sierra, una de las primeras criaturas que había soñado. Sierra era una hembra de cuervo y, como Ronan, tenía ocultas todas las partes que la hacían interesante.

Estiró una mano para que se posara, pero Sierra graznó, dejó caer una cagada a poca distancia de su hombro y empezó a planear en círculos sobre la vaca.

—¡Borde!

—¡Krek! —replicó Sierra.

Su vocabulario inventado consistía en poco más que conceptos extremos: las cosas que le gustaban mucho eran «kerah» (que también era el nombre con el que se dirigía a Ronan) y las que odiaba eran «krek-krek» (una variación enfática de «krek», la palabra que empleaba para nombrar a los demás seres soñados y, específicamente, a su odiada Opal, el otro

psicopompo de Ronan). También tenía una palabra para denominar a la comida, «ñaca», y otra levemente parecida a «Adam» que usaba para referirse a él.

—Eso es —asintió Ronan—. Si quieres venir, dale.

Empezó a caminar con su vaca flotante hacia el cobertizo, cuidando de agarrar bien el cordel. Si soltaba la manta de hojas, se elevaría hasta perderse de vista, y no le emocionaba imaginar a la vaca entrando en órbita.

Cuando ya llegaba al granero, su teléfono vibró. Sin hacerle caso, Ronan silbó una pequeña melodía ante la puerta, que se abrió. Ronan bufó al ver que la vaca no cabía por aquel hueco. Ató el cordón al picaporte, entró y abrió el portón corredero.

Su teléfono volvió a vibrar. Lo ignoró de nuevo.

El interior del cobertizo estaba atestado de creaciones soñadas por él: máquinas con garras, criaturas erizadas de engranajes, fenómenos climáticos sobrenaturales almacenados bajo cubiertas de lona, latidos cardiacos metidos en bombillas… Los objetos se amontonaban sin más orden ni sistema que los de Ronan. Rápidamente, despejó una zona del tamaño de la vaca y se dispuso a trabajar.

Su teléfono vibró una vez más. Siguió ignorándolo.

Remolcó la vaca flotante, calculando cuánto tendría que agacharse para no golpearle la cabeza contra el dintel al entrar. Arrugó la nariz: allí cerca había algo que apestaba.

Su teléfono zumbaba, zumbaba, zumbaba.

—Maldito cacharro… —le dijo Ronan a Sierra, que aleteaba con pericia por el cobertizo sin rozar siquiera el caos de objetos.

Aferró con una mano la correa de la vaca y sacó el teléfono con la otra.

—¿Qué cojones pasa, Declan? Tengo una vaca que remolcar, si no te importa.

—Acabo de tener una reunión muy preocupante con un profesor. Te necesito aquí.

Por un momento, Ronan no supo de qué le hablaba su hermano; al fin y al cabo, ya no había ningún profesor en su vida. Mientras se internaba con paso cauteloso en el cobertizo, con la vaca oscilando a su espalda, lo comprendió.

—¿Es por Matthew?

—¿Por quién va a ser? —le espetó Declan—. ¿Tienes algún otro hermano soñado que la esté cagando en el instituto?

Un soñador, un sueño y Declan: esos eran los hermanos Lynch.

Si Sierra era un sueño antiguo, Matthew lo era más aún. Un accidente. Ronan era muy pequeño; tanto que en un primer momento ni siquiera se había dado cuenta de que había soñado a su hermano. Había aceptado sin más la aparición repentina de aquel hermanito que, a diferencia de Declan, casi siempre estaba contento. Le había tomado cariño enseguida; todo el mundo se encariñaba enseguida con Matthew. Aunque a Ronan no le gustaba pensarlo, era muy posible que aquella facilidad para ser amado fuera una característica más soñada por él.

Esa era la razón por la que el juego de Bryde podía valer la pena, si es que realmente sabía despertar sueños de soñadores muertos: si Ronan moría, su hermano caería en un letargo eterno junto al resto de sus criaturas oníricas.

No había suficientes confesores en toda la iglesia católica para enjugar la mala conciencia que le producía a Ronan haber soñado —y creado— un ser humano.

Matthew no sabía que era un sueño.

—Vale —accedió. El hedor se había acentuado; ya casi era tan fuerte como para obligarle a respirar por la boca—. Yo…

De súbito, el olor tomó forma corpórea: Gasolina, el jabalí tamaño furgoneta, se materializó justo detrás de Ronan y lo derribó. El teléfono salió despedido y patinó alegremente por la gravilla. La vaca se elevó cabeceando, con el cordón aleteando detrás como la cola de una cometa.

Escupiendo hasta el último taco que había aprendido en su vida, Ronan vio cómo el animal —con los ojos cerrados inconsciente e inocentemente — se elevaba en dirección al sol.

—¡Sierra! —gritó y, luego, dudó sin saber bien cómo continuar la frase —. ¡El… El… krek!

El cuervo salió disparado del cobertizo y planeó a su alrededor.

—¡Kerah! —graznó alegremente.

—¡No! —replicó Ronan señalando la vaca, que ya estaba a la altura del alero del cobertizo—. ¡El krek!

Sierra se elevó para examinar con curiosidad la vaca ascendente. A juzgar por su actitud, todo aquello le parecía un juego de lo más divertido. Aquella era una vaca estupenda, su actitud de aquella mañana era de lo más positiva, era encantador que se hubiera despegado del suelo de aquel modo. Sierra graznó con deleite, la rodeó una vez más y luego empezó a girar en sentido contrario.

—¡Tráeme al krek! ¡Si lo haces, te doy una galleta! ¡Ñaca! ¡Buey seco! —Ronan se devanó los sesos en busca de la golosina que más apetecible le podía resultar al cuervo—. ¡Tarta! ¡Queso!

La vaca y el cuervo ascendían, cada vez más pequeños.

—¡Basura! —ofreció Ronan a la desesperada, porque eso era lo que más deseaba Sierra en la vida y lo que más vetado tenía.

Las garras del cuervo aferraron el cordón.

Por un momento, Ronan temió que el impulso de la manta de hojas fuera excesivo para las fuerzas del ave. Pero, entonces, Sierra aleteó con algo más de fuerza de lo habitual y empezó a descender con ritmo constante. Ronan estiró una mano hacia ella para darle ánimos. Cuando estaba a punto de llegar, Ronan tuvo un momento de angustia por si soltaba el cordón antes de que él pudiera agarrarlo; no era raro que Sierra dejase las cosas sin terminar. Pero enseguida tuvo la vaca bajo control y la remolcó al interior del cobertizo.

Con la vaca a un par de centímetros del suelo, se sacó la navaja del bolsillo y rasgó la manta para quitársela. La vaca se posó en el pavimento de tierra.

Por fin, Ronan se permitió relajarse.

Jadeando, destapó de una patada el cubo de la basura para cumplir su promesa y luego fue a recuperar su teléfono. La pantalla aún mostraba una llamada activa de DSCEREBRADO LYNCH.

Ronan se encajó el teléfono entre la oreja y el hombro.

—¿Sigues ahí? Estaba…

—No quiero saberlo —lo interrumpió Declan—. Ven en cuanto puedas.

12

Declan Lynch era un mentiroso.

Llevaba la vida entera mintiendo. Las mentiras acudían a su mente fácil, natural, instintivamente. ¿En qué trabaja tu padre? Vende coches deportivos de alta gama en verano y seguros de vida en invierno. Es anestesista. Es consultor financiero en casos de divorcio. Es creativo publicitario para multinacionales en mercados angloparlantes. Está en el FBI. ¿Dónde conoció a tu madre? Iban juntos al instituto. Los presentaron unos amigos. Ella le hizo una foto en las fiestas de un pueblo y dijo que quería conservar su sonrisa para siempre. ¿Por qué Ronan no puede quedarse a dormir en mi casa? Porque es sonámbulo. Una vez anduvo hasta la carretera y mi padre tuvo que convencer al camionero que había estado a punto de atropellarlo de que era realmente su hijo. ¿Cómo murió tu madre? De una hemorragia cerebral. Una enfermedad rara, genética. Lo único bueno es que solo se transmite de madre a hija, y somos tres hermanos varones. ¿Qué tal estás? Bien. Fenomenal. Estupendamente.

Llegó un punto en que la verdad le hacía sentirse peor que las mentiras. La verdad era un funeral con el féretro cerrado al que solo habían asistido tres parientes lejanos: Mentira, Seguridad y Secretos.

Declan mentía a todo el mundo. A sus amantes, a sus amigos, a sus hermanos.

Bueno, no.

Normalmente, lo que hacía con sus hermanos era no decirles la verdad.

—Qué bien se está aquí siempre —comentó Matthew mientras salía del coche y pisaba la gravilla.

Los tres hermanos estaban en el lado virginiano de Great Falls, un boscoso parque nacional que quedaba a solo unas millas de la casa de Declan. Los visitantes podían disfrutar tanto de un agradable paseo a lo largo de un canal histórico como de una espléndida vista del río Potomac, que tomaba aliento antes de lanzarse por un precipicio de veinte metros y continuar su burbujeante trayectoria desde Virginia Occidental hasta el Atlántico. El cielo, cubierto de nubes bajas y desgreñadas, era de un gris

que hacía más intensos los colores del otoño. Todo emanaba el aroma nostálgico y ahumado de las hojas secas de los robles. Resultaba agradable, sobre todo si era la primera vez que ibas.

Declan había ido cientos de veces.

—Me encanta venir —mintió.

—Es toda una juerga —remachó Ronan cerrando de malos modos la puerta del copiloto.

Últimamente, su lema parecía ser «¿Para qué cerrar bien las puertas pudiendo dar portazos?». Desde la debacle de Harvard, estaba de un humor de perros. Aunque no siempre resultaba fácil saber hasta qué punto estaba hundido, Declan se había convertido con los años en una especie de experto en los humores de su hermano. Los portazos significaban que la sangre aún corría por sus venas. El silencio significaba que el peligro se pudría lentamente en sus venas. A Declan le había dado miedo pensar en un Ronan que se mudase a Cambridge; ahora le daba miedo pensar en uno que no pudiera hacerlo.

A Declan se le ocurrían muchas cosas de las que tener miedo.

—Oye, mi coche no te ha hecho nada —protestó blandamente mientras cerraba su puerta con delicadeza—. Matthew, la bolsa.

Su hermano pequeño sacó del coche los burritos que habían comprado por el camino. Estaba de un humor excelente; si normalmente parecía contento —al fin y al cabo, ser Matthew consistía en eso—, su talante se hacía aún más alegre cuando podía ir al parque de Great Falls. Como Declan había descubierto aquel verano, Matthew habría ido a diario si se lo hubieran permitido. Declan se tomaba muy en serio su papel de padre sustituto. Leía artículos sobre disciplina, motivación y apoyo. Establecía horarios, obligaba a cumplirlos y, en general, se comportaba más como un consejero que como un hermano. Su ascenso al papel de tutor legal le impedía seguir siendo un hermano sin más; tenía que ser la Ley. Por eso había sido tan estricto con Ronan tras la muerte de sus padres. Con Matthew, sin embargo… Matthew era una persona tan radiante que Declan estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que siguiera así. Aquel verano, sin embargo, le había pedido ir al parque natural un día tras otro hasta que Declan, por primera vez en su vida, se negó a complacerlo.

La conversación le había dejado peor sabor de boca que a Matthew, por lo que parecía.

—Pásame el burrito —dijo Ronan—. Tengo tanta hambre que podría comérmelo dos veces.

Declan se daba cuenta de que Ronan no tenía ninguna gana de bromear. Sin embargo, también él estaba dispuesto a hacer lo que fuera para que Matthew estuviera feliz.

Y funcionó: Matthew se echo a reír con una carcajada contagiosa y se caló un sombrero horrible. El chaval tenía un estilo deplorable; justamente por gente como él merecía la pena el concepto de uniforme escolar.

—Mi sombrero de senderismo —dijo, pasando por alto que aquel paisaje daba para poco más que un paseo.

Los tres echaron a andar mientras comían, al menos Ronan y Matthew. Ronan engullía a grandes bocados; Matthew, con el entusiasmo apenas disimulado de un niño en plena fiesta navideña. Declan dejó su burrito intacto porque había olvidado llevar un antiácido, y su estómago, como de costumbre, estaba hecho polvo. Lo único que se oía eran sus pisadas y el rumor continuo de la cascada. Aquí y allá, entre los árboles, caían revoloteando hojas amarillas. Los charcos del camino se agitaban a veces como si les hubiera caído una gota de lluvia, a pesar de que no llovía. Reinaba una atmósfera inquieta, no domesticada. Oculta.

Declan abordó con cautela el asunto por el que se habían reunido.

—Tus profesores dicen que últimamente subes al tejado para sentarte allí, Matthew.

—Eso es —contestó alegremente el aludido.

—Ronan, por Dios, mastica un poco si no quieres asfixiarte —dijo Declan y, luego, continuó con el primer tema—. Al parecer, subes para mirar el río.

—Eso es.

—Matthew —intervino Ronan—, desde el instituto no se ve el río.

Su hermano pequeño se echo a reír como si Ronan acabara de contarle un chiste.

—Eso es —remachó.

Declan no quería indagar demasiado en la misteriosa razón que atraía a Matthew hacia el río, porque tal vez eso acabara por revelarle su origen soñado. ¿Y por qué se reservaba Declan aquel trocito de verdad? Porque Matthew había sido criado por sus padres como un niño humano, y a Declan le parecía una crueldad arrebatarle esa identidad ahora. Porque Declan ya tenía un hermano en plena crisis, y con eso le sobraba. Porque estaba tan acostumbrado a guardar secretos que, para él, cualquier cosa lo era hasta que se probase lo contrario o hasta que la descubriesen.

—Dicen que te ausentas de clase una y otra vez —continuó—. Sin dar explicaciones.

Los profesores de Matthew habían dicho eso y mucho más. Habían afirmado que le tenían mucho cariño al chico (algo de todo punto innecesario, porque todo el mundo quería a Matthew), pero que temían que se estuviera echando a perder. Entregaba tarde los trabajos, olvidaba las tareas. Se despistaba durante los debates. Pedía ir al servicio en mitad de las clases y no regresaba. Luego lo encontraban en los sitios más insospechados: en escaleras sin uso, en aulas vacías, en el tejado…

«¿En el tejado?», había repetido Declan notando el amargor de la bilis en la garganta. En ese momento, se sentía como si hubiera vivido mil años y todos hubieran sido un infierno.

«Ah, no, no se preocupe por eso —habían replicado los profesores de inmediato—. Estaba sentado, nada más. Mirando a lo lejos. Al río, según nos dijo».

—Qué le vamos a hacer —replicó Matthew encogiéndose de hombros con gesto amigable, como si su comportamiento fuera un enigma incluso para él.

Y probablemente lo fuese. No es que fuera tonto; era, más bien, una ausencia deliberada de escepticismo intelectual. ¿Sería un efecto colateral de su origen onírico? ¿Sería algo integrado a propósito en su forma de ser por quien lo había soñado?

Declan odiaba querer tanto a alguien que no era real.

Sobre todo, odiaba a Niall. Si su padre se hubiera molestado en adiestrar un poco a Ronan como soñador, su vida sería muy diferente en aquel momento.

Al menos, Matthew parecía haber captado lo mucho que su comportamiento inquietaba a sus dos hermanos, porque preguntó:

—¿Qué queréis que haga?

Declan intercambió una mirada con Ronan a espaldas de su hermano menor. Los ojos de Ronan preguntaron «¿Qué demonios quieres que haga yo?», y los de Declan respondieron: «Este terreno es mucho más tuyo que mío».

—Mamá habría querido que te fuese bien en el insti.

Por un momento fugaz, la expresión de Matthew se ensombreció. Ronan tenía derecho a mencionar a Aurora porque los tres sabían que la había querido tan intensamente como Matthew. Declan, cuyo amor escéptico era imperfecto, no podía mencionarla.

—No intento que me vaya mal —respondió Matthew.

El teléfono de Ronan se puso a vibrar. Lo sacó y contestó al instante, lo que delataba que el interlocutor era Adam Parrish. Durante unos minutos, escuchó con intensa concentración y, luego, con un tenue hilo de voz que no parecía pertenecerle, contestó: «*Alter idem*», y colgó.

A Declan le preocupó la escena. Matthew, sin embargo, preguntó con la curiosidad que lo caracterizaba:

—¿Por qué no le dices «Te quiero» y ya está?

—¿Por qué tienes el burrito en la camisa en lugar de metido en la boca? —gruñó Ronan.

Ajeno a su tono, Matthew retiró un trozo de lechuga de su pechera con un manotazo.

A Declan, el asunto Adam Parrish le despertaba sentimientos encontrados. Declan jamás habría revelado a ninguna de sus parejas la verdad sobre la familia Lynch; era algo demasiado importante para contárselo a alguien que podía desaparecer de su vida. Pero Adam lo sabía todo, tanto porque había presenciado muchas cosas como porque Ronan lo compartía todo con él. Así pues, la relación de Ronan con él era un punto débil en potencia.

Sin embargo, Adam Parrish también era una persona cauta, calculadora, ambiciosa e intensamente centrada en los resultados a largo plazo, lo cual lo convertía en una buena influencia. Y solo había que pasar un minuto en compañía de los dos para comprobar lo mucho que le importaba Ronan. Así que, en teoría, Adam era un factor más positivo que negativo en términos de seguridad.

A no ser que dejase a Ronan.

Declan no sabía qué grado de complicación podría ser excesivo para Adam Parrish.

Y tampoco es que Adam fuera la persona más clara del mundo, aunque en aquel momento se esforzase por parecerlo.

Los tres hermanos habían llegado a la atalaya favorita de Matthew, el Mirador Uno. Una robusta estructura de travesaños de madera se asomaba a la cascada, rodeando ingeniosamente varios peñascos más grandes que una persona. Los paseantes menos ágiles podían observar el panorama desde la plataforma; los más ágiles podían encaramarse a alguno de los peñascos para ver mejor. Matthew siempre optaba por trepar.

Aquel día no fue una excepción. Matthew le metió a Declan en una mano el envoltorio de su burrito. Su horroroso sombrero resbaló hasta

caérsele de la cabeza, pero Matthew no pareció advertirlo. Ya estaba escalando por las rocas, subiendo lo más posible, acercándose cuanto podía.

Estaba transfigurado.

Desde allí se divisaba perfectamente el nervioso caudal del Potomac, que avanzaba con uñas y dientes por el lecho erizado de rocas. Matthew, apoyado en la barandilla, cerró los ojos y respiró con ansia, como si le hubiera faltado el aire. Sus cejas se relajaron, despojándose de una tensión invisible hasta ese momento. Sus bucles de Adonis se agitaron con la brisa del río, revelando un perfil que ya no era de chico, sino de hombre joven.

—Matthew... —comenzó a decir Declan, pero se interrumpió al ver que su hermano no lo oía.

La cascada lo tenía atrapado.

—Joder —murmuró Ronan al cabo de unos minutos de silencio.

Era cierto que la escena resultaba desasosegante: su normalmente bullicioso hermano, transformado de repente en un príncipe hechizado. Matthew no era dado a la introspección, y verlo con los ojos cerrados y la mente en otra parte resultaba peculiar. La situación empeoró a medida que pasaba el tiempo. Cinco, diez o quince minutos de espera se hacían largos, pero no resultaban insólitos. Una hora, dos, tres... Eso era otra cosa, algo casi escalofriante.

«Cada vez se hace más evidente lo que es realmente Matthew —se dijo Declan—. Un ser cuya existencia depende de la de Ronan y quizá de alguna otra cosa». ¿Qué alimentaba el poder de Ronan? ¿Qué había alimentado el de Niall? Algo relacionado con aquellas espumosas aguas, seguramente.

Que Matthew lo averiguase era solo cuestión de tiempo.

Ronan tomó aire con la boca y lo expulsó lentamente por la nariz, un gesto tan típico de él que Declan podría haberlo reconocido solo por el sonido. Luego, se volvió hacia Declan y preguntó:

—¿Qué es el Mercado de las Hadas?

El estómago de Declan oyó la pregunta antes de que lo hicieran sus oídos y se encogió con un estallido de calor.

«Mierda».

Su mente recorrió con rapidez todo el diagrama de sus secretos y mentiras. ¿Cómo podía conocer aquello Ronan? ¿Por algo perteneciente a Niall que hubiera encontrado en Los Graneros? ¿Por una tercera persona? ¿Habría grietas en su muro de discreción? ¿Qué había desencadenado

Declan al hacer aquella llamada, al recoger aquella llave, al visitar aquella casa de Boston mientras Ronan estaba con Adam…?

—¿El qué? —replicó con indiferencia.

—No me mientas —le espetó Ronan—. Estoy demasiado furioso para escuchar memeces.

Declan contempló a su hermano mediano. Era el más natural de sus dos hermanos, pero no por mucho. Al madurar, se había convertido en la viva imagen de su padre. Aunque carecía de los largos rizos y el encanto efervescente de Niall, su nariz, su boca, sus cejas, su pose, la agitación que bullía en sus ojos… Todo eso era idéntico, como si Aurora no hubiera formado parte de la transacción. Ronan ya no era un niño ni un adolescente: se estaba convirtiendo en un hombre o, al menos, en la versión madura de lo que quiera que fuese. Un soñador, quizá.

«Deja de protegerle —se dijo Declan—. Dile la verdad».

Pero se sentía más seguro entre mentiras.

Sabía que Ronan no estaba bien en Los Graneros. La granja que adoraba no le bastaba. Sus dos hermanos no le bastaban. Ni siquiera Adam le bastaba, pero Declan sabía que Ronan aún no se había dado cuenta. Dentro de Ronan había algo extraño, con grandes fauces hambrientas; Declan sabía que, si no lo alimentaba, se arriesgaría a perder a Ronan en un final más mundano y, por extensión, perdería también a su otro hermano. Y ellos eran la única familia que le quedaba.

Apretó los dientes y dirigió la mirada hacia el río que se despedazaba contra las rocas.

—¿Quieres acompañarme? —dijo.

13

A veces Hennessy imaginaba que se lanzaba al vacío desde el tejado.

Se imaginaba a sí misma ascendiendo durante unos instantes, elevándose por el impulso del salto unos metros sobre el tejado, antes de que la gravedad se enroscase en su cuerpo y lo absorbiera. Solo en ese momento comenzaría oficialmente a caer. Nueve coma ocho metros por segundo al cuadrado: esa era la velocidad con la que caería, prescindiendo de algunas variables menores, como la resistencia y la fricción del aire, las fuerzas equilibradas y no equilibradas o las cinco chicas que gritarían «¡Vuelve, Hennessy!» asomadas a la azotea.

Los franceses tenían un término para denominar aquella sensación: *l'appel du vide*, la llamada del vacío. Era el impulso de saltar que sentían muchas personas sin tendencias suicidas al asomarse a un precipicio. Al cincuenta por ciento de las personas, para ser exactos, se le pasaba por la cabeza tirarse, para su propio asombro. Una persona de cada dos. De modo que Hennessy no podía ser la única que se imaginase a sí misma cayendo a plomo sobre los enebros que había tres pisos más abajo.

Se quedó de pie en la azotea de cemento de la mansión McLean, con las punteras de las botas asomando por el borde y los ojos clavados en el jardín que se extendía allá abajo. Sonaba una melodía de fondo, algo susurrante, sensual e inquieto. Una de las chicas cantaba la melodía en alguna lengua que Hennessy no comprendía; tenía que ser Jordan, o quizá June. Las conversaciones ondulaban. Los vasos y las botellas tintineaban. En algún lugar de la casa sonaron varios disparos —uno, dos, tres—, secos y amortiguados como el ruido de una mesa de billar lejana. Era una fiesta de gentuza, una fiesta secreta. Una fiesta para invitados con tantos trapos sucios guardados que jamás se les ocurriría airear los de los demás.

—Helado, helado, estoy a tu lado —dijo una voz junto a Hennessy.

Era su propia voz, pero salía de un cuerpo distinto. No, no era distinto: era un cuerpo ajeno. Hennessy hizo un esfuerzo por averiguar cuál de las chicas era y no lo logró. ¿Trinity? ¿Madox, quizá? Le costaba más situar a las nuevas. Eran como mirarse al espejo.

La chica observó el lenguaje gestual de Hennessy y siguió canturreando:

—Tú saltas, yo salto, nosotras saltamos.

Todos los invitados de aquella fiesta secreta creían que la característica más notable de Hennessy era ser la falsificadora de arte más prolífica de la Costa Este. Pero lo más notable era esto: Hennessy, Jordan, June, Brooklyn, Madox, Trinity. Seis chicas y una cara.

Hennessy las había soñado a todas.

Como norma, solo se dejaban ver dos al mismo tiempo. Que hubiera dos gemelas era algo comprensible. El concepto de trillizas resultaba algo más extravagante. En cuanto a las cuatrillizas o las quintillizas… A medida que la cifra se alejaba de tres, se hacía cada vez más llamativa.

La vida de Hennessy ya era un follón sin aquella complicación añadida. No estaba dispuesta a ser extorsionada por alguien que supiera la verdad sobre ella.

—Este jardín lo debió de diseñar un fan italiano de Tim Burton en plena borrachera —comentó mientras contemplaba el intrincado diseño de parterres y baldosas.

A pesar de lo descuidada que estaba la parcela, aún se distinguía la elaborada geometría entre la maleza: maceteros extravagantes, laberintos de boj, senderos pavimentados con musgo entre las delicadas losetas…

Hennessy se volvió hacia la chica.

—¿Qué quieres, reina? —le preguntó para disimular que no sabía cuál de ellas era.

—Soy Madox, gilipollas —dijo Madox, a la que no se le escapaba ninguno de los truquitos de Hennessy porque, al fin y al cabo, también era Hennessy—. El vodka. ¿Dónde lo has metido?

—¿No está en el Porsche?

Madox negó con la cabeza.

—¿Qué mosca le habrá picado a esa botella? —repuso Hennessy con ligereza—. Mira, ve a disfrutar como una loca de los placeres terrenales de allá abajo en mi nombre mientras yo la busco. ¿Qué habitaciones están atestadas de mí?

—Solo la cocina —contestó Madox—. Creo que June y Trinity siguen dentro.

Hennessy se apartó del borde y se unió a su propia fiesta. Se paseó resplandeciente por la casa entre personas a las que había vendido falsificaciones, personas que le habían dado dinero, personas con las que

había escondido cadáveres y personas con las que se había acostado, que la saludaban con un gesto de cabeza o le rozaban el codo o le daban besos en la boca. En realidad, no estaba buscando el vodka; no era eso lo que Madox quería. Madox había subido a la azotea para apartarla del vacío. Muy posiblemente, por encargo de otra.

Hennessy torció por uno de los corredores laterales y avanzó pisando añicos de cristal y goterones de sangre seca —los restos de la incursión de Breck— hasta llegar a la sala en la que Jordan realizaba casi todas sus falsificaciones. A Jordan, como a Hennessy, le gustaba trabajar de noche; por eso no necesitaba una habitación con grandes ventanales, sino una sala con enchufes suficientes para colocar lámparas de luz diurna tan potentes como focos de escenario. Al acabar, siempre comprobaba los colores a la luz del día. Hennessy no sabía por qué Jordan y ella preferían trabajar de noche; desde luego, era una práctica artística irregular. Sin embargo, el sol nunca le había inspirado confianza.

—No pensaba hacerlo —dijo mientras entraba en el estudio sin ventanas.

Como esperaba, Jordan se encontraba en la sala, rodeada de grandes lienzos oscuros, de trementina, de trapos y de botes de pinceles con las cerdas hacia arriba y los mangos embadurnados de colores brillantes y espesos. Estaba trabajando en la invitación para el Mercado de las Hadas. En el escritorio, bajo un microscopio, estaba la invitación de Breck, un curioso y delicado cuadrado de lino que hacía pensar en un pañuelo antiguo. A su alrededor se esparcían varios intentos fallidos. En ese momento, Jordan aferraba un rotulador de tinta de punta finísima con el que hacía trazos en un nuevo pedazo de tela.

—No sé de qué me hablas —repuso sin levantar la mirada.

Hennessy se subió a una silla para observar el escritorio desde lo alto.

—Menuda chapuza estás haciendo —comentó.

Jordan empuñó un microscopio de mano para examinar la marca que dejaba el exceso de tinta en la trama de la tela.

—Ya casi lo tengo.

Jordan era la primera de las copias soñadas que Jordan Hennessy había ido creando a lo largo de los años. Desde su aparición, Hennessy se había reservado su apellido y había cedido su nombre de pila a la chica nueva. El hecho de ser la primera copia, y la más antigua, hacía que Jordan fuera la más compleja de las cinco; aun cuando Hennessy hubiera soñado a las

demás con tanta complejidad como la había soñado a ella, Jordan atesoraba más de una década de recuerdos y experiencias propios.

A veces, Hennessy olvidaba que Jordan era ella.

A veces le parecía que Jordan también lo olvidaba.

—Deberíamos chapar en bronce tu inagotable optimismo —replicó—. Luego, lo expondríamos en un museo para que los escolares fueran a verlo, leyeran la placa y aprendieran de él. Aunque también podríamos cortarlo en pedacitos y sembrarlo en una parcela soleada y fértil, para que de cada trozo brotara un nuevo optimismo que pasaríamos a cosechar cuando…

Jordan ladeó el trozo de lino y trazó una línea con un rotulador distinto.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos?

Hacía años, Hennessy se preguntaba a menudo si compartiría su rostro —su vida— con dos docenas de chicas, o con cincuenta, o con cien, o con mil. Ahora sabía que eso no ocurriría. Cada copia de sí misma que creaba en sueños le suponía un desgaste físico que aumentaba vez tras vez.

Pero no podía parar. Ni de soñar ni de soñarse.

Todas sus noches se dividían en tramos de veinte minutos marcados por la alarma del despertador; de ese modo, no había sueños. Todos sus días transcurrían a la espera de la sangre negra que indicaba que no podía estar eternamente sin soñar.

Sabía que aquello terminaría por matarla pronto.

A no ser que funcionase el plan de Jordan, que implicaba entrar en el Mercado de las Hadas.

—Deberías estirar el lino —dijo, esquivando la pregunta.

Cualquiera que pase mucho tiempo contemplando rompecabezas empieza a resolverlos incluso sin intentarlo. Durante los minutos anteriores, Hennessy había comparado la invitación del Mercado de las Hadas con los ensayos de Jordan, tratando de detectar la diferencia. Estaba claro: solo había que tensar la tela, escribir en ella y soltarla. De ese modo, la tinta se correría exactamente como en la invitación original.

—Claro —murmuró Jordan meneando la cabeza y levantándose para recoger un bastidor—. ¿Ves? Por eso deberías ser tú quien se ocupase de esto.

Se equivocaba, por supuesto: aquello tenía que hacerlo Jordan, por la sencilla razón de que le importaba. Esa era la regla: si un trabajo le importaba lo más mínimo a una de ellas, pasaba a ser su responsabilidad. A

Hennessy le importaba sobrevivir, por supuesto, pero en el fondo no creía que el plan del Mercado de las Hadas fuera a tener éxito.

Jordan pareció leerle la mente —no era difícil, tratándose de dos mentes tan similares—, porque dijo simplemente:

—Funcionará, Hennessy.

A fin de cuentas, aquella era la diferencia entre Hennessy y Jordan: mientras Hennessy se imaginaba a sí misma tirándose desde el tejado y estrellándose, Jordan se imaginaba a sí misma tirándose desde el tejado y echando a volar.

14

Farooq-Lane solo había tardado un día en decidir que Nikolenko se equivocaba de plano al describir a Parsifal Bauer. El chaval no era fácil de llevar, sino pasivo, algo muy diferente. No hacía nada que no quisiera hacer, pero a menudo resultaba difícil darse cuenta de que lo había esquivado o pasado por alto. De pequeña, Farooq-Lane había tenido una perra que se comportaba del mismo modo: Muna, una bonita pastora mestiza con un lustroso mechón negro alrededor del cuello que le daba aspecto de zorro. Muna parecía una perra perfectamente obediente hasta que se le ordenaba algo que no quería hacer: salir a pasear bajo la lluvia, entrar en el salón para que la admirasen las visitas… Entonces, se desplomaba en el suelo como un muñeco de peluche fofo. La única forma de moverla era arrastrarla, lo que nunca merecía la pena.

Aquella descripción se ajustaba como un guante a Parsifal Bauer.

Para empezar, el chico era asquerosamente melindroso. Farooq-Lane cocinaba de maravilla (al fin y al cabo, ¿qué era cocinar, sino establecer un sistema para hacer que las cosas fueran deliciosas?) y era partidaria de la buena comida bien elaborada; sin embargo, al lado de Parsifal Bauer se sentía como una zampabollos. El chico prefería ayunar antes que comer algo que no respetase sus misteriosas e inviolables normas. Contemplaba las sopas y las salsas con desconfianza, rechazaba la carne que no estuviera completamente cocinada, no toleraba el pan con corteza. Los refrescos azucarados le escandalizaban. Le gustaba un cierto tipo de bizcocho amarillento, pero no podía tener ninguna cobertura. Podía comer mermelada de fresa, pero no fresas frescas. La primera noche que habían pasado en el hotel de Washington D. C., la cena había sido un fracaso sin paliativos. Era demasiado tarde para encontrar casi nada abierto, y Farooq-Lane se sintió muy virtuosa por haber conseguido un sándwich para cada uno. Parsifal no dijo que no quisiera el suyo; pero después de ver cómo miraba sin hacer nada el sándwich que tenía en el plato hasta las doce de la noche, y después hasta las doce y media, Farooq-Lane lo dio por imposible.

El chico también tenía normas para otras parcelas de la vida. Cuando se sentaba, tenía que hacerlo junto a una ventana. Se negaba a pasar por las puertas en primer lugar. No quería que nadie lo viera sin zapatos. Rehusaba que nadie llevase su bolsa de viaje. Necesitaba tener un bolígrafo a mano en todo momento. Solo quería escuchar ópera o estar en silencio. Tenía que lavarse los dientes tres veces al día. Prefería no dormir en camas dobles. Exigía que las ventanas estuvieran abiertas toda la noche. No bebía agua del grifo. No podía hacer sus cosas en un baño público a no ser que la puerta del cubículo llegase hasta el suelo. No salía a la calle si no se había duchado antes.

Cuando más flexible se mostraba era a primera hora de la mañana e iba empeorando a medida que se cansaba con el paso de las horas. Para cuando llegaba la noche, era un amasijo imposible de reglas encajonadas y deseos ocultos, un ser huraño y melancólico. Su carácter era tan intratable y rígido que Farooq-Lane pasó de la compasión a la manía sin etapas intermedias.

Su primera disputa estalló cuando Parsifal descubrió que tenían que compartir el cuarto de hotel por orden de los Moderadores. Era una *suite*, de modo que él podía dormir en la cama supletoria de la sala de estar mientras ella ocupaba el dormitorio; pero para acceder al baño había que pasar por la habitación de ella —¡imposible!—, y Parsifal, además, insistió en abrir la ventana mientras dormía. Farooq-Lane protestó diciendo que hacía un frío horrible y que a ninguno de los dos le vendría bien coger la gripe en aquel momento de su vida. Mientras apilaba los cojines del sofá cama a un lado para darle aspecto de cama sencilla y no doble, Parsifal replicó que podía cerrar la puerta del dormitorio. Farooq-Lane repuso que el termostato registraría la bajada de temperatura y subiría la calefacción hasta niveles intolerables. Tras decir eso, pensó que la conversación había acabado y que el asunto estaba cerrado, y se fue a la cama.

En cuanto cerró la puerta, el chico abrió la ventana.

Farooq-Lane pasó un calor infernal. Cuando se levantó, la ventana del chico no estaba abierta, pero a ella no le cupo duda de que la había cerrado justo antes de que ella apareciese. Le exigió una explicación y él la miró impertérrito. ¿De qué se quejaba, si la ventana estaba cerrada?

Ese era Parsifal Bauer.

—No voy a ir —dijo Parsifal desde el sofá, con su larga silueta enmarcada por la barricada de cojines.

Era la noche del cuarto día… No, del quinto, se corrigió Farooq-Lane. ¿O era el sexto? Los viajes hacían que el tiempo se emborronase, lo

estiraban y lo pellizcaban hasta crear formas inesperadas. Fuera como fuese, Farooq-Lane y Parsifal llevaban compartiendo aquella habitación de hotel varias noches de calor sofocante, peleándose por ventanas abiertas a escondidas y comida precocinada sobre un fondo de moqueta de hotel y dramática ópera alemana.

Parsifal no había tenido ninguna visión más, de modo que Farooq-Lane seguía trabajando con los datos de la anterior. Ella y el resto del equipo habían tenido que investigar a fondo varios días para descubrir que la premonición se refería a algo llamado «Mercado de las Hadas», un mercado negro de carácter nómada que solo abría al anochecer. Farooq-Lane no sabía qué podrían encontrar allí; pero si Parsifal lo había visto en una de sus premoniciones, tenía que ser algo relacionado con un Zeta o con otro Visionario.

Lock acababa de enviarle por mensajería una invitación para acceder a aquel lugar. Aunque en aquel momento no había en la ciudad ningún otro Moderador, Farooq-Lane tenía un número al que llamar para solicitar refuerzos locales si encontraba algo que precisara atención inmediata. Eso último, en realidad, quería decir alguien a quien hubiera que matar. O, más bien, algo que hubiera que sacrificar: un Zeta.

—Tienes que venir —replicó Farooq-Lane—. No lo digo yo: son órdenes de arriba.

Parsifal, sin responder, empezó a doblar la ropa limpia que acababa de llegar de la lavandería del hotel.

—Estaré fuera varias horas —insistió Farooq-Lane; de hecho, ya habría debido estar de camino. Tras las feas cortinas grises del hotel asomaba la oscuridad de la noche—. Es inaceptable que pasemos separados todo ese tiempo. ¿Y si tienes una visión?

El chico juntó dos calcetines negros larguísimos y se entretuvo quitando una pelusilla invisible con los dedos antes de alisarlos sobre su ropa ya doblada. Ni siquiera se molestaba en contestar; se quedaba allí sentado, sin más. ¿Qué iba a hacer Farooq-Lane? ¿Arrastrarlo?

Farooq-Lane jamás perdía los nervios. De niña era famosa por su carácter imperturbable, tan distinto de los temperamentos inflamables de su madre y su hermano. Su madre perdía la compostura ante cualquier frase o documento que contuviera la palabra «factura». En cuanto a Nathan, podía mostrarse jovial durante días o semanas para luego estallar en ataques de furia repentina por motivos que nadie comprendía. A Farooq-Lane, por su parte, no la inmutaban ni las provocaciones ni las

frustraciones. Estaba hecha para trazar estrategias. Las ideaba, las planteaba, las revisaba, las ponía en práctica. Siempre y cuando hubiera en su vida un plan, un sistema, conservaba la serenidad.

Pero Parsifal Bauer empezaba a sacarla de sus casillas.

—Comida —ofreció Farooq-Lane, despreciándose a sí misma por no ser más elocuente, en primer lugar, y por tener que recurrir al soborno, en segundo—. Acompáñame y te compraré lo que quieras comer.

—Está todo cerrado —alegó Parsifal con razón.

—Las tiendas de veinticuatro horas, no —replicó ella—. Podemos comprar chocolate negro. Setenta por ciento. Noventa, incluso. Y más agua mineral.

El chico siguió doblando ropa como si no la hubiera oído. Farooq-Lane empezó a notarse cada vez más acalorada. ¿Sería aquello lo que sentía Nathan antes de matar a la gente, aquella urgencia sombría que se acrecentaba por momentos?

Apartó la idea de su mente.

—Puedes esperarme en el coche —añadió—. Con el teléfono a mano. Si notas que te viene una visión, me llamas y salgo del hotel.

Si Lock se enteraba de aquella chapuza, se pondría como una fiera. Parsifal, sin embargo, no pareció darse cuenta de lo generosa que estaba siendo con él. Plegó con delicadeza las mangas de un jersey con coderas hasta disponerlas de forma perfectamente simétrica.

Farooq-Lane se preguntó cómo diablos podría obligar a un adolescente a hacer algo que no quería hacer.

Pero, para su inmenso alivio, Parsifal se había puesto en pie. Seleccionó algunas prendas de ropa. Se dirigió hacia el dormitorio.

—¿Qué haces? —le preguntó ella.

Él se dio la vuelta y la miró con expresión inescrutable desde detrás de sus gafitas.

—Si voy a salir, tendré que ducharme antes.

La puerta se cerró tras él. Al otro lado, de su teléfono empezó a brotar una melodía: dos mujeres se turnaban para ulular con el dramatismo trémulo de las óperas antiguas. Se oyó el rumor de la ducha.

Farooq-Lane cerró los ojos y contó hasta diez.

Tenía que encontrar de una vez a aquellos Zetas.

15

Pregúntale a tu hermano por el Mercado de las Hadas.

Existía.

Y si eso existía, Bryde existía también.

Susurrarán mi nombre.

Fuera todo estaba oscuro, oscuro, oscuro, y Ronan se sentía eléctrico. Declan y él estaban en el Mercado de las Hadas, un lugar que Declan conocía porque Niall Lynch lo frecuentaba y Ronan porque alguien le había susurrado su nombre mientras soñaba. Las cosas estaban cambiando. El cerebro de Ronan ignoraba si el cambio era a mejor o a peor, pero a su corazón no le importaba. En ese momento, bombeaba pura noche por sus venas.

El Hotel Carter, sede aquella noche del Mercado de las Hadas, era un edificio grande y más bien antiguo, un cubo perfecto con decenas de ventanas menudas y cornisas de madera labrada. Resultaba formal y algo desaliñado, como un abuelo vestido para la misa dominical. Era la clase de hotel que se usaba como referencia para indicar el camino a alguna parte, no para alojarse en él. Su aparcamiento estaba lleno de coches y furgonetas, más de estas últimas. Ronan se preguntó qué habrían llevado en ellas sus dueños. ¿Armas? ¿Droga? ¿Soñadores? ¿Estaría Bryde allí aquella noche?

—A él no le habría hecho ninguna gracia que te trajese aquí —comentó Declan, escrutando el oscuro retrovisor en busca de Dios sabía qué—. No le habría gustado que corrieras ningún peligro.

Aunque no remarcó el «corrieras», Ronan comprendió el significado implícito en la frase. A Niall no le habría gustado que *Ronan* corriera ningún peligro, pero no le importaba que Declan los corriese. Hijos y padres, padres e hijos… De todas las cosas que Niall Lynch había extraído de sus sueños, la más maravillosa era su familia. Técnicamente, solo había soñado una parte: su dulce esposa Aurora Lynch, la devota madre de sus hijos. Aurora era un personaje de cuento de hadas en casi todos los aspectos: la novia de pasado misterioso, la mujer que jamás había sido niña, la dama de dorados cabellos, la amante de voz cautivadora. Niall no había

soñado a sus hijos, pero los chicos no podían evitar que los sueños de su padre los definiesen. Con sus sueños había poblado y pagado Los Graneros. Sus sueños les habían enseñado a guardar secretos, a mantenerse ocultos ante todo, a valorar lo no dicho. Sus sueños los habían convertido en una isla. Niall no tenía parentela conocida. Solo había unos tíos que vivían en Nueva York; pero ya de niños sus hijos habían comprendido que el apelativo de «tíos» era como el nombre de unas mascotas, no un título real. En cuanto a Aurora, por supuesto, carecía de familia aparte de ellos. Su progenie era la imaginación de Niall Lynch, y eso no era algo que pudiera visitarse en Navidades.

Los hermanos Lynch no habían sido soñados por Niall Lynch, pero aun así habían llegado a cobrar la forma de sus sueños.

¿Y quién podía asemejarse más a ellos que Ronan, un hijo con el rostro y la capacidad de soñar de su padre?

—Que venga a detenerme, si quiere —dijo Ronan.

—No lo digas tan alto o tal vez lo haga —le advirtió Declan mientras aparcaba marcha atrás.

Escrutó los coches contiguos con cara de estar calculando las posibilidades de que sus dueños le rozaran la pintura al abrir la puerta.

—Estamos en el aparcamiento de un mercado negro secreto, ¿y tú te preocupas porque un Honda cualquiera te haga un bollo? —se asombró Ronan.

Los «declanismos» de su hermano jamás dejarían de sorprenderle; cuando ya creía que habían tocado fondo, hurgaba un poco y encontraba un nivel más.

—Ese Honda no va a hacérmelo; su dueño lo tiene bien limpio. ¿Llevas algo que puedan tomar por un arma? A veces registran a la concurrencia.

—Tengo esto.

Ronan se sacó del bolsillo algo que parecía una navaja automática y apretó el resorte que normalmente habría hecho saltar la hoja. En vez de acero, lo que apareció fue una explosión súbita de alas y garras que rasgó el aire como una ráfaga de pánico aprisionada en el mango del arma.

—Madre de Dios —bufó Declan—. No se te ocurra estropearme el salpicadero, ¿quieres?

Ronan soltó el resorte y las alas volvieron a plegarse de inmediato en el interior de la empuñadura. Declan se inclinó para despejar una mota de polvo del salpicadero y le dirigió una mirada cortante a su hermano.

Fuera, el asfalto brillaba en la oscuridad. Los pilotos traseros de otros coches incendiaban charcos aquí y allá. El aire olía a kebab y a humo de motor. El cielo mostraba el negro mate de una noche nublada, el resto de la tormenta que había caído los días previos. En las noticias de la televisión habían dicho que era un fenómeno debido al cambio climático; que ahora las tormentas se comportaban así, estableciéndose en un lugar durante varios días y dedicando todas sus atenciones a una sola región en lugar de a muchas, hasta que el objeto de su cortejo no resistía más aquel amor torrencial y se dejaba arrastrar por el agua. «Aquí tenemos inundaciones —había dicho el presentador—. Pero piensen en la sequía que reina en Ohio; piensen en ello», había añadido, como si pensar en ello pudiera cambiarlo. Aquello le producía ansiedad a Ronan; saber que no era solo su mundo lo que iba mal empeoraba las cosas.

Declan levantó la vista para observar el viejo cartel con letras de molde: HOTEL CARTER. Podían haberlo instalado hacía diez años o cuarenta. Aquello era como viajar en el tiempo.

—El último al que fui con papá fue en Tokio. El primero fue en Los Ángeles, creo, aunque puede que fuera en Berlín. Los recuerdos siempre mienten.

Ronan se esforzó por encajar la revelación en sus memorias de infancia. ¿Cuándo había hecho Declan aquella excursión a Tokio con su padre? ¿Qué le habrían dicho a él? ¿Que su hermano se había ido a jugar un partido en otra ciudad? ¿Cuántas veces le habrían atormentado los celos porque Declan podía dormir en casa de algún amigo y él no, cuando su hermano estaba realmente bostezando en una pista de aterrizaje de Berlín? Ronan ya sabía que Declan estaba hecho de secretos y, aun así, se asombraba cada vez que desvelaba uno nuevo.

En la entrada montaba guardia un portero. Era una puerta como Dios manda, de buena madera labrada, un sólido portal para entrar en la aventura. En cuanto al portero, también era un profesional como Dios manda, ataviado con un uniforme rojo de ribetes dorados que lo hacía parecer un portero; de libro. Era un tipo más bien joven, con una boca extrañamente carnosa y demasiado roja.

Y miraba a Ronan con expresión expectante.

A Ronan le llevó un momento darse cuenta de que el portero los había examinado a los dos —Declan, con su plano traje gris y sus zapatos relucientes; Ronan, con sus ropas raídas, sus botas y su cara lastimada por

un cangrejo asesino— y había decidido que era él quien llevaba la voz cantante.

Lo cual le producía a Ronan un sentimiento extraño.

Declan reclamó sin decir nada la atención del portero ofreciéndole un pañuelo de tela que se había sacado del bolsillo. Tenía escrito su nombre debajo de unas extrañas marcas. El portero lo observó por un momento y se lo devolvió a Declan, junto a un tarjetón largo semejante a un menú que se sacó de dentro del gabán.

A Ronan le entregó una tarjeta magnética sin nada escrito.

—Quien lleva tinta en la piel oculta cosas —le dijo.

—Quien respira oculta cosas —replicó Ronan.

El portero esbozó una sonrisa difusa y roja como una hemorragia y abrió la puerta.

El gigantesco vestíbulo del hotel estaba alfombrado de moqueta de color carmesí e iluminado por apliques de curvas largas y desiguales que semejaban costillas. Ronan sintió lo mullida que era la moqueta a través de las suelas de sus botas. El aire olía a cerilla quemada y a limón. Todo tenía un aspecto de decadencia refinada, como el de un lugar a punto de ser elegantemente destrozado por un *poltergeist* famoso. El lugar parecía vacío; tras el pulido mostrador de la recepción no había nadie, y las butacas de cuero estaban desiertas.

—¿Seguro que es aquí? —preguntó.

—Todo el mundo está en las habitaciones.

Declan inclinó el tarjetón impreso para que Ronan pudiera leerlo junto a él. Había dos columnas, una con números de pisos y habitaciones y otra con combinaciones de letras y números.

—Cada uno de estos códigos significa algo —explicó Declan—: obras de arte, animales, armas, drogas… Servicios.

—Limpieza —aventuró Ronan—. Contabilidad. Cuidado de niños.

—Es posible que esos epígrafes estén incluidos, aunque no de la forma en que podrías pensar —recorrió la cartulina con un dedo—. No me sé los códigos tan bien como debería… Pero creo que lo que busco estará en alguna habitación terminada en ochenta y cuatro o en doce. Zeta doce, quizá.

—¿Qué hemos venido a buscar?

—Tú no has venido a buscar nada; has venido y punto —respondió Declan guardándose el tarjetón en la americana—. Y no te separes de mí,

haz el favor. Algunos de estos códigos… Si entras en una habitación de esas, olvídate de salir.

Aquella noche todo parecía falso, sobreactuado, impredecible.

Aquella noche todo parecía un sueño.

—Di que me has entendido.

—Te he entendido, gilipollas.

—Papá se habría puesto furioso si se hubiera enterado de esto —insistió Declan con un suspiro, más para sí mismo que para Ronan.

—¿Declan? ¿Declan Lynch?

Él se dio la vuelta lentamente. El vestíbulo ya no estaba desierto: ahora había una mujer tras el mostrador. Era morena y de aspecto voluptuoso, y llevaba un vestido o blusa cerrado con un escote que recordaba al cierre de una bolsa de lona. Observaba a los dos hermanos con una mirada incómodamente insistente. Sus cejas estaban arqueadas en una expresión de sorpresa.

—Angie —la saludó Declan, con un tono neutro que no delataba su actitud hacia ella.

—Cuánto tiempo, ¿verdad, cariño? —dijo ella a modo de respuesta, con los ojos clavados en Ronan.

—Este es mi hermano —explicó Declan, agarrándolo de un brazo para acercarse a ella.

Angie seguía contemplándolo con aquella intensidad incómoda. A pesar de que Ronan era un campeón de las miradas fijas, se dio cuenta de que ella podía derrotarlo por pura insistencia.

—Se parece a…

—Sí, lo sé —la cortó Declan.

—¿Hablas, cariño? —le preguntó Angie a Ronan.

Él frunció los labios en una mueca que le descubrió los dientes. Angie continuó con su expresión de sorpresa.

—¿Dónde os escondéis, chicos? —preguntó—. Vuestro padre no hacía más que decirme que fuera a cenar a vuestra casa si pasaba por allí, y ahora estamos muy cerca, ¿no? Por lo que contaba, vivíais en un paraíso. La granja de los Lynch… Vuestro padre la describía con tanta viveza que podría dibujarla, si me lo pidieran.

Ronan sintió la traición como una punzada. Los Graneros eran un secreto que pertenecía a la familia Lynch, no una bagatela que podía regalarse entre pinta y pinta de cerveza. Antes de que su padre muriese, Ronan lo idolatraba; quizá prefiriese no conocer más aquella faceta de él.

—Se quemó —respondió Declan de inmediato, mintiendo con facilidad —. La incendiaron unos gamberros mientras nosotros estábamos en el instituto.

En el rostro de Angie apareció una expresión trágica.

—Ay, chicos, qué mala suerte habéis tenido… Sois como un pódcast de desgracias. Pobrecitos, qué tragedia. ¿Y qué os trae de vuelta por aquí? ¿Venís para tratar de verlo antes de que le echen el guante, como todos?

—¿A quién?

Angie se reclinó sobre el mostrador y sus carnes tensaron el cordel que le cerraba el escote.

—Dicen que está rompiendo todas la reglas —les confió en un susurro dramático—. Que está en el lado malo de todo. Que le importan tan poco las normas de ahí fuera como las de aquí dentro. Que hace lo que quiere. Dicen que está aquí porque aquí hay unas pautas que se deben respetar, y todos sabemos lo que opinamos de eso.

—¿Pero quién es? —insistió Declan.

—Siempre has querido encontrar respuestas —respondió la mujer mientras le daba palmaditas en la mejilla.

En la cara de Declan apareció un gesto de irritación que dio paso enseguida a su expresión plácida de costumbre.

—Será mejor que nos vayamos —dijo—. El tiempo es oro.

Ronan reprimió un suspiro: su hermano siempre encontraba algún hueco para soltar un «declanismo».

—Ojito con los polis —repuso Angie, aunque Declan ya se estaba dando la vuelta.

—Lo tendremos.

—¿Trabaja en esto? —preguntó Ronan mientras los dos se alejaban por un largo corredor alfombrado de rojo.

—¿Angie? ¿Por qué lo preguntas?

—Porque estaba detrás del mostrador.

—Estaría registrando los cajones en busca de dinero. ¿Tienes a mano la tarjeta magnética? Nos hará falta para tomar el ascensor.

Que Declan admitiese con tanta tranquilidad las inclinaciones criminales de su conocida también resultaba irreal, como de sueño. Pero, al fin y al cabo, Declan había pertenecido a aquel mundo, se recordó Ronan a sí mismo. Antes de su apartamento gris, de su traje gris, de su voz gris y átona, antes de hacerse invisible, antes del asesinato de su padre, Declan

había frecuentado aquel ambiente lo bastante para que lo saludasen al verlo.

A veces, Ronan pensaba que no conocía de verdad a ningún miembro de su familia.

La puerta del ascensor que se veía al final del pasillo era como un portal a otro mundo: resplandeciente y dorada, rodeada de un marco de madera finamente labrada y engastada como una gema en la pared de color escarlata.

Declan pasó la tarjeta por el lector y las puertas se abrieron con un siseo, revelando un interior de espejo. Los hermanos de fuera observaron a los hermanos de dentro: Declan, con su traje formal y anodino y con la nariz y los oscuros rizos de su padre. Ronan, con su cabeza afeitada, el tatuaje que le asomaba por el cuello de la camiseta y la boca, la nariz, los ojos, la barbilla, la constitución, la capacidad de soñar y todo lo que tenía su padre. Dos hijos inconfundibles de Niall Lynch, dos hermanos que no podían negar que lo eran.

Entraron en el ascensor.

—Allá vamos —dijo Declan.

16

Jordan estaba sentada dentro de su coche en el aparcamiento del Hotel Carter. Había sido un golpe de suerte encontrar una plaza libre; había decidido dar una última vuelta diciéndose que, si tenía que encontrar un aparcamiento, lo encontraría. Y había funcionado.

Aunque llegaba un poco tarde, se concedió un momento, porque estaba sufriendo uno de sus episodios.

Jordan no soñaba cuando dormía —no creía que ninguna de las chicas soñadas por Hennessy lo hiciese—, pero suponía que soñar sería parecido a aquella sensación que la asaltaba de vez en cuando. Sus pensamientos latían con recuerdos levemente distorsionados, lugares en los que jamás había estado y personas a las que no conocía. Si no se concentraba, aquellas ensoñaciones diurnas le parecían tan importantes como la realidad. Su respiración se acompasaba con un ritmo ajeno a ella. Le hacía falta esforzarse para no echar a andar hacia el Potomac o simplemente hacia el oeste.

En cierta ocasión, había recobrado la conciencia cuando ya llevaba dos horas conduciendo hacia la Cordillera Azul.

Para llegar hasta el Hotel Carter había tenido que emplear toda su fuerza de voluntad.

«Céntrate, por favor —se dijo a sí misma—. Esta noche, no; no es un buen momento».

Se forzó a vivir el momento presente imaginando cómo recrearía en un lienzo lo que tenía ante los ojos. El Hotel Carter, grande y rectilíneo, parecía una casa de muñecas hecha con una caja de cartón. Tras los cuadrados amarillentos de sus ventanas pasaban siluetas que se movían con animación. A primera vista, la escena parecía llena de encanto; sin embargo, todo en ella tenía un doble filo. Frente a las farolas del exterior se amontonaban hojas secas y negruzcas. Las aceras estaban apocalípticamente desiertas. Por cada ventana cálidamente iluminada había otra que parecía cegada por una mortaja. Por simple cálculo estadístico, alguien tenía que estar haciendo daño a otra persona tras una de ellas.

Jordan se sintió algo más estable; al menos, el mundo real empezaba a parecerle más cierto que el mundo espectral y difuso del episodio. Cuando ya estaba saliendo del coche, su teléfono sonó.

—¿Dónde estás, reina? —dijo la voz de Hennessy, algo distorsionada por el teléfono.

—Acabo de aparcar.

Mientras Jordan se dirigía a la parte trasera del Supra, Hennessy se lanzó a una arenga motivadora llena de palabras feas. Jordan abrió el maletero y sacó sus cosas: tres cuadros, la paleta de cierre hermético, los pinceles, la trementina. Dos de los cuadros no representaban nada para ella; eran el resultado de dos días normales de trabajo.

El tercero, que le entregaría a otra de las chicas en cuanto entrase en el hotel, lo era todo para ella. Todo.

«¿Somos buenas?», se preguntó mientras terminaba de cargar sus cosas.

«Las mejores», se respondió, cerrando de golpe el portón trasero para dejar encerradas sus dudas.

Echó a andar.

—… un juego de trileros en el que todos los vasos se levantan al mismo tiempo —concluyó Hennessy.

—Justo estaba pensando en trileros —comentó Jordan.

—Dos mentes privilegiadas.

—Bueno, colega. Allá voy.

—A por ellos —repuso Hennessy antes de colgar.

El portero, cigarro en mano, la observó acercarse. No la miraba con aire lúbrico o grosero, sino con simple interés. A pesar de los voluminosos paquetes que llevaba encajados bajo un brazo, Jordan caminaba de una forma que hacía pensar en una explosión a cámara lenta. Si Jordan se hubiera visto desde fuera, también se habría quedado mirando.

Sin embargo, el interés del portero tal vez tuviera menos que ver con sus andares que con el hecho de que ya había visto a varias versiones de ella aquella noche, todas vestidas y peinadas exactamente igual. Una para montar guardia; otra para distraer la atención; otra para robar; otra para reemplazar; otra para crear una coartada. La única que se había quedado esperando en algún lugar del aparcamiento era June; le había tocado conducir el coche porque se había alisado el pelo para conseguir trabajo en un banco, y ya no había manera de confundirla con Hennessy a no ser que llevase sombrero. A Jordan le caía bien su actitud, aquel pequeño gesto de individualidad, pero lo cierto es que complicaba las cosas.

Se detuvo delante del portero, preguntándose si alguna de las otras habría tratado de ligar con él o le habría comentado algo que ella debiera saber. Pero no; aquellas cosas se les daban bien. Al fin y al cabo, todas eran una misma, distintas versiones falsificadas de Hennessy. Si hubiera debido saber algo especial, se lo habrían dicho en un mensaje. «No hagas nada especial. Sé Hennessy».

—¿Cómo va, tío?

Él le ofreció su cigarrillo a modo de respuesta. Ella lo aceptó, dio una calada mientras él la observaba y soltó el humo en el frío aire nocturno. Le habría gustado dar otra calada, pero lo había dejado seis meses atrás, de modo que devolvió el cigarrillo. Hennessy le había dicho hacía tiempo que tenía una personalidad adictiva, de modo que tal vez ella la tuviera también.

—Gracias —dijo.

—¿Te habías olvidado algo en el coche?

—Tenía que reponer materiales. Las provisiones se estaban terminando y la tropa estaba hambrienta.

—Sabes que tenía que preguntártelo.

—Y tú sabes que yo tengo una buena respuesta.

Se metió la mano en un bolsillo —tranquila, actúa con normalidad—, sacó el pañuelo de lino y se lo ofreció.

Había hecho cuatro copias de la invitación de Breck con el nombre de JORDAN HENNESSY. Le había llevado horas; al final, cuando ya le dolía la mano, Hennessy se ofreció a hacer la última. Era imposible saber cuál de las chicas llevaba la falsificación de Hennessy y quiénes tenían las de Jordan. Ni la propia Jordan lo sabía.

El portero examinó la invitación.

Jordan contuvo el aliento.

El hombre tenía la vista clavada en el borde de la tela, que Jordan había deshilachado con mano experta para que tuviese el mismo aspecto que las demás invitaciones falsificadas.

Levantó la mirada y la escrutó. El aro de la nariz; la frondosa coleta; las flores tatuadas que rodeaban su cuello; el corsé de ganchillo que asomaba bajo la cazadora de cuero; los dedos cubiertos de anillos y de más tatuajes florales; la sonrisa amplia y perfecta, como si todo lo que viese le pareciera divertido. El estilo de Hennessy. Y, por tanto, el de Jordan también.

Tanto la invitación como Jordan eran dos copias perfectas.

—Bienvenida de nuevo —le dijo el portero tendiéndole el pañuelo.

Estaba dentro.

17

Cuando Ronan era joven e ignorante, creía que todo el mundo era como él. Así, elaboró reglas generales basadas en la observación, apoyándose en verdades tan estrechas como lo era su mundo. Todos los seres humanos necesitaban dormir y comer. Todos tenían pies y manos. Todos tenían la piel sensible y el pelo insensible. Todos susurraban para ocultar cosas y gritaban para hacerse oír. Todos tenían la piel clara y los ojos azules. Todos los hombres tenían el pelo largo y oscuro, todas las mujeres tenían largas melenas doradas. Todos los niños conocían las historias de los héroes legendarios irlandeses, todas las madres conocían canciones sobre tejedoras y barqueros solitarios. Todas las casas estaban rodeadas de campos secretos y viejos cobertizos, todos los prados se extendían bajo montañas azuladas, cada camino estrecho conducía a un mundo escondido. Todo el mundo se despertaba en ocasiones aferrando sus sueños con las manos.

Luego, cuando salió de la infancia, la singularidad de la propia experiencia se le reveló de repente. No todos los padres eran intrigantes, encantadores e indómitos, dioses nervudos de mirada lejana; no todas las madres eran amigas de voz melodiosa y suave, pacientes como los brotes en primavera. Había personas a las que no les interesaban los coches, y otras que preferían vivir en ciudades. Algunos chicos no tenían hermanos mayores ni menores; algunos chicos no tenían hermanos, punto. Casi ningún hombre iba a misa todos los domingos, y la mayor parte no se enamoraban de otros hombres. Y nadie hacía cobrar vida a sus sueños. Nadie hacía cobrar vida a sus sueños. Nadie hacía cobrar vida a sus sueños.

Esas eran las cosas que definían a Ronan Lynch y lo hacían ser quien era, pero él no se dio cuenta hasta conocer el resto del mundo.

Para Ronan, el Mercado de las Hadas no comenzó de verdad hasta que Declan y él salieron del ascensor y echaron a andar por otro pasillo rojo. Pasaron al lado de un hombre negro muy alto que parecía hablar por teléfono, pero de cuya boca no brotaba ningún sonido. De una mujer blanca muy anciana, encorvada sobre una maleta con ruedas de la que

goteaba líquido. De dos mujeres intensamente bronceadas que parecían vendedoras de maquillaje y paseaban con los brazos enlazados, riendo a carcajadas. Ninguno de ellos se molestó en ocultar la curiosidad que les provocaban los dos hermanos.

El escenario tenía un aire onírico. Durante todo aquel tiempo habían existido lugares como aquel mientras Ronan arrastraba los pies por aparcamientos prudentemente asfaltados, deslumbrado por la luz de los barrios residenciales. No estaba seguro de que su lugar fuese el Mercado de las Hadas; pero, desde luego, desentonaba menos allí que en el mundo en el que se había ocultado hasta el momento. Y, aunque Declan debía de saberlo, se lo había callado. Como su padre, que también debía de saberlo y también se lo había callado.

Habían criado a Ronan en el nido de unos pájaros normales, haciéndole creer que no tenía semejantes.

—No hables de papá con nadie —le indicó Declan en voz baja—. Aquí la gente lo conocía. Pero pensaban que era un coleccionista, no un soñador; él decía que encontraba todos los objetos que vendía. No les hagas pensar lo contrario. No…

—¿A ti te parece que tengo ganas de charlar? —le cortó Ronan.

Mientras pasaban junto a un espejo, Declan se miró de reojo y Ronan lo miró también. Vio cómo el reflejo de su hermano erguía la espalda y pronunciaba sin ruido: «No hagas que me arrepienta de esto».

Llegaron a la primera puerta del pasillo. Declan pasó la tarjeta por el lector y la puerta zumbó.

De pronto, Ronan recordó una de las primeras cosas que le había dicho Bryde:

Estás hecho de sueños y este mundo no es para ti.

Se lanzaron a lo oculto.

Primera habitación: tejidos. Era un típico cuarto de hotel con dos camas dobles, cobertores de satén, un gran espejo en una de las paredes y una tele de pantalla plana en la opuesta. Pero también era un bazar, un puesto de feria. Sobre las camas y por el suelo se extendían coloridas alfombras, algunas enroscadas para formar espirales de Fibonacci. De las doradas barras de las cortinas pendían finísimos fulares. La pantalla plana estaba casi cubierta por un tapiz raído. Dos hombres de tez arrugada levantaron la vista al entrar los dos hermanos. Uno comía un arroz amarillo chillón

directamente de un envase de plástico, y el otro jugaba a algo en su teléfono.

Ronan no habría sabido decir qué esperaba de un mercado ilegal legendario, pero, desde luego, no eran alfombras.

—Declan —dijo uno de los hombres.

El aludido se acercó para chocarle los cinco con familiaridad, como si fueran buenos colegas.

—Heydar —respondió simplemente, y Ronan se preguntó a cuánta gente conocería su hermano en aquel lugar.

Mientras Declan y su amigo conversaban en voz baja, el otro le ofreció a Ronan una especie de galleta adornada con dibujos en relieve. Ronan negó con la cabeza.

—Por un momento, aluciné creyendo que hablaban de tu padre —decía Heydar en ese momento—. El tipo está en boca de todos…

—¿Quién?

—Él, el tipo ese. No hacen más que hablar de un hombre que tiene objetos increíbles y que los trajo a todos de cabeza persiguiendo el asunto aquel en Irlanda.

—¿Quién? —repitió Declan.

Heydar se encogió de hombros y desvió la mirada hacia Ronan.

—Tu hermano no puede negar que es hijo de tu padre, desde luego.

La expresión de Declan cambió de su imperturbabilidad habitual a una imperturbabilidad aún mayor. Siempre había parecido molestarle que Ronan se pareciese tanto a su padre.

—Para los cuadros hay que ir a la ochenta y cuatro, ¿verdad?

—A la ochenta y cuatro o a la dos uve —contestó Heydar, aún con la vista clavada en Ronan—. Solo de verlo echas de menos al viejo bastardo, ¿verdad?

—Estoy acostumbrado —replicó Declan—. Bueno, pégame un toque la próxima vez que vengas a D. C.

Ya en el pasillo, Ronan esperó a que la puerta se cerrara a su espalda y se volvió hacia su hermano.

—¿En serio? ¿Alfombras?

—Robadas —explicó Declan—. O expoliadas de yacimientos arqueológicos.

—¿Todo va a ser igual de aburrido?

—Ojalá.

Segunda habitación: mascaras mecánicas. La mayor parte de la luz del cuarto provenía de varias velas situadas frente a la negra pantalla de la tele. Cada máscara tenía engarzados dos ojos de cristal y lo que semejaban trozos de piel de animales adheridos a estructuras faciales humanas. Sus miradas vacías se perdían en la nada. En las paredes había ganchos que sujetaban estiradas más pieles de animales en posturas que hablaban de agonía. Rayas de cebra, motas de animal en peligro de extinción, blanco marfil y piel gris de tiburón; el lugar entero apestaba a seres que habían estado vivos hasta hacía muy poco. Aquí había tanto público que tuvieron que abrirse paso con los hombros. Declan zigzagueó hasta llegar a un montón de marcos apilados en una esquina. Ronan se quedó donde estaba; no le apetecía acercarse más a las máscaras. Le recordaban a los cangrejos asesinos, que a su vez le recordaban a Harvard. Contuvo la respiración para no absorber el hedor de los animales muertos.

Una mano aprisionó su antebrazo.

Pertenecía a una mujer blanca muy alta que lo miraba desde arriba, agitando la cabeza como si sufriera de Parkinson. Su aspecto habría cuadrado más en una clase de matemáticas que en aquella habitación llena de máscaras: pelo recogido en un moño tan tirante como las pieles extendidas entre los ganchos, blusa abotonada hasta la barbilla, lacito alrededor de la garganta.

—¿Ya de vuelta? —dijo.

Ronan trató de zafarse, pero los largos dedos de la mujer se enroscaban alrededor de su bíceps. Si hubiera hecho fuerza, podría haber salido despedido contra la gente de detrás.

—Se ha equivocado de número, señora. Cuelgue el teléfono y vuelva a marcar, ¿quiere?

—Ella nunca se equivoca —intervino otra mujer dándose la vuelta para encararlos.

Ronan pestañeó: era exactamente igual que la que le aferraba el brazo. Luego advirtió las sutiles diferencias: nariz más larga, patas de gallo más pronunciadas, ojos más hundidos. Hermanas, una mayor que la otra. La segunda mujer se encorvó sobre Ronan.

—¿Te mira a los ojos alguna de las máscaras? Si te devuelve la mirada es que tiene que ser tuya.

—No habrías vuelto si no te hubiera mirado alguna —afirmó la primera.

Ronan volvió a retorcer el brazo en vano.

—No he vuelto.

—Entonces es que ya llevas puesta una máscara —dijo la segunda mujer—. ¿Quién eres de verdad?

Aquello también parecía un sueño, con la diferencia de que, en un sueño, Ronan habría podido cambiar el curso de las cosas. Allí solo tenía el poder de su cuerpo físico.

Volvió a tirar y se liberó al fin. Mientras se alejaba, oyó cómo las hermanas se reían.

Otra mano le rodeó el brazo, y Ronan dio un respingo. Era Declan.

—Deja de hacer el bobo —mascculló mientras tiraba de él para hacerlo avanzar entre la gente.

Antes de que Ronan pudiera protestar, Declan añadió en un susurro:

—Aquí también hablan del tipo ese, el que han mencionado Angie y Heydar. Todos hablan de él.

«Dilo —pensó Ronan—. Di Bryde».

Tercera, cuarta, quinta habitación. Sexta, séptima, octava, novena. Había obras de arte robadas, vestidos recamados de piedras preciosas, habitaciones llenas de trazas de sangre, más especies en peligro de extinción colgadas de las paredes, joyas procedentes de dueños muertos. Armas, miles de armas. Y venenos, y drogas. En cierto momento, abrieron una puerta y vieron al otro lado un hombre que rodeaba con las manos la garganta de una mujer. Aunque ella tenía los ojos desorbitados y las venas marcadas, al ver que los dos hermanos la miraban pronunció sin voz una palabra: «FUERA». Había algo terrorífico en la escena, en la complicidad que emanaba, en la forma en que la mujer se sometía sin tratar de salvarse, en el hecho de que no pudieran saber quién era el cliente y quién el producto. Ronan soltó la puerta y dejó que se cerrase, pero sabía por experiencia que aquella imagen volvería a visitarle en sueños.

Mientras atravesaban otra estancia, una adivina con un tercer ojo visible tatuado sobre su tercer ojo invisible abordó a Ronan.

—Veinte dólares, oferta final, tu futuro —dijo, como si ya estuviera en medio de un regateo con Ronan.

—Ya tengo uno —replicó Ronan.

—¿Estás seguro?

—Vamos, Ronan —le urgió Declan.

—¡Eh, chico Lynch! —exclamó un hombre mayor apoyado en un bastón, al lado de una caja rellena de más cajas—. ¿Lo has visto? ¿Has visto cómo corre?

Declan, indiferente, se limitó a saludarle con los dedos al pasar. Ronan, sin embargo, se detuvo.

—¿A quién? —le preguntó al hombre—. Dímelo. Sin tonterías.

El hombre le indicó con un gesto que se acercase para susurrarle al oído. Olía a ajo, mezclado con algo dulzón y con alguna otra cosa pestilente que le recordó a Ronan al olor de Gasolina.

Declan se había detenido y había vuelto la cabeza para mirar a Ronan con los ojos entrecerrados. No sabía qué estaba pasando, pero no le gustaba, seguramente porque no sabía qué era.

—Dime su nombre —exigió Ronan.

Te estás preguntando si esto es real.

«Dilo», pensó Ronan.

—Bryde —susurró el anciano.

Décima habitación: una biblioteca de varios pisos, reliquia de alguna época remota. La sala era larga y muy estrecha, oscura y sofocante, con un lado cubierto de estanterías oscuras y el otro de un papel escarlata y dorado que hacía juego con la moqueta.

Los polvorientos cristales de las lámparas emitían un brillo tenue, como insectos atrapados en telas de araña. Había obras de arte por todas partes: colgadas en la pared, apiladas contra clavicordios y pianos en el centro de la estancia… En algún lugar, alguien tocaba una melodía en algún serpenteante instrumento de viento.

Un hombre vestido con un impermeable violeta que se dirigía a la salida se detuvo frente a Declan.

—¿Tienes hora? —le preguntó.

—Hoy no —repuso Declan como si respondiese a una pregunta distinta. Luego, al ver que el hombre del impermeable se volvía hacia Ronan, le apoyó una mano en el pecho y dijo con firmeza—: Y él tampoco.

El hombre suspiró y reemprendió la marcha.

Declan se detuvo frente a dos cuadros abstractos colocados juntos. Uno parecía violento o apasionado, dependiendo de quién lo mirase, mientras que el otro era complicadamente negro. A los lados de los

cuadros colgaban sendos violines antiguos, con cajas de aspecto quebradizo por el paso de los siglos.

A Ronan no le decía nada el primero de los cuadros. El segundo, sin embargo, lo cautivaba por la cantidad de cosas que podía representar a pesar de ser negro por entero. Era como si lo pudiera sentir, además de verlo.

—¿Soñado? —preguntó.

—Es un Soulages —contestó Declan—. El otro es un de Kooning. Entre los dos valen unos cuantos millones. ¿Te gustan?

Ronan señaló el Soulages con la barbilla.

—Este no está mal.

—Así que no está mal. Anda, que… Tú y el negro, ¿eh? —añadió Declan meneando la cabeza—. Soulages dijo una vez: «Si las ventanas se asoman al exterior, los cuadros deberían hacer todo lo contrario: asomarse a nuestro interior» —recitó con dicción y entonación perfectas.

Declan, como Niall, tenía el oído y la intuición necesarios para cautivar con un solo giro de sus palabras. Pero, a diferencia de Niall, no solía demostrarlo.

—¿A ti te gustan? —preguntó Ronan.

—Tanto que me dan ganas de llorar como un imbécil.

Ronan jamás había visto a su hermano mayor llorar como un imbécil, y ni siquiera podía empezar a imaginarlo. Declan ya se había alejado y ahora examinaba unos lienzos apilados en una especie de cabina. Eran tan poco sugerentes que Ronan se puso a dar vueltas cada vez más amplias. Óleos, pasteles protegidos por cristales, rollos de papel de distintos tamaños, esculturas que se elevaban hacia las lámparas, parejas de tablas formando uves invertidas, como si alguien quisiera comenzar un castillo de naipes con ellas… A Ronan le habría gustado fotografiar el ambiente para mostrárselo a Adam, pero le daba la impresión de que aquel no era un lugar especialmente adecuado para hacer fotos.

Y entonces lo vio.

Lo vio. Lo vio. La vio.

—Declan —dijo.

Su hermano continuó mirando lienzos.

—*Declan* —repitió, y él se dio la vuelta al oír el tono de su voz.

Ronan no señaló nada. Simplemente, esperó a que su hermano siguiera su mirada.

Estaba a unos quince metros, entre decenas de objetos y apenas iluminada, pero daba igual: Ronan habría reconocido a su madre en cualquier parte.

18

«Bryde», decía la gente.

El nombre se repetía una y otra vez en todos los rincones del hotel. A Farooq-Lane le parecía oír el fin del mundo en el preciso instante en que ponía un pie dentro de una habitación y el comienzo del mundo en cuanto salía de ella.

«Bryde. Bryde. Bryde».

Tal vez fuera un Zeta; desde luego, alguien importante. Fuera quien fuese tenía cautivados a todos los que frecuentaban aquel extraño lugar. ¿Quién sería?

Alguien a quien había que vigilar.

Y si llamaba la atención en un lugar lleno de personas como aquellas, tenía que ser un auténtico bicho raro.

Por desgracia, Farooq-Lane se dio cuenta enseguida de que aquello la sobrepasaba. Ya no era Carmen Farooq-Lane en medio de un grupo de Moderadores armados hasta los dientes, haciendo frente a uno o dos Zetas. En ese momento, era Carmen Farooq-Lane, una ciudadana ejemplar reconvertida a toda prisa en agente especial, metida en un edificio lleno de sujetos que se salían de los límites del mundo cotidiano. Desde que entró en la primera sala, sintió que todos podían ver lo que era. De reojo, con disimulo, vio las miradas fugaces que le lanzaba la gente al pasar. Era como aquel nombre: «Bryde. Bryde. Bryde». No se le había ocurrido pensar que su traje de lino y su abrigo largo pudieran resultar inadecuados; y, sin embargo, lo eran. Le daban un aspecto demasiado limpio, demasiado formal, demasiado cómodo en el mundo tal como estaba conformado.

—A esa gente no le gustan los representantes de la ley —le había dicho Lock por teléfono—. Han llegado a una especie de compromiso.

—¿Un compromiso? —repitió ella—. ¿Como una zona franca? ¿Un área sin ley? ¿Un…?

Había oído hablar de lugares como aquellos en las noticias, pero en ese momento no lograba recordar cómo los llamaban exactamente. Eran sitios

a los que no iba la policía, zonas en las que imperaban otras leyes. Hasta ese momento, Farooq-Lane no había creído que existiesen de verdad.

—No nos pagan para ocuparnos de esas cosas, Carmen —la interrumpió Lock—. Salva primero el mundo y, luego, si quieres, vuelves al Mercado de las Hadas y haces una buena limpieza.

Se suponía que tenía que buscar rastros de la presencia de algún Zeta. Normalmente, eso equivalía a estar atenta por si veía algo poco habitual. Pero en aquel lugar no había nada habitual.

Todo resultaba inquietante. Armas. Obras de arte robadas. Una sala llena de chicas y chicos de aspecto recatado, expuestos como mercancías. Perros con el pelo recortado para que pareciesen leones. Aparatos electrónicos con los códigos borrados. Cajas llenas de carnés de conducir y pasaportes. ¿Y aquellas máscaras? ¿Serían soñadas? ¿Y el marfil?

No estaba segura.

A medida que las miradas se intensificaban, Farooq-Lane se sorprendió a sí misma furiosa con Parsifal una vez más. Era increíble, el chico ni siquiera había entrado con ella, pero su capacidad para irritarla era tan grande que ni siquiera le hacía falta estar presente. Si su visión hubiera sido un poco más concreta, al menos Farooq-Lane habría sabido qué buscar.

Si alguien le preguntaba qué hacía allí, debía decir que era una compradora. Junto al cuadradito de tela que servía como invitación había recibido treinta mil dólares en metálico. PADMA MARK, rezaba la invitación, aunque a Farooq-Lane no le parecía tener aspecto de Padma. Parsifal también había recibido una invitación, a pesar de que se negaba a usarla. La suya llevaba su nombre auténtico. Cuando Farooq-Lane le preguntó a Lock por qué él podía entrar en el Mercado de las Hadas como Parsifal Bauer mientras ella tenía que convertirse en Padma, él respondió que el chico tenía un historial lo suficientemente difícil para soportar el escrutinio de cualquiera. Según él, Parsifal era el tipo de persona que podía acudir a una de aquellas cosas.

¿Parsifal Bauer? ¿Historial difícil?

«Bryde. Bryde. Bryde».

Todo el mundo la miraba. «Compra algo ahora mismo», se dijo. Si compraba algo, dejarían de mirarla.

Pero no quería adquirir nada ilegal; si lo hacía, se sentiría cómplice. Su mundo funcionaba con un sistema en el que tenía bastante fe, una estructura de leyes diseñadas para promover el respeto de la ética, la justicia y la sostenibilidad en el uso de los recursos.

La cantidad de principios que estaba dispuesta a pasar por alto era limitada, incluso si su finalidad era salvar el mundo.

«Ajá: una adivina». El sector de la adivinación era de utilidad dudosa, pero al menos su legalidad no estaba en duda. Farooq-Lane esperó a que se despejase un corrillo de hombres que parecían sacerdotes y que le impedían el paso, y luego se acercó a la mesa tras la que se sentaba la mujer.

La adivina tenía un tercer ojo tatuado entre las cejas. Su cabeza estaba enmarcada por una masa de rizos plateados tan espesos que parecían hechos de metal. «¿Será soñada?», se planteó Farooq-Lane, y la idea estuvo a punto de hacerla reír.

De pronto, cobró conciencia de lo asustada que estaba.

—¿Cuánto? —preguntó.

Su voz no dejaba traslucir ningún miedo; era la voz de Carmen Farooq-Lane, una joven profesional a la que cualquiera podría confiar su futuro.

La mujer alzó la cabeza sin que sus rizos se movieran ni un ápice. «¿Serían una peluca?».

—Dos mil.

—¿Dólares?

Advirtió de inmediato que la pregunta desentonaba por alguna razón que desconocía. La atención volvió a centrarse en ella. Cuatro mujeres vestidas con un atuendo que debía de ser formal en algún lugar que no eran los Estados Unidos volvieron la cabeza para mirarla. Los sacerdotes parecían moverse a cámara lenta. Un hombre alto metió la mano bajo su cazadora de piloto con un gesto que preocupó a Farooq-Lane. Sin perder un segundo, sacó los billetes y se acomodó en la silla que le indicaba la adivina.

Una vez sentada, notó que la cabeza le daba vueltas. En el aire flotaba un aroma pesado. ¿Sería alguna droga que la estaba afectando? Aunque tal vez solo fuera el ritmo acelerado de su corazón y de su aliento. ¿Seguirían mirándola? No quería comprobarlo.

«Bryde, Bryde». Incluso ahora seguían susurrándolo. O quizá fueran imaginaciones suyas.

—Dame la mano —le pidió la adivina.

Farooq-Lane la extendió de mala gana, con la palma hacia arriba, y la mujer le aferró los dedos como si fueran un manojo de palos. «Se va a dar cuenta de lo rápido que me va el pulso», pensó Farooq-Lane.

Sin embargo, la adivina se limitó a preguntar con un marcado acento de Nueva Jersey:

—Muy suave. ¿Qué usas?

Farooq-Lane pestañeó.

—Ah. Esto… Avena y aceite de argán.

—Una mano muy bonita —comentó la mujer—. Como el resto de ti. Muy bonita por fuera; por dentro, vamos a ver.

Cerró los ojos y Farooq-Lane se arriesgó a echar un vistazo a su alrededor. La gente ya no la miraba, pero aun así se sentía vigilada. Se preguntó cuánto se enfadaría Lock si salía de allí sin nada más que un nombre: Bryde.

De pronto, un conjunto de olores la abrumó: a niebla, a humedad, a sangre recién derramada. Estaba otra vez en Irlanda, y el cuerpo de Nathan se sacudía sin protestar bajo las balas de Lock. Farooq-Lane sintió que su mente se desplomaba en el vacío. Entonces, los ojos de la adivina volvieron a abrirse. Sus pupilas, enormes, ocupaban todo el iris. Su boca dibujaba un rictus diferente al de antes. Su mano se cerraba con fuerza sobre los dedos de Farooq-Lane.

Esbozó una sonrisa taimada.

—Bryde… —comenzó a decir, y a Farooq-Lane se le erizaron los pelillos de la nuca—. Chica bonita, Bryde dice que, si quieres matar a alguien y mantenerlo en secreto, hazlo en un lugar en el que no te vean los árboles.

Farooq-Lane sintió las palabras antes de oírlas.

Su boca se entreabrió sola.

Liberó los dedos de un tirón.

La adivina pestañeó por un instante. Luego miró a Farooq-Lane, con las pupilas de tamaño normal y la expresión que tenía al principio. No era más que una mujer. Una mujer con rizos plateados que miraba a Farooq-Lane como si acabase de detenerse en su puesto.

Pero, de súbito, sus rasgos se endurecieron y dijo con voz alta y clara:

—¿Quién quiere cepillarse a una poli?

Todas las cabezas que había en las inmediaciones se giraron hacia Farooq-Lane.

Ella no aguardó ni un segundo.

Echó a correr.

19

Declan no le había confesado a nadie que sabía que su madre era un sueño.

Al fin y al cabo, era un secreto, y Declan sabía cómo manejar los secretos. También era una mentira, porque Niall había querido que sus hijos pensasen que su madre era real. Pero Declan sabía cómo manejar las mentiras.

Aunque aquello le resultase algo más pesado que el resto de sus secretos y sus mentiras.

No, no era más pesado.

Era más solitario.

Aurora no cayó aletargada inmediatamente después de que Niall muriese. Debería haberlo hecho. El día en que Niall fue asesinado, las vacas se durmieron. Y el gato. Y la familia de ruiseñores que anidaba junto a la casa. Y la cafetera que siempre estaba caliente y que técnicamente debía de estar viva porque, mientras que los demás aparatos soñados siguieron funcionando, la cafetera dejó de hacerlo. Todas y cada una de las criaturas soñadas por Niall se quedaron dormidas salvo Aurora.

Era un miércoles. Declan lo recordaba porque hacía tiempo que consideraba los miércoles como días de mala suerte. Quizá aún lo creyera; de hecho, si podía, evitaba programar cualquier cosa los miércoles. Tal vez fuera superstición, pero le seguía dando la sensación de que aquel momento en mitad de la semana estropeaba las cosas.

El jueves, Aurora aún estaba despierta. Más que despierta, insomne. Se había pasado la noche en blanco, paseando sin sosiego como un animal que sintiese la inminencia de un desastre natural. Declan sabía que no había dormido porque él tampoco lo había hecho. El jueves, los hermanos Lynch aún no eran huérfanos del todo.

El viernes, un Ronan de ojos vacíos se llevó a Matthew a pasear por los pastos y dejó a Declan solo en la silenciosa casa, junto al ser soñado que recibía el nombre de Aurora Lynch. Para Declan fue un alivio. Aquellos días no soportaba mirar a Ronan. En el momento en que encontraron el

cadáver de su padre, algo feo y oscuro se había instalado en el interior de su hermano; era como si aquello se hubiese despertado al tiempo que todo lo demás se dormía. Para Declan era lo más terrorífico que había ocurrido hasta el momento, como una prueba palpable de que las cosas jamás volverían a ser iguales.

Para entonces, Aurora parecía ausente, perpleja. Avanzaba unos pasos y, de pronto, se detenía ante cosas que normalmente no le habrían llamado la atención. Espejos. Lavabos. Cosas de cristal. Rehuía el metal; se ponía repentinamente alerta cada vez que estaba a punto de rozar un picaporte o un grifo, para volver a caer enseguida en su ensimismamiento.

Declan la encontró hurgando en el armario de la entrada. Deslizaba a un lado y a otro las perchas de tres abrigos, jadeando como si le faltase el aire. Tenía los ojos entrecerrados y vidriosos. Él la observó durante unos largos minutos, con el corazón escarchado de temor.

Un temor teñido de expectación.

Para entonces ya estaba seguro de que era la única persona de la casa que conocía la verdad sobre ella. El único consciente de lo que se avecinaba.

Ay, Ronan; ay, Matthew. Los hermanos Lynch… Ninguno de los dos sospechaba que su corazón iba a romperse más aún.

Por fin, Aurora advirtió su presencia y se acercó lentamente a él.

—Declan —dijo—, iba a caminar. Iba a buscar…

Se quedó rígido e inmóvil mientras ella lo abrazaba repentina y ávidamente, con la cara apretada contra el cabello de él. Sintió su inestabilidad y los latidos de su corazón. ¿O serían los de él? Tal vez fuera él quien se tambaleara; tal vez notase su propio corazón. Ni siquiera estaba seguro de que ella tuviera uno; los sueños no se regían por las mismas reglas que las personas.

Pensó que se iba a quedar solo. Se iba a quedar solo junto al nuevo y terrorífico Ronan y a Matthew, cuya vida dependía de Ronan. Y ahí fuera, en algún lugar, había algo que quería matar a los miembros de la familia Lynch.

—El testamento está en la caja de cedro, dentro del armario de la habitación —susurró ella contra su pelo.

Declan cerró los ojos.

—Lo odio —susurró.

—Mi valeroso Declan… —dijo ella y, luego, cayó lentamente hasta quedar tendida en el suelo.

Los huérfanos Lynch.

Declan contempló a Ronan, que miraba hipnotizado un cuadro cuya modelo era la viva imagen de Aurora Lynch. Se llamaba *La dama oscura*, y era la razón por la que Declan había acudido al Mercado de las Hadas.

La mujer del cuadro tenía el pelo dorado, con una media melena que se abombaba a la altura del mentón. Su pose resultaba pueril y extrañamente desafiante, con la cabeza y el cuello estirados hacia delante y los brazos en jarras. Llevaba un vestido traslúcido de color malva y una americana echada sobre los hombros, como si su acompañante se la hubiera ofrecido para que no pasara frío. Su rostro ladeado miraba al espectador; sin embargo, su expresión era difícil de discernir porque las cuencas de los ojos estaban sumidas en la sombra, casi como las de una calavera. Todos los tonos del cuadro eran negros, azules, pardos o grises. La figura estaba sutilmente impregnada de deseo, una cualidad que casi todos los observadores interpretarían como una muestra de calidad artística, pero que Declan reconocía como parte de la magia de un objeto soñado. El cuadro llevaba una firma muy familiar.

Niall Lynch.

—Es de papá —declaró.

—Ya lo veo, imbécil.

Ronan parecía furioso, lo que no daba muchas pistas a Declan sobre lo que estaba sintiendo. En Ronan, todo lo que no fuera alegría solía manifestarse en forma de ira.

—¿Para esto querías venir? —preguntó—. No sabía que dieras un valor sentimental a las cosas de papá.

Declan no se lo daba, pero quería aquel cuadro.

Lo necesitaba.

La obra había estado durante años en una mansión de Boston: la de Colin Greenmantle, el tortuoso coleccionista que había encargado que matasen a su padre. Hacía unos meses, el propio Greenmantle había muerto en circunstancias igualmente oscuras. Entonces, uno de los intermediarios que había tratado con él y con Niall se puso en contacto con Declan para ofrecerle la llave de la variopinta colección de Greenmantle.

«Coge todas las cosas de tu padre que quieras antes de que las venda —le dijo—. Las has pagado con sangre».

Había sido una oferta generosa. Muy generosa, de hecho. De una generosidad que se medía en decenas de miles de dólares.

«No las quiero», replicó Declan.

Quería mantener la discreción, ser invisible. Hacer como si aquella parte de su vida nunca hubiera existido.

«No quiero nada», dijo, y aún no había acabado de decirlo cuando se dio cuenta de que era mentira.

¿Pero qué era Declan Lynch, sino un mentiroso?

—El cuadro tiene una leyenda —le explicó a Ronan, que seguía mirándolo desde lejos; nada más que un cuadro apoyado entre decenas de otros en la pared de un puesto de mercado—. Quien duerme en la misma casa que él sueña con el océano.

Al parecer, eso volvía loca a la gente. Mientras Ronan estaba destrozando el dormitorio de Adam en Harvard, Declan había examinado los restos de la colección de Greenmantle en Boston. Allí se había enterado de que *La dama oscura* se había vendido al poco de morir su antiguo dueño y ya había pasado por docenas de propietarios, ninguno de los cuales la conservaba más de unas semanas. Y ahora iba a ponerse de nuevo a la venta, en esta ocasión en el Mercado de las Hadas de Washington D. C.

Era como si lo hubiera dispuesto el destino.

—Voy a comprarla, si tengo dinero suficiente —anunció Declan.

Los hermanos Lynch eran más o menos ricos. Niall había dejado una propiedad a cada uno —Los Graneros a su hijo favorito; un campo vacío en Armagh, Irlanda del Norte, al hijo favorito de Aurora, y una casa en la ciudad de Alexandria al hijo restante— y una suma de dinero que les proporcionaría un confort de clase media hasta el final de su vida, siempre y cuando no lo derrochasen comprando coches, pagando estancias de hospital o adquiriendo cuadros sobrenaturales.

—Sígueme el rollo —pidió Declan.

—Sígueme el rollo… —se burló Ronan en voz baja, mientras adoptaba una máscara de indiferencia y seguía a su hermano hasta el puesto del cuadro.

El vendedor no tenía pinta de marchante de arte. Tenía pinta de gerente de gimnasio, de tipo que aparecía en vallas publicitarias para promocionar un programa de levantamiento de peso, o que se hacía rico anunciando batidos de proteínas y luego lo perdía todo cuando lo sancionaban por usar

esteroides. Tenía el pelo engominado en pinchos tan robustos como el resto de su persona.

—¿Cuánto pides por ese? —preguntó Declan—. Me refiero al de la mujer rubia.

—Veinte mil por la chavala —respondió el hombre desde su puesto lleno de cuadros—. Mira qué carácter tiene… Menuda truchi. Está claro que se guarda algún truquito en la manga.

Declan evaluó su tono y postura y luego analizó la forma en que estaba colocado el lienzo en el puesto; quería determinar el valor que otorgaba el vendedor a aquella obra concreta. Una parte de él se apropió también de la forma de hablar del hombre. Declan poseía una colección privada de palabras y expresiones que adquiría sin coste y mantenía en secreto; era el *hobby* perfecto.

—¿Veinte mil por un cuadro de un don nadie? —replicó, notando la mirada de Ronan como dos rayos láser que le agujereaban el lateral del cráneo. Reprimió un suspiro; a Ronan no le vendría nada mal reconciliarse con las mentiras, aunque solo fuera con las piadosas.

—Te hace soñar con el mar —alegó el vendedor—. Mi hija pequeña dijo que la había hecho soñar con la costa y yo quise probarlo. Y vaya si era cierto: cada noche que pasó en mi casa tuvimos playa, como si fuera un veraneo gratis. Te lo ga-ran-ti-zo, tío.

—No estoy buscando un truquito de magia —replicó Declan—. Solo quiero algo que colgar encima de la chimenea. Te doy tres quinientos.

—Veinte, he dicho.

El valor de mercado de los objetos sobrenaturales era algo subjetivo. ¿Cuánto valía la sensación de poseer algo que no debería existir, algo que se comunicaba con un ámbito sobrenatural inalcanzable, de otro modo, algo que era la prueba tangible de que el mundo era más que lo que se veía? Normalmente, la respuesta se formulaba en números altos. Declan no sabía hasta qué punto podría ceder el vendedor; solo sabía que desembolsar veinte mil dólares haría un agujero sustancial en los ahorros que había amasado con tanto celo. Sería una cifra disparatada para una compra que ya lo era.

—Cuatro mil.

—Diecinueve.

—No quiero dejar esto en la mesa —repuso Declan con voz átona—, pero mi última oferta son quince y de ahí no me voy a mover.

El hombre meneó la cabeza y aceptó los billetes.

—Voy a por papel para envolverla —dijo.

«Estás haciendo esto de verdad —pensó Declan—. Te has metido en la madriguera del conejo».

Ronan, a su lado, se había arrodillado junto al cuadro. Su mano estaba suspendida sobre la cara de la mujer, sin llegar a rozarla. Era evidente lo mucho que le afectaba ver de nuevo el rostro de Aurora; Ronan no sabía mentir ni en su lenguaje corporal. Por alguna razón, las inquietantes verdades sobre sus padres que había aprendido con el tiempo no habían logrado empañar el afecto que sentía por ellos. Declan lo envidiaba, tanto por su amor como por su pena.

El vendedor regresó con un pliego de papel marrón y un raído libro de registro que Declan miró con desconfianza.

—¿Qué es eso?

—Necesito que me des tu nombre y tu código postal. Esta pieza está registrada —explicó el hombre—. Hay que dejar constancia de las ventas.

Aquello era inhabitual en un mercado que, si se caracterizaba por algo, era por su discreción. Si un objeto estaba registrado solía ser porque era peligroso o absurdamente valioso, o porque estaba vinculado a alguna organización criminal de un tipo u otro.

—¿Y quién la ha registrado? —repuso Declan con recelo.

—Boudicca —contestó sin más el vendedor.

A Declan no le sonaba de nada la palabra, pero aun así no le gustaba cómo sonaba. Además, siempre se había resistido a comprometerse.

—Te doy diecinueve si me lo vendes por libre.

El musculoso vendedor negó tristemente con la cabeza.

—Imposible, tío.

—Veinticinco.

—No puedo. Es Boudicca; no voy a arriesgarme.

Declan sopesó la situación. Ya era peligroso acudir a un lugar donde la gente lo conocía y comprar uno de los sueños de su padre; pero hacer una compra que quedaría registrada bajo su nombre era otra dimensión. Además, no le gustaba la forma en que el hombre decía «Boudicca». Sonaba poderoso. Sonaba malevolente. A Declan no le hacía ninguna gracia. Aquella noche ya había entregado una tarjeta de visita y sentía que se había expuesto demasiado.

—Vale, pues entonces lo dejo —repuso extendiendo la mano para recuperar el dinero—. Lo siento.

—Vamos, hombre —protestó el vendedor—. El trato ya estaba casi cerrado.

—Lo siento.

—Ni siquiera es tu dirección —insistió el vendedor, con el libro de registro aún agarrado—. Solo el nombre y el código postal. Una tontería; los das cada día en cualquier Starbucks. Lo escribes en la puerta de los baños.

Declan, imperturbable, siguió con la mano extendida.

De fondo sonaba el jaleo habitual en el Mercado de las Hadas. En el lado opuesto de la sala había estallado una disputa. Se oían voces destempladas. Aquella noche había una atmósfera de peligro; aquellos lugares siempre eran peligrosos. Declan lo sabía y, aun así, había acudido llevando a Ronan consigo. Se había deslizado hasta el mismo borde de la rama y había estirado el brazo, en un intento de alcanzar aquel cuadro venido de su pasado. Ahora no sabía cómo podía haber sido tan imprudente.

Desde su cuadro, la dama oscura lo observaba con desconfianza.

—Lynch —dijo Ronan de repente.

Declan y el vendedor se volvieron al mismo tiempo hacia él. Por un momento, Declan no supo si su hermano había hablado de verdad o si había sido imaginación suya.

—Ronan Lynch, dos dos siete cuatro cero.

Declan reprimió las ganas de asesinarle. Tuvo que hacer un esfuerzo.

El vendedor lo anotó, y a Declan se le erizó el vello de todo el cuerpo al ver las palabras trazadas en tinta. Ronan. Lynch. Una verdad regalada sin más. Una verdad registrada para siempre. Declan no podía soportarlo; la mentira era mucho más llevadera. Habría sido muchísimo más fácil dejar en su sitio el cuadro y todas sus promesas y alejarse sin más.

El hombre depositó el cuadro de la mujer rubia en las manos de Ronan.

—Disfruta del mar —le deseó.

20

Jordan estaba actuando de nuevo.

En esta ocasión, la escena no era muy distinta de la de la fiesta en casa de TJ, si no fuera porque aquí todos los espectadores eran delincuentes, porque Jordan estaba deseando que Feinman no apareciese y porque ahora se jugaba bastante más. Si este plan fallaba, no se le ocurría cuál podía ser el plan B.

En ese momento estaba copiando el cuadro *Una calle en Venecia*, de John Singer Sargent, en medio del Mercado de las Hadas. Era un cuadro que había reproducido muchas veces; pero su familiaridad con él hacía la tarea más reconfortante que aburrida, como volver a ver su película favorita. La escena mostraba a una muchacha envuelta en un chal que caminaba a paso vivo por un callejón. Dos hombres esbozados con pinceladas sueltas y oscuras la contemplaban pasar. La chica miraba de soslayo, observando con disimulo a los dos hombres. También había una pareja sentada a la mesa de un café, que Jordan ni siquiera había advertido las primeras veces que vio el cuadro. Solo se había fijado en la chica que caminaba con cautela, sujeta a las oscuras miradas de los hombres, mientras la ciudad acechaba alrededor.

Como con todos los cuadros de Sargent, la clave estaba en copiarlo sin vacilaciones. El pintor tenía un estilo de pinceladas anchas, libres y aparentemente espontáneas; si el copista encaraba la tarea con timidez, obtendría una obra emborronada y poco natural.

Jordan no vacilaba.

Al poco de empezar a trabajar, Hennessy la llamó.

—¿Te están mirando todos?

—Sí. Dale ahí.

—Me han leído la mano. La adivina me ha dicho que van a volver a robar en nuestra casa.

—No tenemos casa —musitó Jordan.

—Tienes razón: tenemos un hogar —respondió Hennessy—. Voy a ver si compro un perro.

Colgó.

Jordan volvió a concentrarse en el lienzo. «Arte, arte; piensa solo en el arte». Si pensaba en eso, no pensaría en todas las cosas que podían salir mal. El arte era una sólida parte de Jordan. No en el sentido de «agarra el pincel y deja que el alma se te derrame con los colores», sino como un objeto que podía meter en el maletero de su coche, una prueba tangible de su identidad cultural, un objeto de consumo. El arte le había dejado a Jordan cicatrices, manchas y ampollas. Quizá fuera inevitable, en vista de su historia familiar. El padre de Hennessy coleccionaba obras de arte, su madre entre ellas, quien había pintado retratos hasta el mismo día de su muerte. Sus obras habían sido moderadamente famosas antes de que falleciera y muy famosas después. Eso se debía, en opinión de Jordan, a que el arte siempre era más duradero si lo mezclabas con sangre.

—Me gustaría decir que esto me sorprende —dijo una voz familiar.

«Feinman». En aquel ambiente, Bernadette Feinman tenía un aspecto aún más frenético y dramático, con un largo abrigo de pieles además de las gafas de cristales rosados que Jordan ya le conocía. Parecía una vieja dama que había visto muchas cosas en el pasado y estaba abierta a ver algunas más en el presente. Como la vez anterior, fumaba un cigarrillo de clavo, pero ahora lo sujetaba con una larga boquilla. Jordan apreció el rasgo de estilo mientras sentía que el corazón se le caía a los pies.

—Rayos —dijo, planteándose rápidamente cómo modificar el plan si Feinman hacía que la echasen.

—Cálmate y pinta —repuso Feinman—. No voy a delatarte. Ya sabía quién eras cuando te rechacé en la fiesta de Tej y también sabía que te las arreglarías para entrar aquí. Pero a veces hay que hacer objeción de conciencia. Quería que constase mi opinión de que puedes hacer cosas mejores.

—Desde luego. Explorar todo mi potencial, con e mayúscula y benevolente. Se lo agradezco; es bueno aspirar siempre a más —contestó Jordan—. Entonces, ¿esto solo es una visita amistosa?

Feinman le lanzó una mirada compleja, como si creyese que podría desvelar las razones de Jordan para elegir una vida criminal si la escrutaba con suficiente atención.

—No pierdas esa sonrisa —dijo al fin—: es un original.

Cuando desapareció entre la gente, Jordan exhaló un largo suspiro de alivio. Su teléfono vibró con un mensaje. Era Trinity: «Creo que he visto a Feinman. Iba hacia donde tú estás».

Jordan tecleó rápidamente: «A buenas horas. ¿Cómo va H?».

Trinity: «Sin noticias».

La falta de noticias eran buenas noticias. O, al menos, no eran malas.

Normalmente, Hennessy y Jordan eran falsificadoras.

Pero esa noche eran ladronas.

Hennessy había entrado hacía un rato para averiguar dónde se encontraba su objetivo. Con tantos pisos y habitaciones, y en ausencia de un verdadero catálogo de vendedores, aquello era todo un reto. Una vez Hennessy localizó el cuadro, entró Jordan, con la pieza de repuesto bien envuelta y todos sus materiales de pintura, y se instaló en el lugar más transitado que encontró para demostrar sus habilidades. «Miradme —gritaba su presencia—. Miradme: soy Hennessy, aquí sentada pintando una copia de un Sargent, y de ninguna manera estoy robando un cuadro en otra parte». Iba a ser el robo perfecto: Jordan había trabajado durante semanas en una copia intachable del cuadro que iban a robar, y ahora Hennessy solo tenía que dar el cambiazo mientras el vendedor estaba despistado.

Necesitaban aquel cuadro.

Se volvió a centrar en el trabajo, esforzándose por no imaginar qué estaría haciendo Hennessy. Aceptó algunos encargos. Oyó una palabra, «Bryde», que la gente susurraba aquí y allá, y no supo a qué se referían. Sonrió al corrillo variable de espectadores que la contemplaban. La mayor parte solo se detenían unos segundos, a no ser que quisieran hacer un encargo.

Salvo uno.

Aquel tipo se quedó mirándola tanto tiempo que Jordan terminó por levantar la vista. Conservador traje gris. Conservador —y caro— reloj negro. Conservadora —y cara— corbata de seda negra. Todo tan bien conjuntado que quien lo veía lo olvidaba al instante.

—Dicen que el diez por ciento de los cuadros de los museos son falsificaciones —comentó el espectador.

Jordan volvió a mirarlo. Era joven y guapo, pero de un modo tan ajustado a las expectativas culturales que más que atractivo resultaba aburrido. Llevaba el pelo cuidadosamente desordenado, y una barbita de dos días le sombreaba el mentón de forma perfectamente razonable. Buena dentadura, buen cutis. Ojos muy azules. Parecía inofensivo en todos los aspectos.

—Y otro cuarenta por ciento se atribuye por error a autores equivocados —repuso.

—Eso hace que al menos la mitad del disfrute artístico consista en el cultivo consciente de la credulidad —comentó él con voz átona.

—Diversión para todas las edades.

Él se echó a reír. Fue una carcajada suave y prudente; no parecía estar riéndose de ella. Si acaso, parecía reírse de sí mismo, si Jordan quería pensar eso, o quizá de nada en particular.

—Eres muy buena en lo que haces —comentó.

—Sí —asintió Jordan.

—Yo no sé dibujar ni siquiera un monigote. No tengo…

—No seas aburrido —le cortó ella—. Di que nunca lo has intentado y ya está. No sé por qué la gente habla de talento cuando quieren decir práctica.

—Nunca lo he intentado —asintió él—. Me he dedicado a otras disciplinas.

—¿Por ejemplo? Haga usted una lista detallada.

El tipo miró alrededor por un momento. No parecía inquieto; no era su estilo. Sin embargo, había algo en otra parte que reclamaba su atención.

—Me recuerdas a mi hermano —dijo.

—Felicidades —respondió Jordan.

—¿Por?

—Por tener un hermano tan guapo.

Ahora el tipo soltó una carcajada de verdad, bastante menos armónica que la primera. Apartó la mirada mientras se reía, como si con ello pudiera amortiguar lo genuino del gesto. Obviamente, aquel no era un sonido que quisiera compartir con la gente. Jordan se preguntó hasta qué punto estaría metido en aquel mundillo. No le parecía que tuviera el nervio necesario para sobrevivir allí; más bien, tenía aspecto de gestor de rentas o de seguros.

—¿Te puedo preguntar a qué has venido aquí esta noche? —le dijo mientras volvía a concentrarse en el cuadro.

—No —respondió él.

Jordan levantó la vista. El tipo esbozó una sonrisa desvaída, pero no se apeó de la negativa. No había sido una respuesta malintencionada o grosera; lo había dicho como si fuera un simple hecho. «No: no te permito saberlo».

De pronto, Jordan vio cómo aquel tipo podría sobrevivir en ese mundillo.

—Declan —dijo alguien tras él.

Sus ojos se entornaron, en una expresión mucho más memorable de las que Jordan había visto en su rostro hasta ese momento. Removió los pies y Jordan vio sus zapatos. También ellos eran sorprendentes: de cuero calado en color mantequilla, con diseño y ejecución excelentes. No eran anodinos. No eran olvidables.

—¿Así te llamas? —le preguntó.

En vez de responder, él encajó una tarjeta entre el borde del lienzo y el caballete. Solo contenía un número y una palabra impresa en color plata: LYNCH.

«Lynch».

Eso sí que era una coincidencia. Jordan la saboreó; parecía un presagio de que las cosas iban a salir bien.

—Si quieres saber más —dijo él—, llámame.

—Muy hábil. Bravo —repuso ella, y él le contestó con una nueva sonrisa perfecta y formal.

—Declan —repitió la voz de antes.

El tipo se marchó. Pronto acudieron otros espectadores para rellenar el hueco, pero Jordan se sorprendió a sí misma mirando aquella tarjeta una y otra vez. LYNCH.

«No te disperses, Jordan —se dijo—. Lo que hay en juego esta noche es más grande que esas cosas».

Su teléfono sonó. Era Hennessy. El corazón de Jordan se aceleró mientras se llevaba el aparato a la oreja.

—Alguien lo acaba de comprar —dijo Hennessy.

—¿Qué?

—Que alguien lo compró justo antes de que yo llegase. Ya no está.

Con todos los cuadros que había en venta en aquel edificio, después del tiempo que llevaba detrás de él, le habían birlado *La dama oscura* delante de sus mismas narices.

Jordan sintió que el estómago se le encogía.

—¿Sabemos quién ha sido?

—Como bien sabes, no podemos preguntarle al cacho mierda que lo vendía —respondió Hennessy—. Pero Brooklyn ha visto al tipo que se lo ha llevado. Vamos a ver si lo podemos localizar antes de que salga y luego replanteamos todo el asunto.

Jordan ya había empezado a recoger sus tubos de pintura, mientras miraba con disimulo alrededor por si veía a alguien con un paquete del tamaño adecuado.

—¿Qué pinta tiene el comprador?

—Joven, veintitantos. Pelo negro, ojos azules. Brooklyn dice que no podían ser más azules.

Pelo negro. Ojos azules. Jordan volvió a mirar la tarjeta:

LYNCH.

«Rayos».

Se puso en pie de un salto, pero ya no pudo encontrar a Declan Lynch por ninguna parte.

21

Los dos hermanos Lynch estaban otra vez en el ascensor forrado de espejos. El jaleo de la biblioteca había sido reemplazado por el silencio muerto de la cabina, solo puntuado por el tintineo amortiguado que indicaba el paso por cada planta. El cuerpo de Ronan aún zumbaba por la excitación de constatar la realidad de Bryde, por el asombro de ver la cara de su madre, por la tensión de la compra, por la irritación candente de Declan. Este aún parecía enfadado, más de lo que había estado en meses.

—No me puedo creer que hayas hecho eso —dijo Declan—. Te he traído. He confiado en ti.

—No sé por qué te pones así —replicó Ronan—. Aquí te conoce todo el mundo.

—Pero nadie ha escrito mi apellido en un libro de registro para que no sé qué organización criminal lo revise.

—¿Eso es Boudicca?

Declan se encogió de hombros.

—¿No viste la cara de ese tipo cuando pronunció el nombre? Se llama miedo, Ronan, y no te vendría mal tener un poco de vez en cuando.

«Si tú supieras…», pensó Ronan.

«Ding».

—¿Sabías antes de verlo que era un retrato de mamá?

En realidad, era una semejanza muy peculiar, como si hubieran encajado la cabeza de Aurora en el cuerpo de otra persona. Aurora jamás habría posado así, con aquel aire petulante de desafío. Hasta su rostro era distinto del que Ronan recordaba, con una expresión mucho más aguzada y combativa de la que había adoptado jamás la Aurora real. Podía deberse simplemente a que el retrato era mediocre, pero a Ronan le daba la impresión de que tal vez hubiera una faceta de su madre que él no había llegado a conocer.

Hasta esa noche, habría rechazado de plano esa posibilidad. Sin embargo, en aquel momento, casi todo parecía posible.

Declan había empezado a escribir algo en su teléfono con su peculiar técnica de pulgar e índice.

—Lo suponía.

—¿Y qué otras cosas sabías y te callaste?

«Ding».

La puerta del ascensor se abrió. No estaban en la planta baja, sino en la tercera, la de las máscaras. Al otro lado aguardaba una mujer con las manos metidas en los bolsillos de su cazadora gris. Lo primero que advirtió Ronan fue su postura: tensa, acechante, de predadora. Luego vio su cabello: dorado. Luego vio sus ojos: bonitos, azules.

Azul celeste, azul marino, azul añil, azul aguamarina, azul turquesa.

Por segunda vez aquella noche, Ronan se encontró mirando de hito en hito a su madre muerta. Solo que, en esta ocasión, era de carne y hueso.

Su cerebro lo rechazaba. «Estas cosas no ocurren cuando estás despierto, no es lo que crees…».

Y ella le devolvía la mirada, con los ojos clavados en los suyos y una expresión petulante y combativa, justo como en el retrato que estaba apoyado en las piernas de Declan. Entonces, la mujer posó la mirada en Declan y dio un respingo.

Los tres se quedaron inmóviles, sin avanzar ni retroceder, mirando, mirando, mirando. Trasfigurados igual que Matthew en la cascada. Hechizados, perdidos. Los hermanos Lynch y su madre muerta.

Las puertas del ascensor se cerraron ocultando a Aurora.

Ronan reaccionó:

—¡La puerta, Declan!

Los dos apretaron al tiempo el botón de apertura, pero el ascensor ya había reemprendido el descenso y los ignoró. Ronan estampó la palma en el botón del segundo justo a tiempo, y las puertas se abrieron dócilmente. Salió de un salto y echó a correr por el pasillo.

—Ronan… —empezó a decir Declan, pero su hermano ya estaba fuera de su vista.

Ronan avanzaba a la carrera. Saltó sobre una mujer que se había agachado para recoger una bolsa. Esquivó sin pararse a una pareja de hombres que salían de una habitación. Dio un brinco para no tropezar con un carrito y, mientras lo sobrevolaba, vio con un extraño nivel de detalle que contenía un juego de té recargado y antiguo, incluida una bandeja de varios pisos cargada de sándwiches.

Tenía que alcanzar la tercera planta antes de que la mujer cogiera otro ascensor, antes de que se marchara de allí.

Frenó justo antes de llegar a la puerta de emergencia que había al final del pasillo y rogó para sus adentros que no estuviera cerrada con llave. No lo estaba. La atravesó como una exhalación y se lanzó a subir de dos en dos las escaleras metálicas, que resonaban y rugían a su paso como una máquina de vapor. Ahí estaba la puerta de la tercera planta. «No estés cerrada», le pidió, y esta tampoco lo estaba, y la atravesó para retroceder a toda velocidad hacia el descansillo de los ascensores, donde la había visto.

Llegó justo en el momento en que las puertas se cerraban tras ella con un tintineo.

La flecha se movió y apuntó hacia abajo. Abajo. Abajo.

Ronan aplastó el botón de llamada con la mano abierta, pero no ocurrió nada.

Masculló una maldición, jadeante. Enlazó las manos detrás de la cabeza y trató de recobrar el aliento y la realidad. «Mierda. Mierda». Su respiración ya volvía a la normalidad, pero su corazón no: estaba saltando a la comba por su cuenta, sin ritmo ninguno. Su madre. Un fantasma.

Algo más allá, dos mujeres salieron de una habitación y se encaminaron hacia los ascensores. Iban agarradas del brazo y conversaban en voz baja. Eran las dos hermanas, las de la habitación de las máscaras. Lo observaron con curiosidad, como si su evidente desconcierto les pareciera más interesante que preocupante.

—Ah, el hombre de la máscara —dijo una de ellas.

—¿Dónde está tu bonita mujer?

Él ató cabos.

—La mujer… La mujer que vieron antes ¿era rubia? ¿Llevaba una cazadora? ¿Tenía… tenía los ojos azules? —terminó mientras se señalaba los suyos.

Ellas lo observaron, con los labios apretados como dos institutrices antiguas.

—Es que estaba muerta. Sé que estaba muerta. Vi… Tengo que averiguar qué es lo que pasa —farfulló Ronan rogando para sus adentros que lo ayudasen, que lo hicieran comprender—. Por favor… ¿Hablaron con ella?

Las hermanas lo escrutaron. Una de ellas, la de más edad, estiró el brazo y rozó una de las cuencas oculares de Ronan con la yema de los

dedos, como si lo estuviera midiendo para hacerle una máscara. Su dedo estaba frío como el hielo. Ronan apartó la cara.

—Nos dio esta tarjeta —dijo la otra—. Puedes quedártela; no la queremos.

Le tendió un cuadrado del tamaño de un azulejo. Tenía una xilografía de una mujer con la cara tachada por una cruz.

A Ronan no le decía nada, pero la aceptó de todas formas.

—¿Qué quería? —preguntó.

—Lo mismo que todo el mundo: saber más sobre…

Ronan supo lo que iba a decir antes de que lo hiciese; era la misma palabra que había rematado casi todas las frases pronunciadas esa noche. La dijo él mismo:

—Él.

—Eso es —asintió la hermana mayor—. Bryde.

22

Farooq-Lane nunca había puesto a prueba su forma física. No de verdad, en una situación gacela-perseguida-por-manada-de-leones. Una situación de salir en estampida por los pasillos y atravesar puertas en tromba y corre-no-pares-cuidado-ahora-baja en espiral por una docena de tramos de escalera. Se había limitado a correr en la cinta del gimnasio de su barrio con los auriculares marcándole el ritmo o, a veces, si hacía bueno, junto al lago, con las zapatillas a juego con los pantalones cortos a juego con el top deportivo a juego con el cuentapasos de marca que registraba su avance hacia la buena salud; e incluso, ocasionalmente, en la sala de *fitness* de algún hotel, con la botella de agua reflejando el movimiento de sus piernas levemente musculadas. Hasta ese momento, solo había corrido para estar atractiva. Jamás había corrido para no estar muerta.

Pero así fue como salió del Hotel Carter, arrastrando tras de sí una cohorte de perseguidores que se incrementaba en cada planta. Mientras corría, oía cosas que golpeaban las paredes a su espalda, pero no volvió la mirada para ver qué eran. Y en cierto momento notó que una mano trataba de aferrarle el tobillo, pero lo sacó de un tirón y aceleró más aún.

Cruzó el vestíbulo al galope, bajo la mirada de una mujer con un top cerrado por una especie de cordel.

—Corre, poli —dijo la mujer con una sonrisa que estaba muy lejos de ser agradable.

Farooq-Lane atravesó de un brinco la puerta de salida y se abalanzó por las escaleras, tan deprisa que estuvo a punto de estrellarse contra el coche que había aparcado debajo.

Era su coche. El que había alquilado.

Parsifal Bauer estaba sentado en el asiento del conductor con la espalda más recta que un palo, como un enterrador al volante de su coche mortuorio.

Farooq-Lane oyó los pasos de alguien —el portero, probablemente— a punto de alcanzarla.

Se lanzó al asiento trasero y el coche empezó a moverse antes de que pudiera cerrar del todo la puerta. Los seguros se cerraron con un chasquido.

Mientras se alejaban, se oyó un *clac* leve que indicó dos cosas simultáneas: la bala que acababa de golpear el coche y el alivio de Farooq-Lane por haber incluido un seguro a todo riesgo en el alquiler.

A un kilómetro y medio de allí, Parsifal detuvo el coche en la cuneta y lo dejó en punto muerto.

—No quiero conducir más —dijo—. No tengo carné.

Farooq-Lane seguía sin aliento y tenía flato. Aún no podía creerse que el chico la hubiera estado esperando en la puerta. Con toda probabilidad, acababa de salvarle la vida.

—¿Tuviste una visión? —preguntó, y él negó con la cabeza—. Entonces, ¿cómo supiste que tenías que ir allí?

Parsifal se desabrochó el cinturón.

—Sentido común —respondió.

23

Les entregamos el mundo cuando aún no sabíamos lo que hacíamos.

Ellos ya habían empezado a contar historias sobre nosotros, y nosotros a creérnoslas. Esta era la historia: la desventaja de ser un soñador era la inestabilidad emocional. Los soñadores podíamos soñar, pero no podíamos soportar estar despiertos. Podíamos soñar, pero no podíamos sonreír. Podíamos soñar, pero teníamos que morir jóvenes. Y cómo nos amaban aun así, a pesar de nuestras debilidades y de nuestra incapacidad para todas las cosas prácticas…

Y nosotros los creímos. Era un cuento de hadas malvado y dulzón, y aun así nos lo creímos. No podíamos hacernos cargo del mundo. Ni siquiera podíamos hacernos cargo de nosotros mismos.

Les dimos las llaves del maldito coche.

Ronan soñaba con el verano. Con Adam.

Estaba en un huerto rebosante de sol, rodeado de tomateras tan altas como él. Verdes, tan verdes… En los sueños, los colores no se percibían con los ojos, sino con las emociones, de modo que su intensidad era ilimitada. En el mantillo, medio hundida, había una radio de la que salía la voz de Bryde. Y Adam estaba allí, con sus facciones alargadas elegantemente tocadas por el sol. Era un adulto. Últimamente, cuando Ronan soñaba con él, lo veía como un adulto; no como un joven recién llegado a la mayoría de edad, sino bien instalado en la adultez, completamente maduro, seguro de sí, resuelto. Debía de haber una explicación psicológica para aquello, pero Ronan ignoraba cuál podía ser.

Y ahora han reconstruido todo el asunto del revés. A estar despierto lo llaman «consciente». A soñar lo llaman «inconsciente». Y a todo lo que está en medio lo llaman «subconsciente». Tú y yo sabemos que eso es una sarta de memeces.

Pero así hablaba Zaratustra, o como se diga, y la cosa es que nos dejaron la espiritualidad y se apropiaron de la realidad de los hechos.

Qué enorme audacia…

En el sueño, el Adam adulto, poderoso y dueño de sí, aún con la esbeltez de la juventud pero con la mandíbula oscurecida por el vello, le metía a Ronan en la boca un tomate *cherry* perfectamente maduro. Sobre su lengua, la piel tensa del tomate aún estaba tibia por el sol. Lo aplastó contra el paladar en una explosión sorprendentemente cálida, dulce y sabrosa al mismo tiempo. Paladearlo era sentir el verano.

Tienes que entender esto: necesitan que estés roto. Si no, no podrían soportarlo. ¿Qué pasaría si pudieras hacer lo que eres capaz de hacer, pero sin dudas?

No me digas que no tienes dudas.

No me digas que lo tienes todo bajo control.

Los cangrejos horripilantes que soñaste fueron cosa tuya, no mía. La fecha que había impresa en sus vientres no era mi cumpleaños. Sigues sin creer del todo en la realidad de tus sueños. De ti.

No quiero que vuelvas a pensar esto jamás: «No es más que un sueño».

Porque es una buena forma de terminar muerto.

—*Tamquam* —dijo Adam.
—Espera —le pidió Ronan.
—*Tamquam* —repitió en voz más suave.
—*Alter idem* —respondió Ronan y, de pronto, se encontró solo.

El huerto se había desvanecido. Ahora estaba de pie en la costa, tembloroso y encorvado por el azote del viento. Aunque el aire era frío, el océano mostraba un azul tropical. A su espalda se elevaban unos abruptos escollos negros, pero la playa era de arena fina y amarillenta. Ronan estaba lleno de deseo. Era un sueño hecho del anhelo de cosas que estaban justo

fuera de su alcance. El sentimiento flotaba en el aire junto a la humedad, golpeaba la orilla mezclado con el agua salada. Con cada respiración, Ronan absorbía añoranza y expulsaba algo de su felicidad. Era horrible.

Pero no. Ronan no estaba a merced del sueño.

—Feliz —le dijo al aire, pronunciando la palabra con intención para que el sueño lo oyese, lo escuchase de verdad—. Delfines, joder.

A varios metros de la costa aparecieron unos lomos grises y saltarines. Los delfines chirriaron, y la angustia que atenazaba el pecho de Ronan se atenuó.

> *Ya lo ves: tienes tus truquitos. Creo que empiezas a sentirte intrigado, ¿verdad?*
>
> *—Me cae mal la gente que no da la cara —dijo Ronan en voz alta.*
>
> *Ya viste anoche cómo es la cosa: todo el mundo quiere algo de mí. Antes de verme, vas a tener que acercarte un poquito. ¿Recuerdas nuestro juego? Tira la piedra, salta a la siguiente casilla, siempre hacia el centro.*

Las olas arrastraron a la arena una bolsita con un dibujo de un diente. Ronan la recogió; odiaba los documentales sobre la invasión de plásticos en el océano.

—No tengo tiempo para juegos.

> *La vida es un juego, pero solo algunos se molestan en jugarlo.*
>
> *Siguiente casilla: en este momento, no sabes qué conejo perseguir, si a mí o a ella.*
>
> *Siguiente casilla: no importa. Todos los conejos te llevarán a la misma madriguera. Últimamente, todos avanzamos como podemos en la misma dirección. Vamos siguiendo las miguitas.*
>
> *Siguiente casilla: tira la piedra, salta, salta. Salta tras los conejos.*
>
> *Siguiente casilla: feliz caza.*

24

La mañana posterior al Mercado de las Hadas, Ronan se despertó en el cuarto de invitados de Declan. Desde lo ocurrido en Cambridge, había tenido que concienciarse cada mañana de la necesidad de levantarse de la cama; ahora, sin embargo, se destapó de inmediato, se levantó y se vistió.

Por primera vez en mucho tiempo, le interesaba más estar despierto que estar dormido.

Bryde.

Bryde.

Bryde.

Y no solo eso. También había un mercado ilegal que parecía soñado y una desconocida con la cara de su madre. El mundo, de pronto, parecía vasto y extraordinario, y la sangre de Ronan volvía a calentarle las venas.

Salta tras los conejos.

Incluso tenía una pista para empezar: la tarjeta que la mujer de las máscaras le había dado junto al ascensor.

La sacó del bolsillo de su cazadora y la examinó con detenimiento. El cartón era muy grueso, más apropiado para un posavasos que para una tarjeta de visita. Era un objeto agradable: de buena factura, perfectamente cuadrado y con las esquinas redondeadas. En un lado se veía el dibujo de la mujer. La cruz que le ocultaba la cara era de trazos gruesos; la línea vertical le tapaba la frente y la barbilla, y la horizontal estaba sobrepuesta a sus ojos y sus pómulos. El otro lado era completamente negro. Ronan lo levantó para examinarlo a la luz de la ventana, pero no pudo encontrar nada más.

Le sacó una foto, escribió «sabes qué es esto?» y se la envió a Gansey, esperando que siguiera encadenado a su nogal negro o que estuviera en algún otro lugar con cobertura. Richard Campbell Gansey Tercero era el mayor estudioso de los mitos y leyendas entre todos sus conocidos y, por tanto, el que más posibilidades tenía de saber qué significaba aquella imagen. Le hubiera gustado mandársela también a Adam, pero no quería obligarle a perder tiempo con aquello. Por el momento, ya le había complicado bastante la vida; aunque no creía que Adam estuviera enfadado

con él, lo cierto era que las cosas habían cambiado a raíz de lo del dormitorio. Su relación parecía más mortecina. Ronan no sabía cómo arreglarlo, y le daba miedo estropearlo aún más.

De modo que se limitó a escribirle: «he soñado contigo».

Mientras bajaba las escaleras hacia la cocina, oyó la voz de Declan. Parecía estar echando una regañina.

—No vas ni remotamente bien vestido para el recital. Y necesito salir al menos con cuarenta minutos de adelanto por si hay tráfico. Y para, por favor.

Matthew, delante de él, canturreaba con la boca llena de tortitas y mermelada, acompañando la melodía con unos pasos de baile. La letra de la canción era algo parecido a «cora cora cora cora cor». Ronan no hubiera sabido decir si a Matthew simplemente le gustaba cómo sonaba aquello o si era un fragmento de una canción existente. En realidad, daba bastante igual; no sería la primera vez que su hermano pequeño canturrease durante horas alguna retahíla que le había caído simpática.

La paciencia de Declan estaba al límite. Se metió en la boca un puñado de antiácidos y se los tragó con un buen sorbo de café. A Ronan le pareció que aquello estaba contraindicado, pero cada uno tenía sus vicios.

—¿Qué dice? —preguntó Ronan.

—Que quiere llegar tarde a su concierto —repuso Declan con tono agrio.

Matthew, sin dejar de cantar y bailar, señaló *La dama oscura*, que estaba apoyada contra un armario de la cocina. A Ronan le asombró verla allí, a la luz cruda y potente de la mañana. El sueño de la noche anterior había sido real, y viceversa. El Mercado de las Hadas existía; Bryde existía; la mujer con la cara de Aurora que habían visto existía. La dama oscura lo observaba con su mirada llena de dureza. Aurora había sido tierna, confiada. No había nada de eso en aquel cuadro.

Por fin, Matthew terminó de tragar las tortitas y empezó a cantar con más claridad.

—¡Morocora, morocora! —entonó mientras se acercaba a Ronan y giraba el lienzo.

La parte trasera del cuadro estaba cuidadosamente forrada con papel marrón para proteger la tela. Matthew golpeó con el dedo la esquina inferior derecha, donde se veía algo escrito con la letra de su padre: *Mór Ó Corra*.

Ronan lo pronunció también en voz alta, cargando las erres a la manera irlandesa:

—Mor-o-corrra.

La combinación de sílabas le resultó extrañamente adictiva. Las vocales se desplegaban de una forma que le recordaba a su padre, a las partes de su infancia que no estaban manchadas por todo lo que vino después. Casi había olvidado el acento norirlandés de su padre. Absurdo, olvidar algo así…

Miró a su hermano mayor.

—¿Qué es *Mór Ó Corra*?

—¿Quién sabe? —repuso Declan—. No es más que un sueño; podría ser cualquier cosa. Matthew, por el amor de Dios, vístete. Cuanto antes, mejor.

El «declanismo» que remató la frase fue suficiente para enviar a Matthew al piso de arriba.

Las palabras de su hermano «No es más que un sueño» resonaron en la mente de Ronan. Bryde le había prohibido expresamente que volviera a decir esa frase.

—¿Has soñado con el mar? —le preguntó a Declan.

—Sí —respondió este—. Con un mar irlandés.

—De modo que cumple lo que prometen.

—Eso parece.

El teléfono de Ronan zumbó: mensaje de Gansey.

«He preguntado a algunos colegas académicos —decía, como si Gansey fuera un hombre de sesenta años y no un chaval como Ronan—. La imagen que mandaste es el logo de Boudicca, un grupo de mujeres dedicado a promover y organizar el papel de las mujeres en el mundo de los negocios. Según la madre de Henry, tienen mucho poder».

Otro mensaje aterrizó en el teléfono: «De hecho, Boudicca es una figura histórica muy interesante por derecho propio».

Otro: «Era una reina guerrera de los celtas hacia el año 60 d. C. Luchó contra los romanos».

Otro: «Blue quiere que sepas que Boudicca es».

Otro: «Perdón, se me fue el dedo. Dice que Boudicca es la primera gótica que existió. Y que ya le gustaría a Ronan Lynch ser tan molón como ella».

Otro: «Ya nadie usa la palabra *molón*, ¿verdad?».

El texto parpadeante de la pantalla indicó que Gansey estaba escribiendo otro mensaje. Ronan se apuró para contestar antes que él: «Si la usas es que no lo eres».

«Gracias, colega. Lo consultaré en internet».

—¿Parrish? —preguntó Declan.

—Gansey —replicó Ronan—. Sabe qué es Boudicca. Y de qué es la tarjeta que… —dudó; no sabía cómo referirse a la mujer que llevaba la cara de su madre— que la mujer esa les dio a las señoras de las máscaras ayer anoche.

—No te metas en eso, Ronan —le aconsejó Declan.

Se acercó al cuadro, lo agarró y lo metió en el armario de cocina más cercano. Ronan no era ningún experto en arte, pero no le parecía que aquella fuera la forma más adecuada de conservar la obra.

—Ahora piensas que podría ser divertido —prosiguió Declan—, pero te aseguro que no lo será.

Siempre hacía lo mismo: adivinaba qué era lo siguiente que haría su hermano y luego fallaba estrepitosamente a la hora de suponer sus motivaciones.

—¿Tú no quieres saber más?

—No.

Declan empezó a recoger para marcharse. Metió los platos sucios en el lavavajillas, despejó con una espátula los restos de comida que quedaban en el desagüe, enjuagó su taza de café y la dejó boca abajo sobre un trapo.

—No tengo ninguna gana de saber más —recalcó—. ¡Vamos, Matthew, date prisa! ¡Salimos en dos minutos! ¡He reservado el día entero para llevarte!

—Parece como si hubieras dimitido de esta familia nada más nacer —masculló Ronan.

Sabía que no estaba bien decirle eso a su hermano; sabía que era el tipo de comentario que habría hecho que Gansey dijera «Ronan…» y Adam le lanzase una mirada cargada de significado. Pero no había podido evitarlo. Cuanto menos se inmutaba Declan por las cosas, cuanto menos parecía preocuparse por ellas, más ganas le entraban a Ronan de romper su coraza.

Pero Declan siguió amontonando platos como si nada.

—La evolución favorece a los organismos más simples, Ronan —dijo con voz tan sosegada como si estuvieran hablando de jardinería— y, ahora mismo los organismos más simples somos nosotros.

Ronan se juró a sí mismo no convertirse jamás en una persona tan aburrida, tan poco apasionada, tan muerta como Declan Lynch.

—Los organismos más simples son los unicelulares —gruñó—. Y nosotros somos tres.

Declan lo miró con el ceño fruncido.

—Como si no pensara en ello cada día…

Matthew reapareció vestido de negro. No era un atuendo negro formal, como para ir a un entierro, sino el arrugado uniforme negro de un camarero de restaurante o de un estudiante dispuesto a tocar con la orquesta de su instituto.

—Alabado sea Dios —murmuró Declan sacándose del bolsillo las llaves de su coche.

—Alabado sea, pero la ropa me la puse yo solito —respondió Matthew, mirando de reojo a su hermano mediano para asegurarse de que la broma le había hecho gracia.

—Ronan, ¿vienes con nosotros? —preguntó Declan como si no hubiera habido ningún roce entre los dos.

Ronan no estaba seguro de qué tipo de recital sería, pero, fuera como fuera, prefería perseguir conejos. Quería buscar a Bryde y a Boudicca. Y, a juzgar por la expresión de Declan, su hermano se daba cuenta.

—Vente, tío, ya verás —le dijo Matthew acercándose a él de dos zancadas—. Soy malísimo, mola un montón. Hay un solo de órgano tan malo que me meo de la risa cada vez que lo oigo. Y un… vaya. ¿Ronan?

Sin dejar de mirarle, Matthew se frotó con un dedo debajo de la nariz como si quisiera indicarle que hiciera lo mismo.

Ronan se pasó los nudillos por el sitio que le indicaba. Los miró. Un grumo negro como la tinta manchaba la piel.

Brotanoche.

Ni siquiera lo había visto venir. Hasta ese momento, creía que podía sentir su llegada.

Los ojos de Declan se achinaron como si Ronan acabase de decepcionarle.

Como si fuera culpa de él.

—Bueno, pues parece que no vas a poder venirte —concluyó Matthew.

25

—¿Parsifal? —dijo Farooq-Lane—. En algún momento tendré que pasar yo, ¿no crees?

Llevaba un rato eterno esperando a que llegara su turno de entrar en el baño. El chico ya estaba dentro cuando la despertó la alarma del teléfono; debía de haberse levantado en algún momento de la noche para pasar con sigilo por el cuarto de ella. Farooq-Lane no quería imaginar lo que estaría haciendo allí dentro. Aunque Nathan había sido un adolescente pulcro y discreto, la imagen popular de los adolescentes como seres asquerosos estaba firmemente instalada en su subconsciente. Así pues, prefirió no preguntar.

Se hizo una taza de mal café instantáneo, comió una manzana y, luego, al ver que el chico seguía sin dejarse ver, se preparó una tortilla de claras. Encorvada sobre su ordenador, recorrió decenas de foros en busca de alguna pista sobre Bryde. Solo podía tirar de ese cabo; aparte de aquel nombre, lo único que había obtenido en el Mercado de las Hadas era una huida a contrarreloj. Le hacían falta más visiones sobre las que trabajar. Hasta entonces, nunca se había planteado lo difícil que era esa parte de la tarea. Antes, mientras viajaba junto a los Moderadores, habían sido otras personas quienes interpretaban los datos aportados por los Visionarios y los convertían en esquemas, lugares u horas. A menudo obtenían información extraordinariamente detallada; en el caso de Nathan, lo que habían recibido eran instrucciones precisas sobre dónde y cómo encontrarlo. Farooq-Lane no se había parado a pensar en lo que habría supuesto conseguir aquella información; en que, en algún lugar, habría un Moderador en una habitación de hotel sentado junto a un Visionario con el que tal vez fuera imposible convivir, esperando a que le viniera alguna visión.

No sabía quién fallaba, si Parsifal o ella.

Al cabo de un rato, se hizo otra taza de mal café y fue con ella a la puerta del baño; era una ofrenda reticente y llena de ojeriza. Llamó.

—Parsifal.

La única respuesta fue un rumor al otro lado de la puerta, un roce como de algo blando deslizándose por los azulejos. Dejó la taza en el suelo.

Justo entonces sonó su teléfono. Era Lock.

—No pasa nada —dijo—. Lo entendemos. Nos puede pasar a todos. Estabas en territorio enemigo, no tenías refuerzos. No te culpamos. Al menos, conseguiste un nombre.

Ella suspiró.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar a Parsifal a tener una visión?

—Nada, tranquila —respondió Lock—. Sabemos que empieza a fragmentarse. Estamos buscando otro Visionario por nuestro lado; así, cuando él termine no nos quedaremos en el aire. Pero el que más fácilmente puede encontrarlo es él, Bauer. Dile que se centre. Dale lo que te pida; usa el dinero que te enviamos. Tenlo contento. Que esté productivo.

Farooq-Lane no estaba segura de que «contento» fuera una palabra que pudiera aplicarse a Parsifal, pero prometió hacer lo que pudiera.

Colgó y se dirigió de nuevo a la puerta del baño.

—¿Parsifal?

Nada. Farooq-Lane notó una punzada difusa en el estómago. Probó a abrir la puerta. No tenía echado el pestillo.

—Voy a entrar —anunció empujando la puerta.

Dentro apestaba.

Parsifal estaba metido en la bañera vacía, vestido por completo. Llevaba puestas las grandes gafas de sol de ella; las suyas estaban plegadas en el borde del lavabo, tristes y vulnerables. Había restos de vómito por todo el borde de la bañera y el suelo, como si el chico se hubiese metido dentro para no ahogarse en un océano maloliente. Tenía las piernas dobladas para encajar en el hueco, y su rostro carecía de color.

—Ah… —jadeó Farooq-Lane dando un paso atrás.

Él movió lánguidamente la cabeza para mirarla. Farooq-Lane esperó a que le dijese algo, pero él solo pestañeó. Por primera vez, se dio cuenta de la edad que tenía aquel chico. No era una reflexión del estilo de «No puedo creerme que tenga que convivir con un adolescente», sino más bien como «Estoy con una persona que morirá antes de cumplir los veinte».

Una cosa era oír hablar a Lock con su estilo clínico sobre lo molesto que era tener que reemplazar a los Visionarios una vez se quemaban, y otra

muy distinta era tener ante los ojos un Visionario a punto de quemarse del todo.

Salió del baño, se echó el abrigo sobre el pijama de seda, se guardó la llave del cuarto y salió al pasillo. Unas puertas más allá encontró el cuarto de limpieza e intercambió veinte dólares del fondo que le habían mandado para hacer de Padma por varias toallas extra, friegasuelos y lejía.

De vuelta en su habitación, se remangó las perneras y las mangas del pijama, se puso sus botas, echó una rodaja de limón en un vaso lleno de agua y vadeó el mar de vómito para dejar el vaso junto a la flácida mano de Parsifal. Luego, se colocó los auriculares y puso algo de música y, a ritmo de hip hop frenético, limpió el suelo y el exterior de la bañera. Una vez el baño estuvo limpio, dejó las gafas de Parsifal a su alcance, recogió todas las toallas sucias y las llevó al cuarto de limpieza.

—Mi amigo ha cogido la gripe —explicó a la responsable, y le dio otros veinte dólares porque le pareció lo adecuado.

Cuando regresó, vio el vaso vacío en la encimera de la cocina. Parsifal estaba sentado muy derecho en el sofá, con las gafas puestas e impecablemente vestido, como si jamás hubiera estado de otro modo. En su boca había el rictus malhumorado de costumbre. Farooq-Lane empezaba a sospechar que la eterna expresión del chico tal vez fuera de dolor. Empezaba a comprender que, si Parsifal necesitaba tratar de controlar todo lo que podía controlar, era porque había muchas cosas que se le escapaban.

También empezaba a intuir por qué los demás Moderadores le habían cedido aquel trabajo de tan buena gana.

El chico no le dio las gracias por limpiar su vomitona, y ella no le preguntó cómo se sentía.

—He tenido una visión —dijo él.

26

Ronan no se marchó a Los Graneros de inmediato.

Por el agujero derecho de su nariz fluía un hilo negro; realmente, lo más aconsejable habría sido emprender el viaje de dos horas que lo llevaría a Los Graneros para detenerlo cuanto antes. Pero, en vez de hacerlo, se demoró en la ciudad. Lo que le apetecía no era poner kilómetros entre él y el Mercado de las Hadas, sino más bien perseguir a los conejos de Bryde.

Aún tenía tiempo. Podía arriesgarse.

Se sentía como uno de los héroes de las viejas leyendas que les contaban sus padres. Cuando Niall estaba en casa, relataba cuentos delirantes llenos de niños que se convertían en cisnes, ancianas en cuyos calderos bullía la sabiduría y reyes con escaso juicio e hijas bellísimas que encontraban la muerte a manos de poderosos caballeros. Cuando Niall se marchaba, Aurora volvía a contar las historias desde el punto de vista de los cisnes, las ancianas, las reinas y sus hijas. En general, los cuentos de Aurora eran más amables, más suaves. Sin embargo, jamás suavizaba los *geasa*, los tabúes de los héroes. Todos los héroes tenían alguno. Los *geasa* podían adquirirse durante alguna aventura, pasar de un héroe a otro o heredarse. Todos eran peculiares. Algunos héroes no podían rechazar comida si se la ofrecía una mujer, y otros no podían recibir tres golpes seguidos sin que alguien hablara entre uno y otro. Algunos tenían prohibido matar jabalíes, otros no podían pasar junto a un huérfano sin ayudarle. El castigo por desafiar un *geis* era deliciosamente terrible: la muerte.

Las versiones de Aurora contenían muertes conmovedoras y difusas. Las de Niall, complejas agonías que duraban minutos y minutos.

A veces, en los trayectos largos de coche, Ronan y Matthew jugaban a inventarse nuevos *geasa* para pasar el tiempo. Un héroe que tenía que acariciar a todos los perros que veía. Que debía aplaudir cada vez que entrase en una iglesia. Que estaba obligado a decir todo lo que pensaba en el momento en que lo pensaba. Que tenía que ponerse todos los días un

traje gris. «Vuestro padre tiene el *geis* de la labia —decía Aurora a menudo—. Si no cuenta historias, se muere».

«El geis de las gilipolleces inventadas», había replicado una vez Declan antes de ser castigado a limpiar estiércol en el establo.

Ese era su *geis* propio, pensó Ronan: si no creaba cosas en sueños, se disolvería hasta desaparecer.

Se dirigía de nuevo al Hotel Carter. No estaba seguro de qué esperaba encontrar allí. Inspiración, quizá. Pruebas. Un trabajador que recordase algo, cualquier cosa. En el fondo de su mente resonaba un consejo que daba siempre su tío: «Si pierdes algo, vuelve sobre tus pasos hasta el último lugar en el que recuerdas haberlo tenido». Aquel hombre había sido como un cofre lleno de perlitas de sabiduría instantánea, proverbios de servilleta de bar, consignas para la vida dignas de aparecer en un cuadro de punto de cruz. «Si quieres desayunar en la cama, duerme en la cocina. ¿Por qué encajar, si estás hecho para brillar? El número uno siempre es impar. Avanza hasta el horizonte; cuando llegues allí, tendrás un horizonte nuevo. Haz de tu vida una obra maestra, porque solo tienes un lienzo». Ronan se preguntó qué habría sido de él y de su tía. De pequeño, jamás se le había ocurrido preguntar cómo se llamaban, más allá de Tío y Tía. De pequeño, ni siquiera pensaba que tuvieran otro tipo de nombre.

Declan le mandó un mensaje cuando ya estaba cerca del hotel. «Avísame cuando tengas eso bajo control».

Ronan sabía que, en realidad, su hermano quería decir «Avísame cuando estés sano y salvo en Los Graneros, y no persiguiendo cosas que te he pedido que no persigas».

Se abstuvo de contestar. Esperó delante de un semáforo. Se limpió la nariz. Ya casi estaba en el hotel. El sol caía a plomo, dando a todo un brillo corrosivo.

Declan le llamó.

—¿Qué pasa? —gruñó Ronan—. No puedo hablar. Este coche es de cambio manual, joder.

—Vas de camino a casa, ¿verdad? —preguntó Declan, haciéndose oír a duras penas sobre un coro de voces juveniles muy desafinadas.

—No la tomes conmigo solo porque estás en un concierto de mierda.

—¿Vas a casa o no?

A Ronan no le gustaba mentir, pero tampoco le gustaba recibir charlas de su hermano. Contestó con un gruñido indeterminado.

—No hagas estupideces —repuso Declan antes de cortar la llamada.

Aquel era el *geis* de Declan: ir siempre tan tieso como si le hubieran metido un palo en el culo.

—Ha llegado a su destino —afirmó el GPS.

Pero no era cierto. Ronan detuvo el coche y bajó la ventanilla para ver mejor, porque no podía creer lo que tenía ante los ojos.

El Hotel Carter había desaparecido.

La entrada del aparcamiento estaba cerrada por una cinta de plástico policial que colgaba lacia, como una guirnalda de cumpleaños deprimida. Al otro lado había una explanada vacía, salvo por un cochecito blanco y varios montones de ceniza gris que se deslizaban con la brisa. El hotel era un montón de escombros ennegrecidos.

Aún humeaba un poco.

Ronan se limpió la nariz. Lo miró fijamente. Se limpió la nariz.

Lo miró un poco más.

Había desaparecido, así, sin más.

En el aire aún flotaba el olor complicado y tóxico de cosas que se derretían en lugar de arder, mezclado con el aroma apetitoso y salvaje de la madera y el papel quemados.

Ronan se preguntó si aquel sería el precio de albergar el Mercado de las Hadas. Tal vez todos sus locales ardieran hasta los cimientos al día siguiente. Tal vez aquella fuera una cosa más que Declan sabía y que a Ronan no se le había ocurrido preguntar. Menudo rollito de una noche…

Primera pista, eliminada.

Ronan paladeó el brotanoche que ya le goteaba por el labio. Era un sabor acre, algo que se olía además de saborearse; el típico sabor que te hacía recular porque sin duda era tóxico. Hurgó con impaciencia en la guantera en busca de pañuelos de papel. Solo había tiques de gasolina. Usó unos cuantos para limpiarse la cara y escupió el brotanoche por la ventanilla hasta librarse del repugnante sabor. Cuando volvió a enderezarse, vio dos siluetas que salían de entre las ruinas y avanzaban hacia el cochecito blanco.

Mientras se metían en el vehículo, Ronan se dio cuenta de que una de ellas tenía el pelo dorado, de un dorado muy familiar.

Su tío tenía razón.

Ronan empezó a negociar consigo mismo, enumerando todas las razones por las que podía perseguirlas en lugar de buscar un lugar seguro para soñar y contener el flujo de brotanoche. No tenía por qué llegar hasta

los mismos Graneros; podía detenerse en las afueras de Warrenton y buscar un rincón tranquilo en el campo. Sería casi lo mismo.

Feliz caza.

Para salir del aparcamiento, el coche blanco tenía que pasar junto a su BMW. Ronan trató de meter primera, pero la palanca de cambios estaba resbaladiza por el brotanoche. Se frotó la palma en la pernera y volvió a agarrarla, ahora con éxito. Notó cómo se preparaba de manera inconsciente para el choque de volver a ver la cara de su madre, del mismo modo en que el estómago se le tensaba cuando montaba en una montaña rusa para evitar las náuseas. No funcionó: cuando vio su rostro tras el volante del cochecito, las tripas se le revolvieron una vez más.

Y aquello ni siquiera era lo más asombroso.

Cuando el coche pasó al lado del BMW, Ronan distinguió por primera vez la cara del otro ocupante.

Era él mismo, sentado en el asiento del copiloto. Ronan Lynch.

Se miraba a sí mismo como un insólito espejo. Ya no era la puerta de un ascensor abriéndose para revelar una mujer siniestramente parecida a su madre, sino Ronan mirando a Ronan.

«Estás despierto —se dijo—. Estás despierto».

Tras el primer nanosegundo de parálisis, se dio cuenta de que no era idéntico a él. El pelo fallaba. Ronan llevaba el cráneo afeitado, y al otro Ronan le caían los bucles hasta los hombros. Este Ronan estaba recién afeitado; el otro Ronan tenía el mentón oscurecido por una barbita de dos días. Este Ronan estaba atónito. El otro Ronan, no.

Se miraron de hito en hito.

Y, entonces, el cochecito blanco salió disparado con un chirrido de neumáticos.

Era un turismo mediano, no un coche deportivo, pero aun así le tomó ventaja. Ronan salió tras él inmediatamente.

No fue consciente de que iba a perseguirlo hasta que salió disparado.

Porque los dos iban disparados. Pisaron a fondo para atravesar varias manzanas desiertas, saltándose las señales de *stop* y frenando apenas cuando los cruces empezaron a poblarse.

Ronan no se había dado cuenta de que la cosa iba en serio hasta que vio que el coche banco se interponía en la trayectoria de otro que venía de frente para atajar por la cuneta. Durante unos segundos ocupó la acera y, luego, se abalanzó a la explanada de una gasolinera para evitar un semáforo.

Se levantó un coro de bocinas indignadas.

Si le hubieran dicho a Ronan que existía un conductor más temerario que él, no se lo habría creído; y, sin embargo, lo tenía ante los ojos. Incapaz de lanzar el BMW en la trayectoria de un camión que se aproximaba a toda prisa, esperó unos segundos insoportables delante del semáforo y luego se lanzó de nuevo a la persecución. El coche blanco no había avanzado lo bastante para perderse de vista; cuando torció para cruzar en una urbanización, Ronan pudo seguirlo unos instantes más tarde.

La boca le sabía a basura, a podrido. Sabía que, si se mirase al espejo y abriese la boca, vería una lengua completamente negra.

«Mierda».

Renegoció la situación consigo mismo. Cuando acabase, podía volver a casa de Declan. Su hermano le había prohibido soñar allí, pero tal vez pudiera soñar algo pequeño. Podía controlarlo.

Declan no llegaría a enterarse. Eso le daría algo de margen.

El coche blanco desembocó en una avenida y avanzó a toda velocidad aprovechando el hueco entre los dos sentidos de la circulación, de nuevo con una temeridad que Ronan no se sintió capaz de imitar. Había demasiadas criaturas —por no hablar de hermanos— que caerían aletargadas si le ocurría algo malo. Lo compensó pisando a fondo el acelerador cuando se despejó el panorama; el coche blanco era más temerario, pero el BMW soñado por su padre era mucho más potente.

La persecución los llevó por varias barriadas más. Ronan ganaba terreno al coche blanco kilómetro a kilómetro, mientras su brotanoche se hacía más y más negro. Ya le salía de las orejas y le resbalaba por el cuello hasta salpicar el volante. Su cuerpo le suplicaba que soñase. Era una sensación distinta a cualquier otra, una sensación que no hacía falta que le explicasen. Cuando estaba cansado, sabía que tenía que dormir. Cuando tenía hambre, sabía que tenía que comer. Aquella sensación —la de estar deshecho, desgarrado, descosido en lugares en los que otras personas jamás habían tenido costuras— carecía de nombre, pero Ronan sabía bien lo que significaba: tenía que soñar.

Algo más allá, el coche blanco frenó: se había metido sin querer en un callejón sin salida. La única forma de salir era pasar junto al BMW de Ronan. Había ganado.

Pero no podía respirar.

El brotanoche lo asfixiaba, ahogaba los latidos de su corazón, inundaba sus pulmones de negrura.

Los mejores *geasa* de Niall y Aurora eran los que se conjuraban para alcanzar inexorablemente a los héroes al final de la historia. Hasta el héroe más invencible podía verse atrapado entre dos *geasa* contradictorios. El poderoso Perro del Úlster, uno de los héroes favoritos de los hermanos, tenía un *geis* que le impedía comer perro («Una pena —apuntaba siempre Niall—, porque está muy sabroso») y otro que le impedía rechazar la hospitalidad de nadie. Así, cuando un anfitrión le ofreció perro para comer, no le quedó otra elección que hundirse en una espiral trágica.

Las versiones de Aurora eran tragedias conmovedoras y limpias de sangre. Las de Niall, complejas y de un horror intrincado.

Y allí estaba Ronan, atrapado entre sus dos *geasa*: el *geis* que crecía en su interior exigiéndole que soñase y el *geis* que le había impuesto Declan de permanecer oculto.

El coche blanco giró en redondo para encarar al BMW. Ronan solo tenía que torcer el volante para bloquearles el paso. Estaban atrapados. A su merced.

Aún podía hacerlo, pero su corazón…, su…

Su coche frenó hasta detenerse en mitad del callejón.

«Mierda —pensó Ronan—. Aquí no…».

27

—Tenías razón —se asombró Farooq-Lane.

—Pues claro que la tenía —repuso Parsifal envarado.

Los dos estaban sentados en el coche de alquiler, contemplando las ruinas humeantes de lo que había sido el Hotel Carter. Según Parsifal, su visión se lo había mostrado ardiendo hasta los cimientos, y así era. Parecía increíble que el hotel hubiera podido desaparecer bajo las llamas en el tiempo transcurrido desde su huida. Lo lógico habría sido ver algún trozo en pie: columnas, chimeneas, fragmentos de la osamenta del edificio alargándose hacia el cielo intensamente azul… Pero solo quedaba una explanada ennegrecida y cruzada de rastros de neumáticos. La destrucción del edificio no habría sido más completa si lo hubieran hecho a propósito. Aunque, de hecho, debían de haberlo hecho a propósito; aquello no podía ser accidental.

—No es que lo dudase —aclaró Farooq-Lane—. Lo decía más por mí que por ti.

Notó que el chico la miraba mientras sorbía su café. Le había preguntado si quería parar para comprar uno («Si quieres, vale». «¿Te lo vas a beber?». «Me parece improbable») y, luego, se había desviado de todos modos para encontrar una cafetería en condiciones. Farooq-Lane echaba de menos su rutina de buen café, buen trabajo y buena vida, y sentía que la llegada de una nueva visión merecía al menos recuperar uno de aquellos elementos.

Ahora, con un aromático expreso en la mano, se sentía más como ella misma de lo que se había sentido en meses. Parsifal, por su parte, sostenía un chocolate caliente y tenía aspecto de montón de ropa sacada de la secadora antes de tiempo. Nada en su lenguaje corporal sugería que estuviese disfrutando de la bebida.

—¿Viste cómo estallaba el incendio? —preguntó Farooq-Lane—. ¿Fue intencionado?

Parsifal, sin contestar, bajó la ventanilla y aspiró con ansia. El aire olía a ceniza y a algo nocivo que hacía juego con la expresión agria del chico.

—Lock me dijo que hiciera lo que pudiera para tenerte contento —dijo ella—. ¿Hay algo que necesites para estar más cómodo? ¿Qué te apetece?

Él encendió la radio y empezó a apretar botones sin decir nada.

Farooq-Lane no estaba dispuesta a dejar que le estropeara su buen humor y su buen café.

—Tengo presupuesto —insistió.

—Lo único que me gustaría es un trozo del Bienenstich que mi madre hacía para mí —respondió Parsifal, con un tono tan ácido que de alguna manera parecía estar difamando a su madre.

Sus largos dedos se contrajeron alrededor del botón del dial como las patas de una araña agonizante: acababa de encontrar ópera. Un señor de voz profunda empezó a vociferar por los altavoces.

—Y eso es imposible de conseguir —remachó Parsifal.

Farooq-Lane sacó el teléfono y tecleó «Bienenstich», dispuesta a demostrarle que se equivocaba. Estaban en Estados Unidos; en una ciudad grande podía conseguirse cualquier tipo de comida, si se disponía de una tarjeta con fondos y una actitud emprendedora. Sin embargo, como Farooq-Lane descubrió enseguida, la actitud emprendedora no era suficiente en el caso del Bienenstich. Se trataba de una tarta alemana de aspecto aburrido que no parecía haber cuajado en las cercanías de Washington ni entre las pastelerías que aceptaban encargos por internet. Tampoco había un postre equivalente local.

«¿No podía haber pedido conducir un coche de carreras o acostarse con una mujer o cualquiera de las cosas que se supone que quieren los chicos de su edad?», pensó Farooq-Lane con irritación.

Escribió con disimulo a Lock: «Busca Bienenstich».

Luego se giró otra vez hacia el chico.

—¿Puedo hacer algo para ayudarte a recordar tu visión? Dame algo con lo que empezar. Vamos a hacer una tormenta de ideas, así, a lo loco.

Él seguía contemplando las ruinas.

—¿Por qué haces esto? —preguntó.

—Por lo mismo que tú.

Parsifal pestañeó detrás de sus gafitas, perplejo.

—¿Qué?

—He dicho que lo hago por lo mismo que tú —repitió Farooq-Lane—. Para salvar el mundo. ¿Quién no se movería por eso?

El chico seguía atónito.

—¿Qué?

—No podrás negar que, si estás sentado conmigo dentro de este coche, es porque quieres evitar que llegue el apocalipsis y desaparezca la humanidad, ¿no? —se explayó Farooq-Lane.

—¿Qué?

—Me has preguntado por qué hago esto y yo he respondido.

Él negó con la cabeza, mirándola con gesto desconfiado.

—Yo no he dicho nada.

Farooq-Lane metió el vaso de papel en el portavasos con un poco más de fuerza de la que habría sido necesaria. Las manos volvían a temblarle. Repasó mentalmente el minuto anterior. ¿De verdad había oído a Parsifal? ¿O había sido la voz de Nathan sonando en el interior de su cabeza, haciéndola rabiar como cuando estaba vivo?

—Perdona —dijo—. Creo que estoy un poco tensa.

Parsifal le dedicó una irritante mirada que indicaba claramente lo muy de acuerdo que estaba con la afirmación y, luego, dijo:

—Es él —estiró el brazo y señaló el rastro de neumáticos marcado con ceniza en el asfalto de la calzada—. Vi eso, me acuerdo. Vi cómo su coche dejaba esas huellas. Fue hoy, estoy seguro.

Farooq-Lane sintió que el corazón se le aceleraba. Las cosas empezaban a rodar. Así había sido cuando empezaron a acercarse a Nathan: pequeñas piezas del mismo puzle que iban dibujando una historia más y más clara a medida que aparecían. Detalles que podían ir tachándose de una lista. Datos con los que demostrar a Lock que su fe en ella no era infundada.

—Estupendo. Muy bien, Parsifal. ¿Y qué ocurrió después? ¿Adónde tenemos que ir?

Los dedos del chico se cerraron un poco más alrededor del vaso de papel.

—Después de eso, la visión no era muy clara.

—Inténtalo.

—Lo vi en un coche gris. Y lo… Lo vi también en un coche blanco. Creo que el gris es el correcto. Un BMW. Creo, no sé. Veo las cosas más confusas que antes. Podría decir antes de… Podría saber si… —Su voz se apagó y sus labios dibujaron una mueca crispada.

—No pasa nada si lo que digas no tiene sentido —lo tranquilizó Farooq-Lane—. Tú habla y ya veremos. Para eso estoy aquí.

—Vi una calle que hacía esto —Parsifal hizo un gesto casi grosero con la mano—. No sé decirlo en inglés.

—¿Una rotonda?

—*Sackgasse* —dijo él.

—¿Una rampa de salida?

El chico trazó la silueta de una calle imaginaria en el salpicadero.

—Aquí casa, aquí casa, aquí casa, aquí, aquí, aquí casa, da la vuelta aquí, casa, casa, casa.

—Un callejón sin salida —adivinó Farooq-Lane de inmediato.

El chico estrechó los ojos como si no comprendiese.

—Una calle que termina en un muro —explicó ella, y los ojos del chico se iluminaron.

—Sí, sí.

—¿Cerca de aquí?

—No puede estar lejos, si todavía se ven las marcas de las ruedas en la calle —razonó Parsifal—. Aún no ha pasado nadie por encima.

Aliviada por tener algo que hacer, Farooq-Lane abrió rápidamente el mapa del teléfono y amplió la perspectiva hasta distinguir las manzanas que había alrededor. En el peor de los casos, no habría ningún callejón sin salida en las cercanías. En el más esperable de los casos, habría más de uno. Y, en el mejor de los casos, solo habría uno en un radio de varios kilómetros a la redonda.

Les había tocado el mejor de los casos.

Parsifal, que se había asomado sobre su hombro y le echaba el aliento en la oreja, movió la mano de pronto salpicando la pantalla de chocolate. Farooq-Lane contuvo un bufido; aquel chico tenía un don, desde luego.

—Ja, ahí, ahí —exclamó el chico—. Andover, esa es la palabra que vi. Ahí está tu Zeta.

Y así, sin más, tenían una misión que cumplir.

Parsifal cerró la ventanilla y colocó su chocolate bien sujeto en el posavasos, detrás del café.

De pronto, a Farooq-Lane le pareció volver a oír las palabras de la adivina:

«Si quieres matar a alguien y mantenerlo en secreto, hazlo en un lugar en el que no te vean los árboles».

Se estremeció. Si hacía aquello era porque debía hacerlo. Estaba salvando el mundo.

—¿Iba armado el Zeta de la visión? —le preguntó a Parsifal mientras arrancaba el coche—. ¿Te pareció peligroso?

«Esperaba más complejidad de ti, Carmen».

Llevaba semanas soñando con la muerte de Nathan y con Nathan vivo, y no sabía qué pesadilla era la peor.

—No —respondió Parsifal—. Esa parte la recuerdo bien. Estaba indefenso.

—Muy bien —repuso ella—: pues vamos a por él.

28

Negrura.

Es más difícil cuando estás lejos.

Todo era negro.
No, no era negrura.
Era ausencia de luz.
Inundaba la garganta de Ronan, lo ahogaba…

Crees que te resulta difícil oír los sueños cuando estás lejos de tus montañas. De nuestra línea ley. De tu bosque. De Lindenmere. No es cierto. No es falso, pero solo es medio cierto. Los que no pueden oírte a ti son los sueños.

Aunque estaba soñando, la negrura lo mataba.

¿Alguna vez te han pedido que identificaras una canción que sonaba en un restaurante lleno de gente? Ruidos por todas partes. Un padre cascarrabias echando la bronca a su hijo en la mesa de al lado. Los camareros cantando «Cumpleaños feliz» a alguien que preferiría no escucharlo. La canción sale de unos altavoces adquiridos de ocasión, una compra de última hora. Cuando la gente cierra la boca por un segundo, captas algún fragmento de la melodía. Si tienes la suerte de que un silencio coincida con el estribillo, ganas el gordo. Misión cumplida, grita el título, pon cara de satisfacción.

Sus ojos, pegajosos por la sustancia.

Si no tienes esa suerte, la canción seguirá siendo algo que te suena, pero que no logras identificar. Eso es lo que tú eres para la línea ley, para tu bosque, cuando estás lejos.

Ronan trató de contactar con Lindenmere, pero ni siquiera sabía hacia dónde moverse en la oscuridad. Sabía instintivamente que, para terminar con aquello, tenía que aferrar algo para sacarlo a la realidad. Pero solo había negrura. Ausencia de sueños.

> *Está tratando de encontrarte, pero no se lo pones fácil. Intenta adivinar qué es lo que quieres. Y todos sabemos cómo suele terminar ese tipo de suposiciones. Ahí es donde todo empieza a irse a la mierda*.

«Por favor», pensó Ronan, pero ni siquiera sabía qué estaba pidiendo.

> *No tendrías que haber esperado tanto. Haré lo que pueda, pero ahora mismo eres una canción en un restaurante atestado, y con todo este jaleo no hay manera de oírte*.

Ronan trató de alcanzarlo y la negrura se estiró hacia él.

> *Aguanta, chaval*.

29

Ronan volvió en sí. Era un despertar lento, viscoso. Tenía las pestañas pegadas.

Estaba paralizado, inmóvil, mirándose a sí mismo desde arriba. Un rayo de sol gloriosamente incandescente le quemaba los párpados, pero no podía ladear la cabeza. De su nariz salía un hilillo negro; el resto de su piel estaba limpio.

Su cuerpo reposaba en el asiento trasero del BMW. Bajo su cabeza, arrebujado a modo de almohada, había un jersey del uniforme de Matthew. Las manos de Ronan estaban entrelazadas sobre su pecho, en un gesto que él jamás habría adoptado voluntariamente. La luz del interior del coche tenía una calidad curiosa, como si no fuera ni de día ni de noche. Reinaba una penumbra solo rota por aquel potente rayo de sol. Ronan no lo entendía. Tampoco entendía por qué su cuerpo estaba en el asiento trasero. Y no sabía qué había traído de vuelta del sueño.

Sus manos se cerraban sobre algo, pero no lograba identificar su forma. Aunque no notaba que se moviese nada, no se fiaba ni un pelo. Podía ser un cangrejo asesino que solo se activase cuando le diera la luz. O un grito sin cuerpo. Cualquier cosa. Lo que recordaba de su sueño no le daba ninguna pista. Solo se acordaba de un abismo de negruras que se convulsionaban y de la voz de Bryde abriéndose paso delicadamente entre la oscuridad.

Ya se podía mover.

Separó las manos con cuidado. Bajo las palmas había una empuñadura rota de espada. Su acabado era de un negro complejo, como el del cuadro de Soulages que Ronan había visto en el Mercado de las Hadas, el que le daba ganas de llorar a su hermano. La hoja, de un negro mate, estaba rota justo debajo de la guarda. En el pomo había tres palabras impresas en letras diminutas y también negras, de modo que solo eran visibles si levantaba la empuñadura hacia la luz: HASTA LA PESADILLA.

Ronan no recordaba haber soñado con ella.

Tal vez Bryde acabara de salvarle la vida.

Era una sensación extraña, demasiado grande para calificarla aún de buena o de mala. Saber que el mundo era mucho más grande y misterioso de lo que había creído hasta el momento ya le resultaba abrumador; pensar que ese mundo estaba dispuesto a protegerlo ya era demasiado.

Se incorporó y trató de situarse.

La luz ni diurna ni nocturna que reinaba en el coche se debía a que estaba aparcado dentro de una especie de cobertizo. Las paredes eran toscas, como si se hubieran limitado a hacer lo mínimo imprescindible. La franja de luz que le quemaba los párpados entraba por el hueco de una tabla arrancada.

El suelo de la parte trasera del coche estaba cubierto de pañuelos arrugados, todos empapados de líquido negro. Ronan hizo memoria y no recordó que tuviera pañuelos; de hecho, se había limpiado la cara con tiques de gasolinera. El asiento del conductor estaba echado hacia delante, revelando un montón de basura que antes quedaba oculta por el asiento, y en la alfombrilla se veían las marcas negras de dos pies más pequeños que los suyos. Las llaves del coche estaban en medio del salpicadero, en un sitio donde Ronan podía verlas fácilmente.

Resultaba muy extraño dormir y despertarse en un lugar diferente, en lugar de dormir para que su mente pudiera viajar a otra parte.

Pero ese día todo era imposible.

Ronan se forzó a salir del coche. Se quedó de pie, tambaleándose un poco.

El suelo de tierra seca estaba salpicado de huellas de pezuñas: aquello era un establo. Salió al exterior, hizo visera con una mano para protegerse los ojos del sol del atardecer y oteó los alrededores. A cierta distancia, en un prado en pendiente, pastaban unos caballos que ni siquiera lo miraron. Se oía el rumor de una autopista no muy lejana; la interestatal, seguramente. Del establo salía un sendero llano que conducía a una verja. Tras ella había una carretera estrecha y llena de socavones.

No había rastro del coche blanco ni de ningún otro.

Se sacó el teléfono de bolsillo y abrió el navegador. Estaba a cuarenta minutos de la ciudad en dirección noroeste, lejos de la ruta de Los Graneros.

La realidad de los hechos se iba desplegando poco a poco en su mente. Uno de los dos —la mujer, probablemente, porque él no habría necesitado adelantar tanto el asiento— debía de haberlo sacado de la ciudad para que pudiera soñar y que sus *geasa* contrapuestos no lo machacaran por el

momento. Luego había escondido su coche, le había limpiado la cara y había dejado las llaves en un sitio donde pudiera encontrarlas. Y, después de hacer eso, se había marchado junto al hombre de cara Lynch, dejando a Ronan con más preguntas que respuestas.

Los dos desconocidos habían salvado su cuerpo y Bryde había salvado su mente, y Ronan seguía sin tener idea de quién era ninguno de ellos.

Dio una patada al suelo.

Un paso adelante y dos atrás.

Aguanta, chaval.

30

—Hennessy.

La culpa era de Hennessy.

En realidad, ese era el principio y el final de casi todos los problemas de las chicas. No podían ir a la universidad ni nada que requiriese un número de la seguridad social propio: culpa de Hennessy. Tenían prohibida la entrada en el Nine O'Clock Club: culpa de Hennessy. Les dolían las muelas del juicio cuando iba a empeorar el tiempo: culpa de Hennessy. Se veían obligadas a elaborar un plan que implicaba falsificar y robar un cuadro, en lugar de vender cualquier mierda y comprarlo con un fajo de billetes: culpa de Hennessy.

Todo lo que rodeaba el asunto de *La dama oscura* era culpa de Hennessy.

—Hennessy.

El año anterior, Hennessy había vendido un John Everett Millais falsificado a Rex Busque, musculoso marchante de obras de arte prerrafaelitas y asistente habitual al Mercado de las Hadas. La tela mostraba una joven con cabello de color tiziano que sostenía un naipe apretado contra el pecho, dejando que el espectador decidiera si era una carta de baraja, de tarot o de cualquier otra cosa. Los ojos de la muchacha sugerían que la respuesta correcta era la más misteriosa. Se trataba de un trabajo algo más descarado de lo que Hennessy habría querido; habría sido menos arriesgado «encontrar» algunos bocetos o un lienzo inacabado de Millais. Pero Busque le había pedido algo llamativo, porque se había metido en un lío de pasta y necesitaba algo que se vendiera rápido por mucho dinero. Hennessy le había advertido que era un hallazgo demasiado jugoso para que no lo examinasen en detalle y que solo debía vendérselo a algún coleccionista privado de otro continente.

—Hennessyyyy.

Por supuesto, la falsificación había sido detectada por la primera galería de prestigio a la que Busque trató de colarle el cuadro. Millais trazaba sus composiciones directamente en el lienzo, incluido el boceto de

carboncillo, y Hennessy, que había improvisado un poco, lo había pasado por alto. Y una vez que se planteó la primera pregunta, las piezas cayeron como las de un dominó: las pinceladas eran demasiado amplias, el barniz era extraño, ¿dónde dice usted que encontró este cuadro?

Hennessy, lejos de tener mala conciencia, casi se había alegrado. «Te lo advertí», le dijo al tipo; la culpa era de él por ser un gandul y un pringado que ni siquiera era capaz de buscar un par de códigos para hacer llamadas internacionales.

Cuando Hennessy buscó meses más tarde *La dama oscura*, quien lo tenía era Busque. Cómo no. «Prefiero quemar un cuadro que vendértelo», le había dicho el marchante a Hennessy.

La culpa era de Hennessy.

Si no fuera por el resto de las chicas, ella ya habría abandonado.

Estaba agotada.

—Heloise —dijo Jordan.

Aunque Hennessy no estaba mirando a las chicas, supo que era Jordan quien la había llamado; solo ella la llamaba así. El nombre de pila de Hennessy no era Heloise; ahí estaba el chiste.

—Tu cara —añadió.

Hennessy sabía que tenía la cara manchada. Limpiársela no cambiaría nada. Se quedó tumbada boca arriba en el suelo de la cocina, fumando, con un hilillo negro cayéndole por la mejilla desde la nariz.

Llevaba demasiado tiempo sin soñar.

Y dado que su plan había fracasado, pronto habría otra copia de ella. Otra flor en el tatuaje que rodeaba su garganta. Otro paso hacia la muerte. Otro paso hacia el letargo eterno de las cinco chicas que estaban con ella en la cocina.

La culpa era de Hennessy.

—¿Cuánto hace que te ha empezado a salir? —preguntó June.

La pobre June… Solía ponerle mucho empeño a la vida; era la segunda que solía aparecer si Hennessy llamaba y la mejor a la hora de conservar un trabajo legal a tiempo parcial. Como Hennessy, bebía demasiado y era amante de los perros. A diferencia de Hennessy, se había alisado el pelo y también era amante de los gatos. Era la segunda copia más antigua, lo que la convertía en la segunda más compleja después de Jordan.

La pobre Jordan… No se merecía aquello. Ninguna lo merecía, pero ella menos aún.

—Si lo planteas en términos metafóricos —respondió Hennessy—, ¿acaso ha parado alguna vez?

Las chicas se afanaban limpiando la cocina en los tonos blanco y cobre de la mansión, que estaba hecha un desastre. Siempre lo estaba. La usaban seis falsificadoras para preparar colores de pastel, mezclar pigmentos, hacer cola, manchar papel y recalentar *pizza*, y había restos de todos esos elementos esparcidos por el suelo y las encimeras, junto a algo de pelo y algún diente de los amigos de Breck. La luz horizontal del atardecer se colaba por los ventanales, iluminando los goterones de pintura que salpicaban el pavimento de mármol, las telarañas que unían los cacharros de cobre colgados de las paredes y las cajas de comida basura que cubrían el mostrador central.

—¿Sabes a quién odio? —dijo Madox, que sonaba enfadada. Siempre sonaba igual, como si el mal genio de Hennessy fuera lo que más le había llegado de ella—. A ese chatarrero de mierda, Busque.

—No seas bocazas, ¿quieres? —intervino June, tan pragmática como siempre. Era como si la capacidad de Hennessy para resolver problemas fuera lo único que le había llegado de ella—. Si quieres desfogarte, sal fuera. Bueno, ¿qué hacemos?

—El chico lo tiene. El chico Lynch —contestó Hennessy.

—Vive aquí —apuntó Madox—. He visto su casa de pijo. Yo sigo votando por atracarle.

—No seas estúpida. Trabaja para un senador —replicó June—. ¿No crees que la noticia acabaría apareciendo en cualquier blog de escándalos? Demasiado riesgo.

—June tiene razón —la apoyó Trinity con voz pensativa. Siempre parecía meditabunda, como si el desprecio que Hennessy sentía por sí misma fuera lo único que había recibido de ella—. Tendríamos que separarnos, y eso solo merecería la pena si *La dama oscura* funcionase de verdad.

La mirada de Hennessy se cruzó con la de Jordan, que estaba apoyada en la encimera con un puñado de pinceles en la mano. Inexpresiva, observaba la tinta negra que goteaba por la mejilla de Hennessy mientras se rozaba el tatuaje de flores del cuello.

Si alguna de las chicas merecía tener una vida autónoma, esa era Jordan. Jordan era una persona por derecho propio, atrapada en la miserable vida de Hennessy.

La culpa era de Hennessy.

—Estoy cansada de buscar nombres para vosotras, chicas —dijo.

—¿Y si se lo compramos? —propuso Brooklyn, que estaba de pie junto al fregadero, sujetando un recogedor lleno de lápices pastel convertidos en polvo. Era una sugerencia sorprendente, más que nada porque las sugerencias de Brooklyn siempre eran de carácter sexual, como si esa fuera la única parte de Hennessy que se le había pegado.

—Si no quiere venderlo, le habremos puesto sobre aviso, ¿no crees? —replicó June.

—Igual deberíamos dejarlo correr. De todos modos, ni siquiera es seguro que funcione —dijo Madox.

—Esa no es la actitud adecuada, Mad —la regañó June.

—Si nos metemos, al menos seamos conscientes de que no todas pensamos lo mismo —murmuró Trinity.

La razón que las movía a querer hacerse con *La dama oscura* era simple. La leyenda del cuadro estaba bien documentada: cualquiera que durmiese bajo el mismo techo que él soñaría con el mar. Por lo tanto, Hennessy soñaría con el mar en lugar de tener su pesadilla recurrente y traería de vuelta una gaviota o arena o cualquier chisme playero en lugar de producir una copia más de sí misma con el consiguiente desgaste físico.

—¿Y si volvemos a intentar dar el cambiazo? —dijo Jordan interviniendo por primera vez en la discusión.

—¿Cómo? ¿Metiéndonos en su casa? —preguntó Trinity.

—El mismo plan —asintió Jordan—. Exactamente el mismo: nos colamos, dejamos nuestra copia y le birlamos el original.

Las chicas se quedaron pensativas.

—Estás como una cabra —dijo al fin Madox.

—Sigue siendo arriesgado —murmuró June como si no hubiera oído el comentario anterior.

Brooklyn echó el polvo de colores en el cubo de la basura.

—No mucho, si rompemos una ventana y ponemos un cristal nuevo cuando salgamos —observó.

—Nos haría falta tiempo —opinó Trinity—. El chico tendría que estar fuera de su casa un rato largo.

«Vaya follón de mierda», pensó Hennessy. Y todo porque ella no podía evitar tener aquel sueño una y otra vez.

La culpa era de Hennessy.

Jordan se acercó a ella, le quitó el cigarrillo, le dio una calada y lo echó al fregadero.

«Esa es la mayor diferencia entre nosotras dos», pensó Hennessy. Como ella, Jordan estaba dispuesta a probarlo casi todo; pero, al final, Jordan siempre era capaz de prescindir de las cosas que le sentaban mal antes de que la mataran.

La excepción era Hennessy. Hennessy era el hábito más nocivo que tenía cualquiera de ellas, y ninguna era capaz de dejarla.

—Creo que sé cómo conseguir eso —dijo Jordan.

31

—No, gracias.

Una cosa era ser víctima de la rigidez y la falta de tacto de Parsifal Bauer, y otra muy diferente era presenciar cómo otras personas eran víctimas de ello. Muchas otras personas. Una sala llena de personas. La plantilla al completo de la Pastelería Alemana Pffeifer de Alexandria, Virginia, había salido del obrador y aguardaba expectante a que Parsifal Bauer probara un bocado del primer Bienenstich que comía en años. Al parecer, Lock, que era quien había encontrado el establecimiento, se había explayado al explicarles las circunstancias del chico. En vista de que la pastelería solo preparaba aquella especialidad unas semanas al año, Lock les había explicado que Parsifal Bauer era un joven gravemente enfermo que había acudido al país en busca de tratamiento médico; que su familia no había podido acompañarle porque ellos mismos estaban muy enfermos; y que echaba de menos aquella tarta que sus familiares solían prepararle para hacerle pensar en las cosas dulces de la vida.

La pastelería había aceptado el reto de buena gana. «Denos unas horas para reunir todo lo necesario —dijeron con gallardía—. Almendras, crema pastelera, masa madre y ¡entusiasmo!».

—¿No quieres una caja para llevarte el resto? —preguntó uno de los dependientes.

Parsifal Bauer estaba sentado en el borde de una silla de cafetería. Su aire era el de siempre: pelo metido tras las orejas y torso recto como un palo, como si hubieran ensamblado sus huesos con gran esfuerzo y temiera desencajarlos si se desequilibraba demasiado. Ante él reposaba un plato con un trozo cuadrado de Bienenstich. Era el único cliente que había en el establecimiento. Los pasteleros habían salido del obrador para ver cómo daba el primer bocado. Las cajeras se asomaban tras la vitrina de los pasteles. Algunas personas lo enfocaban con sus teléfonos, listas para filmar. Había incluso alguna vela encendida.

De fondo sonaba una tonadilla alemana.

A Farooq-Lane le dio lástima aquella pobre gente desde el mismo momento en que pisó la pastelería.

Sabía cómo iban a transcurrir las cosas.

—No vamos a quitarte este trozo —aclaró la cajera, sin saber cómo interpretar el «No, gracias» de Parsifal—. ¡Nos referimos al resto de la tarta! ¡Hemos hecho una tarta entera para ti!

Parsifal volvió a mirar la porción de Bienenstich que tenía delante. La porción le devolvió la mirada. El chico estaba inmóvil; ni se acercaba al trozo de tarta ni se alejaba de él. Era como si su cabeza fuera un vaso de agua y él estuviera haciendo un esfuerzo supremo por no derramar ni una gota.

—No, no me parece entretenido —dijo en un intento cortés por hacerse entender.

—¿Entretenido? —preguntó el ayudante de pastelero.

Parsifal se sonrojó levemente.

—Quizá no se diga así en inglés —murmuró.

—¡Ay, hijo, por alemán que no quede! —exclamó otro trabajador con una carcajada alegre—. ¡Aquí puedes hablar todo el alemán que quieras! —añadió, y cambió de lengua para dirigirle una larga parrafada.

Todos los demás se unieron a él, de nuevo animados, como si hubieran descubierto que aquel era el verdadero regalo: hablar en su lengua natal después de tanto tiempo fuera de casa. Se arremolinaron a su alrededor, parloteando en alemán mientras Parsifal escuchaba inmóvil.

No había sido un buen día. Farooq-Lane y Parsifal habían llegado al callejón sin salida a tiempo para ver lo que parecía un BMW gris marengo aparcado en el centro exacto. Pero antes de que pudieran acercarse lo bastante para tomar el número de matrícula o distinguir al conductor, un cochecito blanco había salido marcha atrás de una bocacalle y se había estrellado contra el lateral de su coche alquilado. El conductor, abrumado, hacía aspavientos mientras trataba de separar los dos vehículos; pero, para cuando logró liberarlos, el BMW había desaparecido. El hombre hablaba sin cesar en alguna lengua extraña que no comprendían ni Parsifal ni Farooq-Lane, pero aun así logró hacerles entender los puntos básicos: no tenía seguro, lo sentía muchísimo, se tenía que ir.

Farooq-Lane dejó que se marchase. El coche alquilado ya tenía un agujero de bala; ¿qué importaba un bollo más?

De pronto, se dio cuenta de que los trabajadores de la pastelería se habían quedado en silencio, aguardando a que Parsifal respondiese. El

chico dijo algo en alemán. A juzgar por la expresión de sus interlocutores, el Parsifal que hablaba en alemán no les había caído mejor que el Parsifal que hablaba en inglés. Los que habían sacado sus teléfonos empezaron a guardarlos. Se oyó un rumor de murmullos bilingües. Algunas personas se acercaban a Farooq-Lane, como si ella fuera la cuidadora del chico y pudiera dar razón de su actitud.

—A lo mejor está cansado; seguro que luego cambia de opinión —aventuró una dependienta en voz baja, mientras otra empezaba a apagar las luces y una tercera levantaba las llaves de su coche para abrirlo a distancia.

—Debe de ser eso, sí —mintió Farooq-Lane—. El pobre está abrumado; seguro que mañana ve las cosas de modo diferente. Les agradecemos mucho todo lo que han hecho.

Una semana antes se habría sentido abochornada, pero ahora conocía al chico demasiado bien. Claro que no le gustaba la tarta; al fin y al cabo, no le gustaba casi nada. Recogió la caja blanca que contenía la tarta de picadura de abeja (eso era lo que significaba *Bienenstich*). Alguien había dibujado en la tapa una alegre abejita con una nube encima que ponía: «¡PARSIFAL, PONTE BIEN!». Farooq-Lane volvió a darles las gracias y se llevó la tarta y al chico al atribulado coche de alquiler.

—No creo que mañana vea las cosas de modo diferente —dijo él ya en el coche.

Ella soltó la llave de contacto y le fulminó con la mirada.

—Lo sé, Parsifal. Es solo una de esas cosas que se dicen para consolar a alguien que se ha pasado un montón de tiempo haciendo algo para otra persona y que luego se ha encontrado con que esa otra persona miraba la comida que le ha preparado como si fuera a transmitirle una enfermedad.

—No me gustaba.

—Creo que lo captaron.

—No pretendía ofenderlos.

—No creo que eso lo captasen.

—Era distinto al de mi madre —alegó el chico—. Sabía que no sería igual. Te lo dije. Yo no les pedí que lo hiciesen.

—A veces —comenzó Farooq-Lane, notando que empezaba a perder los nervios una vez más—, la gente trata de hacer cosas, aunque no estén seguros de que vayan a funcionar. A veces la vida depara sorpresas agradables, Parsifal.

Él se quedó callado, tan tieso como lo estaba en la pastelería, con la caja en el regazo y los ojos fijos en algún lugar del oscuro aparcamiento.

—Lo hacía todos los meses, el primer día del mes —dijo al fin—, siempre con la misma receta, y lo congelaba para que yo pudiese comer un trozo cada día en el desayuno.

—¿Cada día?

—Cada día. Si algo funciona siempre, ¿para qué cambiarlo?

Los dos guardaron silencio, envueltos en la gris penumbra del atardecer. El coche estaba helado y olía a almendras tostadas y a masa dulce. Farooq-Lane no sabía cómo continuar; tras el fracaso del callejón sin salida, Parsifal había rehusado comentar nada más de lo que había visto en su premonición. Todos los participantes tenían la moral baja. Farooq-Lane. Parsifal. El abollado coche de alquiler.

—¿Tienes la receta? —preguntó Farooq-Lane—. La de tu madre, digo. ¿Se la podría pedir? O mejor alguien que hable alemán… ¿Se la pides tú?

Solo después de decir aquello se dio cuenta de que nunca había visto a Parsifal llamar o mandar mensajes a nadie. Lo único que le había visto hacer con su teléfono era poner sus omnipresentes óperas.

Parsifal miró por la ventanilla hacia la pastelería, ya cerrada. Estaba perfectamente inmóvil.

—Está muerta —dijo con su estilo rígido y frío—. Los maté a todos la primera vez que vi el fin del mundo.

32

La mayor parte de los conductores hacían como que no veían a la mujer de la gasolinera. El lugar, a una media hora al oeste de Washington D. C., era uno de esos oasis de carretera que abundan en la autopista del este, siempre llenos de gente gracias a una eficaz estrategia de vallas publicitarias que prometían sándwiches decentes y lavabos dignos. La mujer era preciosa, con piel pálida y largo pelo rojizo, y su ropa —una bonita trenca sobre un vestido de flores— parecía limpia y nueva. Sin embargo, tenía aspecto de perdida, más en el tiempo que en el espacio, y por eso nadie la miraba a la cara.

Shawna Wells llevaba veinte minutos mirándola. Estaba esperando a que a Darren, su marido, se le pasase el enfado y volviese a su todoterreno nuevo, aparcado junto a la furgoneta de ella, para seguir camino hacia Gaithersburg y la caravana en la que vivían. Tal vez él estuviera esperando a que se le pasase el enfado a ella. Shawna no lo sabía y, en todo caso, no iba a salir de la furgoneta para preguntárselo. Tenía dos asientos ocupados en la parte de atrás, como Darren bien sabía, y no iba a sacar a los niños solo para terminar una pelea tonta.

De modo que se entretuvo mirando a la mujer. Al principio creyó que pedía dinero; pero, cuanto más la miraba, más se convencía de que estaba haciendo autostop. ¿A quién se le ocurre hacer autostop hoy en día?, se preguntó. ¿Acaso no sabían todas las mujeres lo peligroso que era meterse en el coche de un extraño? Al cabo de un rato, sin embargo, Shawna se dio cuenta de que su pregunta se había transformado —¿A quién se le ocurre coger una autostopista hoy en día?—, y también se dio cuenta de que estaba a punto de preguntarle a la mujer adónde se dirigía.

Darren y Shawna habían reñido porque, según él, el que Shawna se enfadase con él por haberse comprado un todoterreno era una muestra de egoísmo. Ella quería comprar una extensión para dar fiestas en la caravana; él quería el nuevo Ford Raptor para ir a trabajar. Ella decía que no veía qué tenía de egoísta su actitud. Él decía que eso era justamente lo que la hacía egoísta.

Shawna tomó una decisión: si la mujer se le acercaba antes de que Darren volviese, aceptaría llevarla.

Pero a medida que pasaban los minutos y se acercaba la previsible vuelta de Darren, Shawna empezó a sentir una extraña urgencia. Arrancó la furgoneta y los niños murmuraron, sorprendidos. Mientras daba marcha atrás, vio que Darren y la mujer levantaban la mirada hacia ella, el primero con extrañeza y la segunda con algo que parecía reconocimiento.

Shawna bajó la ventanilla. La furgoneta era vieja y estaba hecha polvo, de modo que el cristal se paró a media altura. Sin embargo, fue suficiente para que Shawna se asomara y preguntase:

—¿Te llevo a algún sitio?

De cerca, la mujer era aún más bonita, con ojos de un verde traslúcido, boca roja como el coral y el luminoso cutis salpicado de pecas. A veces, ver una mujer bella hace que las demás mujeres sean demasiado conscientes de su propia apariencia. Sin embargo, Shawna sintió justo lo contrario: una aguda consciencia de todas las cosas que le gustaban de su cuerpo.

—Querría ir a Washington D. C. —contestó la mujer.

—Me pilla de camino. —Shawna lanzó una mirada rápida a Darren, que la contemplaba boquiabierto—. Monta si quieres.

La mujer le sonrió, y Shawna recordó aún más cosas que le gustaban de sí misma: sus ojos, por ejemplo, que siempre parecían felices, aunque no se estuviera riendo. A veces, Darren decía que solo mirarlos hacía que él se sintiera feliz también. La verdad es que la mayor parte del tiempo era un tipo bastante decente. Lástima de todoterreno…

La mujer se sentó a su lado.

Shawna le sostuvo la mirada a Darren por un instante (él estaba haciendo el gesto universal de «¿Se puede saber qué narices haces?») y luego salió de la gasolinera.

—Te lo agradezco —dijo la mujer.

—Ya ves. —Shawna se encogió de hombros como si aquello fuera algo que hacía todos los días.

Su teléfono, que estaba en un soporte junto a la radio, empezó a zumbar con un mensaje tras otro. «¿Qué haces?». Otro zumbido. «Te recuerdo que llevas a los niños en la furgoneta».

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a la mujer.

—Liliana.

Salieron a la autopista. La vieja furgoneta no era muy rápida, pero, si se conducía bien, llegaba a la velocidad máxima de cuando en cuando. Shawna

se tenía por una conductora prudente.

—Qué nombre tan bonito —observó.

Aunque la mujer no tenía un acento especial, su forma de decir «Liliana» parecía indicar que venía de un país extraño.

—Muchas gracias. ¿Cómo se llaman los niños?

Shawna extendió la mano y apagó la pantalla del teléfono; no quería que la mujer leyese los mensajes de Darren, que no eran muy amables.

—Jenson y Taylor. Los quiero con toda el alma.

—Que Dios te bendiga, Jenson. Que Dios te bendiga, Taylor —murmuró la mujer, y Shawna sintió que las palabras eran algo tangible, una verdadera bendición, y que, aunque la mujer acababa de ver a los niños que viajaban en el asiento trasero, los amaba también con toda el alma.

Durante un rato viajaron en silencio. A Shawna no solía gustarle estar callada; pero la presencia en su furgoneta de la mujer, aquella extraña autostopista, era tan notable que Shawna ni siquiera se dio cuenta de la falta de conversación. El tráfico se hizo más espeso y los carriles se multiplicaron. El sol del ocaso brillaba a su espalda, amarillento y pesado; ante la furgoneta, el cielo empezaba a oscurecerse por la llegada de la noche y de varias nubes de tormenta.

—¿Y qué te lleva, Washington D. C., Liliana?

—Estoy buscando a una persona.

La mujer ladeó la cabeza para mirar por la ventanilla. Su melena rojiza era muy espesa, y a Shawna le vino de pronto a la cabeza lo bonito que se le había puesto el pelo durante los embarazos. Las hormonas habían hecho que no se le cayera ni un pelo, y durante unos meses había tenido una cabellera lustrosa y abundante, una gloria, hasta que vino el cambio hormonal y el pelo volvió a su aspecto de siempre tras el nacimiento de Taylor. Hasta ese momento, no se le había ocurrido pensar en tener otro hijo; pero, ahora, de súbito, la idea apareció en su mente con un brillo especial. Le había encantado estar embarazada, y a Darren le entusiasmaban los bebés. Estar embazada, crear una nueva vida, le había hecho sentir que tenía un propósito definido en la vida.

—¿Y esa persona está en Washington? —preguntó.

La mujer negó con la cabeza.

—Pero espero descubrir allí cómo encontrarla. Al menos tengo esa esperanza —contestó.

Cuando algunas personas hablan de esperanza, normalmente se refieren a que no tienen ninguna. Sin embargo, la forma en que hablaba de

ello la mujer hacía pensar en algo sagrado, en una ocupación a la que dedicaba todo su tiempo.

¿A qué te dedicas?

A tener esperanza.

Shawna miró el retrovisor y distinguió la silueta del todoterreno nuevo de Darren. Estaba encajonado entre el tráfico denso, a varios coches por detrás de ella, pero estaba allí. De pronto, Shawna se dio cuenta de que ya no le irritaba que Darren lo hubiese comprado. Sí, ella habría preferido comprar la extensión de la caravana; pero el todoterreno era una prueba de que Darren seguía siendo un chaval impulsivo e inquieto. ¿Y acaso no era eso lo que la había enamorado?

Algo más allá rugió un trueno, audible incluso por encima del ruido de la furgoneta. Un relámpago saltó entre las nubes. De pequeña, a Shawna la aterraban las tormentas. Al principio había sido un temor infundado; pero, una noche, mientras estaba en la cama, vio un rayo que entraba por la ventana y aterrizaba en el interruptor de la luz. Después de aquella revelación —que había electricidad suelta por el mundo, sin amo ni ley—, la más mínima nube de tormenta era suficiente para que Shawna echara a correr y se encerrase en una habitación sin ventanas. Lo había superado hacía tiempo; pero ahora, mirando el cielo tempestuoso, se dio cuenta de que le daba tanto miedo como hacía años.

Era una tontería haberse peleado con Darren por algo tan absurdo. Estaban bien juntos e iban a tener otro hijo.

Otro relámpago cruzó el cielo, y Shawna notó que la atmósfera se cargaba. Buscó el todoterreno de Darren en el retrovisor. Quería que estuviera cerca de ella; necesitaba verle la cara.

Estaba cerca. Había ido adelantando y ahora se encontraba justo detrás, pidiéndole por gestos que mirase el teléfono. A Shawna le dio pena no haber hecho las paces con él antes de arrancar.

De súbito, algo absorbió todos los sonidos.

El aire quedó mudo, vacío, muerto, como si alguien hubiera bajado bruscamente el botón del volumen de la realidad. La furgoneta parecía flotar entre el tráfico inaudible.

Shawna intentó decir «¡Dios mío!», pero para eso hacían falta sonidos y ya no quedaba ninguno.

Y de pronto regresaron todos en masa. Una cacofonía compuesta por todos los sonidos de todas las clases y todos los volúmenes atronó el

interior de la furgoneta. Era como si se hubiera acumulado el ruido de varias décadas amontonadas.

Resultaba insoportable.

El estruendo golpeó físicamente a los ocupantes del vehículo. Si chillaron, sus gritos fueron inaudibles. Estallaron el parabrisas y las ventanillas; un chorro de sangre brotó de alguna parte. De pronto, la furgoneta dejó de avanzar y el todoterreno se empotró contra ella; tampoco eso se oyó, porque quedó sumergido por el aullido interminable de la furgoneta. Los dos vehículos giraron sobre sí mismos una y otra vez, chocando contra los coches de la autopista, y el aullido no se extinguía.

Y, entonces, todos los vehículos quedaron inmóviles en el carril de la derecha y la melodía del mundo regresó a la normalidad.

En el todoterreno, Darren estaba doblado encima del volante. La furgoneta chorreaba líquido anticongelante. Shawna estaba desmadejada en su asiento, con los ojos y los oídos goteando sangre y el cuerpo maltrecho. Todo lo que contenía la furgoneta estaba esparcido y aplastado, como si fuera el epicentro de un terremoto individual.

En el asiento trasero, Jenson y Taylor berreaban. Estaban intactos, a pesar de que el asiento parecía una masa informe y sus sillitas estaban destrozadas.

Una adolescente se apeó de la furgoneta por la puerta del copiloto, tan ilesa como los dos niños. Tenía el pelo largo y rojizo, el rostro salpicado de pecas y los ojos de un verde cristalino, y lloraba sin hacer ruido.

Se acurrucó en la cuneta y se balanceó, con los nudillos pegados a los dientes, hasta que oyó el alarido de las sirenas. Entonces, se puso en pie y empezó a caminar hacia Washington D. C.

Empezó a llover.

33

Cuando Ronan llegó a Los Graneros, ya era de noche. El camino de entrada apenas se veía en la oscuridad —un túnel de follaje que conducía a una madriguera oculta—, pero habría sido difícil de encontrar incluso a pleno sol por el nuevo sistema de seguridad que había soñado Ronan. Le había llevado semanas perfeccionar el sueño y, pese a lo descuidado que era normalmente, en esta ocasión había recogido todo a la perfección tras acabar. Había destruido incluso los borradores; no quería toparse con ninguno más tarde. El sistema estaba diseñado para actuar en las emociones de la vigilia, un tipo de sueños que Ronan prefería no tocar. Manipular el libre ejercicio de la voluntad le parecía indudablemente pecaminoso, una pendiente arriesgada que cualquier persona razonable le habría aconsejado evitar. Pero quería proteger Los Graneros, y los demás planes que se le habían ocurrido implicaban agresiones físicas. Hacer daño a los intrusos le exponía a miradas indiscretas, y matarlos implicaba hacerlos desaparecer. Así que lo más factible era jugar con las mentes ajenas.

El sistema onírico de seguridad confundía, entristecía y embrollaba a los visitantes, enredándolos en algo que podía ser muy venenoso o no serlo: la terrible verdad de su propia historia. No es que impidiera ver el camino de entrada, pero, una vez el visitante quedaba atrapado en la malla del sistema, no era capaz de centrarse en el presente lo bastante para advertir aquella brecha entre los árboles. Instalarlo había sido una odisea; a Ronan le había llevado casi un día entero estirarlo hasta cubrir por entero la anchura del camino. Cada pocos minutos, tenía que parar y meter la cara entre las manos hasta que se despejaban su miedo y sus remordimientos.

Esa noche, aunque sabía perfectamente que su casa estaba al otro lado, y a pesar de haber vivido allí toda su vida, tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para entrar.

—Pasa de una vez —se dijo metiendo la primera.

Una ola de dudas y recuerdos desagradables lo inundó y…

El BMW ya estaba al otro lado y rodaba hacia la vivienda. Aquí y allá, el haz de los faros acariciaba alguna vaca inmóvil. Más allá, al final de las colinas boscosas, una nube de luciérnagas soñadas parpadeaba entre los árboles.

Los faros iluminaron la antigua casa blanca y, más allá, las paredes relucientes de los cobertizos que aguardaban como mayordomos mudos. Había llegado.

Se quedó varios minutos metido en el coche delante de la entrada, escuchando los ruidos nocturnos de Los Graneros: los grillos, las aves nocturnas soñadas, el rumor del viento de las montañas que mecía suavemente el coche… Todo estaba igual que antes de que se marchase, salvo él.

Escribió a Adam: «Despierto?».

Adam respondió de inmediato: «Sí».

Ronan lo telefoneó, aliviado.

—Bryde me salvó la vida.

En realidad, no tenía intención de contarle a Adam todo lo que había pasado. Al principio no había querido llamarle mientras estaba en clase; luego había vuelto a retrasarlo porque pensó que estaría jugando a las cartas con el Club de los Lloricas y, después del incidente del dormitorio, imaginar a Adam diciéndoles «Es Ronan, esperad un momento» le resultaba insoportable. Además, ni siquiera sabía cómo contar algo que él mismo no entendía. Pero, una vez empezó a hablarle a Adam de su día, no pudo parar. Y no solo porque necesitaba oír aquellas cosas en voz alta, sino porque necesitaba decírselas a Adam en voz alta.

Adam escuchó en silencio mientras Ronan describía todos los acontecimientos y, al final, se quedó callado un buen rato.

—Quiero saber qué saca él de ello —dijo por fin—. De salvarte. Él y los otros dos, de hecho. Quiero saber por qué te sacaron de allí.

—¿Por qué tienen que sacar algo?

—Porque así funciona el mundo —sentenció Adam.

—Tú también me salvaste la vida.

Ronan lo tenía muy presente, porque era uno de los recuerdos que solía repescar el sistema de seguridad. No el feliz desenlace, sino lo que había sentido antes: él ahogándose en un lago de ácido con la mano extendida hacia Opal, la niña que también era su psicopompo, incapaz de salvarla a ella o de salvarse a sí mismo. Y, luego, Adam, con sus habilidades extrañas y raramente utilizadas, apareciendo por sorpresa para rescatarlos.

—Eso es distinto.

—¿Por?

Adam suspiró con irritación.

—Te salvé porque te quiero y estaba asustado y no sabía qué otra cosa hacer. No me parece que la descripción pueda aplicarse a Bryde.

Aquella declaración agradó y exasperó a Ronan a partes iguales. Su mente almacenó la primera parte en un lugar seguro para poder sacarla en un día malo y, desechó la segunda porque lo desanimaba.

—La mayor parte de la gente no es como tú, Ronan —continuó Adam —. Les da miedo arriesgar el pellejo a cambio de nada. Hay un elemento de… ¿Cómo se dice? De autodefensa. De supervivencia. La gente no hace cosas peligrosas sin una buena razón, porque sus cuerpos son frágiles.

—No sabemos si Bryce se jugaba algo o no —replicó Ronan, raspando con la llave la ranura del encendedor del coche para sacar unas miguitas de galleta—. Tal vez sacar de allí mi coche conmigo dentro no le supusiera ningún riesgo.

—Existe un concepto llamado «coste emocional» —dijo Adam—. Invertir esfuerzos para que otra persona sobreviva no sale gratis, y alguna gente tiene la cuenta emocional en números rojos. De todos modos, sé lo que quieres que diga.

—¿Qué quiero que digas?

—Quieres que te diga que no pasa nada porque persigas a Bryde y sus compañeros, opine lo que opine Declan.

Adam tenía razón. Después de que se lo dijese, Ronan se dio cuenta de que eso era exactamente lo que quería oír.

—El único problema —continuó Adam— es que, de hecho, estoy de acuerdo con Declan.

—No jodas.

—No he dicho que mis razones sean las mismas que las de él. No creo que tengas que pasarte la vida debajo de una piedra, pero tampoco creo que debas ir por ahí cazando tigres, a no ser que sepas que tú tienes tantas rayas como ellos.

—Muy poético —gruñó Ronan, dándose cuenta de lo malhumorado que sonaba—. Eres un jodido sabio. Lo escribiré para que no se me olvide.

—Solo te digo que vayas con calma. Si esperas a las vacaciones, tal vez yo pueda ayudarte.

Ronan no quería ir con calma. La situación entera le hacía pensar en una vela encendida que podía agotarse si esperaba demasiado.

—Lo único que quiero saber —añadió Adam con voz levemente distinta— es si estarás ahí cuando yo vaya en vacaciones.

—Estaré.

Ronan siempre estaba allí. Una familia de cangrejos asesinos con dos caras se había asegurado de ello.

—Intacto.

—Intacto.

—Te conozco —dijo Adam, pero no añadió nada más para explicar qué suponía conocer a Ronan.

Los dos se quedaron callados durante casi un minuto, cada uno a un lado de la llamada telefónica. Ronan podía oír los rumores del lado de Adam, puertas que se abrían y se cerraban y voces que conversaban o se reían. Sabía que Ronan estaría escuchando los ruidos nocturnos de Los Graneros que sonaban en su lado.

—Tengo que repintar la pared para cubrir una mancha de sangre de cangrejo —dijo al fin Adam—. *Tamquam*…

Aunque hacía más de un año que ninguno de los dos recibía clases de latín, seguía siendo su lenguaje privado. Durante mucho tiempo, gran parte de los sueños de Ronan habían transcurrido en latín; por esa razón, faltando a su costumbre, se había esforzado mucho en la asignatura. Adam, que no soportaba no ser el mejor en cualquier clase en la que participase, le había echado tantas ganas como él. Era muy posible que ningún otro alumno de Aglionby hubiera salido de la escuela con un conocimiento tan profundo del latín como ellos dos (además de un conocimiento mutuo igual de profundo).

—… *alter idem* —completó Ronan, y los dos colgaron.

Ronan salió del coche de mucho mejor humor que cuando había entrado. Subió al porche, meneó un poco a Sierra, que se había quedado dormida en la balaustrada, y entró con ella en la casa. Luego encendió un fuego en la chimenea del salón y puso a calentar en la cocina una lata de sopa, mientras se duchaba y limpiaba con bastoncillos toda la porquería negra que tenía pegada en el pelo y las orejas. Lo animaba una curiosa energía. Adam no le había dado luz verde, pero tampoco le había dicho que lo dejase.

Solo le había pedido que fuera *con calma*.

Podía ir con calma.

Podía buscar fotos de su verdadera madre para compararlas con la mujer que había visto unas horas antes. Eso era ir con calma. Eso no le

haría daño a nadie. Podía hacerlo mientras cenaba una sopa delante de la chimenea. A Adam y a Declan no podía parecerles mal que hiciera algo así.

Sacó una vieja caja de fotos del altillo de la habitación de sus padres y regresó a la planta baja. Con la sopa en una taza humeante, se sentó junto al fuego en el salón, una acogedora estancia de techo bajo y vigas de madera. La chimenea se abría como una boca en la pared encalada y rugosa; todo el conjunto parecía pertenecer a un país con más historia que el lugar en el que se encontraba. A Ronan le parecía que la sala, como el resto de la casa, estaba tan viva como él. Era una buena compañía junto a la que mirar aquellas viejas fotos.

Verdaderamente, estaba de buen humor.

—Galleta —le dijo a Sierra mientras le ofrecía una galletita salada.

El cuervo estaba sentado en el cobertor del sofá, con un ojo puesto en la golosina y otro fijo en las llamas, de las que desconfiaba. Cada vez que el fuego crepitaba, Sierra se estremecía.

—Galleta —repitió Ronan, dando golpecitos con ella en el pico del cuervo para que prestara más atención a la comida y menos al fuego.

—Kleta —graznó Sierra.

Ronan le rascó un poco alrededor de su fuerte pico y le dejó comer la golosina.

Se sentó en el suelo y levantó la tapa de la caja. Estaba llena de fotos antiguas en desorden, algunas metidas en álbumes y otras sueltas. Había fotos de su madre, de su padre, de sus tíos (Ronan sacó esta última para mirarla más tarde con detenimiento), de sus hermanos cuando eran pequeños, de animales diversos y de instrumentos musicales. Su madre tenía el aspecto que él recordaba, más suave que la modelo del retrato y que la mujer con su cara que conducía el coche blanco. Le alegró comprobar que la memoria no le engañaba, pero aquello no le daba ninguna respuesta.

Siguió escarbando hacia el fondo de la caja hasta que, de pronto, vio la esquina de una foto medio tapada por otra y retiró la mano de forma instintiva. Aunque apenas distinguía la imagen, reconocía aquella foto. O, más que reconocerla, recordaba la sensación que le había dado mirarla hacía mucho tiempo. No le hizo falta sacarla del todo para saber que era una imagen de Niall Lynch en su juventud, poco antes de que emigrase de Belfast a Virginia. Ronan llevaba sin verla muchísimos años; pero, aunque apenas recordaba los detalles, recordaba la abrumadora desazón que le había producido. Al Ronan niño le disgustaba tanto aquella foto que la

había enterrado en el mismo fondo de la caja, donde no pudiera descubrirla fácilmente en sus sesiones de repaso familiar. Lo único que recordaba bien era la feroz energía que desprendía su padre en la imagen —parecía indómito, más vivo y más despierto que cualquier otra persona que Ronan hubiera conocido en su vida— y lo joven que era. ¿Dieciocho años, quizá? Veinte, como mucho.

Pensándolo ahora, decidió que era esa juventud lo que le había producido tanto rechazo de niño. Para el pequeño Ronan, ver a su padre tan vivo antes de engendrarlo a él era retrospectivamente terrorífico; como si el Niall de la foto tuviera cientos de alternativas a su alcance, y casi ninguna de ellas pudiera conducirlo hasta el punto de engendrarle a él y a sus hermanos.

Pero ahora Ronan era de la misma edad que el joven de la foto. Y, en cualquier caso, su padre ya había agotado todas las alternativas que tendría jamás, y las que había elegido lo habían llevado a estar muerto.

Sacó la foto y la contempló con detenimiento.

Niall llevaba una chaqueta de ante con el cuello levantado y un jersey claro de pico. Alrededor de sus muñecas había unas bandas de cuero —pulseras— que había dejado de llevar antes de que Ronan naciera; a Ronan le resultó curioso pensar que ahora él llevaba pulseras muy parecidas. El joven Niall llevaba el pelo largo, y los rizos le caían hasta rozarle los hombros. En su rostro había una expresión ferozmente alerta. Era joven y rebosaba vida.

A Ronan ya no le resultaba desagradable mirarlo; de hecho, ahora le gustaba. Además, la imagen le había dado algo que no esperaba: una respuesta.

La cara que había visto en el coche junto al hotel quemado no era la suya, sino la de su padre.

34

Jordan pasaba bastante tiempo en museos. Era una cuestión de trabajo. De formación continua. De seguridad laboral. Un control de calidad. Al menos dos días a la semana, se unía a los estudiantes que acudían a las galerías de arte para aprender por imitación. Durante unas horas, ella misma se convertía en una falsificación, confundida entre los jóvenes artistas que trabajaban en las salas.

En cuestión de museos, a Washington D. C. no le faltaba de nada. La rosada Galería Nacional de Retratos; el discretamente incómodo Renwick; el colorido y caótico Museo de Arte Africano; el Museo del Arte de las Américas e Instituto de Cultura Mexicana, con sus bellos mosaicos mayas y de los indios pueblo; el adorable jardín de Dumbarton Oaks; el NMWA, donde Hennessy había montado una vez tal escándalo que la habían expulsado y, ahora, ninguna de las seis podía volver; el Kreeger, el Phillips, el Hillwood, el Hirshhorn… Había una infinidad. El favorito de Jordan era el pequeño y frío Freer, con su colección reunida muchos años atrás por un hombre que elegía primero con el corazón y luego con el cerebro. Hennessy y ella tenían un acuerdo: Jordan no trabajaba nunca en el cercano Museo Sackler, y Hennessy se abstenía de ir al Freer.

Al menos era una cosa que no tenían que compartir.

Pero aquella mañana Jordan se dirigió a la Galería Nacional de Arte, porque no quería ofrecer nada de sí misma. Era un edificio grande y bien construido, con techos altísimos, pesadas molduras y paredes pintadas en mate para resaltar mejor sus tesoros con marco dorado. Sus salas siempre estaban llenas de estudiantes y grupos de aficionados que hacían bocetos, y algunas salas incluso estaban provistas de grandes caballetes para que los artistas visitantes pudieran copiar las obras expuestas. Era un ambiente perfecto para que los falsificadores trabajasen a la vista de todos sin llamar la atención.

Jordan consultó la hora en su reloj. Llegaba un poco tarde. Hennessy decía que llegar tarde a una cita era una agresión. Según ella, era como meter la mano en el bolsillo del interlocutor y birlarle la cartera. Como

apoyarse en su coche y sacarle la gasolina con una manguera mientras le mirabas a los ojos. O como vivir en una ciudad con un tráfico infernal, había replicado Jordan una vez, y Hennessy había zanjado la cuestión diciendo que nunca lo verían del mismo modo.

Al otro lado del vestíbulo, una silueta familiar contemplaba una de las estatuas de mármol. Estaba de espaldas a Jordan, y su traje gris era anodino e impersonal; sin embargo, Jordan estaba segura de haber reconocido su postura y su pelo oscuro y ondulado. La escena tenía un aire muy artístico, con la luz filtrándose entre las columnas en tonos pardos, negros y blancos. Habría dado para un buen cuadro, si Jordan se dedicase a pintar originales.

—He oído decir que eres el hijo del Diablo —comentó.

Aunque Declan Lynch no se había girado hacia ella, Jordan vio de refilón cómo su boca se tensaba en una sonrisa reprimida.

—Es cierto —asintió.

Solo le había hecho falta teclear unos segundos para descubrir que Declan era el hijo mayor de Niall Lynch, el autor de *La dama oscura*. No es que Jordan quisiera averiguar cosas sobre él; simplemente pretendía situarse para aquella cita obligada. En las escasas fotos suyas que había en la red —en la web del instituto privado al que había asistido, en fotos de artículos sobre política en las que aparecía en el fondo de la escena, posando en la inauguración de una exposición de pintura—, tenía un aspecto impersonal y poco memorable. *Retrato de un joven de pelo oscuro*. Jordan no vio nada que le recordase al fugaz atractivo que había creído encontrar en él la noche del Mercado de las Hadas; su atractivo, decidió, emanaba simplemente de la intensa atmósfera que reinaba en aquel lugar. Aquello iba a ser una tarea rutinaria. Un trabajo fácil en el que podría improvisar mientras las otras chicas metían la mano en el bolsillo de Declan y le sacaban la cartera, pero un trabajo, al fin y al cabo. Aquello la alivió. Era mejor así.

Se situó junto a él. En realidad, no resultaba tan insulso como sugerían las fotos y la memoria de ella. De hecho, por extraño que pareciera, había olvidado que era guapo. Olía a algo sutilmente masculino, suave y exótico, como un aceite más que un perfume. A Jordan le vino a la mente un recuerdo básico de todos los desconocidos con los que se había acostado, hombres de los que emanaban aromas agradables que jamás había vuelto a encontrar y que estarían ligados a ellos para siempre en su memoria.

—He leído algunas cosas sobre ti desde nuestro último encuentro —dijo.

—Casualmente, yo he hecho lo mismo —replicó él, con la vista aún fija en la escultura—. Dicen que te criaste en Londres.

¿Qué encontraba la gente al buscar «Jordan Hennessy»?

Encontraban a su madre, cuya dramática historia resultaba tan familiar que no parecía tanto una tragedia como una consecuencia predecible.

La artista genial con problemas que había muerto antes de tiempo, convirtiendo su obra en algo significativo y valorado. Hennessy había crecido junto a ella en Londres. Por lo tanto, tenía un acento londinense que obviamente compartía con Jordan y las demás chicas.

—Me he criado en todas partes. Dicen que tú creciste un poco al oeste de aquí.

—Yo no crecí. Nací adulto —apuntó él con voz átona.

—Vi lo de tu padre. Una tragedia.

—Yo vi lo de tu madre. Otra tragedia.

Pero no era la tragedia de Jordan, sino la de Hennessy.

—No tanto. Lo de tu padre fue un asesinato; lo de mi madre fue culpa suya.

—Podría decirse que lo de mi padre también —repuso Declan—. Ah, el arte y la violencia…

Por fin, se volvió hacia ella y le miró los labios. Jordan acababa de advertirlo —de sentirlo, de hecho, como un calor intenso, sorprendente, placentero— cuando él añadió:

—¿Charlamos mientras andamos?

A Hennessy le habría caído como un tiro.

Hennessy no estaba allí.

Empezaron a caminar por el museo. Había algo extrañamente excepcional en la situación, en aquel paseo matinal por un museo poblado únicamente de escolares, jubilados y asistentes habituales. Para Jordan, acostumbrada a pasarse las noches en blanco, el tiempo funcionaba de manera peculiar antes de mediodía.

Los dos se dejaron atrapar por una cola de gente que aguardaba para entrar en una exposición itinerante de Manet.

—No pensé que me llamarías —dijo él.

—Yo tampoco, señor Lynch.

—Por cierto, eso me recuerda algo. —Declan metió la mano en el bolsillo interior de su americana—. Te he traído una cosa.

Jordan se removió, incómoda. Allí estaba él cortejándola en condiciones, mientras el resto de las chicas entraban a escondidas en su casa.

—Espero que no sean flores —respondió, avanzando unos pasos hacia la entrada de la exposición.

—Mano —dijo él cuando la cola se detuvo.

Jordan extendió la palma y él dejó un bulto pequeño sobre ella.

Ella reprimió una exclamación de sorpresa.

—¿De verdad es lo que pone la etiqueta? —se asombró, y él volvió a dedicarle su desvaída sonrisa.

Era un botecito de cristal diminuto, como el envase de un cosmético de lujo. Contenía un pellizco de pigmento púrpura, tan escaso que ni siquiera era visible, a no ser que se mirase el frasco desde un ángulo determinado. La etiqueta, escrita a mano, rezaba «Púrpura de tiro». Era un pigmento legendario, casi imposible de conseguir. Estaba hecho de una sustancia que secretaban algunos moluscos marinos, como el *Purpura lapillus*, por ejemplo. Pero las caracolas no tenían mucha vocación de fabricantes de pigmentos; para conseguir incluso una ínfima cantidad de púrpura de tiro, hacía falta una cantidad ingente de ellas. Jordan no recordaba la cifra exacta, pero eran miles. Miles de caracolas. El tinte era carísimo.

—No puedo…

—Por favor, no seas tan aburrida como para decir «No puedo aceptarlo» —la cortó Declan.

—Ha tenido que costarte muchísimo encontrar esto en tan poco tiempo.

Jordan no había esperado que aquella experiencia le provocase sentimientos tan encontrados. Se suponía que era una cita de usar y tirar, un medio para conseguir un fin. No era una cita real, una situación en la que tuviera que plantearse realmente si le atraía la otra persona.

Escondió todo eso tras su brillante sonrisa antes de deslizar el botecito en su bolsillo.

—Rayos… De acuerdo, no lo diré. Me limitaré a pronunciar tu nombre cuando pinte algo con ello.

—Dilo ahora —repuso él, a punto, pero solo a punto, de permitirse sonreír.

—Declan —dijo ella, y tuvo que apartar la mirada porque su propia sonrisa se estaba ensanchando de una forma que iba mucho más allá del hábil destello que solía entregar a la gente. «Mierda», pensó.

—Jordan —dijo él despacio, y ella levantó la vista, sobresaltada.

Pero, claro, era lógico que él la llamase por su nombre de pila. No se habían conocido en el mundo de las falsificaciones, de las carreras de coches a medianoche, el mundo en el que ella se presentaba a sí misma como Hennessy. Él la había buscado en la web y había encontrado su nombre completo: Jordan Hennessy.

Normalmente, era ahí donde Jordan corregía a la gente. «No», les decía. «Es Hennessy a secas», porque eso era lo que Hennessy habría dicho y, al fin y al cabo, todas eran ella.

Pero en este caso no dijo nada.

La exposición de Manet estaba abarrotada. Mientras salían, Declan y Jordan quedaron atrapados por un momento. Jordan notó el roce de los abrigos en el dorso de las manos y los bolsos que se le clavaban en la espalda. La empujaron contra Declan, y a él contra ella. Intercambiaron una mirada fugaz; Jordan vio un brillo de intriga en sus ojos y supo que los de ella le correspondían. Entonces, el atasco se disolvió y salieron de la sala, recuperando ella sus sinuosos andares y él su anodina pose de profesional sensato.

Al cabo de un rato desembocaron en la galería setenta y se detuvieron para contemplar *Una calle en Venecia*, el cuadro que había reproducido ella ante decenas de ojos en el Mercado de las Hadas.

A su alrededor, la gente se movía como un mecanismo errático. Jordan había pasado tantas horas en aquella sala copiando el cuadro de Sargent que las demás obras le parecían viejas amigas.

—La primera vez que busqué a Sargent en un museo —dijo—, no sabía en qué ala podían estar sus obras. Nació en Estados Unidos: ¿en la sección de pintura norteamericana? Vivió en Inglaterra: ¿en la de pintura británica? Cualquiera podría pensar que estar a caballo entre los dos mundos haría más fácil localizarlo, pero no. Cuando estaba vivo era igual: pertenecer a más de un mundo, al final, hace que no pertenezcas a ninguno.

¿Quién era ella? Jordan. Hennessy. Jordan Hennessy. Las dos y ninguna.

Aquello era algo más personal que lo que tenía intención de ofrecer antes de acudir a la cita. Pero él le había regalado la púrpura de tiro, y a Jordan le pareció justo ofrecerle a cambio aunque solo fuese un poquito de verdad.

Con la mirada aún clavada en el cuadro, Declan dijo en tono reflexivo:

—Cuando Sargent iba a Venecia, solía alojarse en el Palazzo Barbaro. Al parecer, era un sitio precioso. Los dueños eran parientes suyos. Primos, creo. ¿Sabías ya esto? Dime la verdad; no quiero aburrirte.

—Sigue.

—Los anfitriones celebraban a menudo tertulias con los mayores artistas expatriados de Estados Unidos. Wharton, James, Whistler… Impresiona imaginarlos a todos bajo el mismo techo. Pero el dueño del lugar, un tal Daniel Sargent Curtis, no tenía nada de artista. Era un simple padre de familia. Había trabajado como juez en Boston; durante años llevó una vida rutinaria y poco memorable hasta que, un buen día, le propinó un puñetazo a otro juez en plena cara. ¡Bum! ¿Te imaginas al otro? Derribado por un puñetazo de un hombre al que casi nadie recordaba.

Declan hizo una pausa, como si estuviera pensando. Jordan, sin embargo, se dio cuenta de que era un recurso estilístico, un descanso para permitir que ella digiriera las palabras que acababa de ofrecerle antes de continuar. En algún momento de su vida, Declan se había alimentado de narraciones y recordaba cómo se contaban.

Él reanudó su relato:

—Cuando salió de la cárcel, el juez se mudó con toda su familia a Venecia, compró el Palazzo Barbaro y se dedicó literalmente a vivir y respirar arte durante el resto de sus días.

La miró de reojo. Era un buen narrador; era obvio que disfrutaba del sonido de las palabras que se entrelazaban en el aire.

Jordan sintió que había recibido de él tanto como ella le había ofrecido. Quiso preguntarle cuándo iba a decidirse a pegar a un juez; pero hacer una pregunta como aquella era entrar en un nuevo nivel de intimidad, y sentía que ya había profundizado demasiado para una cita de usar y tirar.

—Arte y violencia… ¿Es cierta esa historia?

—No soy tan ignorante como crees.

—No creo que seas ignorante —replicó ella—. Creo que eres limpio y ordenado. ¿Por qué no vistes igual que calzas?

—¿Por qué solo pintas lo que ya han pintado otros?

«*Touché, touché*».

El teléfono de Jordan zumbó. Era Hennessy. «Trabajo terminado. Trinity pasará a recogerte».

—Yo… —dijo, y se interrumpió porque no sabía cómo terminar la frase.

Él recogió el guante con agilidad:

—Tengo que irme a clase, de todos modos.

Era imposible imaginarlo en una clase. ¿De qué? En una escuela de negocios, probablemente. De todas las opciones, la más aburrida. Jordan comenzaba a entender su juego; era el mismo que el de ella, pero con la estrategia opuesta.

Los dedos de Declan buscaron la solapa de su americana y la acariciaron para eliminar cualquier manchita. Un tirón firme restauró la firmeza del pliegue.

—¿Quieres volver a verme?

Se miraron a los ojos. Ahora a Jordan le resultaba imposible no ver los rasgos de *La dama oscura* en su rostro: la boca, la nariz de él; la boca, la nariz de ella, y aquellos ojos azules que compartían.

En calidad de sexta parte de una persona —una sexta parte de la persona que acababa de robar a aquel tipo—, Jordan sabía cuál era la respuesta correcta.

Y, sin embargo, contestó como lo habría hecho si su vida le perteneciese:

—Sí.

35

La mañana de Farooq-Lane había comenzado con un callejón sin salida y había terminado con un hilo del que tirar.

El comienzo había sido típico. Cuando le dijo a Parsifal que tenían que salir a dar vueltas con el coche hasta encontrar alguna pista, él desapareció en el cuarto de baño y abrió el grifo. Estuvo tanto tiempo allí dentro que Farooq-Lane, tras terminar su café, se dejó llevar por la curiosidad. Con sigilo, sintiéndose culpable, tecleó el nombre del chico en un buscador para averiguar lo que le había ocurrido a su familia. Según Parsifal, los había matado a todos, y ella se había hecho una idea general del asunto. Como todos los Moderadores, había recibido un curso intensivo sobre los Visionarios: veían el futuro en fragmentos semejantes a sueños. En sus visiones siempre figuraba un Zeta u otro Visionario sin adiestrar. Los Visionarios sin entrenamiento eran letales durante sus episodios, así que había que aproximarse a ellos con tanta cautela como si fuesen Zetas. Con más cautela, incluso, porque mataban sin querer a todos los que estaban cerca durante sus visiones. Había que advertir a los nuevos Visionarios que sus visiones no matarían a nadie si las dirigían hacia dentro. «El Visionario sabrá a qué te refieres», le habían dicho a Carmen sus instructores. «No le digas que, si lo hace, al final lo matarán a él. Ya se dará cuenta solo».

«Veintidós personas muertas en Alemania. Se investiga a un joven superviviente».

En el interior del baño sonó un gritito seguido de un ruido de cristales rotos.

—¿Parsifal? ¿Te pasa algo? —preguntó Farooq-Lane cerrando a toda prisa su portátil.

Cuando el chico salió, iba vestido, pero parecía extrañamente desnudo y desconcertado. En la palma de su huesuda mano llevaba sus gafas, que estaban rotas.

—¿Estás bien? —dijo ella.

—Casi no me queda pasta de dientes —contestó él.

Más tarde, sentado rígidamente en la sala de espera de una óptica rápida, con la miope mirada perdida en el infinito, Parsifal dijo:

—¿En qué sitio puede haber muchas teteras?

Farooq-Lane levantó la mirada de la revista de decoración de casas y jardines que estaba hojeando. Aquellas revistas le gustaban mucho cuando aún vivía en una casa con jardín.

—Almacenes de menaje. Coleccionistas. Tiendas de regalos. ¿Qué tipo de teteras?

—De colores.

El chico frunció el ceño. Allí, rodeado de estanterías llenas de monturas, ni siquiera parecía una persona real, sino un maniquí dispuesto a lucir los modelos de moda.

—Feas —añadió.

—¿Es algo relacionado con un Zeta?

—Pruébatelas, ¿quieres?

Era la empleada de la óptica, que acababa de volver con las nuevas gafas de Parsifal. Él aguantó pacientemente que se las colocara y le metiera las patillas tras las orejas, aunque su lenguaje corporal pedía a gritos que dejase de toquetearle la cabeza.

—¿Qué te parecen? ¿Te gustan?

A juzgar por la expresión de Parsifal, estaba claro que no le gustaban en absoluto. Pero el chico lanzó una mirada rápida a Farooq-Lane y dijo:

—Muchas gracias.

Farooq-Lane respiró hondo. Había conseguido que Parsifal Bauer fuera amable con otro ser humano.

Los milagros no cesaban jamás.

—Voy a ajustarlas un poquito, ¿vale? —gorjeó la empleada—. ¡Si te gustan ahora, ya verás cuando las haya adaptado a tu cabeza!

Los labios de Parsifal temblaron; su cortesía se había agotado. Volvió a mirar a Farooq-Lane de reojo, y ella acudió al rescate.

—Muchas gracias, pero tenemos una prisa horrible. Hemos quedado.

Él se puso en pie, evidentemente aliviado.

Ya en el coche, mientras abría la puerta, Farooq-Lane dijo:

—Has sido muy amable. Podemos hacerte otras mejores cuando encontremos al Zeta.

—No sé si tendremos tiempo —respondió él mientras montaba en el coche. Su voz sonaba dura e impaciente.

Empezaron a recorrer la ciudad en busca de teteras. Fueron de tienda de segunda mano en tienda de segunda mano, y luego de almacén de menaje en almacén de menaje, y luego de tienda de artesanía en tienda de artesanía. Ningún lugar era el adecuado; pero las cosas que no coincidían iban espoleando la memoria de Parsifal y revelaban nuevas pistas que podían seguir. Era en Springfield. Era cerca de una autopista. Era en una calle, no en un centro comercial.

Era en la casita unifamiliar frente a la que estaban aparcados.

La urbanización era discreta, llena de casas de una y dos plantas, con parcelas de césped un poco seco, pero bien recortado, y sin árboles. Junto al camino de entrada había un cartel pintado a mano que decía «LOS TRASTOS DE MARY. ¡PASEN Y VEAN!», con una florecilla sonriente al lado. No parecía el tipo de sitio al que pasara mucha gente para ver.

—No se ve el BMW —constató Farooq-Lane.

—Es otra persona —aclaró Parsifal.

—¿Es peligrosa? ¿Qué viste? ¿Podemos pasar sin más?

Parsifal ya se estaba desabrochando el cinturón.

En la puerta de la casa, ella hizo ademán de llamar y Parsifal la detuvo señalando otro cartel: «¡ENTRAD, POR FAVOR!», este con un dibujo de una jovial taza de café.

Los dos pasaron a una sala de estar poco iluminada y de techo bajo. Estaba decorada como una desaliñada tiendecita de artesanía, atractiva precisamente por su absoluta falta de pretensiones. En la repisa de la chimenea se alineaban varias teteras de factura tosca en todos los colores del arcoíris, con etiquetas que indicaban su precio. Alrededor, en estantes hechos con viejas cajas de fruta, se apilaban tazas altas, tan toscas como las teteras. En el respaldo de un sillón de mimbre había extendidas varias mantas de ganchillo en los mismos tonos psicodélicos que los cacharros de cerámica. La alfombra hecha a mano era tan chillona que casi hacía lagrimear y también tenía una etiqueta con el precio. Todo presentaba un aspecto extravagante, pero no al estilo de los Zetas. «Esto no es más que el entretenimiento de una abuelita», pensó Farooq-Lane.

En ese momento, Parsifal suspiró. Aunque no dijo nada, a Farooq-Lane le pareció que el significado del suspiro estaba claro: satisfacción o, más bien, liberación. La sensación del trabajo cumplido.

Siguió su mirada hasta la cocina, apenas visible por una rendija de la puerta del salón. Lo poco que se veía era bastante para distinguir un sueño. Farooq-Lane supo que era un sueño porque mirarlo le rompió un poquito

la mente. Ni siquiera era un objeto soñado como tal, sino una colección de colores vivísimos que reposaban en la encimera. No había palabras lógicas con las que describirlo. No era algo muy colorido: era simplemente el concepto de los colores en sí mismos, arrebujado sobre la encimera.

Y aquellos colores se correspondían exactamente con los de las piezas de artesanía que el Zeta había creado con sus propias manos. Todo era producto de la misma mente, estaba claro.

Farooq-Lane dio un paso adelante. Más allá de la cosa onírica había tarros de azúcar y de harina y otros útiles de cocina cotidianos. El sueño, entre ellos, reposaba como una pequeña obra de arte satisfecha de sí misma.

Una obra de arte soñado.

Los dos dieron un respingo al oír cómo se abría la puerta del patio.

—¡Qué bien! ¡Habéis pasado! —dijo alegremente una voz de mujer.

Era muy anciana, una señora suave y rechoncha que se había teñido el pelo de rosa y llevaba los labios pintados de un tono igual de chillón. Los colores de su ropa hacían juego con los de las teteras y los de la cosa de la encimera. Farooq-Lane atisbó algo en el interior de su boca, pero no estaba segura…

—¿Todo esto lo ha hecho usted? —le preguntó.

—Todo lo que hay en la casa —respondió la ancianita.

Se acercó a una mesita chillona y agarró un bote igual de chillón. Farooq-Lane se estremeció cuando la vio quitar la tapa, pero lo único que hizo la señora fue ofrecerles el bote para que pudieran coger lo que había dentro.

—¡No se preocupen, no son galletas para perros! —exclamó, y se rio con ganas de su propia broma.

Cuando abrió la boca, Farooq-Lane vio con claridad lo que había atisbado antes: la mujer tenía una muela postiza en la parte posterior. Era un amasijo vibrante hecho del mismo arcoíris que la cosa de la encimera, una muela postiza soñada.

Sintió una oleada de adrenalina. No había ningún pensamiento asociado a ella, solo aquel hormigueo cálido que le recorría los miembros. Habían encontrado a una Zeta.

Aquella mujer sacaba cosas de sus sueños.

Lo habían conseguido.

La Zeta sacudió el bote en dirección a Parsifal.

—Son *biscotti*. Los hice ayer —dijo.

Ante la mirada atónita de Farooq-Lane, Parsifal aceptó uno. Ella se vio obligada a hacer lo mismo.

—¿Habéis visto algo que os atraiga? —preguntó la Zeta mientras Parsifal daba un mordisco cauteloso a la galleta.

Farooq-Lane no había visto nada, pero echó mano del fondo que le habían entregado para el Mercado de las Hadas y compró la alfombra. Ni siquiera sabía por qué lo había hecho. Debían de haber sido los nervios; tenía que hacer algo y compró la alfombra. Sin ser muy consciente de ello, había razonado que una tetera podría romperse. Aunque no sabía por qué le preocupaba aquello, dado que no pensaba conservar lo que comprase.

—¿Otro? —preguntó la Zeta.

Parsifal aceptó otro dulce, rompiendo como si nada el récord de alimentos que Farooq-Lane le había visto ingerir en una comida. Aunque no dio las gracias a la Zeta, ella le sonrió con tanta amabilidad como si lo hubiera hecho y le dijo:

—Anda, llévate otro para el camino.

De vuelta en el coche, Parsifal se comió la tercera galleta mientras Farooq-Lane luchaba por embutir la alfombra en la parte trasera.

Luego, los dos se quedaron sentados en silencio.

—Es una señora mayor —dijo Parsifal.

—Lo sé.

—No va a ser ella quien destruya el mundo.

—Lo sé.

Parsifal observó cómo Farooq-Lane sacaba su teléfono.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? —le preguntó.

—Tengo que decirles que hemos encontrado a una, Parsifal.

Los ojos del chico se encendieron.

—¡La matarán!

—Les diré que no supone ninguna amenaza —alegó Farooq-Lane—. Pero tengo que informarles.

—¡La matarán!

El chico empezaba a alterarse. Cerró sus nudosas manos y volvió a estirarlas sobre sus nudosas rodillas y, luego, balanceó el torso mientras volvía la cabeza para mirar la casita. Tampoco es que Farooq-Lane se sintiera demasiado bien; las resacas de adrenalina nunca eran agradables.

—Parsifal —dijo—, los Moderadores ya piensan que puedo estar del lado de los Zetas por lo de mi hermano. Sé que me están poniendo a

prueba, y yo no estoy dando la talla. Les diré que solo es una señora mayor. No van a matar a una anciana.

La mano de Parsifal se cerró alrededor de la manija de la puerta y la agarró con tanta fuerza que los nudillos cobraron el color del hueso desnudo. No parecía tener intención de abrir la puerta, sino de sujetarse para no salir flotando.

—También tú te estás portando de forma un poco sospechosa, ¿sabes? —añadió Farooq-Lane—. ¿Por qué quieres mantener a una Zeta en secreto? No les gustaría enterarse de algo así.

Llamó a Lock.

Parsifal y ella no se hablaron durante el resto del día.

Así eran las cosas cuando había que salvar el mundo, se repetía ella a sí misma.

36

Al fin y al cabo, tal vez aquello no fuera el fin del mundo, se dijo Hennessy.

Aquello le producía sentimientos contrapuestos.

«Las personas como tu madre nacen para morir jóvenes», le había dicho una vez su padre antes de que se hiciera obvio que ella era una persona como su madre. «Ya lo sabía cuando me casé con ella. La gente así arde como la yesca. Son personas emocionantes. Peligrosas. Cautivadoras. Siempre cortan por el interior de la curva. Aprietan hasta que se rompen. Me lo decía todo el mundo». En realidad, no se lo había dicho a Hennessy, sino a Jordan, a la que tomaba por Hennessy. Pero como Hennessy estaba debajo de la mesa del comedor, lo había oído perfectamente. De todos modos, no era una revelación muy sorprendente. Aquello era una conversación de sobremesa, viejas batallitas.

«Pero me casé con ella aun así», había añadido su padre. «Volvería a hacerlo, pero tu madre era una Pontiac: hay coches que solo hace falta conducir una vez».

El padre de Hennessy se llamaba Bill Dower, y era piloto de carreras y fabricante de coches de kit. Bill formulaba todas sus opiniones como metáforas automovilísticas. Antes de conocerle, parecía imposible que el mundo entero pudiese describirse en términos relacionados con las carreras de coches; después de conocerle, era imposible olvidar que sí que se podía.

La madre de Hennessy era J. H. Hennessy, Jota para sus amigos, aunque todo el mundo entendía que «Jota» no era su nombre, sino el sonido de la letra. Hennessy nunca llegó a saber cuál era el nombre de pila de su madre. Los críticos de arte tampoco pudieron averiguarlo a pesar de sus esfuerzos, y más de uno planteó que tal vez el nombre de la artista no empezase por jota, en realidad. Tal vez, elucubraban, las iniciales fuesen una especie de seudónimo, una identidad ficticia. Quizá, aventuraban otros, aquella pintora no hubiese existido. Posiblemente, decían, tras su obra hubiera una cooperativa de artistas que utilizaban la firma «J.

H. Hennessy», y esa fuera la razón de que hubiera tan pocos datos que investigar tras su muerte.

Era real. Claro que lo era.

Nadie que hubiera tenido que vivir con ella habría pensado lo contrario.

El teléfono de Hennessy sonó. Miró cómo avanzaba dando saltitos por el escalón de cemento hasta caer boca abajo en el siguiente, donde se quedó zumbando con aire enfurruñado. Lo dejó estar.

Era el principio de la tarde. Hacía poco se había cometido un robo en la casa de un hombre joven en Alexandria: unas horas antes, varias mujeres habían roto una ventana, habían robado un cuadro y habían reparado el cristal tras salir. Ahora, Hennessy y *La dama oscura* descansaban en la escalinata del National Harbor, con la única compañía de algunos jóvenes ejecutivos que hacían deporte y del sol —que, como los ejecutivos, solo estaba de paso por allí—. Frente a ella se alzaba *El despertar*, una enorme escultura de Seward Johnson que representaba un hombre saliendo de la arena. Saliendo o hundiéndose, quizá. Si se prescindía del título de la obra, era fácil imaginar que sus manos engarfiadas y su cara de desesperación estaban siendo engullidas por la tierra.

Hennessy había llegado a un punto muerto.

Se limpió la nariz con el dorso de la mano y observó con interés clínico la mancha oscura que se extendía por sus nudillos. Hacía poco, había visto una pintura que, según se decía, era la más negra del mundo. Se llamaba *Singularity Black*, y sus creadores la habían usado para teñir un vestido. Era tan negra que los objetos pintados con ella dejaban de tener relieve; las sombras y los reflejos desaparecían. El vestido se había convertido en la silueta de un vestido, despojada de toda su complejidad. En realidad, *Singularity Black* no era un pigmento, sino un «nanoloquefuese», una de esas sustancias de alta tecnología compuestas de partículas y cositas que engullía el noventa por ciento de la luz que la rodeaba. La NASA la usaba para pintar a los astronautas de modo que los extraterrestres no pudieran verlos, o algo así. Hennessy había pensado comprarle un poco a Jordan para su cumpleaños —el de todas ellas—, pero luego se enteró de que había que aplicar cincuenta capas y meter el objeto en un horno a seiscientos grados y que aun así se quitaba con solo frotarlo con el dedo. Solo la NASA podía manejarse con mierdas así. En todo caso, era un negro verdaderamente impresionante.

Y, sin embargo, el líquido que salía de Hennessy era aún más oscuro, porque no era negro de verdad. Era menos que negro. No era nada. Era la nada. Solo parecía negro desde lejos; de cerca era inevitable percibir su origen sobrenatural.

Hennessy se preguntó de qué sería un efecto secundario: ¿de ser una soñadora o de ser Hennessy? No tenía nadie vivo cerca a quien preguntar.

J. H. Hennessy había sido una soñadora. Aunque solo hablaba de ello con su hija en términos metafóricos, Hennessy sabía que lo era. Su madre se quedaba dormida a menudo en las escaleras o bajo el piano, inconsciente por el alcohol, y no hacía falta ser muy observador para darse cuenta de que solía despertarse rodeada de más tubos de pintura y botellas de los que había antes de que se durmiese. Aunque tal vez sí que hiciera falta serlo, porque Hennessy estaba segura de que su padre ignoraba aquella capacidad de Jota.

Cuando su padre decía que su madre era un desastre, se refería solamente al vodka y al éxtasis.

En retrospectiva, Hennessy se daba cuenta de que a él le gustaba que su mujer fuera un desastre.

—¿Vas a salvarme? —le preguntó a *La dama oscura* enjugándose otra vez la nariz.

La mujer del cuadro le sostuvo la mirada con expresión recelosa y pesimista.

—A salvarnos, quiero decir. Gracias por corregirme.

La dama oscura no sonrió. Hennessy tampoco.

No sabía hasta qué punto llegaba el poder de aquel cuadro para influir en los sueños, pero no confiaba lo más mínimo en que fuera suficiente para eliminar su pesadilla. Llevaba teniéndola dieciséis años; resultaba difícil pensar que fuera a recular ahora. Hennessy cerró los ojos: allí estaba. En realidad, ni siquiera le hacía falta cerrar los ojos; con dejar de pensar le bastaba. Se sentía tan cansada…

A juzgar por los objetos soñados con los que se despertaba, los sueños de Jota habían sido simples, directos. Soñaba con lo que había hecho mientras estaba despierta. Si iba a una fiesta, despertaba con lentejuelas. Si se peleaba con Bill Dower, despertaba con los papeles del divorcio. Si él hacía las paces regalándole flores y joyas, ella despertaba con más flores y más joyas. El único producto de uno de sus sueños que había interesado a Hennessy era su hurón, que apareció después de que le diera la lata a su

madre un día entero pidiendo uno de esos animales. Cassatt había sido una mascota estupenda; no olía a nada y solo comía medicamentos.

Hasta que Jota murió y se quedó dormido para siempre.

Hennessy empezaba a no sentirse muy bien allí, acurrucada en la escalera de cemento. Notaba que sus oídos empezaban a colmarse de pasta negra. El sabor era nauseabundo.

—Voy a hacerlo —le dijo a *La dama oscura*, que empezaba a mirarla con censura por permanecer despierta tanto tiempo. ¿Acaso no le importaban las demás chicas?, se preguntaba *La dama oscura*. ¿No las imaginaba empezando a tambalearse en aquel mismo momento, afectadas por el viscoso líquido negro que rebosaba de su creadora? ¿No le preocupaba pensar que todas caerían en un sueño eterno si ella moría? Hennessy se irritó con aquellas preguntas: al final, las chicas eran lo único que le importaba en el mundo.

—Solo es que no me emociona la perspectiva —dijo—. Dame un ratito para hacerme a la idea.

Lo que la mantenía despierta no era solo la pesadilla. Por mal que lo pasara, lo peor era la sensación física que le quedaba tras soñar una copia de sí misma.

Y no creía que aquel cuadro pudiera ahorrársela.

Su teléfono volvió a zumbar. Le dio la vuelta con el pie para ver quién llamaba. Jordan. De modo que su cita con Declan Lynch ya había acabado. Al parecer, había sobrevivido. Hennessy había buscado al tipo en Google y había decidido que la peor parte del plan era sin duda la de Jordan, y eso que el líquido negro era otra de las partes del plan. Hennessy prefería desangrarse a quedar con un hombre blanco aburrido vestido con un traje que había estado de moda el año anterior.

En la pantalla apareció un mensaje de Jordan: «Las chicas dicen que te has puesto borde con ellas».

Hennessy no se había puesto borde. Solo se había apropiado del cuadro recién robado y les había dicho que pasaran el resto de su vida haciendo todo lo que quisieran hacer antes de morir, por si acaso la siguiente copia que soñase la mataba. Ellas se resistían a marcharse. Ella volvió a pedir que se marchasen, primero en tono persuasivo y luego estridente. Es lo que ella hubiera querido: estar de fiesta hasta el fin y acabar sin avisos. No es que Washington D. C. ofreciera muchas fiestas diurnas en un día de diario, pero seguro que se las arreglaban. Para eso eran Hennessys.

Jordan: «¿Dónde estás?».

En todo caso, Hennessy no creía que aquella pesadilla fuera la definitiva. Le quedaban tres más o, al menos, eso pensaba. Cada vez que soñaba una copia de sí misma, le aparecía una nueva flor tatuada en la garganta. Y quedaba sitio para otras tres.

Limpió un goterón negro de la puntera de su zapato.

—La gente como yo —le dijo a la mujer del cuadro— nace para morir joven.

Lo cual implicaba que su madre había cometido un asesinato al tenerla.

Los ojos de *La dama oscura* centellearon; claramente, pensaba que Hennessy se estaba poniendo melodramática. Quizá tuviera razón. Hennessy se estremeció y miró al mar, tratando de imaginar un sueño en el que apareciera el océano en lugar de una Hennessy más.

No podía.

Solo podía imaginar aquel sueño que ya empezaba a desarrollarse por detrás de sus pensamientos, una y otra y otra vez.

Jordan escribió: «Puedes seguir haciendo el tonto y yo puedo seguir buscándote, pero es aburrido, ¿no?».

«Querida —respondió Hennessy—, no creo que ni tú ni yo corramos ningún peligro de aburrirnos».

37

Declan Lynch sabía que era una persona aburrida.

Al fin y al cabo, había trabajado mucho para serlo. Era un truco de magia para el que no esperaba ninguna recompensa salvo sobrevivir, incluso mientras observaba las vidas de otras personas y las imaginaba suyas. Declan no se engañaba a sí mismo. Sabía cuáles eran los límites de lo que podía hacer, desear e incluir en su vida.

Y Jordan Hennessy no entraba en ellos.

Aun así, cuando llegó a su casa después de haber estado en la Galería Nacional de Arte, cerró la puerta y, por un momento, se apoyó en ella con los ojos cerrados e imaginó… No, ni siquiera imaginó. Simplemente dejó de pensar. Por un solo segundo, se permitió no analizar las probabilidades y desastres potenciales y consecuencias. Por un solo segundo, se permitió sentir.

Allí estaba.

Alegría.

Suspiró y sus pensamientos regresaron en tromba, acompañados por todas las razones que demandaban que sus relaciones pasadas y futuras fueran transitorias y desechables.

Pero la esperanza es una planta muy tenaz, especialmente en suelos en los que no se cultiva desde hace tiempo. Y, así, se aferró a él mientras consultaba el reloj para ver cuándo volvería Matthew del entrenamiento de fútbol, colgaba el abrigo y las llaves y se quitaba los zapatos.

Y, entonces, Declan hizo algo que no había tenido el valor de hacer hasta ese momento.

Encendió la luz de la cocina, meneando la cabeza al ver el rastro de tierra que había frente a la puerta trasera —¿qué les costaría a Matthew y a Ronan limpiarse las suelas en el felpudo si no estaban dispuestos a quitarse los zapatos?—, abrió la puerta del armarito y la vio: *La dama oscura*.

Antes, mirar aquel cuadro le había suscitado un sinfín de sensaciones complejas, la mayor parte desagradables.

Ahora solo era un cuadro.

Lo sacó del armario, lo llevó a la mesa del comedor y lo dejó allí boca abajo. Contempló el tosco papel marrón que protegía la parte trasera y sellaba los bordes del bastidor. Sus ojos se posaron por un instante en las palabras *Mór Ó Corra*. Se dio la vuelta y fue a buscar un cuchillo pequeño y afilado a la cocina.

Dudó por un instante.

«No podrás olvidar lo que veas», se dijo.

«Esto no puede formar parte de la vida que estás viviendo», se dijo.

«Quiero mucho más que esto», se dijo.

Y rasgó el papel por un lateral.

Empezó con cuidado, haciendo un corte de limpieza quirúrgica y, a medida que avanzó, fue cortando con más prisa, con rabia, hasta terminar desgarrando el papel marrón con las manos mientras canturreaba «te odio, te odio, te odio».

Con los dedos temblorosos, retiró los trozos de papel. Miró la parte trasera del lienzo.

No había nada.

No había nada.

No había nada.

Había hecho todo aquello y no había nada.

38

No había nada. Ronan llevaba horas hurgando entre las cosas de su padre y no había encontrado una mierda.

Llevaba todo el día inquieto. Sus sueños habían sido agitados, fragmentarios, carentes de Bryde. La mañana posterior había sido agitada, fragmentaria, carente de Adam. Había pasado una hora dando vueltas con el BMW a la pista embarrada. El gruñido del motor no había sido capaz de borrar el recuerdo del rostro juvenil de su padre y la expresión preocupada de su madre, la persuasiva voz de Bryde y el tono censor de Declan.

Declan le había dicho que no persiguiese al conejo. Bryde le había dicho que persiguiese al conejo.

Había un empate, y Ronan no podía ser quien lo rompiera.

«Ve con calma», le había dicho Adam.

Al día siguiente Ronan tenía que regresar a Washington D. C. por su cumpleaños. Aunque a él no le importaban esas cosas, Matthew era un firme partidario de los rituales familiares, de modo que tendría que someterse a una celebración de uno u otro tipo.

Matthew había propuesto un pícnic en el parque de Great Falls. Declan, cenar en un buen restaurante. A Ronan las dos opciones le aburrían hasta morir.

¿Por qué no lo había visitado Bryde la noche anterior?

En el fondo, lo sabía.

Bryde ya había perseguido bastante a Ronan; ahora le tocaba a él.

Y quería perseguirlo.

«Ve con calma».

Se encaminó con el BMW hacia las montañas para matar el rato. Pensó en seguir conduciendo para llegar hasta Lindenmere; pero no era buena idea visitar el bosque estando alterado o inquieto y, en una escala del uno al diez, Ronan habría puntuado su nivel de alteración al menos con un siete. Así que volvió a casa, se hizo un sándwich de mantequilla de cacahuete y empezó a registrar metódicamente la granja como ya había hecho muchas veces, en busca de secretos o sueños que hubiese pasado por alto.

Estaba en plena tarea cuando oyó…

Algo. Un intruso.

El zumbido mortecino de un motor, quizá. No estaba al lado de la casa, o habría sonado más fuerte. Era como si alguien se acercase por el camino de entrada y a medio camino hubiera bajado las revoluciones para que no lo oyesen.

Aunque también podía no ser nada.

Desde luego, era poco probable que alguien hubiera traspasado el sistema de seguridad.

Sierra graznó en el exterior. No parecía un graznido de alarma, sin embargo. Era un graznido normal y corriente.

Ronan llevaba en el bolsillo la navaja llena de garras y, en el antiguo cuarto de Declan, había una pistola.

La puerta trasera chirrió al abrirse.

«Mierda».

La había dejado abierta, cómo no. Después de todo, él estaba despierto y la entrada al camino estaba protegida.

En la parte trasera de la casa gimió una tabla.

Ronan se puso en pie con sigilo y se deslizó por el pasillo, evitando las tablas sueltas que lo delatarían si las pisaba. En una mano aferraba la navaja. Se detuvo para recoger la pistola.

«Bum. Bum».

Era solo su corazón, irritantemente sonoro en sus oídos.

Bajó. El salón estaba desierto. La entrada también. Y el comedor.

Otro ruido. Venía de la cocina.

Ronan alzó el arma.

—¡Por Dios, Ronan! ¡Soy yo!

La lámpara del techo se encendió y Ronan vio a Adam Parrish con un casco de moto en las manos. Tenía la mirada fija en la pistola.

—Vaya forma de recibir una sorpresa —añadió.

Ronan dudó, inmóvil. No es que Adam tuviera un aspecto extraño; de hecho, estaba maravillosamente natural, con el pelo algo aplastado por el casco, los hombros esbeltos marcados bajo una estrecha cazadora de cuero que Ronan no conocía y las mejillas encendidas por el viaje en moto. Pero después de todo lo que había pasado en los dos últimos días, Ronan no se fiaba de la identidad de nadie solo con verle la cara.

—¿Cómo has podido entrar en el camino? —preguntó con suspicacia.

—De mala manera —respondió Adam. Dejó el casco en la encimera y empezó a quitarse los guantes y la cazadora. Los tiró junto al casco y se olfateó los brazos desnudos—. Dime, ¿es tan horrible salir como entrar? Porque, si lo es, creo que me quedo aquí para siempre.

Al volverse hacia Ronan, advirtió que aún lo apuntaba con la pistola. Adam frunció el ceño. Más que enfadado, parecía intrigado.

Ronan tampoco comprendía su propia actitud. Una parte de su mente decía «Pues claro que es Adam, suelta la pistola de una vez», y otra parte se preguntaba «¿Qué es real?». Entendía que ambas partes existieran en su interior; lo que le asombraba era que estuviesen tan igualadas. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de que ver los rostros de sus padres en dos cuerpos vivientes le había afectado tan profundamente como para ver una persona que amaba y no saber si podía creer en su existencia.

—¿Qué tengo que decir para probarte que soy yo? —preguntó Adam.

Había comprendido lo que ocurría; si su rostro no bastaba para convencer a Ronan de su identidad, aquello casi era suficiente. Adam era la persona más inteligente que Ronan conocía.

—¿Qué podría hacer para convencerte? —insistió.

Ronan no lo sabía.

—¿Por qué has venido? —preguntó.

—Empecé a pensar en ti ayer por la noche. Luego, esta mañana, me levanté y decidí venir. Gillian me compró esta cazadora en una tienda de segunda mano. El casco es de Fletcher; ¿te lo imaginas montado en vespa? Y los guantes son los que utiliza el supervisor para trabajar en el jardín. Leí en alto todos mis apuntes de sociología y los grabé con el teléfono para escucharlos por el camino y no perder el ritmo para el examen de mañana. Y ahora estoy aquí. —De pronto, sus rasgos dibujaron una expresión contrita—. Ronan, te conozco.

Lo dijo justamente con la misma voz con que lo había dicho la noche anterior mientras hablaban por teléfono. La adrenalina que inundaba a Ronan se disolvió de golpe. Se acercó a una mesita lateral y dejó en ella sus dos armas.

—Me has convencido; solo tú irías en moto escuchando tus apuntes de sociología.

Se abrazaron con fuerza. A Ronan le resultó extraño tener a Adam entre los brazos. Su verdad física estaba allí, bajo sus manos y, sin embargo, parecía imposible. Adam olía al cuero de la chaqueta de segunda mano y al humo de leña que lo había impregnado por el camino. Durante

mucho tiempo, las cosas no habían cambiado; pero ahora eran distintas, y a Ronan le resultaba más difícil estar a la altura de lo que había esperado.

—Felicidades, por cierto —dijo Adam.

—Mi cumpleaños es mañana.

—Mañana tengo una presentación a la que no puedo faltar. Puedo quedarme —Adam dio un paso atrás para consultar su reloj soñado— tres horas. Siento no haberte traído un regalo.

La imagen mental de Adam Parrish a lomos de una motocicleta era un regalo más que suficiente para Ronan; solo de pensarlo se sentía absurdamente excitado.

—Qué cojones —dijo, porque no se le ocurría qué más decir—. Qué cojones.

Normalmente era él el impulsivo, el que desperdiciaba el tiempo, el que demostraba su anhelo.

—Qué cojones —repitió.

—Esa moto delirante que me soñaste no va con gasolina —dijo Adam —. El interior del depósito es de madera; metí una cámara para mirar. Y menos mal que no he tenido que parar para repostar, porque la mitad de las veces que freno, acabo por caerme a un lado. Deberías ver cómo tengo las piernas de moratones; parece que me he peleado con un oso.

Volvieron a abrazarse, ahora alegremente, y se pusieron a bailar de cualquier manera en la cocina. Luego se besaron igual de alegremente, sin dejar de bailar agarrados.

—¿Qué quieres hacer en tus tres horas? —preguntó Ronan.

Adam recorrió la cocina con la mirada. Siempre que estaba en ella parecía cómodo, como en casa; todo era de los mismos colores que él, desteñidos, desvaídos, acogedores.

—Estoy muerto de hambre; quiero comer algo. Y también quiero quitarte la ropa. Pero antes voy a echarle un vistazo a ese Bryde.

39

Adam Parrish era un tipo extraño.

Tal vez al lado de Ronan Lynch, soñador y creador de sueños, pudiera parecer normal. Pero eso se debía únicamente a que todas las cosas extrañas que formaban parte de él estaban hacia dentro, en vez de hacia fuera. Adam también estaba conectado con la peculiar línea ley que parecía alimentar los sueños de Ronan; pero la conexión de Adam funcionaba cuando estaba despierto y no generaba objetos, sino conocimiento. Era algo similar a un adivino, si es que pudiera llamarse así a alguien cuyos poderes se orientaban más hacia el futuro del mundo que hacia el futuro de las personas. Durante el verano idílico que había pasado en Los Graneros junto a Ronan, había jugado con la energía de la línea ley casi cada día. Había atisbado el interior de un cuenco lleno de líquido oscuro y se había perdido en el pulso insondable que une a todos los seres vivientes. Mientras hablaba por teléfono con Gansey o Blue, sacaba su baraja de tarot hechizada y les echaba una o dos cartas. De noche, se sentaba a los pies de la cama de Ronan y los dos se encontraban en el espacio onírico, Ronan dormido y Adam en trance.

Luego, había abandonado todo aquello para ir a Harvard.

—Si dejo de respirar, tráeme de vuelta —le dijo ahora a Ronan.

Estaba sentado a los pies de su cama, con una de las luces soñadas de Ronan entre las manos. Los Graneros estaban llenos de luces soñadas: luciérnagas en los prados, estrellas enredadas en las ramas de los árboles, esferas resplandecientes suspendidas en el cobertizo para iluminar a Ronan mientras trabajaba, velas eternas en todas las ventanas que daban al patio trasero… La que Adam sostenía en las manos resplandecía con demasiada ferocidad para mirarla directamente: era un sol diminuto. Gansey le había pedido a Ronan que cuidara su mata de hierbabuena mientras él estaba de viaje, y Ronan, que no era muy ducho en el cuidado de plantas de interior, le había soñado una luz de exterior. Ahora, el sol iluminaba la habitación en penumbra donde los dos estaban sentados rodilla contra rodilla.

—Si dura más de quince minutos, tráeme de vuelta —añadió Adam—. No —dijo tras pensar un momento—: de diez. Con diez sé que siempre puedo volver.

La habilidad de Adam conllevaba ciertos riesgos. Aunque se parecía mucho a soñar, era más como un sueño que utilizase la imaginación del planeta entero en lugar de la suya propia. No había límites; no existían recuerdos que limitasen los sueños ni identidad que diera una cualidad íntima al viaje. Sin nadie que lo sujetase en el espacio infinito, la mente de Adam podía aventurarse en el éter y no volver jamás, como una vaca flotante que se elevase hasta llegar al sol. Así era como habían quedado hechizadas sus cartas de tarot: eran un regalo de una mujer muerta que no regresaría jamás.

—Diez. De acuerdo —asintió Ronan, y giró el reloj en la muñeca de Adam para que la esfera quedara al alcance de su vista.

Adam echó la cabeza hacia atrás y Ronan se dio cuenta de que estaba tratando de darse ánimo. Aquello era nuevo: Adam siempre había sido cauto, pero nunca le había parecido miedoso.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Últimamente las cosas están raras ahí fuera.

A Ronan le inquietó oírlo. Si alguien hubiera encontrado a Adam muerto en la habitación de su residencia universitaria, con la mente extraviada en el infinito mientras todo el mundo hacía otras cosas, ¿cuánto habría tardado él en enterarse?

—No sabía que lo hubieras hecho desde que te marchaste.

—Solo dos veces —dijo Adam—. En la primera semana. Sí, lo sé, fue una tontería. No he vuelto a hacerlo. Ni se me ocurre.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Por qué perseguiste tú con el coche a esa mujer que se parecía a tu madre?

«Cierto», pensó Ronan.

—Solo tengo que… que hacerme a la idea, nada más —añadió Adam.

A Ronan le desconcertaba verlo tan intimidado por la perspectiva.

—¿Por?

—Algo ha cambiado. Siento que hay algo enorme que nos vigila.

—¿A ti y a mí?

—A la gente. Quizá sea… Madre mía, hablo como si estuviera seguro de que hay algo de verdad. O alguien; ni siquiera sé lo que es. No me

atrevo a explorar. Ahí fuera estoy desprotegido. Está solo mi mente, flotando de un lado a otro.

Aquello sonaba fatal.

—No tienes por qué hacerlo ahora —dijo Ronan.

—Sí, sí que lo tengo que hacer —musitó Adam—. Cerrar los ojos no va a hacer que desaparezca el monstruo; prefiero saber lo que hay. Y no me fío de nadie más para que me vigile mientras tanto. Tú ya sabes de qué va la cosa. Y quiero tratar de encontrar a tu hombre ahí fuera, entre lo que sea que percibo. Si es que no es él mismo…

Ronan estrechó los ojos.

—No me mires con esa cara, Ronan. Lo único que sabes es que es un soñador y fue él quien te lo dijo. Puedes creerle, pero yo no tengo por qué hacerlo. Hace un momento me apuntaste con una pistola; lo único que te pido es que le apliques a él el mismo rasero.

En el tono de Adam, igual que mientras Ronan lo apuntaba, no había enfado ni reproche. Adam jamás criticaría a nadie por ser escéptico. Su actitud por defecto era la desconfianza.

—Vale —dijo Ronan.

Adam se adentró en el trance.

Sus ojos se fijaron en el sol que sostenía en las manos. Por unos instantes, pestañeó rápidamente. Era inevitable. El sol era cegador; Ronan solo era capaz de lanzarle miradas fugaces y, aún entonces, le dejaba una estela verde marcada en el campo de visión.

Al cabo de unos segundos, los parpadeos de Adam empezaron a espaciarse.

Hasta que se detuvieron.

El sol se reflejaba en sus ojos, dos diminutas esferas ardientes en el interior de sus pupilas.

Estaba petrificado.

La imagen era inquietante: un joven pálido cerniéndose sobre el pequeño sol, con la mirada inmóvil y vacía y los hombros hundidos de una forma que sugería ausencia.

Ronan miró cómo avanzaba la manecilla de los segundos. Luego miró cómo se agitaba el pecho de Adam al ritmo de la respiración.

Cinco minutos. Era inquietante ver a Adam sumido en aquella quietud durante un minuto entero, y aún más durante dos minutos. Al llegar a cinco, la escena empezaba a ser perturbadora.

Seis. La penumbra se había llenado de esferas verdosas que danzaban, una por cada vez que Ronan había mirado el sol antes de comprobar el reloj de Adam.

Siete minutos.

Ocho.

A los nueve minutos, Ronan apenas podía contener su inquietud. Se removió, contando los segundos.

A los nueve minutos y medio, Adam empezó a chillar.

Era un sonido tan estremecedor que, al principio, Ronan se quedó paralizado.

No era un verdadero grito, nada que Adam hubiera emitido estando despierto, ni siquiera ante un dolor agudo. Era un sonido estridente, agudo y quebradizo como de algo que se desgarrase, y no variaba de intensidad en ningún momento. La cabeza de Adam cayó hacia atrás y su espalda se tensó. El sol cayó rodando por el edredón.

Era el grito de un ser que se sentía morir.

Las paredes del cuarto en penumbra parecían absorberlo. Ronan intuyó que aquel grito quedaría incrustado para siempre en el yeso, clavado en las vigas de la casa, palpitando en lugares que nadie veía jamás. Algo quedaría allí para siempre, algo que jamás volvería a ser sano y completo.

—Adam —dijo.

Adam dejó de respirar.

«Adam».

Ronan le agarró de los hombros y lo sacudió. En el mismo momento en que lo soltó, Adam se desplomó yerto sobre la cama. Su cuerpo inconsciente emanaba un aire de indiferencia, de desinterés por la razón o las emociones.

—Parrish —masculló Ronan con rabia—, no pienso permitirte que…

Levantó el torso de Adam y lo estrechó contra el suyo tratando de encontrar su respiración, su pulso. Nada. Nada.

El cuerpo de Adam no respiraba. Su mente flotaba sin ataduras por el espacio infinito de los sueños. Estuviera donde estuviese, no recordaba a Adam Parrish, el estudiante de Harvard; a Adam Parrish, nacido en Henrietta; a Adam Parrish, el amante de Ronan Lynch. Adam Parrish, desligado de su cuerpo físico, estaba fascinado por cosas tan vastas y efímeras que ni siquiera percibía aquellos pequeños asuntos humanos.

Ronan rebuscó hasta encontrar su navaja soñada.

—Lo siento —murmuró antes de abrirla.

Las garras se desplegaron arañando, lacerando, rasgando caóticas la piel del brazo de Adam.

La sangre brotó de inmediato.

Ronan apretó el resorte para cerrarla y las garras se retrajeron, justo en el momento en que el pecho de Adam se agitaba en un jadeo rasposo.

—Dios, Dios, Dios… —murmuró Adam. Con los ojos aún cerrados, se dobló sobre sí mismo y empezó a balancearse adelante y atrás.

Ronan se dejó caer de espaldas, aliviado. Apartó de un manotazo la navaja y se apoyó una mano sobre el corazón, que estaba desbocado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

El pecho de Adam aún se agitaba en busca de aire. El resto de su cuerpo estaba trémulo.

—Dios, Dios…

—Adam.

Adam se llevó el dorso de la mano derecha a la frente en un gesto extraño, poco propio de él, y la movió a un lado y a otro como un niño cansado o angustiado. Ronan la agarró y la aquietó entre las suyas. Adam estaba helado, como si acabase de regresar del espacio exterior. No parecía darse cuenta de que el brazo le sangraba; aún parecía poco consciente de su propio cuerpo. Ronan le frotó los dedos con las palmas de las manos hasta calentarlos y luego los besó.

—Joder, Parrish —dijo.

Apoyó la palma en la pálida mejilla de Adam, que también estaba fría como el hielo. Adam abandonó el peso de la cabeza en su mano, con los ojos aún cerrados.

—Me vio —dijo—. Dios…

—¿Qué es?

Adam no contestó.

Ronan lo apretó contra sí. Durante unos minutos, los dos se quedaron entrelazados, con los rostros bañados por la luz del pequeño sol y la piel de Adam fría como la luna.

—No es Bryde —dijo Adam por fin—. Lo que nos vigila no es Bryde.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque, sea lo que sea, tiene miedo de él.

40

Nadie se fijó en la chica adolescente que entró en la galería de arte unos minutos antes de la presentación. La galería, llamada 10Fox, era un establecimiento amplio y moderno de Arlington, a solo siete kilómetros de Washington D. C. «¡Venga a ver nuestras exposiciones y consulte con nuestros asesores para convertir su hogar en un lugar de arte!». En ese momento, la puerta de la galería estaba atestada de niños. Unos cuatrocientos, calculó la relaciones públicas, sin contar a los padres. «Un puntazo haber puesto la actividad a primera hora; bien hecho, equipo. Lo tienes chupado», le dijo al autor. Cuatro horas de firmas, todo el mundo puede irse a casa a comer tempranito, final feliz.

A Jason Morgenthaler, sin embargo, no le hacía nada feliz todo aquello. Era el dueño de la galería 10Fox y también un famoso autor de álbumes ilustrados. Su libro más popular, titulado *¡Henderson!*, era regalado a decenas de miles de niños por decenas de miles de abuelos cada año, y su serie *Chicomofeta* se había convertido en una serie televisiva con una sintonía extremadamente irritante. Morgenthaler se había separado hacía poco de su mujer, una famosa monologuista cómica.

Morgenthaler se consideraba un artista serio, un coleccionista serio y un marchante de arte serio, y tenía razón al menos en una de las tres cosas.

Y, en ese momento, no quería salir de la trastienda de la galería.

A Morgenthaler nunca le habían gustado los niños, y en los últimos tiempos su reticencia se había convertido en absoluta repulsión. Los niños eran anarquistas diminutos, seres de inconsciente monstruoso salidos directamente del infierno. Hacían lo que les daba la gana, independientemente de si estaba bien o mal y de si tenían permiso para ello. Cuando querían comer, comían; cuando querían cagar, cagaban. Mordían. Chillaban. Se reían hasta vomitar.

Morgenthaler se asomó a la esquina para atisbar la sala.

—Por Dios —masculló.

Los adultos estaban en clara minoría. Dos de ellos eran libreros, de pie en posición de firmes tras una mesa cargada de libros infantiles. Otros dos

estaban ataviados con unos enormes trajes de gomaespuma, uno de mofeta y otro de niña con una cabeza tan gorda que resultaba terrorífica.

La relaciones públicas le palmeó el brazo; le hacía gracia aquella manía patológica. Avisó por gestos a sus compañeros, que estaban detrás.

—¡Llegó el momento! —dijo.

Morgenthaler se peinó con los dedos su desvaído pelo marrón y entró en la galería por el fondo de la sala, acompañado de otros tres adultos con disfraces de gomaespuma: un perro verde, un anciano de cráneo más que considerable y otra cosa que pretendía ser un calamar. En la primera fila empezó a llorar un niño, no se sabía si de miedo o de emoción.

En el fondo de la sala, Lin Draper, madre de tres hijos, contemplaba la presentación de Morgenthaler. Le fascinaba su cabeza implacablemente ovalada, como si la hubiera dibujado alguien que llevaba tiempo sin ver una cabeza humana real. Mientras subía a su hija India al coche para asistir al encuentro, había imaginado al autor como una persona diferente. Más cercano, más familiar. Morgenthaler ya había soltado dos tacos durante la charla de presentación y parecía sudoroso. Llevaba una cazadora deportiva negra, una camiseta blanca con cuello de pico y unas Converse rojas, un conjunto que parecía gritar a cualquiera que lo mirase que su dueño era coleccionista y artista, y poseía tanto talento como dinero.

—Chicos —estaba diciendo Morgenthaler con el tono cantarín que muchos adultos emplean para dirigirse a los niños—, ¿sabéis que yo creía que llegaría a ser un autor famoso para adultos? Mi deseo era ser un pintor figurativo serio. Pero no: mi agente dijo que se me daba mejor hacer libros para niños, de modo que sigo aquí después de diez años de…

—¿Puedo agarrarte la mano? —susurró India.

Lin la miró y, con esa sensación de «trágame tierra» que solo pueden producir algunas escenas maternofiliales, se dio cuenta de que su hija no hablaba con ella, sino con una adolescente de cabello rojizo. Regañó a India en voz baja y luego se giró hacia la chica.

—Lo siento mucho —le dijo.

—No pasa nada —respondió ella y, sin dudar, le ofreció la mano a la niña.

India deslizó su mano regordeta en la de la chica y luego, en un gesto impulsivo, le besó el dorso.

—¡Hija! —exclamó Lin horrorizada—. Vamos fuera; tú y yo tenemos que hablar.

—Que Dios te bendiga —le susurró la chica de pelo rojizo a la niña, que salía tras su madre con una expresión de felicidad difusa en el rostro.

—¿Por qué no pasamos directamente a las preguntas? —dijo uno de los libreros, con un tono alegre de «aquí no pasa nada» que quería decir exactamente lo contrario.

Mientras algunos niños empezaban a lanzar preguntas («¿Cuántos años tienes?», «¿Está basado Clancy en una persona de verdad?», «¿Tienes perros?», «¿Cómo se llaman?»), otros empezaron a acercarse a la chica de pelo rojizo. Algunos se apoyaban en ella; otros le tocaban las piernas y otros, como India, la agarraban de la mano. Parecían embelesados; de hecho, le prestaban bastante más atención que a Morgenthaler.

La voz del autor sonaba de fondo, cada vez más alta y menos cantarina.

—De hecho, María… Dijiste que te llamabas María, ¿verdad? Mira, la razón de que haya muñecos de Henderson, pero no de Chicomofeta es una prolongada batalla legal por los derechos de explotación del personaje, porque resulta que, si quieres defenderte en este mundo, no es aconsejable que tu abogado tenga un lío con tu mujer… ¿Qué pasa? ¿Tienes algo que decir sobre la forma en que llevo mis encuentros con el público?

La última pregunta parecía dirigirse al disfraz de señor mayor.

Morgenthaler se puso en pie de un salto y, de un puñetazo, arrancó la cabeza de gomaespuma del disfraz.

Hubo un momento de silencio absoluto mientras la cabeza sobrevolaba a los niños, seguida por un momento de caos absoluto cuando aterrizó en mitad del público.

Morgenthaler contempló la escena con aire de desconcierto y, de pronto, se lanzó sobre el cuerpo decapitado.

Cundió el pánico. Las otras mascotas se lanzaron a la reyerta. El sillón en el que se había sentado Morgenthaler, de algún modo, galopó hasta estrellarse contra los niños de la primera fila. Un padre recibió una bofetada. Los libros volaban por los aires, agitando torpemente las páginas como pájaros heridos. Morgenthaler tenía la ropa llena de mechones de pelo de un muñeco. Su niño interior —un anarquista diminuto, un ser de inconsciente monstruoso— pedía a gritos que lo liberase.

Todo estaba sumido en la anarquía salvo la chica de pelo rojizo que seguía al fondo de la sala.

—¡Matad vuestros sueños, niños! —chilló Morgenthaler—. ¡Matadlos antes de que Nueva York los alcance y los haga mutar como… como…!

El calamar gigante lo aferró y se lo llevó a la trastienda.

Cuando todos se hubieron marchado —los niños, los padres, los libreros, la relaciones públicas, los muñecos—, Morgenthaler entró arrastrando los pies en su galería y se quedó allí de pie. A la luz del mediodía, la sala desierta era un enorme vacío de cemento y cristal. Su teléfono empezó a vibrar. Morgenthaler estaba seguro de que sería su agente. No quería hablar con su agente.

Levantó la mirada y se dio cuenta de que no estaba solo. En la galería había una chica adolescente, de pie junto a una pieza giratoria en tres dimensiones que Morgenthaler se había ofrecido a exponer porque no la entendía. La chica tenía el pelo rojizo. Aunque no se parecía en absoluto a la exmujer de Morgenthaler, él recordó de pronto cómo era encontrar un pelo suyo en la ropa. No era una sensación agradable.

¿Qué hacía allí aquella chica? ¿No había cerrado la puerta al entrar?

—El encuentro se ha acabado —dijo—. Se terminó todo.

—Estoy buscando a Hennessy —respondió la chica.

—¿Qué?

Ella no repitió la pregunta.

—Creo que usted podría ayudarme —dijo.

Morgenthaler no podía ayudarse ni siquiera a sí mismo. Cinco minutos antes, había tratado de abrir una botella de agua con gas para ahogar sus penas y no había sido capaz de hacerlo.

—No conozco a ninguna Hennessy —contestó.

La chica señaló la pared.

—Pero tiene que conocerla. Fue ella quien pintó ese cuadro.

El lienzo se llamaba *Escena fluvial*. El nombre del autor, Joe Jones, estaba en una esquina, con una fecha al lado: 1941.

—Mira, chica —dijo Morgenthaler—, ese cuadro cuesta sesenta mil dólares y tiene casi cien años de antigüedad. Joe está muerto. No sé a quién buscas. Pregúntame otra cosa.

Ella escrutó su cara y luego se acarició un codo con aire ausente.

—¿Puedo… quedarme aquí?

—¿Cómo?

—Solo esta noche. —Señaló con un gesto el diván moderno que había al lado de *Escena fluvial*—. Por favor.

«De modo que es una sintecho», pensó Morgenthaler. Ahora lo entendía todo. La publicista le había dicho algo sobre las personas sin

hogar hacía poco, pero no recordaba qué. Se preguntó si debería escuchar más a la gente.

—Hay refugios —le dijo a la chica.

Debía de haberlos. En las ciudades siempre había cosas de esas, y estaban en una ciudad.

—Tengo que estar en un lugar donde no haya nadie más.

Aunque la chica no sollozaba, había empezado a retorcerse las manos de una forma que solía preceder a las lágrimas. Morgenthaler rogó para sus adentros que no empezase a llorar, porque, si lo hacía, empezaría él también. Cada vez que veía a alguien llorar o vomitar, se le contagiaba.

—No puede ser —dijo—. Lo siento. No sería adecuado; aquí dentro hay cosas valiosas.

Pensó que la chica protestaría, pero ella simplemente se dirigió a la puerta. Cuando la abrió, por el hueco entró una ráfaga de aire extrañamente cálido para aquella estación. La puerta se cerró tras ella y Morgenthaler echó la llave.

«Seguro que se las apaña —pensó—. Seguro. Supongo».

A medida que pasaban los segundos, empezó a sentirse extrañamente abandonado. No era tanto lo que había pedido la chica, como lo que no había pedido. No era que le recordase a su mujer; era que no le recordaba a ella. No era que le hubiera hecho olvidar el fracaso de aquel día; era que se lo había hecho sentir aún con más agudeza.

De súbito, abrió el cerrojo, empujó la puerta y avanzó varias zancadas por el camino de entrada.

—¡Eh! —gritó—. ¡Eh!

La chica ya estaba bastante lejos. Se detuvo en la acera y lo miró.

—Puedo llevarte a un refugio —ofreció él—. Y comprarte comida.

Ella esbozó una sonrisa muy dulce y muy triste. Luego negó con la cabeza, mientras sus pies comenzaban ya a alejarla de allí.

—No quiero que te pase nada malo —respondió.

Volvió la cabeza hacia el frente y se alejó. Los dos se pusieron a llorar.

41

Ya caía la tarde cuando Ronan acompañó a Adam hasta el final del camino. Llevaba a Sierra acurrucada en el hombro y el sol soñado en la capucha de su jersey para iluminar el suelo a sus pies. Habían terminado sus tres horas; la carroza estaba a punto de convertirse en calabaza y los caballos en ratones.

Ronan caminaba a paso vivo mientras Adam, a su lado, trataba de conducir la moto soñada a la misma velocidad, torciendo el manillar a un lado y a otro para guardar el equilibrio. La luz del faro oscilaba por el camino como si negase algo sin mucha seguridad. Daba la impresión de que la moto caería de lado en cualquier momento, pero por ahora Adam aguantaba. Ronan ni siquiera sabía cómo había aprendido a conducirla; quizá le hubiese enseñado el mecánico para el que había trabajado mientras iba al instituto o alguien del almacén para el que también trabajaba. Adam adquiría nuevas habilidades de la misma forma en que la gente normal adquiría ropa o comida. Siempre estaba en el mercado.

Ahora, su cara bañada en sombras mostraba una gran concentración. Una de sus manos reposaba sobre la palanca del embrague y la otra sobre el freno. La del freno estaba vendada, el único rastro físico de su sesión de videncia. En cuanto a las consecuencias anímicas, aún era difícil determinarlas. Ronan sabía que aquel grito, y el pánico que había sentido al oírlo, lo acompañarían durante muchos años.

Allí fuera, en el espacio onírico, había algo tan espantoso que Adam no había soportado que lo mirase.

Y, sin embargo, aquello que le había hecho gritar tenía miedo de Bryde.

La mente de Ronan daba vueltas y más vueltas a aquella idea.

Justo antes de llegar al final del camino, Adam trató de frenar y el manillar se torció bruscamente hacia la izquierda. La moto cayó de lado sobre él, que dejó escapar un gemido de dolor y frustración. Ronan se agachó y entre los dos levantaron la moto, mientras Sierra despegaba y se alejaba con aire ofendido.

—Siempre se me olvida que… —dijo Adam, pero dejó en el aire qué era lo que se le olvidaba.

Ronan montó a horcajadas en la moto y sujetó bien el manillar, con cuidado de no cometer el mismo error. Le gustaba estar sobre el sillín; le daba una agradable impresión de presencia, de solidez.

—La próxima vez enséñame a montar en moto de verdad, Parrish —le pidió.

—Así te devuelvo el favor —repuso Adam, y Ronan tardó un momento en darse cuenta de que se refería a la vez en que le había enseñado a conducir un coche con cambio manual—. Te lo agradezco mucho, pero no hace falta que lo hagas, ¿sabes?

Ronan atisbó la oscuridad del fin del camino, donde se extendía invisible el sistema de seguridad que había soñado.

—Yo entro y salgo todos los días —afirmó—. Estoy acostumbrado.

Adam resopló como si lo dudase, pero no rechazó el regalo.

—Coge el chisme solar —le indicó Ronan, y aguardó a que Adam metiera la mano en su capucha para sacarlo—. ¿Ves el árbol de allí, el roble con la rama baja? Si lo rodeas, saldrás a la carretera sin necesidad de pasar por el sistema. Yo te espero fuera.

De pronto, Ronan se dio cuenta de que no quería que Adam se marchase. Las razones eran muchas y variadas, empezando por el mal cuerpo que le había dejado aquel grito, siguiendo por lo mucho que su propio cuerpo echaría de menos al de Adam mientras estuviese acurrucado de noche en su cama, y terminando por la conciencia de que algo enorme y desconocido acechaba allí fuera, invisible para sus ojos de soñador y visible para la extraña mirada de Adam. Parecía raro que la visita de Adam hubiese servido para agudizar su sentimiento de soledad, pero así era: ya lo echaba de menos, incluso ahora que lo tenía delante.

Aunque no había dicho nada de eso, Adam replicó:

—Mañana no puedo faltar a clase.

En cierto modo, a Ronan le reconfortó ver que Adam se resistía a separarse tanto como él. Toqueteaba la moto, examinaba un arañazo en el depósito hecho en el viaje de ida y otro arañazo en la muñeca de Ronan hecho por los cangrejos asesinos, volvía la cabeza bruscamente cada vez que un ave nocturna aleteaba en el lado de su oído bueno, se ajustaba el cierre de la cazadora…

—Di algo en latín —le pidió.

Ronan pensó un momento.

—*Inuisus natalis adest, qui rure molesto et sine Adam tristis agendus erit*.

Aquel fragmento en el que una poeta antigua lloriqueaba por pasar su cumpleaños sin la persona amada parecía adecuado para la ocasión.

Adam se quedó pensativo un segundo y luego se echó a reír.

—¿Propercio? No… ¿Sulpicia?

—Sulpicia. ¿Seguro que no quieres que te lleve en coche?

Para llegar a Harvard, Adam tendría que viajar ocho horas en la oscuridad. Ronan aún estaba fatigado por el incidente del brotanoche y por todas las noches de sueños enrevesados; pero si estaba con Adam, no se dormiría.

—Matthew quiere estar contigo en tu cumpleaños, no puedes dejarlo colgado. Estoy despierto, de verdad. Estoy bien despierto. Tengo mucho en lo que pensar.

Los dos tenían mucho en lo que pensar.

Ronan soltó una bocanada de aire, desmontó para agarrar la moto del manillar y empezó a empujarla hacia el horroroso sistema de seguridad. Adam palmeó el depósito para darle ánimos y se alejó para cruzar entre la vegetación.

Cerró los ojos e hizo de tripas corazón, como habría hecho antes de soñar. Se recordó a sí mismo dónde estaba su cuerpo físico en ese momento. Se recordó también que lo que estaba a punto de ocurrirle pertenecía al pasado.

Echó a andar con la moto y atravesó el velo vaporoso. Los recuerdos se elevaron en su interior. Ronan esperaba que fuesen escenas sangrientas, como le ocurría a menudo. Sangre y tripas, huesos y pelos, funerales con el féretro cerrado…

El grito.

Pero fue otra cosa: todas y cada una de las veces en que Ronan había estado solo.

No había sangre. No había chillidos de pavor.

Solo la quietud que venía después de esas cosas.

La quietud de ser el único restante. La quietud de ser algo lo bastante extraño para sobrevivir a cosas que habían matado o alejado a todos sus seres queridos.

Y de pronto Ronan estaba al otro lado, enjugándose las lágrimas. Avanzó hasta reunirse en la siguiente curva con Adam, que salió de la oscuridad con la esfera resplandeciente en las manos.

—Tengo vacaciones en unas semanas —dijo Adam. Besó a Ronan en la mejilla y luego en la boca—. Volveré. Espérame aquí.

—*Tamquam*… —contestó Ronan.

—*Alter idem*.

Se abrazaron. Adam se puso el casco.

Ronan se quedó de pie en la oscuridad mucho rato después de que la luz trasera de la moto desapareciese en el camino. Solo.

Luego regresó a la casa para soñar con Bryde.

42

Hacía mucho tiempo, Jordan fantaseaba con vivir sola. Cuando cumplió dieciocho años, la idea se convirtió en una obsesión, un pensamiento fijo que se instalaba en su mente como un dolor sordo durante el día y burbujeaba de noche impidiéndole dormir. Un día, incluso fue a mirar una casa de alquiler. Les dijo a las demás que iba a trabajar en la Galería Nacional de Arte y, en vez de hacerlo, acudió a la cita con una inmobiliaria que había concertado a escondidas.

La agente le mostró un piso que apestaba a lejía y a pis de perro, con dormitorios del tamaño de ascensores, una sola plaza de aparcamiento y veinte kilómetros de carretera hasta el centro de la ciudad.

—Tengo mucha gente interesada en este —afirmó.

Jordan pensó en cómo capturar en el lienzo la línea que dibujaban los pesados párpados de la mujer, la forma en que no llegaban a abrirse del todo, el pliegue en el ceño que daba fe de su peso, la piel estirada por la larga tarea de permanecer despierta. Su mente de pintora catalogó el gradiente de color entre el sutil tinte de su pelo y las raíces más claras. Sus dedos se agitaron solos, deseosos de cubrir el fondo emborronado.

—Así que, si quieres tener opciones —prosiguió la agente—, yo que tú rellenaría el impreso y pagaría la tasa cuanto antes. Pero cuanto antes, vamos.

A Jordan no le gustaba la idea de rellenar impresos, porque no le gustaba la idea de ir a la cárcel. Tenía muchas ganas de no conocer jamás una prisión. Tal vez diese una impresión equivocada; al fin y al cabo, dedicaba gran parte de su tiempo a ocupaciones que quebrantaban la ley de una u otra manera, pero lo cierto es que también dedicaba mucho tiempo a pensar cómo evitar la cárcel. Por ejemplo, era muy cuidadosa con el tipo de cosas que falsificaba. Se dedicaba a copiar obras de arte, no cheques. Litografías, no dinero. Cuadros al óleo, no certificados de autenticidad. En términos históricos, la ley era más clemente con quienes falsificaban a punta de pincel que con quienes lo hacían a punta de pluma, bolígrafo o rotulador.

La agente inmobiliaria miró a Jordan. Junto a sus pies, en la moqueta *beige*, había una mancha. Ni siquiera se había molestado en colocarse encima o delante para disimularla; un piso de aquel precio no requería aquellas mañas.

—¿Serías tú sola?

—Sí —mintió Jordan.

—Tengo algunos apartamentos de un dormitorio que son más baratos que este.

—Necesito otra habitación para montar mi estudio. Trabajo de nueve a cinco como todo el mundo, pero desde casa.

La agente tamborileó en la encimera.

—Si quieres mirar un poco más y rellenar luego el impreso, puedes dejármelo en la oficina cuando salgas.

En la parte superior del implacable impreso había pegado un *post-it* con la hora de la cita y un nombre: JORDAN HENNESSY, como si Jordan fuese dueña de los dos nombres por igual. Contempló el papel durante treinta segundos, pensando en la forma en que recrearía la sombra que dejaba el borde doblado del *post-it*, en cómo evocaría la distancia entre la nota pegada y el papel, en los colores que debería emplear para reproducir el amarillo límpido de la nota.

Luego recorrió despacio la casita tratando de imaginar cómo sería vivir allí. Los pequeños dormitorios con sus armarios de puertas endebles, las lámparas baratas del techo… Cediendo a un impulso, sacó el teléfono para hacer una foto de las moscas muertas que habían quedado atrapadas en la pantalla esférica. Había algo efímero y angelical en la forma en que la luz creaba suaves halos alrededor de sus cuerpecillos. Imaginó aparcar su Supra delante de la fachada, sin tener que preocuparse de si las demás se lo cogían y lo estrellaban. Se imaginó a sí misma pintando allí. Se imaginó pintando obras propias en vez de falsificaciones.

Se quedó de pie en el baño diminuto y se miró al espejo. El rostro de Hennessy le devolvió la mirada.

En realidad, estaba haciendo teatro. Por vívidamente que pudiera pintar la escena en el interior de su cabeza, Jordan jamás sería capaz de reproducirla en la vida real.

Conocía las cifras. Ciento dieciocho: los metros cuadrados. Mil trescientos noventa y cinco: los dólares de la renta mensual. Dos mil setecientos noventa: el alquiler del primer mes más la fianza.

Pero esas no eran las cifras que la condenaban.

La cifra que la condenaba era esta: seis (aquello había sido antes de que Farrah, la cuarta copia, se suicidase de un tiro). El número de chicas con las que compartía casa: seis. El número de chicas con las que compartía cara: seis. El número de chicas con las que compartía la clave de la seguridad social: seis. El número de chicas con las que compartía su vida entera: seis.

Las demás nunca llegaron a enterarse de que había ido a ver un piso, pero Hennessy lo averiguó cuando la agente inmobiliaria llamó una semana más tarde para preguntarle si se había decidido. Jordan no le ofreció ninguna justificación.

—Yo también me abandonaría, si fuera tú —comentó Hennessy.

—Bellezas profesionales —dijo Hennessy, y expulsó un anillo de humo.

Tenía un aspecto desastroso. Le caían hilillos negros de los ojos, de las orejas, de la nariz. Sus dientes estaban negros por la sustancia. Hacía un rato, cuando Jordan la encontró en el puerto con *La dama oscura*, podría haber pasado por alguien normal. Ahora ya no era posible.

Ahora parecía deshacerse en una monstruosa hemorragia de sangre negra, con la mujer del cuadro por testigo.

A Jordan le disgustó darse cuenta de que habían hecho algo mal al copiarla. Era inevitable que hubiera algunas diferencias, dadas las difíciles circunstancias en que se habían visto forzadas a trabajar —usando como referencia fotos y vistazos furtivos en las salas de subastas donde se había vendido previamente—. Pero lo que fallaba no eran las pinceladas o los colores, sino la atmósfera. El original de *La dama oscura* poseía un ímpetu, un magnetismo del que la copia carecía por completo. El original emanaba deseo.

Según Hennessy, eso se debía a que era un sueño.

Jordan lo ignoraba todo acerca de los sueños, aparte de lo que sabía de sí misma y de las otras chicas. Jamás había pensado que pudieran contener sentimientos como parte del objeto. Aquello parecía un poder excesivo para que lo manejase una persona por su cuenta.

Hennessy señaló con su cigarrillo la *Madame X* agujereada de balas que estaba apoyada en la pared junto a *La dama oscura* («Las chicas malas están mejor en compañía», había dicho al dejarla allí).

—Así llamaban a las tipas como ella —explicó ahora—: bellezas profesionales. Mientras su cara se mantuviese, todo eran rosas y riquezas.

Esta debía de embadurnarse de polvos de lavanda para tener la piel de ese color, ¿no crees? ¿Podríamos nosotras hacer lo que hacía ella? Prepararnos para el examen constante del público, estar a la altura de esa adoración sin límites…

Hennessy había seleccionado uno de los muchos cuartos de baño completos de la mansión para probar la influencia de *La dama oscura*. Como todas las estancias de la casa, el baño era de una opulencia exagerada: veinte metros cuadrados, suelo de mármol, butacas tapizadas, dos váteres, catorce cabezales de ducha, un bidé… Todo lo que podía ser negro lo era. Todo el resto era dorado. Hennessy se acercó a la enorme bañera, hundida como una piscina, y se recostó dentro, toda ella encajes negros y cuero negro y sustancia negra viscosa. Jordan no alcanzaba a comprenderla. Hennessy padecía una deficiencia de sueño crónica: siempre durmiendo en sitios incómodos, con la alarma del teléfono programada para despertarla cada dieciocho o veinte minutos, todo cuidadosamente diseñado para que no pudiera soñar. De haber estado en su situación, Jordan había aprovechado aquella oportunidad para regodearse por una vez. Lo habría hecho en condiciones: un baño antes de ir a la cama, pijama, el mejor colchón que se pudiera encontrar, cubierto de almohadas y edredones… Sí, cierto: si Hennessy soñaba otra copia, el despertar sería infernal. Pero a cambio se habría dado el gustazo de dormir bien por una noche. Era una de esas situaciones que contraponían los limones de la vida con la limonada que podías hacer.

Pero Jordan siempre había tenido más vocación de hacer limonada, mientras que Hennessy tendía a quedarse con los limones.

—Jordan. Jordan. Jorrrddaaaaaaaan.

—Dígame —contestó Jordan.

Estaba sentada en el borde de la bañera, balanceando las piernas. Imaginó que el aire era agua. Deseó que lo fuese. En el camino desde el puerto hasta su casa había comenzado a sufrir uno de sus episodios, y ahora una parte de ella no podía evitar ver torrentes que saltaban sobre las rocas, nubes de humo que rodaban turbulentas sobre el asfalto, piedras cubiertas de musgo, jirones de niebla deslizándose sobre colinas azuladas. Anhelaba todo aquello. «Si me voy a las montañas —pensó—, dejaré de sentirme así. Hambrienta, sofocada, privada de algo que necesitaba para vivir».

—Señorita, léame la última frase que le he dictado.

Jordan le mostró el dedo corazón a Hennessy.

—¿Disfrutaste de tu cita con *monsieur* Declan Lynch? —preguntó Hennessy—. Debes de ser el ligue más emocionante que ese tipo se ha echado en su vida. Le hablará de ti a su psicólogo durante décadas.

—Me regaló un bote de púrpura de tiro.

—¿Cómo pudo hacerse con ello de un día para otro?

Al ver que Jordan no respondía, Hennessy empezó a especular.

—Su viejo debía de ser un soñador, a no ser que firmase con su nombre el sueño de otra persona. ¿Es eso lo que pensamos? ¿Será Declan Lynch un soñador? ¿Crearía en sueños las caracolas para ti? Si lo hizo, ¿son reales? Ahora que lo pienso, ¿hay algo real? ¿Habrá algún dios inadaptado que esté pasando una mala noche, con una pesadilla en la que aparezcamos todas nosotras? ¿Estará rezando a su propio dios para que lo despierte? ¿Será…?

—Hennessy —dijo Jordan.

Estaba retrasando el momento de dormirse.

—Jordan.

Y ella lo sabía.

Jordan se deslizó al interior de la bañera junto a ella, conteniendo una exclamación cuando el esmalte helado le tocó la piel. En el fondo había arenilla; la bañera llevaba años sin usarse para su propósito original. Quizá nunca se hubiera usado. Era imposible averiguar nada sobre la historia previa de la mansión; de hecho, el que fuera posible ocuparla se debía a que tanto su dueño como su historia parecían haberse borrado de la faz de la tierra. Resultaba difícil imaginar aquella casa viva y amada, limpia y habitada. Los lugares así no parecían hechos para la intimidad.

Hennessy fijó los grandes ojos castaños en el techo mientras apoyaba la cabeza en el hombro de Jordan, quien le acarició suavemente las sienes. De sus comisuras caían gotas negras. Si Jordan se fijaba, podía distinguir también cómo la oscuridad avanzaba hacia sus pupilas, ramificándose desde los bordes como una gota de tinta en papel secante. Aquello no estaba bien. «No está nada bien», pensó. No es que no fuese justo: entre Hennessy y ella habían cometido faltas suficientes para merecer todo lo que les ocurriese. Pero aquello no estaba bien. Era algo antinatural, corrupto.

—Heloise —dijo—, estás llegando al punto en que, si no lo entregas de buen grado, el tipo te lo quitará de todos modos.

La garganta de Hennessy se movió como si tragase, y el gesto hizo caer de las orejas tres hilillos negros que resbalaron por el cuello. Hennessy

estaba asustada. No lo decía, pero Jordan lo sabía. Y lo que la asustaba no era la perspectiva de morir, sino lo que fuese que soñaba cada vez que se permitía dormir más de veinte minutos. Durante muchas noches en blanco, Jordan había tratado de imaginar qué sueño podía ser tan terrible como para que Hennessy no pudiera soportarlo ni siquiera por un momento. No se le ocurría nada, ¿pero cómo iba a saberlo ella? Al fin y al cabo, los sueños no soñaban.

Puso la mano sobre los ojos de Hennessy. Por fin, el roce sedoso de las pestañas en la palma le indicó que había cerrado los párpados.

La dama oscura las observaba con su aire receloso y pesimista.

—Va a funcionar —dijo Jordan, sin saber bien si se dirigía al cuadro o a Hennessy—. Piensa en la playa, en todas las chorradas agradables que hay allí. Sillas y cosas plegables… Caracolas… Cubos y palas… Sombrillas…

—Tiburones… Medusas…

La cabeza de Hennessy empezaba a pesarle demasiado, pero Jordan no quería moverse por si acaso su contacto era lo que la estaba adormeciendo. Apoyó la barbilla en su pelo. Su reflejo en los espejos era casi idéntico, solo que Hennessy estaba hecha un desastre embadurnado de negro y Jordan estaba limpia y somnolienta.

En el borde de su campo de visión empezaron a aparecer imágenes parpadeantes. Una cascada. Montañas. Un fuego hambriento.

—Estoy hecha polvo —dijo Hennessy—. Hecha polvo, joder.

—Lo sé —susurró Jordan—. Lo sé muy bien.

Las dos se durmieron.

43

Ronan estaba soñando.

En el sueño se encontraba perfectamente lúcido y eléctrico, consciente tanto de su ser durmiente como de su ser en la vigilia. Era de esperar, teniendo en cuenta que su cuerpo físico estaba muy cerca de la línea ley y de sus montañas. Sierra —su psicopompo, su guía en el mundo onírico— estaba acurrucada en el alféizar de su ventana. Sabía lo que quería.

En esas condiciones, Ronan era un rey.

—Bryde —dijo en voz alta.

En el sueño, Ronan se encontraba en Lindenmere, el precioso Lindenmere.

Su bosque. Su protector y su protegido. Los altísimos y desgreñados árboles tenían el tronco cubierto de liquen verde y anaranjado en el lado del norte. Entre ellos se apiñaban rocas enormes, con los ángulos suavizados por el musgo. En el aire flotaba una niebla oscura e inquieta, el aliento gris y deshilachado de palabras recién pronunciadas. El rumor del agua era omnipresente: el tintineo de los torrentes, el susurro amortiguado de las cascadas, el tamborileo de la lluvia… En el suelo, entre tocones y troncos caídos, crecían setas y flores. Algunas zonas eran de una belleza normal; otras eran de una belleza fuera de lo normal.

Tal vez aquel bosque fuese la expresión más pura de la imaginación de Ronan.

—Bryde, ¿estás ahí? —llamó mientras ascendía por una ladera arbolada.

Caminó, sintiendo la tensión de la subida en las pantorrillas con tanta viveza como si lo estuviera haciendo de verdad.

Ronan no sabía si los demás soñadores tenían bosques igual que él, o lo que fuera aquello. Lindenmere era un bosque al que Ronan podía acceder cerrando los ojos y soñando. Pero Lindenmere también era un bosque al que Ronan podía llegar en su BMW, conduciendo media hora hacia el oeste, en dirección a las montañas, dejando el coche en un cortafuegos y caminando otros veinte minutos hasta alcanzar el lugar en el que el bosque

existía de forma física. Ronan podía internarse entre los árboles y sentir que lo conocían y lo querían, y ver cómo manifestaban los pensamientos que él concebía con casi tanta facilidad como lo hacían en el ámbito de los sueños. El Lindenmere real era un sitio en el que se podía soñar sin necesidad de cerrar los ojos.

Era Ronan quien lo había creado en un sueño. Un día se había dormido en un paraje montañoso, con árboles normales y corrientes entre los riscos. Al siguiente, cuando despertó, Lindenmere estaba escondido entre ellos. Tal vez hubiera sido su sueño más logrado.

—Supongo que tú dirías que las dos versiones de Lindenmere son igual de reales —dijo Ronan a los árboles, palpando el aire en movimiento y notando cómo la niebla se arremolinaba a su alrededor—. Puedo sentirte aquí, Bryde.

Greywaren, murmuró Lindenmere en un susurro que brotaba de los árboles o del agua o de todas partes. Así era como Lindenmere llamaba a Ronan. El bosque también conocía su nombre real y, en ocasiones, lo usaba. Ronan nunca había logrado averiguar qué lo llevaba a elegir el uno o el otro.

Greywaren, está aquí.

Ronan sabía que Lindenmere no era exactamente un bosque. Parecía tener una existencia previa en algún lugar en el que había sido… otra cosa. Y, entonces, Ronan había elegido la forma que Lindenmere tendría en el mundo de la vigilia. En realidad, no lo había creado en sueños de la misma forma que había creado otras cosas. Era más bien como si le hubiera abierto la puerta y le hubiera proporcionado un traje de bosque para que se lo pusiera.

—Dijiste que emprendiera la caza —dijo Ronan—. Pues aquí estoy.

Se dio cuenta de que estaba mirando un arroyo de aspecto profundo. Sobre él flotaba un puente. Encima del puente había una moto. Era el sueño de Harvard.

Pero, ahora, Ronan se encontraba cerca de su bosque y de su línea ley. Sus pensamientos no eran confusos ni fragmentarios. Aquel sueño era su reino, y haría con él lo que se le antojase.

—Se acabaron los juegos —dijo con impaciencia.

Levantó la mano y chasqueó los dedos. La moto desapareció. El puente desapareció. El arroyo desapareció. Ahora, el sueño era como él quería.

Había trabajado mucho para controlar sus sueños con tanta maestría; sin embargo, a menudo lo olvidaba cuando viajaba a Washington D. C. o

más lejos aún, o cuando estaba medio asfixiado por el brotanoche. Tendía a olvidar lo mucho que le gustaba hacer aquello.

Las cosas comienzan a aletargarse. Del cielo caen gorriones. En los campos, los ciervos trastabillan y caen arrodillados. Los árboles dejan de crecer. Los niños se sumen en un coma paulatino. Duermen tantas criaturas que en tiempos pulularon por el mundo, tanta imaginación atrapada en la parálisis… Bajo la tierra duermen dragones que jamás volverán a despertar.

—Paso de monólogos —le espetó Ronan.

A nuestro alrededor, el mundo se duerme, pero ya nadie mira por la ventana para advertirlo. Los soñadores mueren. Los matan. No somos inmortales. Y las cosas que soñamos… ¿Qué es un sueño sin su soñador? Es un animal en una habitación sin aire. Es una persona en un planeta muerto. Es una religión sin dios. En nuestra ausencia, duermen porque deben hacerlo.

—¿Por qué me salvaste? —preguntó Ronan.

Bryde contestó:

—¿Por qué supones que debía obtener algo a cambio?

Fue

algo

diferente.

Ronan giró sobre sus talones, escrutando el bosque en busca de otra persona. La voz que había pronunciado la última frase no había sido amorfa, no venía de todas partes. Esta voz tenía peso y timbre. Esta voz se había desplazado para llegar hasta él. Esta voz pertenecía a un cuerpo.

—No voy a mostrarme —dijo Bryde. Su voz sonaba más afilada, ya fuera porque ese era su tono real o por la circunstancia del sueño.

—Podría obligarte —replicó Ronan.

No era una baladronada. Cuando se sentía así, cuando soñaba con su bosque en un lugar cercano a su línea ley, podía hacer casi todo.

—Te creo —respondió Bryde.

Ronan giró sobre sí mismo a tiempo para ver el filo de una sombra, un remolino de niebla. Algo acababa de apartarse de allí.

—¿Pero qué es lo que quieres? —continuó Bryde—. ¿Que nos veamos o que confiemos el uno en el otro?

Ronan no sabía lo que quería.

Oyó graznar a Sierra sobre su cabeza. Ronan sabía que no era la Sierra de verdad, sino otra versión soñada de ella. No le importaba; le gustaba oírla y, cuando soñaba de aquel modo, no corría peligro de sacar del sueño nada que no desease.

—¿Salvarías a un soñador moribundo, incluso sin conocerlo? —preguntó Bryde.

—Sí —contestó Ronan de inmediato.

—Hay condicionantes que podrían afectar a ese «sí». Existen costes, ¿sabes? Costes anímicos. La filantropía es un *hobby* para millonarios emocionales.

Una ráfaga de lluvia empezó a tamborilear en las hojas de alrededor y en los hombros de Ronan. Sintió la humedad, aunque su ropa seguía seca: lógica onírica.

—Siguiente casilla —dijo Bryde—. Siguiente casilla. Salta, ¡hop! Estás más cerca del centro. Hay otra soñadora, y está agonizando. O lo estará pronto. ¿Querrás salvarla?

Otra soñadora.

—Sí.

—No accedas sin más. Piénsatelo. Piensa en lo que significa.

Aquello era una estupidez. Ronan no era ningún héroe, pero sabía distinguir lo que estaba bien de lo que estaba mal. ¿Qué demonios importaba si era una soñadora o no? La respuesta seguiría siendo la misma. Y hasta un niño habría sabido qué responder.

—Sí.

—No es tan fácil como crees —replicó Bryde—. No basta con darle a un botón y recoger el premio. Existen muchas formas de morir.

Ronan empezaba a impacientarse.

—¿Quieres que confíe en ti? —continuó Bryde—. Pues sálvala. Sálvala de verdad. Para eso, tendrás que decirle lo que eres. Tendrá un coste emocional para ti.

—Cuando tú me salvaste, ¿te costó algo?

Hubo un largo silencio. La niebla brillaba nacarada entre los árboles. La lluvia suspiraba.

—Eres lo más costoso que he salvado jamás —dijo al fin Bryde.

Una dirección brotó de pronto en la consciencia de Ronan. McLean, Virginia. Vio el trazado de la calle. Vio la casa. Vio un Supra rojo en el camino de entrada. El jardín, diseñado por un creador de tableros de

ajedrez desquiciado y frustrado. Una puerta trasera que no estaba cerrada con llave, una escalera, un pasillo largo, una estancia decorada enteramente en negro y dorado.

—¿Está ahí? —preguntó.

—Coge el coche y corre como un loco, chico —susurró Bryde.

44

No quedaba aire en el baño.

Jordan no hubiera sabido decir cuánto hacía que se había terminado. Al menos, el tiempo suficiente para que ella se estuviese ahogando. Había empezado a morir en algún momento antes de abrir los ojos y, ahora, estaba en pleno proceso.

Sus pulmones parecían aullar.

Había agua por todas partes. El baño estaba inundado desde el suelo hasta el techo. Las toallas se ondulaban como bichos marinos, el papel higiénico eran algas esparcidas por la marea. Jordan era uno más de los objetos que vagaban en aquel mar. Igual que Hennessy.

Hennessy parecía muerta.

En su rostro no había expresión alguna. Sus brazos y piernas flotaban yertos como los de un cadáver.

Pero si Jordan estaba despierta, Hennessy no podía estar muerta. Estaba paralizada. Debía de haber creado una nueva copia.

«Concéntrate», se dijo Jordan.

Su cuerpo exigía aire a gritos, pero la prioridad era que Hennessy respirase. Si ella moría, sería el final para las dos.

Buceó hacia ella, quitándose las botas con los pies mientras avanzaba, y se apoyó en la mampara de la ducha para impulsarse. Cuando estuvo junto a Hennessy, la agarró de la muñeca. Su pulso era lento y violentamente desigual, palpable incluso en una situación como aquella. Eran los efectos de soñar otra copia de sí misma, aunque la parálisis le impedía reaccionar aún.

Hennessy era un peso muerto. Jordan ya había sobrepasado la fase del ahogamiento en la que veía lucecitas y estaba entrando a buen ritmo en la parte de ver un velo oscuro que avanzaba desde los lados. Trató de darse impulso apoyando los pies en el techo; pero todo resultaba extraño y desconocido, demasiado duro, imposible de recordar.

De pronto, Hennessy se sacudió y Jordan estuvo a punto de soltarla. Cerró los dedos con más fuerza, notando que algo, una fuerza, las

arrastraba hacia abajo y hacia delante.

Pero Hennessy seguía paralizada.

Y, sin embargo, algo las hacía avanzar a tirones por el agua turbia.

Entonces, Jordan vio qué era lo que las impulsaba: otra chica con la misma cara que ellas, vestida con la ropa que siempre llevaban cuando aparecían: camiseta blanca de manga corta, vaqueros con bordados de flores en los bolsillos de atrás.

Una copia más.

Había nacido en aquel infierno de agua, y su primer acto consciente era hacer exactamente lo mismo que trataba de hacer Jordan: salvar a Hennessy.

Entre las dos remolcaron a Hennessy hacia la puerta. El baño parecía gigantesco.

La puerta no se abría.

¿Estaría echado el pestillo? ¿Sería por eso por lo que no cedía? «No, Jordan. Piensa», se ordenó. Era porque el baño se abría hacia dentro, y el peso del agua empujaba la puerta hacia fuera haciendo imposible moverla.

Jordan no se explicaba cómo podía haber tanta agua aún; el agua tenía que estar chorreando por debajo de la puerta, por las rejillas del aire acondicionado, por los desagües.

Pero no lo bastante rápido.

A Jordan se le habían acabado las ideas.

Sus pulmones convulsionaban como animales moribundos.

En su cabeza solo había sitio para una idea: «Nadie sabe que he existido». Durante toda su vida había sido Jordan Hennessy, en una existencia compartida con varios seres más (entre seis y diez, dependiendo del momento). La misma cara, la misma sonrisa, el mismo carné de conducir, la misma profesión, los mismos novios, las mismas novias. Era un diagrama en el que las únicas opciones disponibles eran las susceptibles de ser compartidas con las demás. «¿Por qué solo pintas lo que ya han pintado otros?», le había preguntado Declan Lynch. Porque su pincel tenía una paleta de colores predeterminada, y esa paleta ya era de otra persona.

Había pintado miles de cuadros con una maestría asombrosa, pero nadie sabría jamás que Jordan había existido.

Solo había podido vivir la vida de otra persona.

«Nadie sabe que he existido».

La nueva copia había soltado a Hennessy y flotaba a cierta distancia. Su mirada se perdía en la nada.

Bum.

Bum.

¿Qué era eso? ¿Un ruido o un movimiento? Jordan no sabía si lo que se estremecía era el agua o ella misma.

Había vivido todos aquellos años convencida de que terminaría sumida en un sueño eterno. Jamás se le había ocurrido pensar que moriría, simplemente.

Bum.

Y, entonces, de repente, el agua empezó a bajar, tirando de la piel de Jordan como si quisiera arrancársela.

Tragó una bocanada de aire, y luego otra y otra más. Le parecía que jamás podría saciarse. A su lado, Hennessy tosía y gorgoteaba, aún sin mover los miembros. Jordan le incorporó el torso hasta sacarle la cabeza del agua. Aunque seguían con medio cuerpo sumergido, no importaba, porque ahora había aire, aire, aire.

«La copia, ay, la copia», pensó de pronto Jordan, y chapoteó a toda prisa hasta llegar junto a ella. Estaba muerta. Jordan trató de reanimarla. Nada. Su vida solo había consistido en una pesadilla fugaz.

—Rayos —murmuró.

La puerta se abrió. Estaba rajada por la mitad, astillada.

En el umbral había un chico iluminado por la débil luz del amanecer. Aún empuñaba la llave de tuercas que había usado para partir la puerta.

Tenía la piel pálida, el cráneo afeitado, las cejas afiladas, la boca afilada, la expresión afilada. A Jordan no le sonaba su cara, pero el azul de sus ojos le resultaba muy familiar.

—¿Quién eres tú, soplapollas? —le espetó.

—Sé que eres una soñadora —respondió él.

Los pulmones de Jordan volvieron a vaciarse de repente.

El chico se quedó pensativo, con los labios entreabiertos como si hubiera pensado añadir algo y se hubiera arrepentido. Las palabras estaban dispuestas justo detrás de sus labios, pero no las dejaba salir.

Por fin, permitió que escaparan:

—Yo también lo soy.

45

Jordan siempre había sabido que tenía que haber otros soñadores. Al fin y al cabo, J. H. Hennessy también había sido una soñadora, igual que su hija; y, como ocurría con los ratones, donde se veía uno podía haber cuatro. Tenía que haber otros. Miles, quizá. Aunque no debían de ser miles; si en el mundo hubiera tanta gente capaz de manifestar físicamente su imaginación —incluso de una forma tan poco competente como lo hacía Hennessy—, la realidad sería muy diferente.

Estaba bastante segura de que no se había encontrado con ninguno hasta ese momento.

Era lo mejor, en realidad. En cierto modo, los soñadores eran como falsificadores. La gente falsificaba cosas por razones muy diversas: para ganar dinero, porque era un desafío, para pasárselo bien. Había falsificaciones de cuadros, de tapices, de dibujos, de esculturas… Lo que emocionaba a un falsificador podía dejar frío a otro. A Jordan no le parecía que los falsificadores tuvieran más cosas en común entre sí que el resto del mundo. Además, eran un colectivo francamente disfuncional. Los falsificadores habitaban los márgenes del mundo artístico, por no decir de la sociedad. Había algo en ellos —su situación, su personalidad…— que les impedía avanzar en línea con el resto. No eran ni artistas ni criminales.

A Jordan le parecía que los soñadores eran algo parecido, solo que con apuestas más altas. ¿Podría otro soñador tener la clave para arreglar el problema de Hennessy? Era posible. ¿Podría otro soñador matarlas a todas? Era igualmente posible.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Ronan Lynch.

Estaba sentada con la espalda apoyada en la pared del pasillo, empapada en agua y en sueños. Los *leggings* se le pegaban a la piel helada. Su mente estaba impregnada de imágenes; estaba tan sumida en uno de sus episodios oníricos como lo había estado la Jordan anterior al diluvio. Se esforzó por reconstruir la realidad separándola de las brumosas escenas de agua, garras y fuego. Las demás chicas, que habían llegado unos segundos antes de que Ronan partiese la puerta, estaban repartidas por el pasillo en diversas poses

estudiadas. Habían acudido alarmadas por los golpes, no porque intuyesen que Hennessy estaba a punto de morir. Si Ronan no hubiera acudido, todas se habrían quedado aletargadas para siempre en diversos puntos de la casa, sin llegar a saber que su creadora se había ahogado a metros de ellas.

Hennessy parecía muerta. Sus ojos estaban hundidos en unas ojeras violáceas y sus miembros parecían flojos, carentes de voluntad. Pero tenía que estar viva, porque sus sueños se habían acercado a ella y se esforzaban por sacarla del baño encharcado.

—Curiosa forma de agradecer que te haya salvado la vida —replicó Ronan.

Parecía una versión más dura de su hermano, como si alguien hubiera metido a Declan Lynch en un sacapuntas y después de afilarlo hubiera sacado a Ronan Lynch. Bajo los labios de Declan se adivinaba una dentadura perfecta; los labios de Ronan se crispaban sobre los dientes. Declan tenía los ojos achinados; los de Ronan eran angostos como saeteras. El pelo de Declan era ondulado; el de Ronan era inexistente. Declan era el tipo de persona que todo el mundo olvidaba tras verla. Ronan era el tipo de persona que hacía a cualquiera cambiarse de acera para no cruzarse con ella. Resultaba difícil concebir que se hubieran criado bajo el mismo techo; si le hubieran dicho a Jordan que los habían separado al nacer, se lo habría creído.

—Si me presentase así en tu casa, de sopetón, ¿no me preguntarías lo mismo?

Ronan levantó un pie y luego el otro, observando cómo la moqueta empapada cambiaba de color. El agua había levantado un olor desagradable en todo el pasillo: un tufo tóxico a abandono y moho, a lugar inhabitable.

—No; creo que empezaría con un simple «muchas gracias».

—Ve con tiento; está hecha polvo —le siseó June mientras Brooklyn y ella apoyaban a Hennessy en la pared junto a Jordan.

Jordan se fijó en la nueva flor que le había aparecido en la garganta. Solo quedaba sitio para dos más. Notó algo cálido en el estómago y se estremeció, presa de una arcada. Aunque dos solo era una menos que tres, le producía una sensación distinta. Ya no era una cifra; era la penúltima y, después, vendría la última.

La cabeza de Hennessy cayó a un lado. Pero no estaba del todo inconsciente, porque sus párpados se estremecían. Incluso en aquella situación, luchaba por no dormirse. Por no soñar. Si soñaba ahora otra copia, sin duda moriría, indicara lo que indicase el tatuaje de su garganta.

La dama oscura no había funcionado.

A Jordan se le habían terminado las ideas.

Las montañas titilaron en su mente. *Devora*, susurraba el fuego.

Ponte

las

pilas.

Ella era Jordan, la chica que jamás se derrumbaba.

—Bueno, pues muchas gracias —repuso—. Y ahora dime: ¿qué haces aquí? ¿Te ha enviado tu hermano?

Por imposible que le pareciera sentirse aún peor que en ese momento, la idea de que Declan Lynch hubiera descubierto su juego añadía una capa más de mierda a la situación.

—¿Mi hermano? —repitió Ronan—. Ah… Ah, claro. Ya me parecía a mí que… Eres la chica que pintaba en el Mercado de las Hadas, ¿verdad? La que Declan quiso ligarse. ¿Te llamas Ashley?

—¿Cómo?

—Mi hermano solo sale con chicas que se llaman Ashley —explicó Ronan—; cuanto más tontas, mejor. Lo digo por si tuvieras alguna intención de quedar con él. Yo no lo haría, si fuera tú; creo que te aburrirías bastante. ¿Por qué cojones sois tantas iguales? Es un follón. ¿Cuál es la original?

Todas miraron a Hennessy.

—Ya. Y no… ¿No deberíamos hacerle primeros auxilios o algo así?

—Si su problema fuese haber estado a punto de ahogarse, sí, habría que hacérselos —respondió Brooklyn.

Aunque aquello se aproximaba mucho al fin del mundo, hizo una pausa para darle un repaso a Ronan con la mirada, porque Brooklyn jamás dejaría de ser Brooklyn. A juzgar por su expresión, la pausa había merecido la pena.

—Si nuestro problema fuera ese… —remachó.

—Voy a por una manta —dijo Trinity mientras se alejaba.

Ronan asomó la cabeza por la puerta del baño.

—Ajá —murmuró, aunque no estaba claro si lo decía por lo espantoso de la decoración, por el cuadro de *Madame X* o por la chica muerta.

La situación parecía provocarle una extraña indiferencia, como si aquello le ocurriera todos los días y esperase que ellas lo vieran de la misma forma.

—Bryde me indicó dónde encontraros —comentó—. Dijo que os estabais muriendo y que viniera a toda prisa.

—¿Bryde el del Mercado de las Hadas? —preguntó Madox—. ¿El tipo del que hablaba todo el mundo?

Jordan se sacó de la boca un pelo largo que tenía una bola de pelusa enredada. Estar a punto de ahogarse llevaba aparejadas todo tipo de consecuencias desagradables.

—¿Y cómo sabe ese Bryde quiénes somos? —dijo.

Ronan empujó con el pie una horrorosa toalla de satén que debía de haber formado parte de la decoración del baño antes de que se inundase.

—¿Y a mí que me cuentas? Ni siquiera sé cómo sabe quién soy yo. Solo he hablado con él en sueños. Tal vez vuestra soñadora lo conociese allí también.

Jordan no sabía nada de eso; pero aunque tal cosa fuera posible, no creía que le hubiera ocurrido a Hennessy, que solo había soñado una docena de veces en otros tantos años.

Trinity apareció con una manta y la dejó en el suelo junto a Hennessy. Después de que la colocasen encima entre todas, Hennessy hizo una mueca.

—Poned… —Sus párpados se contrajeron—. Poned la alarma de mi teléfono.

—Está jodido —replicó Trinity—. Voy a meterlo en arroz.

—Aquí tienes —dijo June, tecleando en su propio teléfono antes de dejarlo sobre el pecho de Hennessy—. Veinte minutos.

Hennessy lo aferró con el ansia de una niña pequeña a la que devolvieran su juguete favorito. Mientras Trinity y Brooklyn agarraban los extremos de la manta para usarla a modo de camilla, Ronan se frotó la cabeza. Parecía perplejo. Recorrió con la mirada el pasillo, el cadáver de la chica y los restos de la decoración que habían conseguido escapar del baño junto a Hennessy y Jordan. Todo estaba empapado.

—Esto es una mierda como un piano.

Jordan estaba de acuerdo.

«Las ideas no se acaban —se dijo—. Solo tienes que abrir los ojos y se te ocurrirá otra. Vamos, Jordan».

Se puso en pie con esfuerzo. Se sentía tan inestable como un potrillo recién nacido; le parecía haber atravesado buceando un kilómetro de mar y no un simple cuarto de baño. Tenía la garganta tan áspera como si hubiera

estado chillando, no ahogándose. Aunque estar de pie frente a Ronan hacía que su mente se sintiera más fuerte, su cuerpo se resentía.

—Mira, tío, te lo agradecemos mucho. Pero no te tomes esto a mal: creo que deberías decirle a ese Bryde que se olvide de nuestra existencia.

—Tú… —empezó a decir Ronan, y se interrumpió al ver algo que le llamó la atención.

Se acercó y le dio la vuelta, y *La dama oscura* clavó en él su amarga mirada. Era la que menos dañada había quedado por el incidente; salvo por las gotas de agua que salpicaban su capa de barniz, estaba igual que antes.

—Me había parecido reconocer este cuadro —comentó Ronan—. ¿Qué cojones pasa aquí, como dicen los chavales? ¿Por qué se os ha ocurrido copiar esto?

Jordan, June y Madox se miraron entre ellas. «Pues sí», parecían decir, «por qué se nos habrá ocurrido».

June se giró hacia Jordan y la interrogó con la mirada. Jordan suspiró. Lo mejor que podían hacer era devolver el cuadro; no tenía sentido cargar a Declan Lynch con una copia cuando el original no les había servido de nada. Tampoco tenía sentido ocultarle que las demás habían robado el cuadro mientras ella quedaba con él. Nada de todo el maldito asunto tenía sentido ahora que *La dama oscura* había fracasado.

No, no tenía sentido…

Se le acababa de ocurrir una idea.

—¿De verdad eres un soñador competente?

Ronan enarcó una ceja.

—En realidad —reflexionó Jordan en voz alta—, ni siquiera sabemos si eres un soñador. Quizá deberías probárnoslo.

Él esbozó una sonrisa. Era una expresión afilada y duradera, algo conquistado con trabajo.

—Voy a necesitar un sitio seco en el que tumbarme —respondió.

46

Al día siguiente, en el trabajo, Declan decidió que se alegraba de no haber encontrado nada bajo el papel que cubría el dorso de *La dama oscura*. En realidad, había sido una suerte; le había impedido hacer tonterías. Se le había metido una idea en la cabeza hasta obsesionarlo y, empujado por ella, había pasado varias semanas asumiendo más y más riesgos: la llamada a medianoche, el viaje a Boston, la visita al Mercado de las Hadas… Una escalada de la que no había sido del todo consciente, con su sentido común atado y amordazado en el asiento de atrás. Si no hubiera tenido que parar, ¿hasta dónde habría llegado? Hasta un punto en el que algo se rompiese, seguramente. Un punto en el que todo lo que había hecho hasta el momento se echara a perder.

Al fin y al cabo, tenía los genes de un delincuente. Niall era un bastardo encantador que solo se sentía en su elemento cuando entraba y salía de las sombras a su antojo, y Declan no era tan tonto como para no darse cuenta de que a él también le gustaba actuar así. Definitivamente, se alegraba de no haber encontrado nada en el dorso del lienzo. Y de no haber pedido el número de Jordan; de ese modo, la pelota quedaba en el tejado de ella y él no tenía que resistir la tentación de llamarla.

Una suerte. Una auténtica suerte.

Las cosas habían vuelto a la normalidad.

—¿Cómo van esos dosieres, Declan? Tenemos que salir de aquí pitando —le dijo Fairlady Banks, la asistente personal del senador y una mujer bastante menos delicada de lo que sugería su nombre de pila.

Declan trabajaba como becario a tiempo parcial en el gabinete del senador Jim Rankin. En la práctica, esto significaba que se pasaba muchas horas cada semana en el Edificio Hart de oficinas del Senado, un lugar hecho de cuartos interiores, placas, luces fluorescentes, trajes de chaqueta, corbatas, trabajadores que caminaban de un lado a otro sin despegar los ojos de sus móviles y encargos de comida a domicilio recogidos en el vestíbulo por becarios como Declan.

Aquella mañana, Declan no estaba haciendo fotocopias, la tarea a la que dedicaba la mayor parte de su tiempo. La razón era que ya las había hecho —estaban tan recientes que aún se notaba el aroma dulzón de la tinta y el calor de la fotocopiadora—, y ahora estaba distribuyéndolas en montoncitos para graparlos. Consultó su reloj —Dios, le quedaba todo el día por delante; la jornada no había hecho más que empezar— y aventuró una respuesta que tal vez fuera del agrado de Fairlady.

—Diez minutos.

—Mejor ocho.

Declan asintió con la cabeza, y ella, satisfecha, siguió andando para llevar dos bandejas de zumos ecológicos de producción local a un carrito que la esperaba en el pasillo.

El senador iba a visitar esa mañana a un grupo de agricultores para sondear su opinión sobre la regulación del mercado agrícola, y era importante mostrar su solidaridad en la comida y la bebida que les ofreciera.

Declan no odiaba su trabajo. Eso era una ventaja, porque seguramente pasaría el resto de su vida haciendo cosas parecidas. Antes de que su padre muriera, había llegado a pensar que tal vez, algún día, pudiera añadir un título como «senador» o «congresista» delante de su nombre. Ahora se daba cuenta de que eso habría llamado la atención en exceso sobre su familia. Sin embargo, existía una multitud de trabajos discretos en la administración; trabajos aceptables, vivibles. Lo único que tenía que hacer era seguir interpretando aquella sutil danza que lo mantenía en un nivel de competencia suficiente para que lo contratasen, pero no para sobresalir entre sus compañeros.

Fairlady taconeó a su espalda, haciendo un rodeo en su camino hacia la siguiente bandeja de bebidas para recordarle que tenía seis minutos para terminar la tarea.

Declan siguió trabajando. Cuando saliese, pasaría por el instituto de Matthew para recogerle y luego irían a celebrar el cumpleaños de Ronan. El año anterior, Ronan se había regalado a sí mismo el derecho a dejar los estudios, arruinando todo el tiempo que Declan había gastado tratando de convencerle de que terminase la secundaria. Suspiró, rogando para sus adentros que este año su hermano no tuviese en mente ninguna tontería por el estilo.

Declan le había comprado un abono para ir al zoo, porque no se le ocurría nada más que regalarle a una persona que podía sacar lo que se le

antojase de sus sueños. Al menos, así tendría un plan agradable en perspectiva. Un plan tranquilo, ordinario.

Sí, todo había vuelto a la normalidad.

«Declan», le había dicho Jordan Hennessy mientras estaban en el museo, tan enigmática, abierta a la interpretación e inalcanzable como si ella misma fuera una obra de arte.

Había tenido que echar mano de todos sus recursos para conseguir la púrpura de tiro.

Recursos peligrosos, complicados; un juego de llamadas nocturnas a números sospechosos hasta encontrar a alguien dispuesto a cambiarle el pigmento por un reloj soñado de Niall que Declan tenía escondido en su armario desde hacía años.

Qué idiota había sido… ¿En qué estaría pensando? En nada, a decir verdad. Se había limitado a seguir sus deseos inconscientes. Aquella era la forma de funcionar de Ronan, no la suya.

La noche anterior había soñado con el mar, pero no era el mar de *La dama oscura*. Era como si su hechizo se hubiera roto junto con el papel que cubría su dorso. El océano con el que había soñado Declan no era la abrupta costa irlandesa, ni aquella playa prístina de Kerry que Aurora Lynch no podía haber conocido y Niall Lynch sí.

No: Declan había soñado que sus pies se hundían en la arena de una playa tropical. En aquel escenario paradisiaco, se había dedicado a echarse crema solar en los brazos sin terminar nunca de hacerlo, un bucle infinito en el que se echaba crema olorosa a coco en la palma de la mano y se frotaba con ella y se echaba crema olorosa a coco en la palma de la mano y se frotaba con ella y se echaba crema olorosa a coco en la palma de la mano y se frotaba con ella y…

Un sueño aburrido.

Pero mejor que el de la noche anterior. Mejor que el sueño en el que se veía en la costa arenosa de Kerry, aquella costa de *La dama oscura*, y se sentía contemplado, observado, expuesto, vigilado desde las altas rocas y el cielo. Mejor que el sueño en el que Declan se internaba en el agua traslúcida dando un paso y otro y otro y después empezaba a nadar y se sumergía, y buceaba hacia la profundidad hasta que el sol dejaba de penetrar en el agua y él se volvía invisible.

Si hubiera sido un soñador como Ronan, ¿se habría borrado al despertarse?

—David —dijo en tono brusco uno de los asistentes del senador.

Declan levantó la mirada, seguro de que se refería a él.

—Me llamo Declan —aclaró.

—Lo que sea. ¿Es tuyo ese móvil? Quítale el sonido; el senador va a empezar una conferencia telefónica que durará dos minutos. ¿Has terminado ya con los documentos? Nos marchamos en un momentito.

El teléfono de Declan se convulsionaba sobre un montón de clips. Miró quién llamaba: Instituto de Matthew.

Contestó, lanzándole una mirada de disculpa al asistente.

—Lynch. ¿Diga?

—Soy Barbara Cody, del Thomas Aquinas —dijo una voz femenina al otro lado de la línea—. Le llamo porque, una vez más, su hermano parece haberse ausentado del centro sin notificárselo a ninguno de los profesores.

«Una vez más…».

Aquellas tres palabras contenían media docena de historias, cada una de las cuales terminaba en el parque de Great Falls. Declan apretó la mandíbula y luego se forzó a relajarse.

—Muchas gracias por notificármelo —respondió en voz baja.

—Preferiríamos no tener que incluirlo en su expediente, pero…

En realidad, ya tendrían que haberlo registrado; ¿qué otro alumno podría haberse ausentado del instituto media docena de veces sin que hubiera consecuencias? Solo el radiante Matthew podía salir bien de aquello, claro. Matthew y sus pies inquietos e inocentes.

—Lo entiendo muy bien. Créame, estoy de su lado.

—Por favor, dígale que el orientador del centro querría hablar con él. Solo queremos ayudarle.

—Por supuesto.

Después de colgar, Declan se quedó inmóvil un momento. Se sentía como un traje de chaqueta puesto a secar.

—¡Lynch! —ladró Fairlady—. Ya han pasado nueve minutos. Tenemos la furgoneta en doble fila.

Para acudir a la cita de su cumpleaños, Ronan tenía que estar ya en algún lugar cercano a Washington D. C. Declan le llamó. El tono sonó y sonó y sonó y sonó y luego desembocó en el buzón de voz. Llamó otra vez. Y otra. Y otra. Y otra. Y otra. Y otra.

Llamar a Ronan era como lanzar dardos al océano: una vez cada cien años, quien le llamaba tenía la puñetera suerte de acertarle a un pez. El resto del tiempo se lo pasaba hambriento.

Le escribió un mensaje: «Llámame. Es por una cosa de Matthew».

—Lynch —dijo Fairlady.

Otro mensaje: «No puedo dejar el trabajo ahora».

—La furgoneta —insistió Fairlady.

Otro mensaje: «Por favor, ve a buscarlo a Great Falls».

—Ahora —le espetó Fairlady—. Y trae las acreditaciones.

«Mierda de mierda de mierda de mierda de mierda de mierda».

Por un momento, Declan se imaginó a sí mismo estrellando contra la pared el teléfono, los dosieres fotocopiados y el montón de clips, destrozando aquel lugar, escapando de su propia vida, sumergiéndose en el mar, desapareciendo.

Se metió el teléfono en un bolsillo de la americana, cargó con las fotocopias sujetándolas con la barbilla y dijo:

—Mi hermano menor tiene un problema de salud. Estoy intentando localizar a mi otro hermano para que se ocupe de ello.

—¿Por qué nunca he oído hablar de ese otro hermano? —repuso Fairlady.

La razón era simple: porque nunca había preguntado, y Declan no entregaba ni una sola verdad a no ser que se la sacaran de los puños cerrados. Porque no había nada más seguro que ser desconocido e inmutable.

Fairlady echó a andar. Al llegar a la puerta, giró la cabeza para mirar a Declan.

—¿Probabilidades de que tengas que ocuparte tú de ello?

—El cien por cien —contestó Declan.

Sí, las cosas habían vuelto a la normalidad.

47

Ronan se vio una vez más de pie en la playa de *La dama oscura*.

A sus espaldas se alzaba una escollera de rocas negras y desordenadas. La arena pálida se extendía bajo sus pies en ambas direcciones. Ante él se extendían las familiares aguas de color turquesa, las mismas que acababa de drenar del baño de la mansión McLean. Se estremeció. Hacía un frío húmedo y penetrante.

La voz de Bryde sonó en algún lugar alto, entre las rocas.

—Antes llovía más. La superficie de este planeta pelado estaba cuajada de árboles, esponjosa por los árboles. Estos cielos cada vez más despejados estaban enmarañados y vivos por la lluvia. Plateado, negro, violeta en lo alto; verde, negro, azul abajo. Tendrías que haberlo visto.

Ronan se arrodilló, hundió los dedos en la playa y la sintió. La sintió con todo su ser. La abrasión húmeda de la áspera arena, el remolino fresco del agua que brotaba más abajo, el picor que provocaba la arena en la sensible piel de sus muñecas al cabo de unos segundos… Aunque estaba lejos de su bosque, el hechizo de *La dama oscura* bastaba para invocar aquel paisaje con absoluta nitidez.

—Sé que los días de sol te inquietan —prosiguió Bryde—. Nunca lo dices en voz alta y apenas te permites pensarlo; al fin y al cabo, a todo el mundo le gustan los días soleados. Les encanta ver el cielo desnudo, con un sol de una blancura salvaje engastado en medio como una gema asesina. No les preocupa. Y, sin embargo, cuando se encadenan varios días lluviosos, se ponen lánguidos y vacilantes. Se les va la energía, la depresión empieza a mordisquearles el tuétano. Los días lluviosos no son para ellos. ¿Pero tú crees que a los árboles les disgustan los días de lluvia?

Ronan se enderezó y miró a su alrededor. Arena, rocas. Una pequeña cruz hecha de hojas de palma metida entre dos piedras, como la que podría haber hecho un niño para celebrar el Domingo de Ramos.

—Plantéatelo así: es como llenar una piscina y echar un pez dentro —continuó Bryde—. No se te ocurriría hacerlo porque nadie lo hace, pero imagínalo por un momento. El pez nada y nada tan feliz, con toda la

piscina para él. Y, ahora, imagina la misma piscina sin agua. Echas un pez. ¿Qué ocurre? Lo sabes muy bien, ¿a que sí? Por eso no hay nada tan feo como un cielo sin nubes. Si acaban con la lluvia, ¿qué será este mundo para nosotros? A veces me pongo a llorar pensando en todos esos árboles muertos, joder.

—Cállate —le espetó Ronan—. Estoy trabajando.

Se estaba esforzando por combinar en la mente su realidad del sueño y su realidad de la vigilia: mantenerse lo bastante consciente en el sueño para dar forma a lo que ocurriese en él, pero no tanto como para despertarse.

—Vaya, alguien quiere lucirse —respondió Bryde con ironía.

Ronan lo ignoró; no iba a dejarse provocar por alguien a quien ni siquiera veía.

Sí, quería lucirse. ¿Y qué?

Bryde se quedó callado mientras Ronan buscaba por la playa. No veía nada lo bastante impresionante como para que mereciera la pena sacarlo del sueño. Arena, rocas, algunas caracolas rotas cuando metió las manos en el agua helada… Recogió la cruz de hoja de palma, pero no era suficiente.

—Este es tu mundo —observó Bryde—. Los límites los pones tú.

Él y *La dama oscura*, en realidad. Cada vez que Ronan presionaba los contornos del sueño para cambiarlos, notaba que algo externo hacía fuerza para volver a aquel momento en la costa.

—Estoy demasiado lejos —dijo Ronan.

—Yo no te voy a ayudar —replicó Bryde—. No, cuando puedes hacerlo tú solo. Salta. Avanza. Tira la piedra. ¿Qué hay en la siguiente casilla? A estas alturas, supongo que conocerás el juego.

Ronan pensó en su cuerpo físico. Estaba tumbado boca arriba en un sillón, con los dedos abiertos sobre la chillona tapicería de lujo. Los dos cuadros se apoyaban en el mueble… Sí.

Bryde se echó a reír.

Se echó a *reír*. Sabía lo que iba a crear Ronan incluso antes de empezar.

Ronan empezó a escarbar en la arena con las manos, imaginando, recordando, proyectando la verdad de lo que quería con toda su fuerza de voluntad. Al cabo de un momento, sus dedos rozaron algo fino y duro. Redobló sus esfuerzos y excavó a toda prisa, deteniéndose solo para guardarse la cruz de palma bajo la camisa, donde no se aplastaría ni quedaría olvidada. Notó su contacto rasposo en la piel del pecho. Mejor; así estaba seguro de que no la olvidaría.

Cavó y cavó y cavó y cavó hasta desvelar su premio.

—Sobresaliente, joder —murmuró.

Estaba satisfecho de sí mismo. Muy satisfecho.

—Es propio de los reyes disfrutar de su trono —comentó Bryde con sequedad.

48

«Yo no tomo drogas —dijo una vez Salvador Dalí—. Yo soy una droga».

Ronan Lynch estaba desgarrando la mente de Jordan. En el preciso instante en que Ronan despertó en la mansión McLean, Jordan se dio cuenta de que jamás había creído realmente que Hennessy soñara con nada que no fuera ella misma. Ni siquiera estaba segura de haber creído —creído de verdad, con las tripas— que Hennessy soñase con nada, lo cual era ridículo. Obviamente, Jordan sabía que Hennessy había creado a las chicas que llevaban su cara. Pero nadie la había visto hacerlo jamás. Lo único que habían presenciado todas ellas era su propia creación: el momento de cobrar vida junto a una Hennessy paralizada y medio muerta. Nunca la habían visto dormirse y despertar con algo entre las manos.

Y, así, aunque vivía aquella verdad a diario, Jordan se asombró al darse cuenta de que nunca la había creído realmente.

Ya era media mañana. La luz descolorida entraba por los ventanales sucios de polen que ocupaban toda una pared, borrando las sombras y convirtiendo la sala en una muestra de arte moderno y deterioro urbano. En lo alto sonó el rumor de un avión que aterrizaba en Dulles, dando fe de que, a pesar de lo extraño de aquella noche, el resto de la ciudad continuaba con su vida de costumbre. Las chicas se habían congregado en la sala de estar, apiñadas en torno al Lexus amarillo como si fuese una hoguera. De vez en cuando, miraban el chillón sofá de brocado agujereado por las balas en el que se había tumbado Ronan Lynch. Su cabeza afeitada estaba encajonada en una esquina, y sus pies se cruzaban sobre el reposabrazos del otro lado. Mientras dormía, Jordan, que aún no había salido del todo de su episodio, lo examinó y trató de imaginar cómo lo pintaría. Las líneas angulosas y oscuras de su ropa; las líneas angulosas y pálidas de su piel; la inquietud tensa que siempre lo dominaba, incluso mientras dormía. «Su hermano y él harían un buen retrato», pensó Jordan.

Y, entonces, Ronan despertó sacando algo de su sueño.

Y verlo desgarró la mente de Jordan.

No es que hubiera despertado y de pronto apareciese algo junto a él. No es que el objeto soñado se dibujase paulatinamente en el espacio. No, no era tan fácil. Era más bien que, al despertar Ronan, el tiempo a su alrededor cambió, o la forma de experimentar el tiempo de quienes lo estaban mirando. Porque Jordan sabía —lo sabía, tenía una certeza lógica, académica, total— que Ronan no tenía nada en las manos mientras dormía tumbado en el sofá. Pero ahora sujetaba un paquete de buen tamaño, y la mente de Jordan pugnaba por convencerla de que el paquete siempre había estado ahí. De algún modo, la realidad se había corregido para permitir la presencia de algo que no existía un segundo antes, sin permitirle a Jordan la revelación de ver cómo aparecía.

—Uf, la leche —murmuró Trinity, y a Jordan le pareció una respuesta bastante adecuada.

Ronan tenía las rodillas sucias de arena. ¿Esa arena estaba allí antes? «Sí: siempre ha sido así», contestó una parte de la mente de Jordan. «No: recuerda que antes estaba tan empapado como tú», dijo la otra parte.

Era magia.

Jordan siempre había concebido la capacidad para soñar realidades de Hennessy como una enfermedad terminal. Ahora se daba cuenta de que también podía ser magia.

—¿Cuánto tiempo creéis que estará así? —preguntó Trinity inclinándose sobre Ronan.

Estaba paralizado, igual que Hennessy cuando salía de un sueño; al menos, esa consecuencia parecía ser universal. Madox agitó la mano delante de su cara.

—No seas cabrona —le dijo Jordan.

—Caramba —masculló June—. Jordan, ¿esto es lo que debería ocurrir? ¿Se supone que a Hennessy tendría que pasarle lo mismo? Mira. —Presionó con el índice la mano de Ronan y luego lo apartó. La piel regresó a su forma normal, flexible e intacta.

Jordan no podía responder a aquella pregunta. Solo disponían de dos ejemplos, lo cual no era ni remotamente suficiente para respaldar incuso la más chapucera de las teorías.

—A lo mejor puede enseñarle a Hennessy cómo hacerlo —comentó Trinity.

—Sí, claro: porque si hay algo que se le da bien a Hennessy es hacer lo que le dicen —repuso Madox con sorna.

—Quizá pueda soñar algo que la ayude —repuso Jordan—. Algo mejor que *La dama oscura*. Algo que funcione.

June se agachó sobre Ronan y empezó a levantar el paquete con cautela. De pronto, Ronan le dio una palmada en el dorso de la mano.

—Vete a tomar por culo, ¿quieres? —dijo, y luego se desperezó.

Todas las chicas se echaron a reír, en parte por la sorpresa y en parte por algo más, algo difícil de definir. Jordan se dio cuenta de que estaban expectantes. Optimistas. En aquel momento, se parecían más a ella que a Hennessy.

Jordan le estaba más agradecida a Ronan por aquella grieta de esperanza que por haber roto la puerta del baño. En aquella casa, la esperanza se había convertido en un bien de vida breve.

—Bienvenido —le dijo—. ¿Qué nos has traído hoy? ¿Me darás un premio si lo adivino?

Ronan le ofreció a Jordan el paquete envuelto en papel marrón, con cuidado de no derramar el zumo que June sostenía a su lado. Ella lo tomó y, tras echarle a Ronan una última mirada —era cierto que intuía lo que podía ser aquello—, desgarró el envoltorio.

Dentro había un lienzo con un familiar marco dorado.

En él aparecía una mujer con un vestido de color malva. Tenía los brazos en jarras y llevaba una americana echada sobre los hombros. Sus ojos se clavaban en el espectador con expresión desafiante.

Como la Mona Lisa tatuada de Jordan, el cuadro era una copia casi perfecta del original. Era *La dama oscura* —el lienzo que habían pasado horas y horas copiando para dar el cambiazo en el Mercado de las Hadas—, pero con la cara de Hennessy y sus tatuajes.

Era una falsificación habilidosa y perfecta, de tanta calidad como la que habían hecho ellas. No: era mejor, de hecho, porque rezumaba el mismo deseo magnético y sobrenatural que el cuadro original y que faltaba en la primera copia. Este cuadro no era una copia material de un sueño, sino el sueño de un sueño. Era perfecto. Más que perfecto.

Y aquel tipo lo había creado en media hora.

Jordan sabía que las otras estaban pensando lo mismo que ella, porque Trinity acababa de decir:

—A Jordan le llevó una eternidad hacer lo mismo.

Ronan se encogió de hombros.

—Tú podrías hacer en una noche cualquiera de las cosas que hacemos nosotras aquí —dijo June.

—¿A qué te dedicas durante el día, si no te queda nada que hacer? —preguntó Brooklyn.

Ronan sonrió de oreja a oreja. Qué chulería la de aquel tipo, qué arrogancia tan avasalladora. ¿Y por qué no? ¿Cómo sería vivir así, pudiendo conseguir cualquier cosa que se te antojase?

Incluyendo, quizá, salvar la vida de todas.

«Hay días —dijo Dalí en cierta ocasión—, en los que creo que voy a morir por una sobredosis de satisfacción».

—Tenemos que contarte una historia —dijo Jordan.

49

Parsifal Bauer había llegado al nivel máximo de «parsifalidad».

No le gustaban las manzanas del desayuno.

Según él, no sabían a nada. Farooq-Lane le preguntó si le parecían harinosas y él contestó que no, porque en ese caso al menos sabrían a harina. Le ofreció pedir otras y él dijo que ya no tenía hambre. También se negó a seguir mirando matrículas de BMW registrados en aquella zona porque, según él, la luz de la pantalla le cansaba los ojos. ¿Podría Farooq-Lane proporcionárselas en otro formato?, preguntó. La ropa le picaba, y se lo achacaba al detergente que había usado la lavandería del hotel. Había que lavarla otra vez, ahora con otro detergente. Algo que no contuviera ningún blanqueador, quizá. No, no podía salir con Farooq-Lane para comprar detergente; solo soportaba llevar puesto el albornoz, porque todo el resto de su ropa estaba sucio o estropeado por el detergente del hotel.

—Si pido ahora este detergente Spring Fresh, nos lo traen en una hora —sugirió Farooq-Lane buscando en su teléfono, la viva imagen del optimismo.

—Lo que me molesta no es el aroma —replicó Parsifal en tono cortante—. Lo que quiero es que no tenga blanqueadores.

Farooq-Lane obtuvo detergente. Envió la ropa de vuelta a la lavandería. Pero, ahora, el ventilador de la habitación hacía mucho ruido. ¿Podían cambiarse a otra?

De pronto, Farooq-Lane lo comprendió: Parsifal la estaba castigando por haber delatado a la anciana Zeta.

Al rato, Lock la telefoneó:

—Buen trabajo —dijo—. ¿Qué estáis haciendo ahora?

Ella fulminó a Parsifal con la mirada. Estaba sentado a los pies de su sofá cama, vestido solo con el albornoz y los zapatos. Su rostro permanecía inexpresivo tras las gafas.

—Esperar a que nos venga la inspiración —contestó. Se encajó los auriculares y se dirigió a la ventana para contemplar la vista de la ciudad, porque ya no soportaba mirar al chico.

—Nikolenko o Ramsay os visitarán para que les paséis la información de la Zeta que habéis localizado —indicó Lock.

—Ramsay no, por favor —repuso Farooq-Lane. Tampoco es que le apeteciera ver a Nikolenko, pero sabía bien a cuál de los dos prefería.

—Irá el que pueda liberarse de lo que tenemos ahora entre manos —contestó Lock, indiferente a la reticencia de ella—. De todos modos, creo que la agencia nos va a mandar refuerzos pronto, así que tal vez pueda enviar a los dos. Tengo el ojo puesto en un Zeta que parece prometedor; pídele a Bauer que esté atento cuando tenga alguna visión. Queremos asegurarnos de que…

Algo dio un tirón brusco a uno de los auriculares y lo sacó del oído. Farooq-Lane saltó del susto.

—No puedo llevar una ropa que huele así —dijo Parsifal.

—¡Parsifal! —estalló ella. Lock seguía hablando—. Espera. Estoy…

—No puedo vestirme con esto —insistió Parsifal.

Aquello empezaba a ser excesivo.

—Estoy al teléfono.

—Ya veo que estás ocupada —dijo Lock—. Ramsay te avisará cuando llegue a la ciudad.

Molesta, Farooq-Lane apagó el teléfono y se encaró con el chico. No olía a nada raro. A champú, quizá, y a ropa recién lavada.

—Hoy no hay quien te aguante, ¿sabes?

—¿Les dijiste que no la mataran?

Farooq-Lane empezaba a perder la paciencia. Se le agotaba por segundos, y muy pronto no le quedarían ni los restos.

—Oíste perfectamente lo que les dije. De todos modos, ¿cuánto poder crees que tengo en una situación como esta? Sabes tan bien como yo que casi ninguno de los Zetas que encontremos será el que buscan. ¿Por qué pisas ahora el freno?

Farooq-Lane ni siquiera sabía si se creía muchas de las cosas que estaba diciendo. Se veía forzada a hacer de abogada del diablo, y eso también la enfadaba. ¿Qué creía, en realidad? Creía que algo muy malo se aproximaba y creía saber más o menos de dónde venía. Creía que la mayor parte de la gente no tenía la oportunidad de mejorar el mundo. Creía que ella sí la tenía. Creía que, si no hacía aquello en ese momento, no sabría lo que hacer.

En lo más profundo de su fuero interno, también sabía que creer aquello no era suficiente, y eso la ponía más furiosa aún.

Parsifal empezaba a mostrarse muy agitado. Se retorcía las largas y nudosas manos y se encogía de hombros, definitivamente molesto con la ropa que llevaba. Farooq-Lane recordó que, en cierta ocasión, Ramsay le había dicho que ningún Visionario eran fiable del todo. «Están más del lado de los Zetas que del de los humanos —había dicho—; al fin y al cabo, tienen más cosas en común entre ellos». Además, había añadido, se pasaban el día entero soñando con los Zetas. No, no había que confiar en ellos. En ese momento, Farooq-Lane no le había hecho mucho caso; pero lo recordó ahora, viendo a Parsifal frotarse los brazos como si tuviera frío y cruzando los dedos de formas inverosímiles.

—La mejor forma de salvarla es encontrar al Zeta que sí que va a destruir el mundo. Y eso no lo puedes hacer en albornoz. Elige: o tienes otra visión o vienes conmigo a recorrer las calles en coche para ver si localizamos algo de la última que tuviste.

Parsifal no accedió. Simplemente, no se negó.

Ya en el coche, volvieron a pelearse por la música. Luego Parsifal exigió ir con la ventanilla bajada porque no aguantaba el olor del nuevo detergente. Tenía hambre. No le sonaba nada de lo que veía. Le estaban dando ganas de vomitar. No le gustaban las galletitas saladas que Farooq-Lane le había comprado para asentarle el estómago. Aunque tenía impresos todos los números de matrícula de BMW, ninguno le sonaba, y le mareaba mirarlos mientras iba en coche. No, no quería mirar un poquito por la ventanilla. Aquellas casas seguían sin sonarle. No, rodear una vez más las ruinas del hotel no serviría de nada. Necesitaba comprar una camisa nueva. Le hacía falta una que no le irritase la piel. No, no podía aguantarse un rato. Tenía que…

—Se acabó —le cortó Farooq-Lane—. Mira, chico: eres un terrorista.

Giró para meterse en el aparcamiento de una floristería y puso el coche en punto muerto. Él la miró con ojos vacunos.

—¿A ti te parece que yo quiero hacer esto? —le espetó Farooq-Lane —. Esta no es la vida que yo quería llevar, ¿sabes?

Él se quedó sentado en su actitud de siempre, tieso y envarado.

—¡Mi familia también ha muerto! —siguió ella—. ¡Pero eso no me da derecho a hacerle la vida imposible a todo el mundo!

Parsifal la miró sin decir nada. Por un momento, Farooq-Lane pensó que iba a decirle algo compasivo, algo poco propio de él. Pero, entonces, abrió la boca y dijo:

—Estoy muy cansado de ti.

—¿Que tú estás muy cansado de mí?

—Tu forma de conducir no me deja pensar. Me marea. Y tampoco puedo pensar mientras me hablas. Para reconocer algo de mi visión, no puedo estar a tu lado. Es excesivo. Eres demasiado tú todo el tiempo. Tus bebidas y tu pelo y tu ropa y tu voz y la forma en que te sientas con la mano apoyada en la pierna, como ahora, es demasiado. Me voy.

—¿Que te vas?

—Voy a volver andando al hotel —afirmó Parsifal desenchufando su teléfono del cargador—. Sí. Es mejor. Adiós.

—¿Adiós?

—Por ahora. *Bis später*.

Parsifal salió del coche y agarró la puerta con los diez dedos para cerrarla en silencio, algo que ella interpretó como otro comentario pasivo-agresivo sobre el ruido que ella hacía.

Farooq-Lane sintió que le hervía la sangre.

La muerte de su familia no la había enfadado. Los insultantes comentarios de Ramsay no la habían enfadado. La condescendencia con la que Nikolenko la trataba, como si fuera una niñita, tampoco la había enfadado. La conciencia de que matarían a aquella Zeta anciana e inofensiva tampoco la había enfadado. Los retrasos en los vuelos, las botas arruinadas, la mala comida, los conductores agresivos; nada de aquello conseguía enfadarla.

Pero ahora estaba fuera de sus casillas. Dejó escapar un sollozo de rabia y apretó la bocina, que sonó durante unos largos segundos. Al ver que un empleado de la floristería se asomaba alarmado al escaparate, Farooq-Lane se enderezó.

El empleado sacudió la cabeza y desapareció.

Parsifal también.

50

Así empezaba la historia: habría trece Hennessys y, luego, todo terminaría. Edición limitada y firmada por la artista, inacabada.

La decimotercera la mataría, le dijeron a Ronan, lo cual parecía adecuado. El trece era un número diabólico para una vida vivida diabólicamente. Le mostraron sus gargantas, sus tatuajes iguales. «Cuenta las flores», le dijeron. Había sitio para trece en total, trece bonitas rosas para crear una gargantilla letal. Dos más y morirían de un exceso de belleza.

Doce: aún sin nombre. Al principio era Hennessy quien las nombraba, le dijeron las chicas a Ronan. Pero, después de Alba, les dijo que eligiesen su propio hombre mirando en internet, porque ella no era su madre.

Once: sin nombre. Para siempre. En cierto modo, dijeron, había sido una suerte que Ronan ya conociese su secreto antes de llegar, porque les ahorró tener que inventarse una mentira para justificar que hubiera una chica muerta en el baño. La undécima chica no llegó a tener la oportunidad de elegir su propio nombre, ni de sentirse frustrada por tener que vivir la vida de otra media docena de chicas, ni de respirar aire.

Diez: Trinity. La dulce Trinity, de autoestima tan baja que a sus interlocutores les daban ganas de abrazarla o de quitarle la tontería a puñetazos. Hennessy la había soñado en el camino de entrada; estaba tan exhausta y había aguantado tanto sin soñar que había dejado un rastro negro desde el coche del que se había bajado a rastras hasta el tramo de camino donde perdió el sentido. Trinity había surgido a solo unos metros de ella, ya manchada de negro.

Nueve: Octavia. La amarga Octo, que odiaba a todas las demás. Hennessy estaba sola cuando la soñó a mucha distancia de las demás chicas, en el interior de un Challenger tuneado que acababa de robar. Normalmente, le dijeron las chicas a Ronan, Hennessy las avisaba cuando se disponía a soñar; y, si no, lo veían venir por ese… ¿Cómo dices que lo llamas? Sí, por el brotanoche. Aquella vez, sin embargo, Hennessy se lo había callado. Sin avisar, se había despistado, había robado un coche y había soñado una copia —en ese orden o en el opuesto, que también podía ser—. Jordan y June

habían tardado horas en encontrarla. Si Octo hubiera sido más amable con las demás chicas, ellas le habrían dicho qué pastillas podían mezclarse con el alcohol y cuáles no.

Ocho: Jota. Hennessy la odiaba. Cuando eligió ese nombre, Hennessy le exigió que lo cambiase. Lo hizo porque era el nombre de su madre, más o menos, le explicaron las chicas a Ronan. No nos acordamos bien de ella; Hennessy no la menciona casi nunca. «Yo me acuerdo de ella —dijo una de las chicas—. Al menos, eso creo». Ronan les preguntó si no tenían los mismos recuerdos que Hennessy, y ellas le respondieron que casi todos. El caso es que, tras una riña monumental con Hennessy, Jota se emborrachó tanto que perdió el sentido en la piscina y jamás se despertó. Brooklyn opinaba que Hennessy la había matado, pero Jordan replicó que, si Hennessy fuera capaz de matar a alguna de ellas, en ese momento estaría viviendo en un lujoso apartamento junto a un señor adinerado que la mantuviese.

Siete: Brooklyn. A veces parecía que las chicas estaban teñidas de lo que Hennessy estuviera sintiendo en el momento de soñarlas, aunque tal vez aquello fuera más un prejuicio que otra cosa. Cuando Brooklyn llegó al mundo, Hennessy estaba en una racha promiscua, consumiendo sin gran alegría parejas de cualquier género y compensando la falta de calidad con la cantidad. A su espalda se extendía un rastro de corazones destrozados. Fuera una cualidad innata o adquirida, lo cierto es que Brooklyn siempre estaba dispuesta a darle gusto al cuerpo.

Seis: Alba. Las chicas le dijeron a Ronan que no sabían cómo era el sueño que creaba las copias. Hennessy tenía que aparecer en él, obviamente, porque eso era lo que sacaba invariablemente. «¿Y siempre tiene el mismo sueño?», preguntó Ronan. «Sí». «¿Y no puede tenerlo sin producir una copia de sí misma?». «No. Por eso solo duerme en tramos de veinte minutos». «Creo que, si no logras dormir una noche seguida, terminas por morirte». «Sí —respondieron ellas—; eso tenemos entendido». Pero lo que había matado a Alba no era la privación de sueño, sino un accidente en el que había destrozado uno de los coches de Bill Dower antes de que se marchasen de su casa. La historia oficial era que Hennessy había salido del coche milagrosamente ilesa; y, en cierto sentido, era verdad.

Cinco: Farrah. La tonta de Farrah, dijeron las chicas. La muy boba se enamoró, y él… En fin. «¿Él no la correspondía?», supuso Ronan, y ellas se echaron a reír. La tonta de Farrah, repitieron. Él tenía unos cuarenta y cinco años y estaba casado, y ni siquiera sabía que Farrah era Farrah, porque para él era Hennessy. No había nada en Hennessy que atrajera un afecto real y

limpio. La historia jamás habría podido terminar con satén y caballos blancos, ni siquiera aunque Farrah fuese capaz de amar. Pero ninguna de ellas lo era, y Farrah debería saberlo. ¿Acaso no se había mirado al espejo?

Cuatro: Madox. A Hennessy casi la habían pillado soñando a Madox. Por aquel entonces, aún vivían con su padre; Bob Dower acababa de empezar a salir con su nueva novia/futura mujer, y las chicas estaban furiosas. De hecho, estaban furiosas por todo: por haberse mudado de Londres a Pennsylvania, por haber entrado en la pubertad, por ser tres chicas que tenían que vivir como una sola, por el mal humor constante producido por la falta de sueño y la dificultad de lograr unos pechos decentes en ese estado de fatiga… Hennessy, que tenía la gripe, se quedó dormida en un sofá, manchó de sangre sus vaqueros favoritos y creó a Madox, todo de golpe. Para distraer la atención de los demás habitantes de la casa, June tuvo que ir a la cocina y romper la urna que contenía las cenizas del padre de Bob Dower. Así que Madox había nacido enfadada; ¿a quién no le habría ocurrido lo mismo?

Tres: June. La pobre June. Para Hennessy, siempre estaría manchada por haber sido la copia que le demostró que aquello era un fenómeno recurrente. Aunque, en el fondo, Hennessy ya lo sabía; de hecho, después de la primera vez había empezado a usar la alarma para despertarse cada veinte minutos. Le había llevado años joderlo todo por primera vez, y June era su castigo.

Dos: Jordan. La primera siempre sería un milagro y una maldición. Las chicas no sabían exactamente cuánto tiempo había pasado entre la muerte de Jota y la aparición de Jordan, pero había sido cuestión de días. Tanto era así que Hennessy le había pedido a Jordan que fuese al funeral por ella, y Jordan había accedido. «¿No quiso ir al funeral de su propia madre?», se asombró Ronan. «Parece que no te haces idea de los sentimientos de Hennessy hacia Jota», le respondieron las chicas. De todos modos, a Jordan no le importó. Jordan haría lo que fuera por Hennessy, y viceversa. Al fin y al cabo, siempre habían sido básicamente la misma persona.

Una: Hennessy. ¿Quién podría aventurar dónde estaría Jordan Hennessy si no hubiera empezado a multiplicarse o si Jota no hubiera muerto? En aquel momento, podría haber una versión de ella en la facultad de bellas artes. O una versión que fuera demasiado buena para estudiar bellas artes y ya hubiera escapado de allí para establecerse en un estudio de Londres rebosante de cámaras y personajes famosos. O una versión que creyera en el amor, o que se implicara realmente en algo, o que durmiera ocho horas cada noche. O tal vez no. Después de todo, ahí estaba el ejemplo de J. H. Hennessy: tal vez fuera mejor limitarse a derramar un vaso de vodka sobre su tumba y aceptar que su

corazón siempre había bombeado veneno. Las chicas hicieron entrechocar sus vasos y asintieron con pesar.

Tal vez todas las versiones de Jordan Hennessy hubieran nacido para morir.

Cuando las chicas terminaron de contarle su historia, Ronan se abstuvo de decirles lo que pensaba. Era esto: Jordan Hennessy mentía.

Ronan no sabía por qué lo hacía e ignoraba el alcance real de sus mentiras, pero había convivido con Declan el tiempo suficiente para reconocer a un mentiroso cuando lo veía. Y Jordan lo era.

Lo que la estaba matando no eran las copias.

Ronan ya había soñado una copia de sí mismo en una ocasión. Había sido un accidente. Fue cuando ya controlaba bien sus sueños, pero aún no controlaba su vida, una noche en que había tratado de abarcar demasiado de una vez. Tenía algo importante entre manos: llevaba tiempo reuniendo pruebas para destruir la reputación del hombre que había mandado matar a Niall Lynch, de forma que no pudiera continuar persiguiendo al resto de su familia. Había elaborado una lista de trapos sucios que quería obtener en sus sueños: documentos, fotos y dispositivos electrónicos. Las fotos debían ser detalladas y repugnantes. El proceso para hacerse con algunos de los materiales había sido particularmente desagradable; así como algunos habían aparecido sin más —solo con un empujoncito de su subconsciente, con el deseo de tenerlos en la mano—, las fotos se le resistían. Cada vez que las sacaba del sueño, estaban en blanco. La única forma de obtenerlas era recrear la escena en el sueño y hacerle una foto con su teléfono.

Las imágenes debían ser espantosas. Espeluznantes. Chantajear a alguien con la influencia de Colin Greenmantle requería algo más que las típicas fotos de infidelidades. Ronan necesitaba algo que incluyera horrores físicos y juventud. Necesitaba traer de vuelta un trozo de cuerpo metido en un sobre. Necesitaba fotos que probasen la premeditación.

Y para manifestar todo aquello, debía vivirlo.

Después de aquello, Ronan se sintió como si no pudiera volver a estar limpio jamás.

Ya durante el sueño había sentido asco de sí mismo, y aquella repugnancia, aquella vergüenza, abrió la puerta a los viejos enemigos de Ronan: los horrores nocturnos. Sus horrores nocturnos se parecían mucho a

las cosas que a Ronan le gustaba soñar —seres con alas, con pico, con garras —, pero había una diferencia fundamental: estos le odiaban.

Los horrores nocturnos se habían lanzado sobre él justo en el momento en que recogía las nauseabundas pruebas que había creado y se preparaba para despertar con ellas. Solo había dos opciones: despertar con las manos vacías y empezar el proceso desde cero… o darles algo que los distrajera mientras él despertaba con su cargamento.

De modo que le pidió al sueño que crease otro Ronan, y el sueño respondió con tanta prontitud como si hubiera estado esperando a que se lo pidiera.

Los horrores nocturnos cayeron sobre él.

Ronan recordaba haberse visto desde fuera mientras las criaturas lo atacaban. Su copia reaccionó exactamente como hubiera hecho él: los sonidos que hacía, la forma de doblarse sobre sí mismo, las manos engarfiadas… El doble miró a Ronan y entendió al instante por qué lo había hecho, de la misma forma en que Ronan lo habría comprendido.

—Sal de una puta vez —gruñó el otro Ronan con su misma voz—. No dejes que esto sea para na…

Ronan despertó.

Lo hizo cargado de fotos repulsivas, documentos y dispositivos electrónicos. Y, a su lado, sobre la moqueta, había otro Ronan Lynch ensangrentado, jadeante, retorcido hasta casi partirse, con la columna vertebral convertida en una horrible montaña rusa y la mano pegada a una herida en el cuello que jamás se cerraría.

Había tardado tanto en morir…

Aquello fue una de las peores cosas que Ronan vio en su vida.

Y, sin embargo, no había tenido ningún coste físico para él.

Lo que estaba acabando con Hennessy no era soñar sus copias. Por lo tanto, o bien fingía que estaba moribunda, o bien era otra cosa lo que la estaba matando.

Pero Ronan no comentó nada de aquello a las demás; lo único que dijo fue que necesitaba hablar con Hennessy en persona. Una de las chicas —Ronan no lograba diferenciar a ninguna salvo a Jordan y June— le avisó:

—Ahora mismo, o está dormida o está echando pestes.

—Me arriesgaré —respondió Ronan.

Las chicas lo condujeron a un dormitorio que tenía persianas, lo cual, presumiblemente, era la razón por la que Hennessy lo había elegido. Estaban bajadas, dando al cuarto la peculiar luz gris de una estancia cerrada en pleno

día. Cuando Ronan entró, todo estaba en silencio. Como todas las estancias de la casa, el cuarto era enorme y chabacano. Durante su estancia en Aglionby y su amistad con Gansey, Ronan se había acostumbrado a ver muestras de riqueza; sin embargo, jamás había visto nada así. Los alféizares de las ventanas estaban forrados de satén acolchado, como pequeños divanes. El suelo estaba adornado con tres alfombras de piel de cebra, repartidas por la esponjosa moqueta blanca. En un extremo, varias voluptuosas mujeres de mármol vertían agua en unos canales que parecían desembocar en el baño adjunto; el agua estancada tenía un tono gris sucio. En cuanto a la cama, estaba encaramada a un pedestal también de mármol, con escalones en los tres lados accesibles. Apenas tenía ropa de cama; lo único que había eran dos edredones sobre el colchón almohadillado.

Hennessy era un borrón oscuro dentro de aquel nido sin forma definida.

No estaba ni dormida ni echando pestes: estaba llorando en voz baja con una especie de gemidos astillados por el dolor. Se cubría la boca con una mano, como si no quisiera que la oyese ni siquiera la habitación desierta.

Ronan se detuvo sin saber si ella lo había oído entrar.

—¿Estás haciendo teatro? —le preguntó.

El llanto se detuvo.

Hennessy abrió los párpados y lo miró. Sus ojos eran oscuros, inteligentes, escépticos.

—Vengo solo —aclaró Ronan—. Tus chicas están en el salón. Así que, si es teatro, te lo puedes ahorrar.

Hennessy se incorporó en la cama. Parecía costarle un gran esfuerzo moverse y, más aún, hacerlo sin gemir. Cuando estuvo sentada, se concedió un momento para reponerse. No parecía enfadada por la acusación de Ronan; si acaso, parecía impresionada para bien.

—¿Por qué estamos hablando? —preguntó.

Ronan le ofreció la cruz de hojas de palma que había extraído del sueño de *La dama oscura*, y los dedos de Hennessy temblaron al agarrarla. Sus nudillos estaban blancos por la tensión. Sin decir nada, rozó con la yema del pulgar la hebra que ataba los dos brazos de la cruz.

—Sabía que tenía que haber algún otro —comentó con voz baja y quebradiza—. Pura estadística… Y aquí estás. He matado a la última, ¿verdad? La he ahogado.

Ronan le sostuvo la mirada. Ella asintió con gesto amargo.

—Y, luego —prosiguió con acidez—, tú les has mostrado tus habilidades. ¿Se han quedado impresionadas?

Él se encogió levemente de hombros. «¿Quién no lo estaría?», parecía decir el gesto.

—Pero no has ahogado a ninguna con el agua de ese mar —remarcó Hennessy—, porque tú, a diferencia de mí, sabes soñar. Se te da bien.

Ronan volvió a encogerse de hombros.

—Y ahora te han enviado aquí para que me salves —supuso Hennessy.

—Sé que les estás mintiendo; lo que no sé es la razón —replicó Ronan—. ¿Es que quieres machacarlas? ¿Te gusta hacer que se sientan culpables?

—Mis pobres chicas —murmuró Hennessy.

Se llevó una mano al tatuaje de su garganta y lo palpó con delicadeza. Tenía una flor más que las otras chicas, y la nueva era de un color algo más vivo. Cuando la rozó, Ronan vio que asomaban gotitas de sangre a la piel; no solo en el contorno del tatuaje aún fresco, sino en toda la garganta y las mejillas, como si su piel fuera permeable. Se le pusieron los ojos en blanco.

Aquello no era mentira.

Hennessy se desplomó hacia el borde de la cama, y Ronan se acercó de un salto para sujetarla. Mientras volvía a apoyar su espalda en el cabecero, ella pareció volver en sí. De tan cerca, era obvio que el edredón de debajo estaba manchado de sangre. No muchísima, pero sí bastante.

El teléfono reposaba boca arriba en el colchón. La pantalla mostraba un temporizador.

Once minutos.

Incluso en aquellas circunstancias, Hennessy se preocupaba de no soñar.

—Entonces, es verdad que te hace daño —constató Ronan.

Tal vez se hubiera equivocado; quizá la experiencia que él había tenido con su copia no fuese universal. Quizá copiarse a uno mismo en más de una ocasión conllevase un coste que él no había experimentado, aunque no le veía la lógica a aquello. Quizá…

—Esa parte es cierta —asintió Hennessy—. Es verdad que me estoy muriendo.

Ronan se dirigió al baño para buscar una toalla. El cuarto no tenía ventanas y todas las bombillas se habían fundido, de modo que tuvo que contentarse con un rollo de papel que distinguió a la escasa luz que entraba desde el dormitorio.

Se lo ofreció a Hennessy y ella empezó a arrancar trozos para secar su extraña piel sanguinolenta.

—Te estás muriendo, pero no es por las copias —resumió Ronan—. Entonces, ¿a qué viene que las mandases a buscar *La dama oscura*?

—No son las copias: lo que me está matando es el propio sueño.

—No puede ser.

—Sí, Ronan Lynch —replicó Hennessy—. Vas a tener que confiar en mi palabra. Esa es la verdad. Si pudiera cambiar mi sueño, no estaría así.

—Pero el cuadro cambió tu sueño. Soñaste con el mar.

—Soñé con el maldito mar y con el mismo sueño que tengo siempre —repuso Hennessy—. Y mírame: otro pasito más hacia la muerte.

Ronan reflexionó por un momento.

—Pero si no son las copias lo que te está matando, ¿cómo puedes saber cuánto te queda?

Ella señaló la gargantilla de flores que casi le rodeaba el cuello, con cuidado de no tocarla.

—Aquí tengo la cuenta atrás. ¿No lo ves?

«No es tan fácil como crees», había dicho Bryde.

Ronan frunció el ceño y trató de imaginar algo que pudiera soñar para alterar de forma significativa los sueños de ella. Pero el hechizo de *La dama oscura* era fuerte; si el sueño recurrente de Hennessy había logrado imponerse incluso al mar del cuadro, Ronan necesitaría algo de una potencia inusitada. Y si en su cuello no quedaba espacio para más que dos flores, no había margen de error… Tal vez pudiera soñar algo que se comiese los sueños según Hennessy los fuera teniendo. Pero manejar sueños tan abstractos como ese era difícil; a menudo tenían efectos secundarios inesperados, como los deseos que se concedían en los cuentos de hadas. Ronan no quería crear algo que se comiera tanto los sueños de Hennessy como sus pensamientos o que devorase sus sueños en curso y luego sus sueños vivientes. Quizá…

—Ronan… Te llamas Ronan, ¿verdad? Ronan Lynch —dijo Hennessy sacándolo de su ensimismamiento—. Hermano de Declan Lynch e hijo de Niall Lynch, ¿no es eso? Sí, eso pensaba yo. Mira, Ronan, te voy a dar un buen pedazo de queso cheddar para que lo masques. Veo que me miras y te preguntas cómo solucionar lo mío. Me miras y piensas que eres un soñador de primera —lo señaló con la cruz de hojas— y que lo puedes conseguir. Calculas cómo hacer que la cosa funcione antes de que yo la palme. Pero hay algo que tal vez no sepas, Ronan Lynch. Yo he matado a mucha gente. Si supieras la cantidad de sangre que tengo en las manos, no te lo podrías creer. Has visto a mis chicas; su sangre manchará también mis manos cuando yo muera. Y eso no puedo cambiarlo. Sin embargo, sí que puedo impedir que tu sangre me manche. Sal de este maldito lugar mientras aún puedes hacerlo.

—En realidad, yo no te preocupo. Me acabas de conocer —replicó Ronan, y los ojos de ella destellaron—. Así que no puede importarte si me pasa algo o no —concluyó.

La alarma del teléfono saltó, y Hennessy la apagó y reinició el temporizador con gesto ausente. Veinte minutos… ¿Quién podía vivir así? Aquella mujer tenía que estar cansada cada minuto de cada día de su vida. Debía de vivir como una sonámbula. A Ronan nada lograba afectarle cuando no había dormido, porque nada le parecía real.

Y la vida de ella había sido así cada minuto de cada día de cada semana de cada mes de cada año.

Las chicas decían que a Hennessy no le importaba nada.

¿Cómo iba a importarle?

—De modo —prosiguió Ronan— que si quieres que me vaya es por ti y no por mí. ¿De qué tienes miedo? ¿Cómo es ese sueño que te está matando?

En ese momento, ya no quedaba rastro de la estrella del *rock* felina y caprichosa que las demás chicas habían descrito en sus historias. Fuera lo que fuese lo que la perseguía, se cernía sobre ella, más grande y oscuro que las ganas de impresionar a Ronan. Hennessy trataba de esconderse, y a Ronan aquella cobardía le pareció mucho más respetable que las mentiras. Hacía falta tiempo para enfrentarse a según qué cosas.

—Si no se lo he contado a ellas en diez años —dijo Hennessy—, ni de coña te lo voy a soltar ahora a ti.

51

Porque Ronan no contestaba al teléfono, porque las cosas habían vuelto a la normalidad, porque al final siempre era Declan el responsable de todo, tuvo que ir él mismo al parque de Great Falls.

Era un día despejado, demasiado luminoso y cálido para ser noviembre en Virginia. El cielo era de un azul borroso, casi enfermizo. Declan recorrió la familiar ruta del canal esquivando paseantes, algunos de la zona y otros de fuera. En sus bolsillos había diez dólares menos por la tarifa del aparcamiento; ya ni sabía cuánto dinero llevaba gastado yendo allí por culpa de Matthew. Los turistas le miraban de reojo al pasar. El traje de chaqueta que lo hacía invisible en la ciudad llamaba la atención de todos allí.

Matthew no estaba en el primer mirador, y tampoco en el segundo ni en el tercero. Lo único que había eran personas mayores paseando a sus perros y turistas parlanchines que le pedían a Declan que les sacara fotos.

El paseo del canal se hacía larguísimo cuando había que buscar a alguien que tenía que estar en algún punto del recorrido. En ocasiones anteriores, Declan había tenido que caminar hasta una hora para encontrar a Matthew. Ahora no disponía de tanto tiempo; aunque su jornada laboral estaba arruinada, tal vez aún pudiera llegar a la reunión con su tutor y, después, tenía que hacer sus horas de voluntariado en la galería.

—¿Puedes hacer una foto? —le preguntó una señora con acento extranjero—. De nosotros.

—En este momento, no puedo —respondió Declan—. Estoy buscando a mi hermano.

La señora se interesó por su problema.

—¿Tienes una foto de él?

Sí, la tenía.

—Un chico muy guapo —comentó la amiga de la señora.

—Lo he visto —dijo la señora—. En el mirador número uno. El uno. Estaba mirando la cascada muy tranquilo. ¿Ahora puedes hacer una foto?

Declan la hizo y luego volvió al Mirador Uno. Matthew seguía sin estar allí; de hecho, no había nadie. Se quedó apoyado en la barandilla tanto tiempo que tuvo que escribir a su tutor para pedirle que cambiara la cita una vez más. Cambiar varias veces una reunión no era bueno; no era invisible. La cascada rugía. La hojarasca crujía. Los paseantes hablaban en el sendero de abajo. Declan se tragó tres antiácidos y se echó una pequeña charla para animarse a sí mismo. Sí, se dijo, estaba fallando como becario y como estudiante, pero al menos había logrado pastorear a Ronan hasta un nuevo cumpleaños sin que le pasara nada. Y en un mes habría conseguido llevar a Matthew hasta los dieciocho, con lo que todos los hermanos Lynch habrían sobrevivido hasta la mayoría de edad. Aquello no era poca cosa.

Mientras contemplaba el paisaje, le llamó la atención una forma oscura que había entre los árboles más próximos. Lo estudió durante un largo minuto tratando de distinguir si era un montón de hojas secas u otra cosa. Luego subió por la ladera boscosa para verlo más de cerca, notando cómo la maleza le tiraba de los bajos de los pantalones.

Era el maldito pájaro de Ronan.

Era Sierra. Podría ser otro cuervo, por supuesto; ¿pero qué probabilidades había de que un cuervo normal estuviera justamente allí, en el lugar donde iba el otro sueño de Ronan para contemplar el agua? Declan echó un vistazo a su espalda para asegurarse de que no lo miraba ningún turista y se acercó un poco más, apoyándose en los troncos para no resbalar; en aquel lugar, la ladera se precipitaba directamente sobre el río.

—Bicho —siseó—. Sierra —insistió al ver que no había respuesta.

De pronto, advirtió algo más en las ramas de alrededor: varias polillas azules que se agitaban, un montoncito de avispas negras como el carbón, dos ratones, una mofeta de colores improbables y uno de aquellos condenados cangrejos asesinos de dos caras que Declan había tenido que sacar del dormitorio de Adam Parrish.

Una reunión de sueños de Ronan a la orilla del río.

Declan entrecerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás para examinar aquellas criaturas. No hubiera sabido decir si las avispas, las polillas o el cangrejo asesino se encontraban bien; sin embargo, era evidente que los ratones y la mofeta estaban tan perturbados como Sierra.

De lo cual podía deducirse que Matthew estaba igual.

Declan registró la ladera trazando círculos cada vez más amplios, con cuidado de no perder pie en la rocosa pendiente. El Potomac rugía allá abajo.

No tardó mucho en atisbar un manchurrón blanco: la camisa del uniforme de Matthew. Declan apuró el paso, resbaló y se aferró a un árbol justo a tiempo. Los últimos metros los recorrió con calma.

Matthew estaba sentado en el borde de un peñasco cubierto de liquen, abrazándose las piernas. Tenía la mirada fija en el agua. Sus labios estaban entreabiertos, y su respiración era tan rápida y superficial como la de Sierra. Parecía ido, febril.

«Mierda, papá», pensó Declan, porque quería demasiado a Matthew para culpar a Ronan por haberlo creado. El único al que podía culpar era a Niall por no haberles explicado jamás las reglas que regían los sueños.

Se arrodilló junto a Matthew y le apoyó una mano en la mejilla. A pesar de su aspecto, no parecía tener fiebre.

—Matthew —dijo.

—Esperé —respondió Matthew.

—Me llamaron del instituto.

—Estaba cansado —dijo Matthew.

—La gente cansada se duerme.

—Pues entonces estaba hambriento.

—La gente hambrienta come.

Matthew apoyó todo su peso en Declan, como hacía cuando era pequeño. Declan no era una persona especialmente achuchable; pero eso a Matthew nunca le había importado, de modo que lo achuchó.

—Tenía hambre de esto —murmuró luego.

Del río. Lo mismo que anhelaba siempre: el río.

«Mierda», pensó Declan con tanto fervor como si fuera una oración.

—Vamos —dijo mientras ayudaba a Matthew a incorporarse—. Hemos quedado con Ronan para celebrar su cumpleaños.

—Se me había olvidado —respondió Matthew con un vago asombro. Luego murmuró algo más, pero su voz se apagó antes de que fuera comprensible.

Mientras regresaban por la empinada ladera, Declan se detuvo junto al cuervo de Ronan. No le parecía adecuado dejarlo allí, pero tampoco sabía bien cómo manejarlo; Sierra era una criatura demasiado polvorienta para su gusto, sobre todo si iba vestido con su traje de trabajo. Reflexionó por un momento, debatiéndose entre su reticencia a tocar un bicho tan sucio, su enfado con Ronan por no haber contestado al teléfono y su conciencia de lo mucho que le dolería a Ronan si le pasaba algo a su cuervo.

—No puedo creer que se me haya olvidado —dijo Matthew.

Declan lo miró: se apretaba el pulgar de una mano con los dedos de la otra y, luego, cambiaba de mano en un gesto inconsciente.

—No entiendo cómo se me ha podido olvidar el cumpleaños de Ronan —insistió.

Declan tomó por fin una decisión. Estiró el brazo y golpeó suavemente las patas del cuervo hasta que este se dejó caer con un aleteo en sus brazos. Se quedó allí, con las alas levemente torcidas y el pico entreabierto.

—¿Qué les ocurre? —preguntó Matthew, y algo en su voz hizo que Declan se girase bruscamente para mirarlo.

Matthew tenía una expresión muy poco propia de él: ojos en tensión, ceño fruncido. Parecía intenso, reflexivo. Sus azules ojos de Lynch se clavaban en algo que había a la espalda de Declan: el lugar donde dormitaban las demás criaturas soñadas.

«Joder», pensó Declan. Jamás había creído que llegaría ese momento.

Se había quedado sin hoja de ruta.

—Les pasa lo mismo que a mí —murmuró Matthew.

«Mierda, papá», se dijo Declan una vez más.

—Si yo fuera de papá, estaría dormido —dedujo Matthew—. Así que debo de ser uno de los de Ronan.

52

St. Eithne era una iglesia muy curiosa.

Todo en ella era pequeño y verde. Los ventanucos de la entrada tenían postigos verdes, y se entraba en ella por una puertecilla verde. En el gastado suelo del vestíbulo había alfombrillas verdes, y los muros estaban adornados con banderolas verdes que decían ST. EITHNE 1924. En el interior, los pequeños reclinatorios tenían almohadillas de color verde oscuro, y las estrechas vidrieras mostraban escenas del viacrucis en tonos aguamarina. Había una pequeña imagen de la Virgen, teñida de verde por las vidrieras; un pequeño Jesús tras el altar, sangriento y descolorido salvo por su verde corona de espinas; y una pequeña cúpula pintada de verde reinaba en lo alto.

Ronan tenía los dedos metidos en una pila de verdosa agua bendita cuando Declan le aferró el brazo.

—¿Dónde estabas? —siseó.

—Eh, menos humos, tú —dijo Ronan.

Acababa de distinguir los rizos rubios de Matthew en el primer banco de la iglesia, pero Declan lo obligó a retroceder hacia la entrada.

—¿Qué pasa, que no te has tomado hoy tus pastillas? —dijo Ronan—. Aquí hay alguien que no ha felicitado a alguien, por cierto.

—Felicidades —casi escupió Declan.

Ronan miró alrededor, sorprendido por el volumen con el que le había respondido Declan. El lugar parecía desierto. No parecía que aquella iglesia construida para sirenitas verdes tuviera mucho poder de convocatoria en un día de diario, en plena hora punta. Los domingos, cuando solían acudir Ronan y sus hermanos, estaba siempre llena de ancianitas y ancianitos con el pelo teñido de verde por la luz de las vidrieras, presididos por el viejo padre O'Hanlon y su sotana verdosa, tan impregnada de olor a sobaco que seguramente se sostendría sola. Cada vez que Ronan se confesaba, se pasaba el tiempo tratando de decidir si confesarle al padre O'Hanlon lo pestilente que era ese rato.

—¿Dónde demonios estabas? —repitió Declan.

Ronan no quería mentir, de modo que respondió con una media verdad.

—Vino Adam.

—¿Hoy?

—Se marchó hoy, sí.

—Me hacías falta —dijo Declan—. Tenía un problema urgente.

—¿Necesitabas ir al zoo con urgencia?

—¿Pero es que ni siquiera leíste los mensajes que te mandé? ¿Has escuchado tu buzón de voz?

Ronan sí que los había leído.

—Mira, estaba claro dónde iba a acabar Matthew. Siempre va a la cascada, al mismo sitio de la misma cascada. Mirador Uno, vaya al inicio, vuelva a empezar. Me dejé el teléfono en el coche, tío. Para de una puta vez, ¿quieres?

—Yo tenía que trabajar —respondió Declan—. Tenía reuniones. Todo esto ha propiciado una situación que me ha colocado en un punto difícil.

«Un "declanismo" de primera», pensó Ronan.

—Así que ha propiciado una situación —se burló.

—¿Se puede saber dónde estabas de verdad? —Al ver que Ronan se limitaba a enarcar una ceja, Declan bufó—: Vale, como quieras; no me lo digas. Seguro que estabas pasando olímpicamente de todo lo que te dije sobre no buscar problemas, porque eso es lo que te gusta hacer, ¿verdad? Yo trato de pasar inadvertido mientras tú sueñas un jodido avión que escribe en el cielo «Matadme, por favor».

—Contigo en la iglesia, no hace falta el cura para echar un sermón. Bueno, qué, ¿vamos al zoo por fin?

Para sorpresa de Ronan, Declan lo agarró de los brazos y lo llevó casi en vilo hasta la puerta de la iglesia. Ronan notó cómo los dedos de su hermano mayor se le hincaban en la piel. Aunque hacía muchos años que los dos no se pegaban, revivió la sensación al sentir la presión con que lo aferraba su hermano.

—¿Ves ese chaval de ahí? —siseó Declan en su oído—. Ese, el que está con la cabeza gacha. Tu hermano pequeño. Te suena, ¿verdad? No sé dónde demonios estarías metido; pero, mientras estabas allí, ese chaval juntó todas las piezas. Mientras tú andabas por ahí haciendo lo que te salía de las narices, él adivinó que fuiste tú quien lo soñó. Así que la respuesta es no: ni de coña vamos a ir al zoo.

Declan lo soltó con tal fuerza que fue como si lo lanzara a la pared.

—Voy al coche para ver si puedo apagar unos fuegos —masculló—. Tú ve a hablar con él, míralo a los ojos y hazte el gracioso, si te quedan ganas.

Ronan se asomó y contempló a su hermano menor, sentado al otro lado de la pequeña nave verde. Ahora se daba cuenta de que su postura no era nada propia de él. Cabeza gacha, manos enlazadas tras la nuca.

Volvió la cabeza, pero Declan ya se había esfumado.

Avanzó sin hacer ruido por el pasillo central. Al llegar frente al altar, hizo la señal de la cruz y se deslizó en el banco junto a Matthew.

—Hola, chico —dijo.

Matthew se quedó inmóvil.

Ronan apoyó una mano en sus espesos rizos y lo despeinó.

—¿Quieres hablar o no?

Matthew se quedó callado. Ronan apoyó su hombro contra el de Matthew, como había hecho tantas veces, y trató de imaginar qué necesitaba su hermano de él en ese momento. Un abrazo, quizá. A Matthew siempre le venía bien un abrazo.

Pero Matthew no se inmutó. No lloraba. No hacía nada. Matthew, que siempre estaba haciendo algo: trastear, hablar, reírse, caerse, volverse a levantar, cantar…

Ahora no hacía nada en absoluto.

Lo único que rompía el silencio de la iglesia eran los jadeos asmáticos de la vieja calefacción. Variaban en tono como los ronquidos humanos, un fenómeno que provocaba gran hilaridad en los dos hermanos Lynch menores durante las misas a las que habían asistido allí.

Ronan creyó sentir una ráfaga repentina de incienso, de agua salada: el aroma de una pequeña misa para sirenas verdes que se terminaba. «Podéis ir en paz». Pero Matthew no estaba ni mucho menos en paz.

—¿Qué quieres que te diga, chicarrón? —le preguntó.

—No quiero… —empezó a decir Matthew, y se interrumpió durante un largo momento—. Oírte decir nada… —prosiguió, y volvió a interrumpirse como si tuviera todas sus palabras metidas en un bote y necesitara mirar dentro para asegurarse de que le quedaban suficientes—. Porque ahora sé… —continuó, sonando muy distinto del Matthew habitual—. Que eres tan mentiroso como Declan.

Ronan sintió que las mejillas se le encendían. Que le ardían.

—Ya —dijo.

El calor empezaba a extenderse por el estómago, por las rodillas, por los muslos; era como una riada de algo semejante a la adrenalina, algo

familiar…

Vergüenza.

Se enderezó y se apoyó en el respaldo.

Los dos se quedaron sentados allí un rato largo, mientras la luz de las pequeñas vidrieras cambiaba lentamente.

No dijeron nada más.

53

A Jordan le daba la impresión de que estaba furiosa con Hennessy. A lo largo de su existencia se había enfadado por muy pocas cosas, y jamás con Hennessy.

Pero ahora lo sentía.

Era como si la esperanza fuera el oxígeno y la ira fuese la llama. Mientras Hennessy salía de su lamentable estado, no podía prender de verdad; pero esa noche, cuando Hennessy se recuperó lo bastante para ir con Jordan al taller de Senko, la furia de Jordan prendió y empezó a extenderse sin control ni remedio.

Normalmente a Jordan le gustaba visitar a Senko, a pesar de que solía hacerlo en momentos complicados. Jordan había visitado más estudios de artistas de los que veía una persona normal en toda su vida; pero, aun así, el garaje en el que trabajaba Senko era uno de los espacios creativos más satisfactorios que conocía. Y, en comparación con el espacio que Jordan compartía con Hennessy y las otras chicas, era un remanso de paz zen. El interior era luminoso y amplio, con el techo lo bastante alto para que cupieran tres elevadores de coches. Los elevadores —robustos, negros, diseñados para un propósito concreto— siempre parecían una instalación de arte contemporáneo, cada uno cargado con el cadáver de un coche de color chillón, con el capó abierto de par en par y algunas tripas oscuras goteando por debajo. El suelo de cemento, siempre escrupulosamente barrido, estaba manchado de goterones de aceite, restos de pintura en espray, marcas de neumáticos y un logo de color rojo sangre en el centro de la sala. Una de las paredes estaba forrada de estantes con piezas y recambios, miembros metálicos a la espera de ser integrados en los Frankensteins automovilísticos de arriba —¡Vive! ¡Vive!—. Frente al dinamómetro había un sofá de vinilo negro, barato pero chic. Otra de las paredes estaba cubierta de cuadros modernos y coloridos con motivos automovilísticos, regalos que Hennessy y las demás chicas le habían ido haciendo a Senko a lo largo de los meses. Solo quedaba un espacio libre. Estaba reservado para la contribución de Jordan.

Jordan se había jurado a sí misma que solo pintaría un original cuando pudiera vivir como una original.

Así que nunca lo haría.

«Estoy muy enfadada», se dijo con asombro. Así debía de sentirse Madox todo el tiempo. ¿Cómo lograría hacer nada? Dentro de Jordan no quedaba sitio para nada más.

En el lugar del taller donde normalmente habría habido una oficina estaba el salón de tatuaje de Senko. Allí era donde Hennessy y Jordan se encaminaban esa noche. Jordan no estaba segura de que aquello fuera del todo higiénico, pero Senko jamás había preguntado nada sobre el origen del Supra ni tampoco sobre el de Jordan. Y no resultaba especialmente fácil encontrar cinco tatuadores diferentes que hicieran una flor idéntica a cada una de las chicas cada vez que a Hennessy le aparecía una nueva.

—Otra flor —comentó Senko—. Quedan solo dos, ya casi hemos terminado.

Era el hombre más compacto que Jordan había visto en su vida, bajito pero esbelto, como alguien alto visto desde lejos. Su pelo, muy rizado, era de un marrón desvaído o quizá canoso. Jordan no tenía ni idea de cuál podía ser su edad. ¿Treinta? ¿Cincuenta? Hennessy decía haberse acostado una vez con él; Jordan esperaba que fuese mentira por el bien de Senko.

—Esta es de color rosa —constató.

Jordan esperaba en la silla a que Senko terminase de examinar la nueva flor de la garganta de Hennessy. El tatuador se demoraba; quería estar seguro de que la reproducía fielmente. Senko jamás hacía nada a la ligera. En realidad, jamás hacía nada con prisa, lo cual resultaba irónico teniendo en cuenta que se dedicaba a modificar coches para que fueran más veloces.

Él mismo era el conductor más lento que Jordan había conocido jamás. Una vez, se lo había cruzado en su GTR al norte de la ciudad y se había pasado diez minutos tratando de pincharle para que sobrepasara el límite de velocidad antes de darse cuenta de dos cosas: que era imposible provocarle y que era Senko.

—El rosa es el color más antiguo del planeta. ¿Lo sabías? —dijo Hennessy.

Aunque su voz todavía sonaba un poco ida, había dejado de sangrar varias horas antes. Estaba repantingada en una silla de oficina con ruedas, sosteniendo en el regazo a Greg, la mascota de la tienda. Greg era una diminuta hembra de Yorkshire que, según Senko, se llamaba así por un ayudante que había tenido años atrás. El tal Greg había fastidiado un coche

al cambiarle el turbo y, como no tenía dinero para compensar el error, le había dado la perra a Senko como pago. Jordan no acababa de creerse la historia; no le cuadraba que Senko hubiera confiado un cambio de turbo a ninguno de sus chicos.

—Eso muestran los fósiles, al menos —explicó Hennessy—. Los de cianobacterias. Lo leí en la revista del Museo Smithsonian. Si los mueles y les añades disolvente toman un color rosa brillante: un pigmento de mil millones de años de antigüedad. Me encantaría pintar con eso. Un chuletón, por ejemplo: un color a punto de extinguirse para una comida en su punto. ¿Os parece un chiste demasiado fácil?

Jordan no contestó.

Jordan no quería hacerse aquel tatuaje.

No lo quería con todas sus fuerzas.

Una década de tatuajes idénticos, peinados idénticos, ropa idéntica, vidas idénticas. Las esperanzas, los sueños, la fecha de caducidad: todo idéntico.

—Voy a mear primero —dijo Senko poniéndose en pie con parsimonia —. No os vayáis —añadió, saliendo ya del taller a velocidad marmota.

En el preciso instante en que Jordan oyó cerrarse la puerta del baño, las palabras empezaron a brotar de su boca. No hubiera podido detenerlas ni aunque hubiera querido.

—¿Qué le has dicho?

Hennessy y la perrita la miraron con sorpresa.

—No sé… ¿Chuletón? ¿Rosa? Si tiene ganas de mear no es por culpa mía.

—A Ronan Lynch —replicó Jordan, en un tono tan cortante que apenas se reconocía en él. Sonaba como Madox: masticando las palabras, seca, hiriente. *Ronan. Lynch*—. Cuando ya lo habíamos convencido para que nos ayudase, entró ahí contigo y lo que le dijiste hizo que se largara del tirón.

—No puede hacer nada por nosotras.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Viste el cuadro que se sacó de la cabeza? No tardó nada en hacerlo, y es incluso mejor que el original de *La dama oscura*. Dijo que tal vez pudiera crear algo para ti. Y tú ni siquiera le has dejado que lo intente.

—¿Para qué? ¿Para que se alteren las chicas? —replicó Hennessy.

—¿Que se alteren o que sigan teniendo esperanza? ¿Te parece mal que aspiren a cumplir más de veintiún años, por ejemplo? Tienes razón, qué

ambición tan descabellada. En qué estaría yo pensando.

Hennessy la miró con cariño.

—Esta actitud no te sienta bien, Jordan. Déjasela a Mad.

Aquello no hizo nada por apaciguar a Jordan; si acaso, la enfadó todavía más.

—He pasado meses dedicando cada segundo de cada día a conseguir *La dama oscura* —dijo—. Para ti, para que no estuvieras así; pero también para ellas, porque lo necesitaban. Antes de todo esto, Trinity estaba a punto de comerse un cubo de pastillas, lo sabes tan bien como yo. Y lo único que la retuvo fue la idea de que tal vez pudiéramos hacer algo. Por una vez, creímos que podíamos liberarnos. Todas. ¿Y ahora me dices que no merece la pena volverlo a intentar?

Ahora la que parecía furiosa era Hennessy. Su actitud era una versión de la ira de Madox con un matiz más oscuro, más complicado. Se apoyó un dedo en la sien.

—Tú no sabes lo que pasa aquí dentro, Jordan. Te seguí la corriente, accedí a hacer lo de *La dama oscura*, aunque sabía que terminaríamos todas jodidas. Y aquí estamos: bien jodidas, como yo preveía.

—Nunca hemos contado con otro soñador —replicó Jordan—. Ese tipo sabe lo que eres capaz de hacer. Sabe qué es factible y qué no.

De pronto, leyó la expresión de Hennessy: esa era precisamente la razón por la que rechazaba su ayuda. Jordan entrecerró los ojos.

—¿Estás montando un numerito para llamar la atención?

—No caves más en ese agujero, Jordan —masculló Hennessy—. No es lo que piensas.

—Yo solo pienso en las demás. Quizá deberías intentar hacer lo mismo.

La ira burbujeó en los ojos de Hennessy.

—Como si alguna vez pensara en otra cosa…

Senko salió del baño y, con calma, fue recogiendo el alcohol, los guantes y los sobres con las agujas. Aunque la tensión chisporroteaba en el aire, él no parecía darse cuenta.

—¿En qué ocasión has estado más cerca de la muerte, Senko? —preguntó Hennessy evitando la mirada de Jordan, que no podía creer su falta de cautela—. No me refiero a un volantazo en la autopista; hablo de una experiencia en condiciones, de calidad, en la que estuvieras a puntito de palmarla.

En general, el taller de Senko era un lugar en el que no se hacían preguntas y mucho menos se respondían, de modo que Jordan creyó que la cuestión quedaría en el aire. Sin embargo, Senko levantó la mirada de la lupa con la que estaba examinando sus agujas.

—Los agujeros de bala en la puerta —dijo.

—No nos dejes en vilo, Senko —protestó Hennessy.

Él se volvió hacia Jordan y empezó a frotarle la garganta con alcohol.

—Como sigas tragando saliva así mientras trabajo, me va a salir un lirio —le advirtió—. Fueron tres tipos que entraron a robar. Pasó hace años; en aquel entonces, el taller ni siquiera era mío. Pertenecía a Tubman, mi jefe. Los tipos querían robarle a él. A nadie se le habría ocurrido atracarme a mí; yo era un pringado. No tenía nada. No era nada. Tubman me había contratado para sacarme de la calle porque decía que yo sería un cadáver muy feo. Tampoco es que fuera un buen ayudante de taller; no valía para nada. Aún no sé por qué Tubman no me echó de una patada. El caso es que los tipos que entraron a robar estaban con el mono. Me hicieron tumbarme en el suelo. Uno me apoyó el pie en el cuello, así, con una bota de motero, y me apuntó con una pistola. Dijo que me iba a matar. ¿Y sabéis lo que pensé?

«Nunca he podido vivir mi vida», se dijo Jordan.

—Esto es lo más aburrido que puede hacerse tumbado boca arriba —aventuró Hennessy.

Senko enarcó una ceja, lo que, en su caso, equivalía a un ataque de risa.

—Pensé que nunca había tratado de arreglar nada —replicó—. Ni un coche ni mi vida: nada. Lo único que hacía era entretenerme, ajustar alguna tuerca aquí y allá. Nunca remataba nada. Y ahora me iba a morir dejando un montón de mierda por ahí tirada que nunca había logrado arreglar porque ni siquiera me había molestado en intentarlo.

—Supongo que la historia termina contigo diciéndole todo eso al atracador y que ahora nos revelarás que los tres tipos eran Eliot, Pratt y Matt —dijo Hennessy, refiriéndose a los tres ayudantes actuales de Senko.

—No. Le escupí al tipo en el ojo, le quité la pistola y le aticé con ella en la cara. Luego le disparé tres tiros al otro a través de la puerta. Me pasé dos años en la cárcel; fue allí donde empecé a interesarme por los tatuajes. Y aquí estoy.

—Un relato verdaderamente ejemplar —remachó Hennessy.

Jordan notaba el latido del pulso en su cuello, justo en el lugar donde Senko iba a trazar una nueva flor, un paso más hacia la asfixia. «No quiero

hacer esto», pensó. Quería dejar de tener miedo, quería llamar a Declan Lynch y regalarle algo que hubiera pintado con púrpura de tiro, quería tener un futuro que no fuese exactamente igual que su pasado.

Tenía que haber alguna solución.

Aquello no era vivir. Era darse por vencidas mientras aún respiraban.

—¿Preparada? —le preguntó Senko.

Jordan se sentó y clavó los ojos en los de Hennessy.

—No voy a hacerme el tatuaje —declaró.

—Vaya, parece que nos ponemos dramáticas.

Jordan se levantó de un salto y se sacó un billete de veinte dólares del sujetador.

—Cómprate algo bonito —le dijo a Senko mientras se lo daba.

Él no pareció sorprenderse, quizá porque nada podía hacerle cambiar de expresión con tanta celeridad. Jordan echó a andar hacia la puerta. A su espalda, Hennessy murmuró algo en tono sarcástico y luego se levantó.

—Vuelve, Jordan —la llamó—. No seas gilipollas.

Jordan empujó la puerta y salió a la oscuridad de la noche. Hacía un frío atroz, que le heló de golpe la nariz, la garganta y la piel de la cara. A lo lejos se oían las bocinas de los coches que pasaban por la autopista interestatal. Alguien gritaba a dos o tres manzanas de allí. Jordan se sentía más despierta de lo que se había sentido en mil años.

La puerta del taller se cerró de golpe tras ella.

—No te enfades conmigo —le pidió Hennessy.

Jordan giró en redondo y siguió caminando de espaldas hacia el lugar donde estaba aparcado el Supra.

—Pues dime que le pedirás ayuda —respondió.

Hennessy se mordió el labio dejando atrapada la respuesta.

Jordan abrió los brazos como diciendo «¿Lo ves?».

—¿Por qué no piensas un momentito en mí? —gruñó Hennessy—. Tú no eres la que suelta mierda negra y la que se está dando la vuelta como un calcetín. Tú eres un sueño. Yo soy la que tiene que soportar todo esto. De modo que aquí mando yo, ¿sabes?

Jordan la miró boquiabierta.

Pero Hennessy no retiró lo que acababa de decir. Tenía intención de hacer daño a Jordan, pero ella estaba demasiado asombrada incluso para eso.

Jordan abrió la puerta del Supra.

—Que te cunda —le dijo a Hennessy, y luego se montó, cerró de un portazo y se quedó mirándola por la ventanilla abierta—. Llama un puto Uber, si quieres.

Aceleró a fondo y salió del aparcamiento. No supo cómo le habían sentado sus palabras a Hennessy, por la sencilla razón de que no se molestó en mirarla por el retrovisor.

Por primera vez, estaba completamente segura de que Hennessy y ella llevaban vidas diferentes.

54

A Farooq-Lane ni siquiera se le había ocurrido que Parsifal mintiese al decir que iba a regresar al hotel. La «parsifalidad» tenía muchísimas facetas irritantes, pero la mentira no parecía contarse entre ellas. Y, sin embargo, el chico no volvió. Tampoco cogía el teléfono ni respondía a los mensajes, a excepción del primero; «Sigues hablando», escribió como contestación. Farooq-Lane, furiosa, lo esperó durante horas en la habitación del hotel.

En cierto momento la llamó Lock y ella evitó contestar, como si la «parsifalidad» de su pupilo se le hubiera empezado a pegar. En realidad, no soportaba la idea de decirle a Lock que había extraviado a su Visionario. En todo aquel tiempo, lo único que había conseguido era encontrar a la anciana Zeta. Se sentía como si le hubieran encargado hacer un trabajo manual y no le hubieran dado herramientas, como si tuviera que hacer un puzle y le faltaran piezas. La habían enviado a una misión con la única guía de Parsifal Bauer. Era una tarea planeada en términos imposibles y, sin embargo, si fallaba sería culpa de ella.

Se pasó varias horas tratando de rastrear a Bryde en foros *online*, buscando pistas útiles que no pudieran obtenerse de una visión. Se hizo un café malo. Se comió un par de aquellas manzanas que a Parsifal no le sabían a nada.

Finalmente, empezó a registrar las pertenencias del chico.

Aquello estaba muy feo, y Farooq-Lane lo sabía; pero también estaba mal salir de un coche y echar a andar cuando el mundo dependía literalmente de ti.

No le sorprendió comprobar que la maleta de Parsifal era un modelo de pulcritud. Contenía ropa para tres días, con cada muda hábilmente plegada sobre sí misma para sacar todas las prendas de una vez. Productos de higiene encajados en un limpísimo neceser de lona con cremallera. Dos cómics de Nicolas Mahler. Un diario con una sola línea escrita: «14 de marzo: *Ich versucht so zu t*».

En la esquina inferior había dibujado un perro de aspecto feroz, muy feo, de líneas rígidas y poco agradables. A Farooq-Lane no le gustó nada.

En el interior de la maleta, en un bolsillo lateral de rejilla, había una vieja funda de CD. Ópera: el *Parsifal* de Wagner. Mientras lo devolvía a su sitio, Farooq-Lane vio los nombres de los intérpretes. JOANNA BAUER. ¿Una hermana? ¿Su madre? Dio la vuelta a la funda y buscó la fecha del *copyright*. Todos los textos estaban en alemán. Abrió el estuche y vio el CD y una foto. Era obvio que las personas que aparecían en ella estaban posando; aunque ninguna de ellas se reía, sus expresiones delataban lo mucho que se estaban divirtiendo. En un lateral había una mujer regordeta (¿la madre?) y tres chicas (¿las hermanas?). Todas señalaban con gesto teatral el lado opuesto, donde un Parsifal con varios años menos posaba en actitud de dramatismo supremo. Su actitud era tan exagerada que resultaba evidente que se estaba parodiando a sí mismo. La escena estaba compuesta con tanta maestría como un cuadro clásico, con los cuatro brazos femeninos dirigiendo la mirada del espectador desde sus sorprendidas figuras hasta el contrito Parsifal.

«Los maté a todos», había dicho el chico.

Los Visionarios que no controlaban su poder eran aterradoramente destructivos, incluso para sí mismos. Según Lock, jamás había conocido uno que no llegase con una tragedia a cuestas.

Aquella era la tragedia de Parsifal.

Y el chico seguía sin aparecer.

Unas horas después del anochecer, el enfado de Farooq-Lane se convirtió en inquietud. El chico se podía haber perdido. Quizá lo hubieran secuestrado. O atropellado. Cualquier cosa podía pasarle a un chaval con la torpeza social y la falta de apetito de Parsifal.

Le llamó una y otra vez, pero él no cogía el teléfono.

Volvió a guardar todas sus cosas, preparó una bolsa de provisiones y salió, asegurándose de que el cartel de NO MOLESTEN seguía en el picaporte.

Y condujo. Condujo toda la noche. Fue a la zona en la que él se había apeado del coche y preguntó en todos los cafés y tiendas que vio abiertos. Luego probó en los hoteles que había a lo largo del trayecto y, después, lo intentó en los hospitales.

Le daba miedo confesarle a Lock que lo había perdido. De hecho, apenas podía creerse que aquello hubiera ocurrido. Si dejaba de hacer de Visionario, ¿qué podría hacer Parsifal en un país extraño, sin familia ni

amigos? Farooq-Lane empezaba a pensar que había sido demasiado brusca con él.

Si al menos él se lo hubiera puesto más fácil…

La noche se estiraba y se contraía de manera irregular: mientras Farooq-Lane recorría con el coche barrios por los que ya había pasado, los minutos parecían arrastrarse. Luego, mientras visitaba un hotel tras otro para apoyarse en el mostrador y preguntar «¿Han visto un chico parecido a este?», las horas se le pasaban sin sentir.

Aquello le recordaba a la noche en la que Lock la había abordado, justo después de que Nathan cometiera los asesinatos. También entonces había empezado a conducir sin rumbo; ¿qué otra cosa podía hacer? No podía dormir, ver la tele ni leer, y lo malo de que la gente muriera asesinada y no en un accidente era que no se podía esperar en el hospital. Lo único que tenía Farooq-Lane era la noche, la noche, la noche. Dio rodeos, se detuvo aquí y allá, entró en todos los sitios que estaban abiertos en Chicago a aquellas horas. Coleccionó todos los chismes nocturnos que podían adquirirse: billetes de lotería, capuchinos, salchichas rebozadas resecas, gafas de sol baratas como las que Parsifal se había puesto en la bañera… En algún lugar de aquella noche, Nathan rondaba por la ciudad, y Farooq-Lane no sabía qué haría si se lo encontraba. Cuando por fin llegó a su casa —la escena del crimen—, Lock estaba esperándola sentado en los escalones de la entrada. «Creo que necesitas que esto sirva para algo», dijo con voz grave.

Farooq-Lane iba a encontrar a Parsifal. No se vería obligada a decirle a Lock que había extraviado a su único Visionario.

Siguió conduciendo.

55

Fue en plena madrugada, y las despertó.

Mags Harmonhouse compartía el dormitorio con Olly, su hermana, exactamente igual que cuando eran pequeñas: dos camitas individuales separadas por el ancho de una cama, lo bastante cerca para que saltaran de una a otra antes de que su madre se lo prohibiese definitivamente. Entre aquel momento y el actual mediaban muchos años y tres maridos, pero, a veces, cuando Mags se despertaba, creía que volvían a ser dos chiquillas. No era una sensación agradable, porque siempre le hacía pensar lo mismo: «Ay, no… Ahora voy a tener que hacerlo todo otra vez».

Esa noche, se despertó y cogió sus gafas de la mesilla. En la cama contigua, Olly estaba haciendo lo mismo que ella.

Las dos hermanas se miraron. Los ojos de Olly parecían cuentecillas de cristal que brillaban a la luz de las farolas; la imagen no era especialmente reconfortante, a pesar de que Mags la conocía de siempre. En una noche como aquella, tras despertar por algo que no se sabía qué era, cualquier cosa parecía posible.

Quizá hubiera sido un golpe. Despertarse en mitad de la noche por un golpe no era nada malo, pensó Mags. Era una opción segura, clásica. Una vez, hacía poco, Dabney la había despertado con un ruido parecido. Se había levantado en mitad de la noche para hacer pis, mientras estaba como una cuba, y había confundido el espejo de la entrada con la puerta de la cocina.

Olly pestañeó. También estaba escuchando con atención, tratando de decidir si lo que las había alarmado era un golpe o un jaleo. Aunque aquel barrio nunca había sido Beverly Hills, como decía siempre Olly, últimamente se estaba poniendo cada vez peor. El año anterior, las despertó un jaleo en mitad de la noche y resultó que habían entrado tres hombres para robar. Los ladrones sacaron todos los cajones para buscar dinero, tiraron el microondas por la ventana de la cocina y le dieron un

tantarantán a Mags cuando trató de impedirles que se llevaran la tele portátil de Olly.

Tal vez fuese la chica nueva. Mags se había molestado con Olly por ser tan tonta —alojar a una chica fugada de alguna parte no haría más que traerles problemas con la policía—, pero Liliana ya había transformado la casa. Mags no sabía cómo podía haber hecho tantas cosas en tan poco tiempo. No paraba ni un momento, eso para empezar; pero resultaba increíble que una sola persona pudiese limpiar en un día todo el moho, reparar las escaleras y devolver el brillo a la antigua tarima, oculto por años de uso y descuido. Lo único que le había visto usar Mags era agua con vinagre, la mezcla con la que siempre limpiaba Olly; y, sin embargo, la propia casa olía distinta. A flores, a verano. Mags incluso había revisado el pasillo para ver si la chica lo había pintado, porque todo parecía más luminoso.

—La muchacha —murmuró Olly—. Está llorando.

Ahora que lo había dicho, Mags reconoció el ruido. En la habitación que había sobre la suya sonaban gemidos apagados, quejidos como de un animal herido. Al mismo tiempo se oían pasos suaves, como si la chica estuviera dando vueltas por el cuarto. Era un sonido triste; pero también resultaba extrañamente inquietante oírlo en la oscuridad de la noche, con los ojos de Olly brillando blanquecinos tras las gafas y las sombras de los árboles agitándose en la pared.

Tras un momento de duda, Mags gruñó y apartó las mantas. Olly la imitó; si su hermana hacía algo, ella siempre la imitaba. Las dos se quedaron de pie en medio del cuarto, hombro con hombro, escuchando. ¿Habría parado?

No: ya empezaba otra vez.

Se pusieron las batas y las pantuflas y salieron al pasillo.

Allí se oían más los sollozos. A Mags se le partió el corazón, sobre todo al imaginar a aquella muchacha tan dulce con los ojos arrasados de lágrimas y la boquita retorcida por la pena.

Olly encendió la luz, pero no les sirvió de mucho. Era una bombilla desnuda y apenas iluminaba más el pasillo que la tenue luz de las farolas.

Mags tenía que subir las escaleras a paso lento, y Olly era aún peor. Mags se mantuvo a su lado. Aún sentía un hormigueo extraño en los brazos y prefería no llegar arriba antes que su hermana.

La puerta del cuarto de Liliana estaba entreabierta. Mags atisbó por la rendija y vio algo que se movía adelante y atrás. Era como una columna de

luz y de oscuridad; primero luz, luego oscuridad. Debía de ser la blusa de Liliana, pero a Mags le hizo pensar en un espíritu. Su madre siempre contaba que había visto uno; según ella, había brotado como un rayo de luz del suelo de la cocina en la que estaba trabajando y le había dado un susto que aún le ablandaba los huesos años más tarde.

Las dos hermanas casi habían llegado al final de las escaleras. El último peldaño dejó escapar un crujido alarmante.

La columna de blancura se quedó inmóvil tras la puerta y luego se esfumó.

Todo quedó en silencio.

Mags vaciló. Lo que más le apetecía era volver al piso de abajo.

—¿Muchacha? —llamó Olly, por primera vez en su vida más valiente que su hermana.

—Márchense, por favor —sollozó Liliana.

Las dos soltaron el aire, aliviadas al oír su voz.

Mags abrió la boca para decir algo:

—…

Pero las palabras se perdieron en un vacío repentino. Todos los sonidos habían desaparecido, como si alguien hubiera congelado la imagen con un mando a distancia. Parecía que jamás había existido ningún ruido, que los sonidos que las dos recordaban haber oído no eran más que un montón de recuerdos falsos.

Olly extendió el brazo y agarró la mano de su hermana.

Y, entonces, todos los sonidos regresaron de golpe.

56

—Me gusta tu casa, chaval —dijo Jordan.

Era una broma, porque no estaban en la casa de Declan. Se encontraban frente a una tienda de veinticuatro horas en la que Declan llevaba un cuarto de hora resguardándose del frío.

Aunque era la una de la mañana, se sentía muy despierto. Era un efecto secundario de no haberse tomado su pastilla para dormir. Era un efecto secundario de recibir una llamada de Jordan Hennessy a medianoche. Era un efecto secundario de todas las tonterías que estaba haciendo. En el ambiente reinaba ese aire que solo se da a la una de la mañana, cuando toda la gente entra a formar parte del club de quienes no están en la cama; un club en el que los miembros no se integran unos con otros, sino más bien se oponen unos a otros. Jordan Hennessy, que acababa de detener su Toyota Supra rojo delante del surtidor de gasolina, contempló las luces del supermercado y asintió como si le gustase lo que veía. No parecía importarle que media hora antes, cuando le había llamado, Declan la citase allí en lugar de darle su dirección. Declan supuso que era algo lógico en alguien que se dedicaba a falsificar cuadros; debía de estar acostumbrada a sospechar, a hacer cosas ilícitas, a ocultar su rastro.

«¿Qué narices haces aquí, Declan?».

—La he reformado mucho —respondió.

Jordan parecía brillar más que en su encuentro en el museo. Era como si estuviera más viva en aquel mundo nocturno, iluminada por los fluorescentes, al volante de su coche, liberada de paredes, horas de cierre y expectativas ajenas.

—Se nota —dijo mientras quitaba el seguro a la puerta del coche—. ¿Listo para ir de aventuras?

«¿Qué haces aquí?».

Montarse en el coche de una chica que había conocido en el Mercado de las Hadas.

«Solo será esta noche», se prometió. Volvería a su vida anodina en cuanto amaneciese.

Cuando abrió la puerta del copiloto, su mirada se topó con los ojos de *La dama oscura*. El cuadro estaba apoyado en el asiento para que fuera lo primero que viese al abrir; claramente, Jordan había querido sorprenderle. Se quedó de pie, con la puerta agarrada. *La dama oscura* lo contemplaba con expresión amarga, recelosa, intensa.

Se dio cuenta de inmediato de que aquel era el cuadro verdadero. El deseo que brotaba arremolinado de cada una de sus pinceladas no existía en el lienzo aún guardado en el armario de su cocina. Por eso no había soñado con el mar de *La dama oscura*.

—¿Cuándo? —dijo, y meneó la cabeza lamentando haberlo preguntado. Eso podía averiguarlo él: sabía bien cuándo había tenido el sueño por última vez.

—Los dos tenemos cosas que no podemos confesar —respondió Jordan—. Forma parte de nosotros, ¿no crees? Esto es lo único que me reconcomía no poderte decir.

Declan hizo la pregunta que no podía deducir él solo.

—¿Por qué lo hiciste?

—Mira, vamos a hacer un trato —respondió Jordan con expresión franca—: tú no me preguntas por qué lo tengo y yo no te pregunto por el hombre que lo pintó. Es lo mejor que puedo ofrecerte por ahora. Es lo único que me queda, un… —miró el reloj del coche, que estaba claramente adelantado—, un viernes a las cuatro de la mañana.

Declan notó que los labios se le curvaban solos ante la absurdez de la escena. Tenía ganas de echarse a reír, pero no sabía de qué: del chiste de ella, de sí mismo por ser tan idiota, de la sonrisa contagiosa que esbozaba Jordan cada vez que hacía un chiste…

—De modo que lo que tengo en casa es una falsificación —constató.

—Esa es una palabra muy fuerte. Suena mejor «réplica», ¿no te parece? Edición limitada, terminado manual —repuso Jordan, que parecía mucho menos arrepentida de lo que hubiera sido de esperar en esas circunstancias —. Puedes agarrar el cuadro y marcharte; no me lo voy a tomar a mal. O puedes acomodar a esa señora en el asiento de atrás y venir conmigo un rato.

Si aquel era el cuadro auténtico, el papel del dorso aún podía guardar secretos, espadas que extraer de una piedra. Declan decidió no pensar en ello. Se notaba tembloroso y, sabía que no era por el frescor de la noche ni por lo tarde que era ni por lo difícil que había sido aquel día ni por la mirada hostil de *La dama oscura* ni por la sonrisa de Jordan Hennessy.

«¿Qué estás haciendo aquí, Declan?».

—¿Tienes alguna preferencia? —le preguntó a Jordan.

—Este es un coche de dos plazas, señor Lynch.

«Mañana volveré a mi vida», se volvió a decir Declan.

Cambió el cuadro a la parte trasera y se acomodó en su asiento.

—¿Adónde vas a llevarme? —preguntó.

Jordan arrancó. Se movía con la seguridad inconsciente de alguien que lleva tanto tiempo al volante que siente el coche como una parte de su cuerpo.

—¿Qué te parecería ser el primer original de Jordan Hennessy?

Se dirigieron a Georgetown. A Declan le sorprendió que aquella chica salvaje lo llevase a uno de los vecindarios más cultos y acomodados de Washington D. C. Las antiguas casonas se apiñaban tras los árboles como viejas amigas; todo era educado y agradable. Declan anhelaba una casa como aquellas de la misma forma en que anhelaba añadir a su nombre un título de senador o congresista: porque le gustaban, pero también porque le gustaba la expresión de la gente después de oírle decir a alguien que era congresista o que vivía en Georgetown.

Jordan aparcó en una calle estrecha y oscura y sacó una bolsa del maletero.

—Es un camino un tanto accidentado, lo siento. Espero que te hayas traído las botas de agua.

Los dos recorrieron varias calles silenciosas hasta llegar a una zona que resultaba pintoresca incluso a aquellas horas: farolas de luz cálida casi ocultas por el encaje de las hojas, armoniosas casas de ladrillo visto, rejas de hierro forjado, hiedra… Jordan se metió en un callejón entre dos muros y esquivó varias bicis y unos cubos de basura hasta llegar al cierre de un jardín trasero. La verja, que era muy baja, estaba cerrada con un candado pequeño. Jordan dejó su bolsa al otro lado de la verja, la saltó con agilidad y esperó a que Declan la imitase.

Declan no tenía por costumbre practicar el allanamiento de morada.

Pero lo hizo de todos modos.

Al llegar a la puerta trasera, Jordan se inclinó y manipuló un teclado. La puerta zumbó y se oyó el chasquido del cerrojo al abrirse. Ella entró, le indicó por gestos a Declan que la siguiese y cerró la puerta a su espalda.

Se quedaron de pie en un pasillo en penumbra. Reinaba la oscuridad incompleta típica de las ciudades; la luz entre dorada y rojiza de las farolas entraba por las ventanas y creaba reconfortantes cuadrados de luz urbana en el suelo. La casa olía a hierba luisa y a antiguo.

—Está desocupada —supuso Declan.

—A veces la alquilan —contestó Jordan—. Solo hay que echar un vistazo al calendario que tienen colgado en internet para comprobar si va a haber alguien. Pero piden demasiado dinero para la zona, así que suele estar vacía.

Él no preguntó cómo había conseguido el código de la puerta, y ella tampoco explicó nada más. Le indicó con la mano que la siguiese y los dos echaron a andar hacia la escalera.

—Tú no vives aquí.

—No —respondió ella—, pero lo conozco de una vez en que estábamos… estaba buscando casa en la ciudad. Ahora vengo bastante para pintar, aunque antes venía más.

Subieron la escalera hasta llegar al primer piso y entraron en una enorme sala que ocupaba prácticamente toda la planta. Debía de ser una estancia muy luminosa durante el día, porque lo era incluso de noche. Una farola se asomaba a la ventana para mirarlos, iluminándolos con su curiosidad. En el suelo había una alfombra persa, bonita pero muy usada, y un escritorio con garras en las patas que parecía a punto de acercarse a ellos para que lo rascasen y le dieran una galletita. Por todas partes se veían caballetes. Un galgo de cemento olfateaba el aire. Todo respiraba un estilo elegante y peculiar.

—No sé de quién es esta casa —dijo Jordan—, pero estoy enamorada de sus dueños. Me los imagino como dos viejos amantes que no pueden soportar vivir juntos, pero tampoco soportan dejarse de ver, y que conservan este lugar como una especie de pacto para encontrarse una semana en cada estación del año.

Mientras ella empezaba a sacar cosas de su bolsa, Declan se paseó de caballete en caballete para examinar los cuadros. Abundaban los paisajes campestres, junto a algunas complicadas vistas urbanas de parajes señalados. Detrás, las paredes estaban cubiertas de fotos en blanco y negro que mostraban lugares del mundo entero. Buscó algún rastro de los viejos amantes que no podían vivir ni con ni sin el otro, pero solo encontró una mujer bastante mayor que sonreía a la cámara. Parecía enamorada de lo que la rodeaba, no del fotógrafo.

—Voy a pintar a oscuras —dijo Jordan—. Ni siquiera yo quiero ver lo que ocurre cuando me deje ir.

Declan se giró y la vio de pie tras uno de los caballetes, con un lienzo en blanco ya preparado. En una mesita de patas finas, al alcance de su mano, había una pequeña paleta con ocho pegotes de pintura, junto al botecito de púrpura de tiro. Declan miró a aquella chica dispuesta y expectante, a la espera de ver su rostro para comenzar a pintarlo, y pensó en su casita de Alexandria y en sus dos hermanos.

—Eso de que es tu primer original no es cierto, ¿verdad? —dijo—. No puede ser.

Recordaba bien la rapidez con la que Jordan había reproducido el cuadro de Sargent en el Mercado de las Hadas y la perfección de la copia de *La dama oscura*. Para suplantar a otro pintor con tanta maestría hacía falta mucha práctica.

Jordan embadurnó el pincel de pintura.

—Aprendí copiando y, luego, me dediqué a copiar para ganarme la vida. Estoy segura de que muchos falsificadores consideran que sus cuadros «al estilo de» son originales, pero se engañan a sí mismos. De modo que sí, vas a ser mi primer original. Vamos, mueve el culo y siéntate —añadió señalando una butaca que había enfrente de ella.

—¿Cómo?

—Apoyando los glúteos en el asiento.

Él apartó la mirada y dejó escapar una carcajada. Ella se rio también.

Se sentó.

—¿Tengo que quedarme muy quieto?

—Puedes hablar —repuso ella. Miró el lienzo en blanco, soltó aire y sacudió las manos—. Vamos a ver…

Comenzó a pintar. Declan no podía ver lo que hacía, pero se sentía a gusto allí sentado viendo cómo Jordan trabajaba. Lo miraba de vez en cuando y luego regresaba al lienzo, contraponiendo la realidad a su creación y viceversa. A Declan le resultaba extraño sentirse escrutado después de tantos años evitando ser visto. No estaba seguro de que aquello le viniera bien. Era como aventurarse en los manejos ilegales de su padre: Declan se daba cuenta de que, en el fondo, había una gran parte de él que disfrutaba haciéndolo.

—Existe una recopilación de cartas de personas que posaron para Sargent —dijo al cabo de un rato.

Las comisuras de la boca de Jordan se elevaron, aunque sus ojos siguieron fijos en el lienzo.

—Cuéntame.

Declan lo hizo. Al parecer, varios modelos de Sargent afirmaban haber acudido a innumerables sesiones de posado en las que el pintor no hacía nada más que mirar el lienzo en blanco. Se pasaban horas así, en compañía de un pintor que no pintaba. Lo único que hacía era encararse a la tela vacía y mirarlos fijamente. Era un mago sin magia. Una orquesta en silencio. Declan explicó que, al cabo de varias sesiones de inactividad, Sargent atacaba el cuadro súbitamente y empezaba a pintar con una energía feroz: se abalanzaba sobre el lienzo para aplicar la pintura casi a golpes y, luego, retrocedía y lo examinaba desde lejos antes de emprender el siguiente asalto. Le contó que los modelos describían en sus cartas cómo Sargent gritaba y maldecía el lienzo mientras pintaba; decían que era como si estuviera poseído y que casi les asustaba aquel pintor y su genio. Y si Sargent se sentía a disgusto, aunque solo fuese con una pincelada, lo borraba todo y volvía a empezar desde el principio. Para él, los únicos trazos que merecían la pena eran los espontáneos.

—¿Pero es realmente espontáneo un trazo si has hecho otros diez antes y los has borrado todos? —dudó Jordan—. Para mí, eso es una forma de ocultar al espectador el trabajo que hay al margen, ¿no crees? Has practicado la espontaneidad. Quieres que los espectadores respondan a la línea trazada sin esfuerzo, aunque hayas tenido que esforzarte para llegar hasta ahí. Les haces sentir que todo el proceso depende de ellos y no de ti. Una auténtica representación… Era un maestro.

En realidad, estaba diciendo algo sobre ella misma.

—Nadie llegó a conocerle —dijo Declan, que estaba diciendo algo sobre sí mismo—. A pesar de todas esas cartas y de los datos sobre su obra… Era una figura pública, vivió hace relativamente poco; y, sin embargo, nadie sabe con certeza si tuvo amantes.

Jordan metió el pincel en un tarro con trementina y frotó las cerdas contra el cristal hasta que la pintura se disolvió en una nube oscura.

—Al menos ha tenido una —replicó—, porque yo lo amo. Bueno, ven a verte.

Declan se levantó; pero, antes de que llegase al caballete, Jordan se adelantó y le apoyó la palma de la mano en el vientre. Él se quedó inmóvil. La sala olía a trementina y al aroma tibio y productivo del óleo; quizá hubieran debido abrir un poco alguna ventana. El galgo de cemento seguía

olfateando el aire, la acogedora luz de la noche urbana se colaba entre las cortinas, la palma de Jordan reposaba apoyada contra su piel, no sobre la camisa.

Declan sintió que lo atravesaba una oleada de energía vibrante, algo que llevaba muchos años sin sentir. Su estómago estaba hecho añicos.

Su vida en blanco y negro; aquel momento en color.

Su teléfono empezó a zumbar.

Declan suspiró.

Jordan retrocedió y asintió levemente, como si le diera permiso a contestar. La atmósfera del momento se había esfumado de golpe por aquel zumbido y por la atención instantánea que Declan le había prestado. Se sacó el teléfono del bolsillo y miró la pantalla.

Matthew le había enviado un mensaje: «Por favor, ven a casa 🙁 ».

Era la petición lastimera de un niño a su padre. Declan la había recibido porque Matthew no tenía padres y era de noche, y debía de haberse despertado —si es que había dormido algo— para recordar de pronto que no era una persona, sino un sueño.

—Yo… —comenzó a decir.

Jordan asintió como si supiera ya lo que iba a decirle. Dio un paso atrás, se colocó frente al lienzo y, de un solo movimiento ágil, borró todo su trabajo arrastrando la pintura con el mango de un pincel.

—¿Por qué? —balbuceó Declan.

Una vez más, la sonrisa de Jordan se extendió lentamente por su rostro.

—Tendrás que volver para otra sesión de posado.

Declan se había prometido que solo sería esa noche, se lo había prometido seriamente; pero siempre había sido un mentiroso, incluso hacia sí mismo.

—Sí —respondió.

57

Dabney Pitts no había hecho nada heroico hasta aquella noche. Nadie le había pedido nunca que hiciera nada heroico; en realidad, nadie le había pedido nunca que hiciera nada concreto. Dabney tenía veintiocho años y no era ni muy listo ni muy tonto, ni muy guapo ni muy feo, ni muy alto ni muy bajo. No era más que un tío normal, y antes de eso no había sido más que un niño normal, y antes, un bebé normal. Nadie le pedía que hiciera nada. De hecho, casi nadie se acordaba nunca de él. Dabney no dejaba huella.

Pero ahora había dejado huella.

Había encerrado a aquella mujer tan extraña en el congelador.

Las dos viejas tenían muy mal aspecto. Cuando Dabney volvió a casa después de haber estado fumando hierba con Welt, se las había encontrado tiradas de mala manera en la escalera. La boca de Mags estaba abierta, y dentro se veía algo de sangre. Estaba en la lengua, como si la tuviera embadurnada. Y dentro de la boca había menos dientes de lo normal, aunque Dabney no sabía si estaría así ya de antes. Olly no tenía tan mal aspecto, pero uno de sus ojos parecía extraño. Estaba como arrugado. O estrujado, más bien, porque un ojo era algo demasiado húmedo y compacto para arrugarse.

Dabney había buscado por la casa y había encontrado a una mujer que se parecía mucho a la nueva inquilina de las viejas, solo que bastante más mayor. Estaba acurrucada en su habitación, llena de salpicaduras de sangre. La había amenazado con un cuchillo de cocina y la había obligado a meterse en el congelador para que no se fugase por una ventana. Por un momento había pensado en encerrarla en el armario de las escobas, pero no sabía cómo echar la llave y, además, estaba lleno de objetos que la mujer podría usar como armas. Y si algo estaba claro era que aquella mujer era peligrosa.

Lo más fácil era meterla en el arcón congelador vacío que había en el sótano y poner algo pesado encima.

—No lo hagas, por favor —había dicho la mujer.

—Está desenchufado —replicó Dabney.

—Deja que me marche.

—Cállate —replicó él, y la oleada de valentía que lo inundó estuvo a punto de abrumarlo.

Dabney Pitts no estaba muy seguro de estar hecho para aquellas cosas. Hasta aquel momento se las había arreglado bastante bien en la vida, o eso pensaba. Al menos, hasta el último golpe de mala suerte que lo había llevado a una habitación de alquiler en el barrio de Rider House, después de haberse gastado todo su dinero en maría y en ver *online* una serie nueva de aventuras en la playa protagonizada por una actriz que le ponía un montón.

—Enseguida vendrán a ayudaros —le dijo a Olly.

En realidad, había bastantes posibilidades de que no fuera cierto. Aquella no era una de esas zonas a las que la policía acude a toda prisa. En los barrios adinerados, nadie esperaba nunca que sucediera nada malo; en los sitios como Rider House, sin embargo, todo el mundo, polis incluidos, esperaba que ocurrieran cosas malas. No es que eso las hiciera menos graves, pero las hacía parecer menos urgentes.

De todos modos, no estaba seguro de que Olly lo hubiese entendido. A Mags le había empezado a salir sangre por los oídos.

Aquello no tenía buena pinta.

Dabney se preguntó si habría debido llevar a la mujer a punta de cuchillo hasta la comisaría. Quizá habría sido lo mejor, pero solo de pensarlo se ponía malo. Además, aun cuando no hubiera tenido pendiente ninguna orden de arresto, su coraje estaba llegando ya a su límite; empezaba a sentirse muy inquieto en aquella casa oscura, junto a dos ancianas que parecían bastante menos vivas de lo que a él le hubiera gustado y con una mujer que había participado en algún acto violento metida en un arcón congelador en el sótano.

«De ahora en adelante, voy a ser más valiente», se juró. Llamaría a su hermana y le pediría perdón por haber sacado sus ahorros de la lata de café mientras ella no estaba en casa. Nadaría un poquito a contracorriente para prosperar. Quizá no estuviera hecho para eso, pero tampoco estaba hecho para la vida que llevaba ahora. Sí, se iba a fortalecer.

Se sentó junto a Olly y le agarró una mano. Estaba helada.

—Aguanta un poco, anda —murmuró.

58

Ronan era una nube. De él caía lluvia.

—Todo el mundo piensa que su mundo es el único que existe. Las pulgas creen que un perro es el mundo. Los perros creen que su perrera es el mundo. Los cazadores creen que sus paisajes son el mundo. Los reyes creen que el planeta es el mundo. Cuanto más te alejas, te apartas, te elevas, más claramente ves que has malinterpretado los límites de lo posible. Los límites de lo que está bien y lo que está mal. Los límites de lo que realmente puedes hacer. Perspectiva, Ronan Lynch —dijo Bryde —. Eso es lo que debemos enseñarte.

El sueño era confuso, sin nada de la claridad con la que Ronan había percibido las cosas mientras soñaba en la mansión. Ahora, dentro de este sueño, no podía recordar qué había creado en el anterior; solo sabía que todo era más nítido. Lo único de lo que era consciente en este momento era de ser una nube. Era una sensación muy apacible; nadie esperaba gran cosa de una nube, salvo que hiciera aquello que estaba destinada a hacer. Ronan escuchó el suave rumor de las gotas al caer en el suelo, allá abajo.

—¿Te vas a pasar toda la noche haciendo eso? —le preguntó Bryde.

Ronan no contestó, porque era una nube. En realidad, se alegraba de no tener que conversar. Las palabras le agotaban, y era un alivio comprobar que carecía de los órganos necesarios para formarlas. Se expandió por el cielo incoloro y dejó caer más lluvia. Luego tronó un poco.

—Ya que no vas a ninguna parte —dijo Bryde, que sonaba un poco irritado—, al menos te contaré una historia. ¿Te vas a estar callado?

Ronan no dejó de tronar por completo, pero bajó el volumen hasta convertirlo en un rumor ronco.

—Puede que ya la conozcas, en vista de que tu padre era de Belfast y tu madre era un sueño de un hombre de Belfast. Es la historia del halcón de Achill —comenzó Bryde—. Según se cuenta, el halcón de Achill era el hombre más anciano de toda Irlanda. Nació con el nombre de Fintan mac Bóchra en un lugar muy lejano y, cuando vio que se avecinaba el diluvio de Noé, huyó a Irlanda con otros dos hombres y cincuenta mujeres. El

diluvio ahogó a sus compañeros y arrasó el necio mundo de los humanos, pero Fintan se transformó en un salmón y logró sobrevivir.

Desde lo alto, Ronan distinguió vagamente un vasto mar en el que se hundían sus gotas de lluvia. En la profundidad había un salmón que nadaba por las oscuras aguas. Como aquello era un sueño, podía estar simultáneamente encima del mar y dentro de él. Contempló cómo el pez atravesaba coloridos bosques de algas y se cruzaba con criaturas pavorosas en mar abierto.

—Fintan recorrió el océano y aprendió muchas cosas sobre aquel extraño mundo, cosas que no podría haber conocido con su forma humana. Cuando las aguas se retiraron, podría haber recobrado su cuerpo de hombre; pero para entonces ya se había aficionado a visitar mundos distintos de aquel en el que había nacido. Como ya conocía el mundo de las personas y el de los peces, se transformó en halcón y se pasó cinco mil años surcando los cielos. Al cabo de ese tiempo, era sin duda el hombre más sabio de Irlanda.

Ronan vio también aquello: las rígidas plumas del halcón atravesando su cuerpo de nube, con un vuelo tan diestro y ágil que las gotas no llegaban a tocarlas.

—Ver las cosas por los ojos de otro ser es muy instructivo —prosiguió Bryde, que ahora sonaba algo triste—. Se aprenden muchas cosas viendo el mundo desde abajo o desde muy arriba. Se aprende mucho al contemplar cómo viven y mueren incontables generaciones mientras tú planeas en lentos círculos por el cielo cambiante.

La nube que era Ronan había empezado a llover sobre una playa de arena clara y aguas de color turquesa. Empezaba a sentirse a disgusto. Tronó; notaba cómo las palabras volvían a él, y no quería acogerlas.

—Según algunas versiones del cuento, Fintan terminó por recobrar su forma humana y murió. Pero otras dicen que sigue ahí arriba, planeando en las alturas, y que en su anciana mente hay sitio para toda la sabiduría y los secretos de este mundo. Cinco mil años de conocimiento; cinco mil años de ver lo alto y lo bajo. Imagina lo que podrías aprender si estirases un brazo y el halcón de Achill se posara en él.

El sueño cambió bruscamente.

Ronan estaba de pie en una playa familiar, mirando el mar de color turquesa. Ya no era una nube; volvía a habitar su cuerpo. El viento le tironeaba de la ropa y le lanzaba arena a la cara. No le hacía falta volver la vista para saber que a su espalda se levantaba una escollera de rocas negras.

Era el mar de *La dama oscura*.

Ronan se sentía intensamente presente en aquel lugar. «El cuadro —pensó—. Debe de estar otra vez en esta casa».

—Al fin has vuelto —observó Bryde con sequedad.

Sí, había vuelto. Y ahora que no era Ronan-la-nube, en su mente había sitio para todos los problemas de Ronan-el-chico.

—Matthew me odia.

—¿Querías que fuese ignorante para siempre? —replicó Bryde—. Hacerse sabio es duro. ¿Crees que al halcón le gustó aprender todo lo que aprendió?

—Piensa que soy un mentiroso.

—A lo mejor no hubieras debido mentir.

Ronan se agarró las manos tras la nuca, como había hecho Matthew en la iglesia. Cerró los ojos.

—Quizá en tu próximo sueño, en vez de convertirte en una nube, debas convertirte en un sueño —propuso Bryde—. ¿Qué crees que quiere un sueño?

—Vete a la mierda.

—¿Qué quiere un sueño?

—No me apetece jugar.

—¿Qué quiere un sueño?

Ronan abrió los ojos.

—Vivir, aunque desaparezca quien lo ha soñado.

—Mírame —dijo Bryde.

Ronan se dio la vuelta y se protegió los ojos con una mano. Arriba, sobre las rocas, se recortaba una silueta contra el gris del cielo.

—Estás preparado para la siguiente fase del juego —afirmó Bryde—. Yo también lo estoy. Pero no sería la primera vez que me quemase. «Espera —me digo—, no tengas prisa, planea en lo alto, vigila».

—No me digas que no salvé a Hennessy —replicó Ronan—. Fui allí. Cumplí con mi parte.

—Hennessy tiene miedo. Sabe lo que quieren los sueños, y ella también quiere que lo obtengan. ¿Lo quieres tú para Matthew?

En realidad, Bryde sabía que lo quería. Ni siquiera hacía falta responder a esa pregunta. Era el mayor anhelo de Ronan desde que se había dado cuenta de que Matthew era uno de sus sueños.

—Yo también lo quiero —afirmó Bryde.

—¿Sabes cómo hacerlo?

La silueta escrutó el cielo como si buscase al halcón de la historia. Luego enderezó la espalda como si se estuviera preparando para emprender algo difícil.

—En la siguiente casilla —dijo—, los conejos acudirán a ti. Siguiente casilla… ¿Estás listo?

Ronan abrió los brazos de par en par. «Aquí estoy, ¿no lo ves?».

—Tú me has estado esperando —dijo Bryde—. Ella también. Cuando ella estire el brazo, responde a su llamada. Y recuerda que los halcones tienen garras.

Ronan se despertó.

Era muy temprano. Estaba en casa de Declan, en el cuarto de invitados. El resplandor que entraba por las rendijas de la persiana iluminaba la habitación en franjas estrechas, aún teñido del naranja sucio de las farolas. En la mesilla de noche, su teléfono sonaba.

Ronan contestó.

59

Diez años atrás, J. H. Hennessy se había pegado un tiro.

Uno solo, con un revólver del 45. Según los informes, el arma pertenecía a un amigo de la familia. Era legal y estaba registrada; todo estaba en orden salvo el hecho de que había matado a alguien —y, aun así, ¿no era ese el sueño inconfesable de muchos dueños de armas?—. En el momento del suceso sonaba música. Era un viejo disco de *jazz*, con una voz de mujer que se agitaba y oscilaba sobre los chasquidos de la grabación. Jota estaba metida en un armario grande. Las lámparas estaban apagadas. La única luz que había entraba por una ventana alta y estrecha, y teñía de gris todo lo que rozaba. Jota iba vestida con la ropa interior y un albornoz. El rímel le caía en churretones por la cara. Se sujetaba el revólver contra la sien mientras esperaba a que alguien abriera la puerta.

Eso no constaba en los informes, pero Hennessy lo sabía porque fue ella quien la abrió.

—¿Mamá? —dijo.

—No me echarás de menos —respondió su madre.

—Espera —dijo Hennessy.

El cañón del arma resplandeció.

Los informes tampoco decían que Jota había muerto decepcionada. Se suponía que no tenía que ser Jordan Hennessy, su hija, quien abriera la puerta, sino Bill Dower. Jota llevaba una semana intentando atraer la atención de su marido con amaños y maniobras, estallidos y retiradas estratégicas, y para culminar aquella montaña rusa emocional se había metido en el armario con el revólver. Hennessy comprendió que Jota esperaba ser encontrada por un arrepentido Bill Dower, que le quitaría el arma de la mano. Comprendió también que ella no formaba parte de la ecuación, porque siempre había habido dos únicas variables: Jota y Bill Dower. Hennessy era una de las cifras anónimas que había en medio; solo importaba cuando se veía obligada a interactuar con una variable.

No tenía que ser ella quien abriese la puerta.

Tenía que ser Bill Dower.

Tenía que ser Bill Dower.

Tenía que ser Bill Dower.

Y Hennessy había arruinado la escena de dos maneras: primero, al estropear la sorpresa que había preparado su madre. Segundo, al demostrarle que Bill Dower no iba a rescatarla, porque todo había terminado.

Solo pudo decir una palabra:

«Espera».

Más tarde, los terapeutas le dijeron que se lo estaba tomando mejor de lo esperado.

Por supuesto que se lo había tomado bien: llevaba años esperando que su madre se suicidase o la matase a ella.

Como decía Bill Dower, Jota era un desastre. Un desastre precioso.

Y, de tal palo, tal astilla.

«Pero Jordan no es un desastre», pensó Hennessy. Los desastres que había en su vida provenían únicamente de Hennessy. De Hennessy, que la noche anterior, en el aparcamiento de Senko, le había soltado lo peor que le podía decir. ¿De dónde había salido aquella inquina? ¿Quién era esa persona que se había burlado diciendo que ella era la soñadora y Jordan solo el sueño, cuando Jordan era una persona muchísimo más competente que ella en todos los aspectos de la vida?

Esa persona era Hennessy.

Sabía que todas las chicas estaban decepcionadas con ella; se lo vio en la cara al regresar aquella noche. Jordan tenía razón: haber encontrado a Ronan Lynch, a otro soñador, había despertado su esperanza más que cualquier otra cosa hasta ese momento. Habían visto lo que Ronan era capaz de hacer y pensaban que Hennessy podría hacer lo mismo con algo de ayuda. No entendían nada.

—¿Dónde está Jordan? —preguntó June.

—Nos hemos peleado —contestó Hennessy—. Ya se le pasará.

Y, entonces, vio en sus caras que se sentían orgullosas de Jordan.

Se encerró en el estudio y empezó a fumar un cigarrillo tras otro. Odiaba verlas tan esperanzadas; pero, sobre todo, odiaba ver que esperaban algo de ella. Las iba a dejar tiradas. Siempre las había dejado tiradas. Sus pobres chicas… Qué desastre.

A primera hora de la mañana, cuando saltó la alarma del teléfono, no la renovó. En vez de hacerlo, llamó a Ronan Lynch.

Ronan la citó en un sitio llamado Café Shenandoah. Estaba cerca de Gainesville, al oeste de Washington D. C., en el sentido contrario al atasco de la hora punta y abierto a aquella hora absurda de la mañana. No parecía tan vacío como cabía esperar; había una clientela de aire vagamente camionero, aunque el café en sí era mucho más pintoresco que un restaurante típico de autopista. Suelos de madera envejecida, estanterías de tienda antigua desde el suelo hasta el techo, mesitas arremolinadas en torno a vitrinas de cristal y cientos —quizá miles— de objetos de adorno. Según decía un cartel que había junto a la caja, todos habían sido donados por clientes del mundo entero. Algunos parecían valiosos, como unas tazas de porcelana tan fina como el pergamino, mientras que otros parecían chismes sin valor, como un patito de goma con capa y colmillos de vampiro. Era una instalación en la que primaba la cantidad sobre la calidad.

La camarera los había llevado a una mesa adornada con rosas de metal, campanillas doradas y ocarinas de barro. En la estantería contigua había libros huecos, barcos metidos en botellas y un abrecartas con la palabra «Excalibur» grabada.

—Antes venía aquí con mi familia —explicó Ronan.

—Tú y el gran Declan —murmuró ella como si saborease la palabra, mientras abría un menú plastificado que contenía todos los desayunos imaginables—. No sé cómo te aguantas las ganas de decir su nombre todo el tiempo. Se derrite como un trozo de chocolate en la boca, ¿no crees?

Él la miró en silencio, con aire escéptico. En ocasiones, los silencios de Ronan contenían una crítica mucho más aguda que si la expresara con palabras. Este, en concreto, quería decir que le fastidiaba que ella se tomara las cosas a la ligera mientras él iba en serio y que no estaba dispuesto a perder el tiempo en tonterías.

Hennessy levantó una ceja y se quedó en silencio también. El de ella era menos sutil; más o menos, venía a decir «Lo siento, tío. Tengo que hacerme la graciosa para disimular que estoy muerta de miedo».

«Menudo melodrama», dijo el nuevo silencio de Ronan.

«Vete a tener pena a otra parte», respondió el de Hennessy.

—Buenos días, chicos —dijo la camarera, que había aparecido de repente.

Sin preguntarles si querían café, levantó una vieja jarra de metal y empezó a servirlo en las tazas que tenían delante. Era una mujer madura, rechoncha y de ojos brillantes. En su tarjeta identificativa ponía «Wendy»; el nombre era tan típico que Hennessy se preguntó si usaría un alias para

ocultar su identidad a los clientes del Café Shenandoah. Se inclinó con aire confidencial para recoger sus pedidos, como si fueran mensajes secretos, y al acabar dio un golpecito con el lápiz en el cuaderno y se marchó.

Ronan esperó sin decir nada.

Hennessy suspiró y se recostó en su lado de la mesa, con la taza de café agarrada. Le habría gustado tener un cigarrillo a mano, poder hacer algo más con las manos.

—Bueno, vale. ¿Qué quieres saber? Tengo el mismo sueño desde que mi madre murió. Cada vez que cierro los ojos el tiempo suficiente para soñar, empieza exactamente igual. Y siempre es horroroso.

—¿En qué consiste?

—Una vez leí que el sueño que más se repite en Estados Unidos es caer al vacío. Yo siempre había pensado que era hacer un examen, pero creo que ese es más común entre las personas perfeccionistas.

—¿En qué consiste?

—Dicen que los amantes pueden tener el mismo sueño si duermen con las cabezas pegadas —añadió Hennessy a la desesperada, juntando los dedos para acompañar lo que decía—. Pero no me parece muy científico. El blog donde lo leí decía que no está comprobado, desde luego.

—¿En qué consiste?

Wendy se acercó y les sirvió la comida. Luego volvió a inclinarse con aire de conspiradora y les preguntó si querían condimentos. Ronan la miró y, durante unos segundos, le dedicó un silencio espeso. «Déjanos en paz de una puta vez —significaba—. Estamos en medio de una conversación privada».

Ella le dio unas palmaditas en la mano.

—Me recuerdas a mi chico —dijo con calidez y, luego, se marchó.

Ronan dirigió su silencio a Hennessy, mirándola por encima de una tortita en la que Wendy había dibujado una cara sonriente con nata montada.

Ella clavó la mirada en su plato, en el que había cuatro triángulos de tostada francesa alineados hacia la puerta. Tragó saliva.

—Es… —empezó.

Hennessy trataba de no pensar en ello ni siquiera mientras estaba despierta. Le daba miedo que contagiase su vigilia. Aquello era lo más que había dicho sobre su sueño en una década y le había resultado muy desagradable. Insoportable.

No dijo más; no podía. Tendría que decepcionar una vez más a Jordan y a las otras. Jordan no sabía lo que era aquello.

Ronan apoyó los brazos en la mesa, con las palmas hacia arriba. Por un momento, Hennessy creyó que iba a hacerle un gesto de ánimo. Pero no era eso.

—Esto es de una pesadilla —dijo él.

Hennessy se inclinó para mirar. Los antebrazos de Ronan estaban cruzados de cicatrices blanquecinas. El arma que las había causado tenía que ser de buen tamaño.

—Horrores nocturnos —explicó Ronan—. Con garras.

Engarfió los dedos e hizo el gesto de desgarrarse la carne del otro brazo, rozando las pulseras de cuero que ocultaban las cicatrices más profundas y subiendo hasta llegar al hueco del codo.

—Dos días en el hospital —añadió. No añadió nada sentimental, en plan «Entre los dos lo conseguiremos» o «Sé lo que es, confía en mí»; en lugar de hacerlo, replegó los brazos y extendió la nata de la tortita con el tenedor—. Todos creyeron que había sido con algo normal, como una navaja. Y ni siquiera así podían entenderlo.

Ronan no era Jordan. No era un sueño. Él sabía.

—El Encaje —susurró Hennessy.

Los oídos empezaron a pitarle. En los bordes de su campo de visión danzaban chispas. Tuvo que dejar en la mesa la taza de café, porque los dedos no la sostenían; los notaba débiles y hormigueantes. El miedo estaba a punto de hacerle perder el sentido. Necesitaba la alarma…

Clac.

Ronan acababa de chascar los dedos delante de su cara. Hennessy se concentró en su mano, aún ante sus ojos.

—Estás despierta —dijo él. Al ver que ella no contestaba, le dio una de las tazas vacías que había en la mesa—. Respira dentro.

Mientras ella aspiraba y espiraba en la fría taza, él cortó sus tortitas en cuatro trozos enormes y engulló dos.

—Estoy yo sola —dijo Hennessy con un hilo de voz, y Ronan se apoyó en los codos para oírla mejor—. Y el Encaje.

Le parecía ver la escena en su mente, desarrollándose con tanta claridad como cuando la soñaba. Hennessy, pequeña, insustancial y frágil, despojada de todas sus ridículas habilidades y astucias humanas. Y esa cosa, enorme, vasta de una forma que la mente de una persona apenas podía llegar a entender. Era oscura, aunque esa palabra tampoco bastaba para

describirla. La forma y el color eran conceptos tridimensionales, y aquello iba más allá. En los puntos más cercanos a ella semejaba una masa de cortes y rayos geométricos a través de los cuales se atisbaba una luz. O tal vez la luz formara parte de ello… Era como un encaje delirante que se cernía en lo alto.

—Me ve —continuó en voz aún más baja.

Le temblaban las manos. «Dios, me está viendo», pensó segura de ello, porque lo había dicho en voz alta y tal vez eso fuera suficiente para traerlo al mundo de la vigilia.

—El sueño empieza —susurró—, y entonces me ve y…

Ahora también le temblaban los hombros. Notaba el picor de las lágrimas en los ojos y no lograba convencerlas de que se marcharan.

Ronan la contemplaba con expresión pensativa.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó.

—Es como el encaje —musitó Hennessy—. Así lo llamo, el Encaje. Es enorme. No sé explicarlo. Es algo…

Wendy volvió a aparecer enarbolando su jarra de café. Se detuvo y miró a Hennessy, que tenía las pestañas cuajadas de lágrimas, las manos temblorosas y el plato intacto.

Ronan volvió a dedicarle un silencio espeso. Esta vez, sin embargo, no fue suficiente.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó Wendy a Hennessy.

—Voy… —respondió ella entre hipos—. Voy a tener un hijo suyo. ¿Me puede traer un zumo de naranja?

Wendy asintió, le lanzó a Ronan una mirada mucho menos maternal y desapareció.

Ronan sacudió la cabeza, a caballo entre la admiración y la incredulidad.

—Eres una gamberra. Mira cómo estás y, aun así, no lo puedes evitar. Estás como una cabra. Seguirás siendo una gamberra hasta que te mueras.

Hennessy soltó una risita trémula y se llenó la boca de tostada francesa. No estaba sangrando. Lo había dicho en voz alta y no estaba sangrando. No tenía otro tatuaje en la garganta. Ronan tenía razón: estaba despierta. Estaba despierta. Estaba despierta.

La alarma de su móvil saltó. Volvió a ponerla.

—Mi chico vio algo parecido —dijo Ronan—. No sé si será lo mismo que aparece en tus sueños, pero él tiene visiones y hace poco me describió algo así. Él también se quedó aterrado.

—¿Qué nombre le puso?

Ronan pinchó con saña el tercer trozo de tortita.

—Ninguno. Solo se puso a gritar como si lo estuvieran matando. Cuando le pregunté por qué había gritado, me dijo que era porque aquella cosa lo había visto. Dijo que jamás podría haber imaginado nada tan espantoso.

—Suena parecido, sí —asintió Hennessy. Aunque aún estaba temblorosa, agarró su taza de café y dio un sorbo. Wendy apareció a su lado, le dejó delante el zumo, le palmeó la mano y volvió a marcharse—. Me gusta esta señora. Tiene buen rollo.

—¿Y cómo te hace daño el Encaje?

Aquello era más difícil de describir, no porque le diera más miedo, sino porque no seguía la lógica de la vigilia. Era un proceso que se regía por la lógica del sueño, y las palabras conscientes no servían para explicarlo.

—Quiere… Quiere salir. Quiere que lo saque. Sabe que puedo hacerlo. Así que yo… me niego, más o menos. Me resisto, aunque sé que el Encaje me hará daño si no accedo. Dice que me matará si no lo dejo salir.

—¿Habla?

—En realidad, no. Es como un… un lenguaje soñado, algo así. Pretende que lo tome por una voz que me habla en voz alta, pero yo sé que no es eso.

Ronan asintió. Lo entendía.

—Me dice que mató a mi madre y que va a matarme a mí.

Al oír aquello, Ronan adoptó de pronto un aire alerta, como de ave de presa.

—¿Y es cierto que la mató? —dijo.

—No. Se mató ella pegándose un tiro en la cara.

—De modo que esa cosa miente. O más bien tu subconsciente miente.

—¿Qué? —replicó Hennessy, molesta.

Él levantó la mirada del plato, con el último trozo de tortita pinchado en el tenedor.

—Puede que esa cosa sea real y puede que sea un producto de tu subconsciente, como mis horrores nocturnos —explicó, con el ceño fruncido como si sus propias palabras no terminasen de convencerlo.

—Entonces, ¿el tal Bryde también es una creación de tu subconsciente? —replicó Hennessy.

—Bryde sabe cosas que yo no puedo conocer. Por ejemplo, que tú estabas a punto de ahogarte —puntualizó Ronan—. ¿Qué sabe el Encaje?

Hennessy pensó por un momento.

—¿Y lo que vio tu chico?

Ronan asintió: aquella flecha había dado en el blanco.

—Bryde me dijo que dejase de preguntarme si lo que veo en mis sueños es real —explicó—. Me dijo que para los soñadores todo es real, porque pertenecemos a los dos mundos: el del sueño y el de la vigilia. Y ninguno de los dos es más verdadero que el otro.

—¿Y te lo crees? Cuando sueñas que estás desnudo delante de toda tu clase, ¿es real?

—De todos modos —dijo Ronan sin responder a la pregunta—, hay algo aquí que no termino de entender. En todo esto, ¿cómo encajan tus copias?

—Algo tengo que traer de vuelta. —Hennessy se encogió de hombros —. Y no puede ser el Encaje.

El teléfono de Ronan vibró: tenía un mensaje de DSCEREBRADO LYNCH. Lo ignoró.

—Eh, un momento. ¿Y por qué no sales con las manos vacías?

Ella lo miró sin entender.

—¿De verdad no sabes dejar los sueños encerrados en tu cabeza? —se asombró Ronan, y Hennessy agitó su teléfono con irritación.

—¿Por qué crees que llevo diez años despertándome cada veinte minutos? ¿A ti te parece que lo hago por gusto?

—¿Y antes del Encaje? —insistió Ronan—. No creo que entonces sacases algo cada vez que soñabas. —La miró y comprendió la respuesta: sí —. Joder, tía. ¿De verdad nunca has podido evitarlo?

—¿Me estás tomando el pelo?

—Ni de coña. ¿En serio no sabes dejar los sueños en tu mente?

—¡No sabía que se pudiera hacer! —exclamó ella—. Y lo he intentado… Pero, al final, la única solución son las chicas. En el sueño solo estamos eso y yo y, como no puedo sacarlo, me saco a mí misma. Y al despertar, estoy hecha polvo y tengo la marca de rigor —remachó, señalando la flor aún reciente de su garganta con cuidado de no rozarla.

—Y nunca se lo habías contado a nadie —repuso Ronan—. De modo que las chicas piensan que lo que te está matando son las copias. No tienen ni idea de que lo haces para no dar vida a un ser maligno.

—Más o menos, sí.

Ronan respiró hondo.

—Joder, Bryde. ¿Qué cojones quieres que haga yo?

Se sacó la cartera del bolsillo, extrajo algunos billetes y los lanzó a la mesa. Luego se frotó la cara con una mano.

—¿Ahora ves por qué te dije que no podías ayudarme? —dijo Hennessy.

Pero, en cierto modo, ya la había ayudado. Todo parecía menos espantoso ahora que lo había dicho en voz alta.

—Y tenías razón —contestó Ronan—: yo solo no puedo. ¿Te gustan los árboles?

60

Farooq-Lane no habría encontrado a Parsifal si no fuera por los perros.

Cuando los vio, el día ya estaba bien entrado. No eran más que tres chuchos despeluchados de tamaños diferentes, arremolinados en torno a un contenedor en la parte trasera de un centro comercial. No tenía ninguna razón para detenerse, pero de pronto pensó: «Sería horrible si se estuvieran comiendo a Parsifal».

Aunque no tenía por qué suponer algo así, era una idea tan horripilante que aparcó junto al contenedor. Salió del coche y empezó a hacer todo el ruido que pudo, pateando el suelo y dando palmadas. Notaba los golpes del corazón dentro del pecho.

Estaba tan nerviosa que supuso que los perros se enfrentarían a ella. Pero no eran unos monstruos; solo eran unos chuchos callejeros, y escaparon a todo correr con el aire culpable que se les pone a los perros cuando los pillan hurgando en la basura.

Y entonces vio a Parsifal.

O más bien vio sus piernas. Sobresalían de detrás del contenedor.

«Dios mío».

Se forzó a dar un paso y luego otro y luego otro más, internándose en la sombra del centro comercial.

Los perros no lo habían devorado.

Era peor.

Farooq-Lane se preguntaba a menudo si su hermano habría intentado matarla también a ella.

Desde luego, estaba claro que había planeado el ataque para que coincidiera con su visita a Chicago.

Según las declaraciones de los testigos, el artefacto había explotado justo en el momento en que entraba en el vecindario el taxi en el que ella iba. No estaba claro si Nathan había calculado bien y pretendía que ella

fuera la primera en encontrar a las víctimas o si había calculado mal y pretendía que el artefacto estallase con ella ya en la casa.

Recordó aquel día. Le había dado una propina al taxista y luego había echado a andar hacia la casa de sus padres, arrastrando tras ella su coqueta maleta. Era una casa de revista: un edificio de piedra cálida con una escalinata de buen tamaño y algunos árboles plantados delante, el tipo de sitio por el que suspiraban los urbanitas mientras se apiñaban en sus apartamentos compartidos del centro. Los padres de Farooq-Lane iban a mudarse a las afueras a final de año y pensaban cederle la casa a ella. «Tú eres la joven profesional que quiere vivir en el centro —le habían dicho—, y ahora ya puedes hacerte cargo de la hipoteca».

Iba a ser una vida preciosa.

Recorrió el camino de entrada, levantó la maleta para subir los siete escalones y vio que la puerta estaba abierta.

En ese momento, por su cerebro pasaron tres pensamientos nítidos.

Uno: el gato se iba a escapar.

Dos: en la alfombrilla de dentro había unas tijeras abiertas. Aquel era el símbolo de Nathan, su obsesión. De pequeño siempre tenía unas tijeras colgadas sobre su cama y otras sobre la de Farooq-Lane hasta que ella le obligó a quitarlas. Las dibujaba en sus cuadernos y en la pared de detrás de la cama. Las coleccionaba en cajas.

Tres: en la mesa del recibidor había restos de cerebro.

Farooq-Lane no recordaba bien el resto del día. Cada vez que creía rememorar algo, resultaba ser un detalle que alguien le había explicado más tarde.

—Parsifal —dijo dejándose caer de rodillas a su lado.

Agitó las manos sin saber bien qué hacer con ellas. Ahora le parecía absurdo haberle preparado una bolsa de comida al chico. Como si eso pudiera arreglar las cosas; como si la comida hubiera arreglado las cosas alguna vez; como si nada pudiera arreglarse ya.

—Te he buscado toda la noche —dijo.

Estaba temblorosa, aunque no sabía si era por el frescor de la sombra o porque la estremecía mirar al chico. No podía soportar mirarlo, pero tampoco era capaz de apartar la vista.

—Te habría matado —respondió él con un hilo de voz.

—¿Qué puedo…? ¿Qué puedo hacer?

—¿Puedes colocarme los brazos?

Sus dos brazos estaban torcidos en ángulos extraños, como si lo hubieran tirado allí y no hubiera sido capaz de enderezarlos. Farooq-Lane colocó con cuidado en el pecho su mano izquierda, regordeta como la de un niño, y luego la cubrió con su otra mano, angulosa como de costumbre.

Parsifal estaba dividido más o menos por la mitad. Tenía dos edades al mismo tiempo. El lado derecho era el Parsifal que ella había conocido: un adolescente que jamás llegaría a ser adulto. El lado izquierdo era un Parsifal mucho más joven. El cuerpo se replegaba y se retorcía en el medio para hacer coincidir las dos mitades, de tamaños muy diferentes. Era imposible. Pero allí estaba, ante sus ojos.

Aquella era la primera vez que Farooq-Lane atisbaba lo que debía de haber sido la existencia de Parsifal antes de que lo encontraran y lo reclutaran los Moderadores. Como todos los Visionarios, debía de haber oscilado entre distintos momentos de su vida, desde el bebé que había sido hasta el niño, el adolescente o lo que fuera que consiguiese ser. Una y otra vez, habría saltado de una edad a otra, llevando consigo el sonido condensado de todos los años transcurridos entre medias y matando a todos aquellos capaces de oírlo. Hasta que los Moderadores le habían enseñado a dirigir las transiciones hacia dentro, aclarando sus visiones… y destruyéndolo en el proceso.

Farooq-Lane nunca lo había visto.

Pero no le parecía que tuviera que ser así. Aquello no tenía aspecto ni de tránsito en el tiempo ni de última visión letal.

—¿Puedes volver a cambiar? —le preguntó—. Si me marcho, ¿puedes retroceder del todo a tu niñez?

El retorcido pecho de Parsifal se agitaba con movimientos espasmódicos.

—La he parado —dijo con esfuerzo—. La visión… A la mitad. Esta será la que me mate y…

¿Se había hecho aquello a sí mismo?, se preguntó Farooq-Lane espantada.

El chico murmuró algo en alemán. Luego tragó saliva y terminó la frase anterior:

—… necesito que veas la última visión conmigo. Así habrá servido de algo.

—Ay, Parsifal…

El chico cerró los ojos. A Farooq-Lane le resultó un poco más fácil mirarlo así; sus gafas se habían perdido en algún momento, y los ojos de Parsifal siempre parecían un poco extraños y desnudos sin ellas, incluso cuando no eran de dos tamaños diferentes.

—Es una visión importante para ti —dijo.

—Para todo el mundo —puntualizó Farooq-Lane.

—Para ti —repitió él—. Es de alguien importante para ti. Ah… estás… estás… estás… —farfulló mientras sus piernas se sacudían.

Farooq-Lane le agarró la mano derecha.

—Estoy aquí.

—No estoy cansado de ti —susurró él.

Y luego empezó a tener la visión.

61

No era la primera vez que Farooq-Lane veía el fin del mundo. Lo había visto después de que los Moderadores siguieran el rastro de Nathan hasta Irlanda, pero antes de que organizaran el asalto a su refugio.

Cuando el Visionario que tenían en aquel momento se había acercado a ella, estaba en el bar de un hotel decrépito, sosteniendo sin beber una pinta de cerveza que le había pagado un tipo. Ni siquiera sabía qué aspecto tenía su benefactor. Se había aproximado a la barra, donde estaba ella sentada, y le había preguntado si quería beber algo. Al ver que ella lo ignoraba por completo, le había dicho al camarero: «Póngale una cerveza y un sacerdote a la señorita y que se las apañe sola». Pero antes de que llegara la hora de salir de allí, el Visionario —Cormac, se llamaba— se había acercado a ella.

Iban a matar a Nathan. Por lo que había hecho —matar a muchas personas— y por lo que podría hacer —matar a muchas más.

Farooq-Lane miró alrededor. El hotel estaba muy frecuentado aquella noche. Había una pantalla con un partido de algún deporte, y los hombres y mujeres que se apiñaban delante hacían mucho ruido. La gente orbitaba a su alrededor como planetas rodeando un sol extinto.

Iban a matar a Nathan.

Cormac la había encontrado en el bar y le había preguntado si quería saber por qué estaban haciendo todo aquello.

«Puedo mostrártelo —dijo—. Pero luego no podrás olvidarlo».

Cormac llevaba varios meses siendo el Visionario de los Moderadores y ya tenía mucha práctica. Resultaba difícil imaginar que alguna vez hubiera sido un Visionario descontrolado. Era un tipo de mediana edad y constitución sólida, cuyos oscuros ojos bordeados de patas de gallo inspiraban confianza. En aquel momento, Farooq-Lane no sabía que Cormac no envejecería más.

—¿Es la verdad? —le preguntó.

—Sí, a no ser que lo impidamos.

De modo que Farooq-Lane había accedido a verlo. Ya había muchas cosas en su vida que no podría olvidar; qué más daba otra.

Cormac la llevó a una sala lateral. La moqueta de lana verde oscura estaba llena de pelotillas, y el papel marrón y blanco de las paredes parecía tener mil años.

—No tengas miedo —le dijo él—. Aún no es real.

La rodeó con los brazos y ella percibió su aroma a champú, sudor antiguo y cebolla. Siempre era extraño abrazar a un desconocido, tratar de juntar brazos y costillas que no estaban acostumbrados a encajar.

Y entonces sintió otra cosa. Algo… efímero.

Algo que estaba fuera de sus cuerpos.

Se aproximaba.

El cuerpo de Farooq-Lane zumbó con aquella peculiar vibración.

Se aproximaba, estaba segura.

«Tal vez esto no haya sido buena idea», pensó.

Pero ya no podía echarse atrás.

Porque se aproximaba.

¿Está esto…?

Solo tuvo tiempo de preguntarse si ya estaba ocurriendo y ella estaba perdiéndoselo. Y, entonces, la visión la golpeó.

La visión de Parsifal la golpeó del mismo modo, allí en el callejón trasero del pequeño centro comercial.

Era como disolverse de abajo arriba. Se le entumecieron los dedos de los pies, las piernas, el cuerpo entero. No había dolor. No había sensaciones.

No había nada.

El frescor sombreado del callejón se fundió con el resplandor de una tarde diferente. Farooq-Lane y Parsifal caminaban junto a una autopista atestada de vehículos. El aire se estremecía por el humo y los gases de los motores. Las señales de tráfico indicaban que se encontraban en Estados Unidos; a juzgar por los árboles, debían de estar al este del Misisipi. Ante ellos se alzaba una ciudad de la que trataban de escapar los coches, incluso los que ocupaban los carriles que hubieran debido ser del sentido contrario.

Estaba en llamas.

Todo lo que no era la autopista estaba en llamas. La ciudad, en llamas; el mundo, en llamas.

Farooq-Lane sintió que le ardía la cara.

El fuego parecía susurrar que nunca se apagaría. Que lo quemaría todo.

Devora. Devora.

Y las llamas cumplían su promesa: se comían todo lo que tocaban. Aquel era el futuro lejano. Esa parte de la visión era siempre igual; todos los Visionarios la experimentaban del mismo modo.

La escena cambió. Esta fase correspondía al futuro próximo, y variaba cada vez. Estos eran los fragmentos que buscaban los Moderadores: los perseguían para detener la primera parte de la visión.

Aquella parte de la visión de Parsifal estaba fragmentada, rota. Se desarrollaba en tirones espasmódicos, cambiando violentamente de una imagen a la siguiente. Una casa vieja y maltratada. La silueta de un hombre montado a caballo. Un montón de ladrillos o piedras de forma peculiar, puntiaguda como un sombrero de cucurucho. Una escalera. Cadáveres. Una cerradura pequeña e informe. Un ataúd y, dentro, unos labios abiertos en busca de un aire inexistente.

Todo estaba agonizando, incluida la visión.

Farooq-Lane se encontró a sí misma agarrando la mano exangüe de Parsifal en la parte trasera de un centro comercial cercano a Washington D. C. En el exterior del cuerpo no había nada repulsivo, salvo un nuevo vómito; sin embargo, se intuía que todos los órganos del chico estaban descolocados y retorcidos, como si hubieran chocado dos coches en su interior. En su torso había surcos donde no debía haberlos. A Farooq-Lane le dio la impresión de que parte del vómito había salido de ahí. El chico estaba muerto.

No, no lo estaba. Todavía no.

—Date prisa —graznó Parsifal.

Y se murió.

62

Declan no podía creerse que Ronan hubiera vuelto a dejarlo en la estacada. Cuando Jordan lo dejó en casa la noche anterior (no tenía sentido ocultar más su dirección; estaba claro que ella ya la conocía), el BMW estaba aparcado enfrente. Cuando Declan se despertó unas horas más tarde, el coche ya no estaba. «¿Me vas a dejar hoy solo con Matthew?», le escribió, y Ronan solo contestó: «Papi tiene que trabajar, solete».

Le dieron ganas de pegar un puñetazo a la pared.

No sabía qué le estaba pasando.

Había pensado que salir con Jordan la noche anterior le ayudaría a despejar la presión y que después le sería más fácil deslizarse a una nueva década de hibernación anodina. Y, sin embargo, había tenido el efecto opuesto.

Le preparó a Matthew un desayuno de fin de semana: salchichas del congelador, huevos y gruesas tostadas del pan ecológico que los agricultores locales habían enviado a la oficina del senador. Matthew esperaba sentado tras el mostrador de la cocina, silencioso e inmóvil, sin trastear ni balancear las piernas ni reírse ni canturrear, sin hacer absolutamente nada molesto. Desde que se había mudado a la casa de Declan, este había deseado a menudo que su hermano pequeño fuese más calmado: que no masticase con la boca abierta, que no parlotease tanto, que no leyese tantos chistes malos de internet, que no tirase tantas cosas y se excusase con un «¡Huy, perdón!», que no subiera y bajara las escaleras haciendo estruendo como si tuviera siete años en lugar de diecisiete…

Pero, ahora que estaba tranquilo, Declan se sentía fatal.

Se sentó a su lado.

—¿Estás enfadado?

Matthew movió la comida por el plato.

—¿Estás triste?

Matthew alineó las salchichas y luego las separó con trozos de huevo revuelto.

—Si no hablas, no puedo hacer nada para ayudarte.

Matthew clavó la mirada en su desayuno, como si temiera que escapase si dejaba de mirarlo.

—Esto es lo peor que me habéis hecho jamás —dijo.

Era una forma original de plantearlo, pero no era falso. Aquello era algo que le habían impuesto al ser llamado Matthew Lynch. Ronan le había forzado a existir. Declan había decidido, sin consultarle, cómo podría soportar mejor sus circunstancias, plenamente consciente del desastre que ocurriría si Matthew averiguaba alguna vez la verdad. Sí, se lo habían hecho. Sí, Declan reconocía su parte de culpa.

Estiró el brazo y le apartó los rizos de la frente. Era un movimiento que había hecho tantas veces, desde que Matthew era un niñito, que a veces soñaba con ello. Sus dedos habían memorizado la textura de los densos bucles, la forma redondeada de su frente, el amable calor que emanaba de él.

—¿Tengo alma? —preguntó Matthew.

—No lo creo.

—¿Tengo poderes mágicos?

—Lo dudo mucho.

—¿Soy invencible?

—Yo que tú no lo comprobaría.

—¿Tú eres soñado?

Declan negó con la cabeza. No: él era un humano en una familia que no lo era.

—Entonces, si Ronan se muere, ¿me quedaré dormido como las vacas de papá y como mamá?

Era una pregunta retórica. Se hizo un silencio que duró varios minutos. En la casa de al lado se oía a los vecinos hablar por teléfono. Eran buenas personas, pero siempre hablaban a gritos. Ahora le estaban chillando al teléfono que querían cancelar los canales de pago porque apenas estaban en casa y no los veían. No era cierto: estaban en casa todo el tiempo.

Declan se esforzó por consolar a su hermano.

—Matthew, todo el mundo muere al final; tenemos que hacernos a la idea. Todos sabemos que nos podemos morir si caemos por un precipicio o ingerimos veneno o nos ponemos delante de un autobús en marcha. La única diferencia es que, para ti, también es peligroso que le ocurra algo a Ronan. No ha cambiado nada; solo que ahora sabes que papá compró tu número de la seguridad social en el mercado negro.

—¿Que hizo qué?

—Y ahora podemos hablar con franqueza de la razón por la que nunca hemos dejado que te hagan reconocimientos físicos en el colegio y esas cosas.

—Eh, un momento. ¿Por qué?

Declan suspiró, arrepentido de haberlo dicho.

—Por si no tienes órganos internos —explicó.

Matthew gimió y dejó caer la cabeza entre las manos. Declan no sabía qué era peor, si verse pillado en aquella mentira o no saber si había merecido la pena mantenerla tantos años. Tal vez a Matthew le habría resultado más fácil crecer sabiendo que no era una persona real; que era un producto de la imaginación de Ronan, algo tan íntimamente dependiente de él que, si Ronan moría, no tendría vida propia; que su existencia era tan contingente que, cuando fluctuaba su fuente de energía externa, él se apagaba como una máquina sin combustible. Declan había creído que le estaba entregando el don de la realidad. Que le estaba permitiendo creerse verdadero, entero, tan digno de ser amado como cualquiera que hubiera llegado al mundo de manera más ortodoxa. El don de no creerse una cosa ni una criatura, sino un ser humano.

—Soy el hermano falso —dijo con una vocecilla apenas audible.

—¿Qué? —preguntó Declan, el verdadero hermano falso.

—Vosotros dos sois Lynch de verdad. Ronan y tú. Hermanos de verdad. Yo soy solo una imitación. No soy más que…

Aquello era insoportable.

—Matthew —le interrumpió—, eso no es cierto.

La boca de Matthew se arrugó en una mueca amarga.

Sí, era insoportable. Declan notó que el estómago se le retorcía en una náusea, mezclada con el deseo de dar un puñetazo a la pared y con una oleada de puro deseo por Jordan Hennessy y todo lo que representaba. Se imaginó buceando en las aguas de color turquesa de *La dama oscura* y hundiéndose en ellas hasta desaparecer, y en todo lo que ocurriría si lo hacía.

Y se quebró. Se quebró por segunda vez aquel año, después de tanto tiempo siendo prudente, anodino e invisible. La primera vez había ocurrido cuando cedió al deseo de llamar a aquel número para pedir la llave de la colección de Colin Greenmantle. La segunda ocurrió ahora cuando preguntó:

—Entonces, ¿crees que Ronan y yo somos los verdaderos hermanos Lynch?

—No digas tonterías —bufó Matthew—. Claro que lo sois.

El pulso de Declan empezó a acelerarse lentamente.

—¿Estás seguro?

—Lo sois.

—Ve a buscar *La dama oscura* —pidió Declan—. Está en el armario de la cocina. Trae la que está más cerca de la puerta.

Matthew lo miró, perplejo, y Declan se dio cuenta de que la intriga lo había sacado de su estupor. Miró cómo su hermano pequeño se levantaba y abría el armario. Dentro había dos damas oscuras: la original, que Declan había guardado allí tras la cita con Jordan, y, tras ella, la copia que de alguna manera se las había apañado para colarle aquella chica.

—¿Qué es esto? —preguntó Matthew, con algo de su musiquilla habitual en la voz.

—Trae la de delante —especificó Declan—. Déjala en la mesa del comedor.

Siguió a su hermano hasta la mesa y apartó una pila de facturas y periódicos para hacer sitio.

—Boca abajo —precisó.

Los dos se quedaron mirando el papel marrón del dorso con sus palabras diminutas: *Mór Ó Corra*.

Matthew interrogó a Declan con la vista, pero él se limitó a entregarle un cúter.

—Corta el papel —le dijo.

Cruzó los brazos y aguardó en tensión, mientras su hermano pequeño se inclinaba sobre el cuadro y empezaba a rasgar el forro con una precisión de cirujano, profundamente concentrado. El papel siseó y crujió al caer.

Declan se dio cuenta de que había cerrado los ojos.

Los abrió.

—¿Qué es esto? —volvió a preguntar Matthew.

Entre el lienzo y el bastidor había una tarjeta de buen cartón, oscura y cuadrada, con las esquinas redondeadas. El anverso mostraba la imagen de una mujer con la cara tapada por una cruz. Matthew la desprendió y le dio la vuelta. En el dorso había un número de teléfono irlandés y, al lado, unas palabras escritas con la letra de Niall: *El nuevo Feniano*.

—Esto no es un retrato de Aurora —afirmó Declan—. Es de Mór Ó Corra, mi madre.

63

«Date prisa —le había dicho Parsifal—. Date prisa». Pero era imposible apurarse cuando tenías que encajar los fragmentos dispersos de una visión agonizante. Era imposible apurarse si necesitabas atravesar Washington D. C. Era imposible apurarse cuando solo podías pensar en un cuerpo destrozado tras un contenedor de basura.

Era imposible apurarse si no sabías adónde ibas.

Farooq-Lane sentía que llevaba horas dando vueltas al mismo barrio. Todas las calles le parecían iguales: casas fatigadas que se unían por la cadera, césped con calvas, coches sin ruedas, aceras jadeantes, socavones en el asfalto.

Ninguna de las casas era la que Parsifal le había mostrado. El problema era que su última visión había sido más similar a un sueño, llena de verdades emocionales en lugar de hechos objetivos. El chico le había transmitido la sensación que provocaba aquella casa, más que su aspecto.

Además, a Farooq-Lane le resultaba difícil pensar en nada más que en el cuerpo de Parsifal, envuelto en la alfombra de la Zeta y metido en el maletero.

Aquello era el Fin del Mundo con efe mayúscula y eme mayúscula, lo sabía muy bien. Sabía que debía centrarse. Acababa de ver con sus propios ojos por qué tenía que hacerlo. Pero el mundo de Parsifal había llegado a su fin, con eme minúscula y efe minúscula, y Farooq-Lane se sentía fatal y no lograba mirar las cosas con perspectiva.

Alguien estaba dando golpecitos en la ventana trasera, y Farooq-Lane se dio cuenta de que había frenado hasta detenerse en medio de la calzada. Era un señor mayor y desdentado que se apoyaba en un bastón. Canturreaba «Chica guapa, chica guapa», y estaba claramente deseoso de charlar.

—¿Te has perdido, chica guapa? —preguntó, sin dejar de dar golpecitos con el bastón en el costado del coche de alquiler. Tap. Tap. Tap.

«Sí —pensó Farooq-Lane—. Del todo».

Tap. Tap. Tap. De pronto, Farooq-Lane se dio cuenta de que la empuñadura del bastón tenía una forma muy familiar: una persona montada a caballo. Era uno de los fragmentos de la visión de Parsifal.

Bajó la ventanilla y le enseñó al anciano un dibujo del montón de piedras puntiagudo que le había mostrado la visión.

—¿Sabe usted qué puede ser esto?

El señor se asomó al interior del coche para verlo mejor. Olía increíblemente mal.

—Eso está en Fairmount Heights. Es el monumento a los muertos en la Segunda Guerra Mundial.

En realidad, lo pronunció más bien como «ed bodubeto a dos buetos da Segudda Guedda Buddial», pero Farooq-Lane captó la esencia de su respuesta.

—¿Está cerca? —preguntó.

—Aquí mismo, al sur, chica guapa —contestó el hombre («aquí bidbo, assud, shica wapa»).

Como no tenía dinero suelto, Farooq-Lane le dio su café, que no había tocado, y el anciano pareció satisfecho con la recompensa. Luego, introdujo el nombre del monumento en el GPS. Estaba a unos minutos de allí. Farooq-Lane sentía angustia por lo despacio que iba, pero estaba haciendo todo lo que podía.

El monumento era exactamente igual a lo que le había mostrado la visión de Parsifal: un montón de piedras apiladas en forma de sombrero de bruja. Farooq-Lane dio vueltas con el coche por las calles adyacentes, alejándose cada vez un poco más. Se preguntó dónde estaba a punto de meterse y notó que la adrenalina empezaba a correrle por las venas. Las visiones siempre conducían a soñadores o, en ocasiones, a otros Visionarios. Fuera como fuera, la situación era potencialmente peligrosa, y Farooq-Lane no tenía idea cabal de lo que la aguardaba. Antes, al menos, podía preguntarle a Parsifal si corrían algún riesgo. Ahora ya no podía preguntarle nada.

Por un instante le pareció oír música de ópera. Era apenas un rumor, como si viniera de fuera del coche o como si la radio tuviera el volumen casi apagado. Pero antes de que pudiera bajar la ventanilla o subir el sonido, se topó con la casa de la visión. Como todas las del vecindario, era un edificio en plena decadencia que debía de haber tenido encanto décadas atrás. En la descuidada parcela había un lavadero. El camino de entrada tenía más socavones que cemento. Era un buen lugar en el que ocultarse.

Fue hasta la puerta y llamó con los nudillos. «Date prisa». Probó el picaporte. La puerta estaba abierta.

Entró. Olía bastante mejor de lo que esperaba. Aunque el sol brillaba con fuerza en el exterior, allí apenas entraba la luz. Sí que se notaba un cierto tufo a humedad y a moho que venía de abajo; pero, por lo demás, la casa olía a flores frescas y a verano. Las luces estaban apagadas. No, fundidas. Los finos cristales de una bombilla crujieron bajo las suelas de Farooq-Lane.

Ante ella había una escalera que conducía a la penumbra del primer piso. Era la de la visión.

Empezó a subir.

Al llegar arriba, encontró los cadáveres de dos ancianas y una nota: «Me *e* quedado hasta que me *a* dado demasiado miedo. La mujer *esta* abajo». Las ancianas tenían sangre en la boca y los oídos. Sus globos oculares parecían haberse colapsado.

Quien vivía allí no era un Zeta.

Era una Visionaria. Parsifal la había conducido hasta su sustituta.

Farooq-Lane no supo cómo sentirse.

«Date prisa».

Volvió a bajar y registró todas las habitaciones en busca de algún rastro. Con cautela al principio, porque no quería correr la misma suerte que las dos señoras de las escaleras, y luego con precipitación, porque todos los cuartos estaban vacíos.

Quizá aquello fuera igual que el día en que habían perseguido el BMW de la visión de Parsifal hasta el callejón sin salida. Tal vez hubiera llegado tarde. A lo mejor no se había apurado lo bastante.

Cuando estaba a punto de abandonar y volver al coche, sus ojos se toparon con una puertecita en el hueco de la escalera en la que no había reparado al entrar. Tenía una pequeña cerradura.

El agujero era irregular. Otro fragmento de la visión de Parsifal.

La abrió y vio que llevaba a un sótano de techo muy bajo.

Encendió la linterna del móvil y bajó los escalones. Luego, agachada para no dar con la cabeza en el techo, examinó la estancia. Lo último que le había mostrado la visión de Parsifal era un ataúd, pero no creía que hubiera nada por el estilo en un lugar como aquel. Y era cierto: no había ningún ataúd. Lo que sí que había era un arcón congelador con varios sacos de grava encima de la tapa para asegurarla. Para impedir que la abrieran desde dentro.

No era un ataúd, pero se parecía mucho.

Apartó los sacos de grava a manotazos y a patadas. Al aterrizar, levantaron una nube de polvo del suelo y de los propios sacos. La luz del móvil, que había dejado en el suelo, parecía un faro entre la niebla. No se veía nada con claridad.

Por fin, Farooq-Lane despejó la tapa y la abrió.

En el oscuro interior del arcón sonó un jadeo convulsivo.

—¿Vas a tener alguna visión pronto? —preguntó Farooq-Lane.

Más jadeos desesperados y luego:

—No, por ahora no.

—Entonces, ¿no corro peligro?

—No por el momento. No tengas miedo.

Aquella Visionaria había estado a punto de asfixiarse encerrada en un congelador y, aun así, era ella quien trataba de tranquilizar a Farooq-Lane. Una mano flácida salió del arcón y se apoyó en el borde. La piel era muy pálida y estaba arrugada; Farooq-Lane dio un respingo al verla, porque esperaba encontrar algo muy distinto. Recogió su teléfono del suelo e iluminó el interior del arcón. Dentro había una mujer muy vieja, con el pelo largo y blanco como la nieve, que se protegió los ojos con la mano libre.

Era la Visionaria más anciana que Farooq-Lane había conocido.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Liliana.

64

—Este no era el plan que yo había pensado para nuestra siguiente ci… reunión —dijo Declan, y Jordan se dio cuenta de que había retenido la palabra «cita» mientras decidía si utilizarla o no.

—¿En serio? —repuso—. Pues ya somos dos, amiguito.

Iban otra vez en el coche de ella. Había sido una decisión tácita; ella prefería conducir a ir de pasajera, y él parecía sentirse más a gusto escrutando el panorama por la ventanilla y el retrovisor cuando no estaba consultando la ruta en el navegador del teléfono. Estaba más guapo de lo que Jordan recordaba, con su dentadura perfecta, sus rizos oscuros y un jersey muy bonito que a Hennessy le habría espantado. A Jordan le resultaba fácil imaginarse pintándolo otra vez, enmarcado por la ventanilla, con un fondo de colores otoñales avivados por el gris del cielo. También le resultaba fácil imaginarse tocándolo otra vez.

—Me haces pensar en un perro —le dijo.

Él siguió tecleando en su teléfono. Tenía una forma peculiar de escribir, usando el pulgar de una mano y el índice de la otra. Era extraño. Encantador.

—Muchas gracias —murmuró sin apartar la vista—. Gira en el próximo semáforo.

—Los perros parecen distintos cuando tratas con ellos —explicó Jordan—. ¿Te has dado cuenta de la diferencia que hay entre ver un chucho cualquiera por la calle y ver a ese mismo chucho, pero conociéndolo?

—No conozco muchos perros.

—Lo que quiero decir es que estás muy guapo cuando te arreglas —repuso ella.

Él volvió a reírse con una carcajada espontánea, volviendo la cara para ocultarla.

Iban al encuentro de Boudicca.

—Estoy buscando a mi madre biológica —le había explicado Declan por teléfono un rato antes—. Pero las personas con las que tengo que

hablar no me recibirán si no voy acompañado por una mujer.

Jordan supo al instante que se refería a Boudicca.

«Boudicca…». Jordan no sabía si la propia palabra tenía un halo de amenaza o si solo se lo parecía a ella porque sabía lo que representaba. «Bu-di-ca». La primera vez que se habían aproximado a ella fue en un Mercado de las Hadas celebrado en Londres. Su representante tenía el aire más convencional que se pudiera tener: melenita alisada de color castaño claro, ojos pintados con *eyeliner*, blusa, traje de chaqueta. «Estamos buscando mujeres con talento como tú —le había dicho la mujer a Jordan como si estuviera haciendo publicidad de una feria de empleo—. Beneficios mutuos. Una inversión para toda la vida. Cuidamos de tu negocio para que puedas redirigir tu energía creativa». Jordan había aceptado su tarjeta, un cuadrado de buen cartón que mostraba una imagen de una mujer con la cara tachada, pero en ese momento no había comprendido realmente en qué consistía la oferta.

En el siguiente Mercado de las Hadas, Jordan fue testigo de una negociación fallida. Aunque no pudo captar los detalles, oyó cómo un tipo regateaba el precio de unos tintes con una mujer. Hablaban en susurros, pero aun así entendió que el hombre amenazaba a la vendedora para que no protestase. Más tarde, mientras cruzaba el aparcamiento, vio que tres mujeres le estaban dando una paliza al tipo ante la indiferencia de los vendedores que pasaban a su lado. Al acabar, le rajaron la camisa con dos cortes en forma de cruz cuadrada como la que tachaba la cara de la mujer en la tarjeta. Ahí empezó a comprender de qué iba la cosa.

Más tarde, en el mismo mercado, vio que otra vendedora discutía con la ejecutiva que le había dado a ella la tarjeta. La ejecutiva decía que había llegado el momento de que pagase lo que debía; habían hecho un trato y ella lo había aceptado. La vendedora respondió que no tenía dinero. Horas después, mientras Jordan y las demás chicas recogían sus cosas, Hennessy les dijo que había visto a la vendedora colgada en el hueco del ascensor, medio muerta y con una cruz dibujada en la cara.

Fue entonces cuando terminó de comprenderlo.

Boudicca ofrecía protección y tal vez nuevas oportunidades. Pero Jordan ya estaba ligada a un grupo de mujeres, y no le apetecía nada meterse en otro. Si por ella fuera, jamás habría llamado al número que aparecía en el dorso de la tarjeta.

Sin embargo, estaba dispuesta a acompañar a Declan Lynch para ver lo que hubiera que ver.

—¿Sabes dónde te estás metiendo? —le preguntó después de encontrar un aparcamiento en las calles abarrotadas de coches.

De hecho, estaban a dos pasos de la casa en la que habían entrado la noche anterior; podrían haber ido paseando hasta allí. La gente de Boudicca les había propuesto encontrarse en los jardines de Dumbarton Oaks, en el límite de Georgetown. Jordan, que había visitado muchas veces aquel lugar, entendía por qué lo habían elegido: era un sitio en el que se podía conversar discretamente, pero donde cualquier acto de violencia extrema llamaría la atención. Resultaba conveniente para todos los participantes.

—Para nada —respondió Declan—. Lo único que dijeron cuando llamé a ese número fue: «¿Quién?».

—¿Qué contestaste?

—No sabía cómo reaccionar, así que dije simplemente «El nuevo Feniano». Es lo que había escrito en la tarjeta. Entonces, me preguntaron «¿Dónde?» y yo dije «En Washington D. C.». Me dijeron que volviera a llamar en diez minutos, y cuando lo hice me dijeron «Dumbarton Oaks». No esperaba que me respondieran tan rápido, ni que la reunión fuera hoy mismo.

Declan no parecía muy contento, y Jordan lo entendía; a ella tampoco le habría hecho gracia despertar tanta expectación.

—A ver si lo entiendo bien —dijo Declan mientras torcían para entrar por la verja de los jardines—. Boudicca es una mafia, ¿verdad? Cobran a cambio de protección.

—Eso creo —respondió Jordan—. Y también ofrecen algún que otro servicio de *marketing*, creo. Acceso a su base de clientes, esas cosas.

—¿No te tienta contratar sus servicios?

—Ni en broma —repuso Jordan mientras respondía al saludo del vigilante, que la había reconocido.

—De todos modos, pensaba llamarte —afirmó Declan—. Para hacer otra cosa.

Ella sonrió.

—Un día visitamos a los sindicatos del crimen y al siguiente cenamos un chuletón.

Él frunció el ceño.

—Bueno, un chuletón mejor no —repuso completamente en serio.

Ahora fue ella quien dejó escapar una carcajada estrepitosa.

Se dirigieron a la Explanada de la Fuente, el punto donde los había citado la gente de Boudicca. En aquella estación, los jardines estaban en su mejor momento: el césped aún lustroso y brillante, y los árboles ya vestidos con los abigarrados rojos y marrones del otoño. Los temporales del invierno aún no habían desnudado sus ramas. Por todas partes flotaba el aroma húmedo e inevitablemente nostálgico de las hojas de los robles. El parque estaba impecable. «Como Declan Lynch —pensó Jordan—, con su jersey y su camisa, sus zapatos y su reloj, todo tan formal y de buena calidad». A Declan se le daba muy bien mantener un silencio amistoso, de modo que, durante diez o veinte pasos, Jordan se permitió imaginar que estaba en una cita normal, un paseo normal; que eran dos personas caminando juntas, simplemente, y que sus pasos no se guiaban por las crípticas demandas de un grupo secreto.

—Vamos, suéltalo —dijo al fin mientras atravesaban la aletargada rosaleda.

—¿El qué?

—Sé que estás muerto de ganas de contarme alguna historia sobre este lugar.

Él esbozó una sonrisa pícara.

—No creas que sé demasiado.

—Eres un mentiroso.

—Eso me dicen a menudo, sí. —Hizo una pausa—. Todo esto fue creado por el matrimonio Bliss. El matrimonio Felicidad… Menudo apellido. Mildred y Robert, se llamaban. Fue una pareja notable por muchas cosas; entre ellas, la osada maniobra de pasar de ser hermanastros a convertirse en pareja.

—¡Oh, qué escándalo! ¿Y cuántos años tenían cuando se conocieron? ¿Lo sabes? Sí, seguro que lo sabes.

—Creo que eran adolescentes; según… —Declan se interrumpió.

Habían empezado a descender por la escalinata que llevaba a la Explanada de la Fuente, y desde allí se distinguía a una persona que parecía esperarlos. Vestía una cazadora negra y pantalones también negros y tenía un bolso gris y cuadrado a los pies. Jordan agarró la muñeca de Declan y la volteó para mirar el reloj. Era la hora de la cita; pero no le cuadraba que aquel fuera el representante de Boudicca, por la simple razón de que era un hombre.

La figura se dio la vuelta. Declan y Jordan frenaron en seco.

Era Ronan Lynch.

Pero entonces el hombre dio un paso al frente y Jordan se dio cuenta de que no era él. Su postura, la forma en que se disponían los rasgos en su cara… Nada coincidía. Tenía el pelo rizado, como Declan, pero lo llevaba algo más largo, hasta la barbilla. Parecía más bien un pariente, un hermano de Ronan que se parecía más a él que el propio Declan.

—Vaya, Declan, qué gusto verte —dijo el hombre con la cara iluminada por la alegría—. Qué gusto. Estás hecho un mocetón, desde luego; te veo y no me lo creo. Declan en persona, convertido en un hombre de verdad.

Declan se retrajo.

Toda la belleza que Jordan había visto en él hacía un momento se esfumó; de pronto, volvía a ser el Declan insulso e invisible que era cuando se conocieron. *Hombre joven en jardín, identidad desconocida*.

—Ah, tan astuto como siempre —comentó el hombre con agrado. Tenía un leve acento irlandés, sobre todo en la forma de pronunciar las erres—. Lento en confiar. Me parece bien; no voy a pedirte confianza. Puede que me parezca a tu padre, pero yo no ofrezco lo que no puedo dar.

Jordan miró a Declan y después volvió a mirar al desconocido. ¿Tu padre?

—¿Quién eres? —le preguntó.

El hombre extendió la mano para chocarle los cinco; parecía aliviado porque ella le hubiera dirigido la palabra. Su actitud era inquieta, asustadiza, en nada semejante a la habitual en Ronan. Ahora que lo veía moverse, a Jordan le resultaba difícil creer que lo hubiera confundido con él.

—Me llaman el nuevo Feniano; con eso tendrá que bastarte.

—Yo soy Hennessy.

Se estrecharon las manos, pero el hombre siguió mirando a Declan con una expresión difícil de descifrar. ¿Añorante? ¿Orgullosa?

—Haces bien en ser precavido. Esto no te conviene —afirmó de pronto.

—¿El qué? —dijo Jordan—. ¿De qué estamos hablando aquí?

—Esto es una caja de la que se entra, pero no se sale. Es una caja mayor de lo que creéis, más fuerte. Habéis venido pensando que esto es una banda de mafiosas, ¿verdad? O tal vez una secta. Creéis que es una pandilla de mujeres aguerridas y que tal vez os convenga pedirles ayuda porque las cosas se os han puesto difíciles ahí fuera. Pero creedme: las cosas son más difíciles aquí dentro. —Se volvió hacia Declan—. Y no puedes permitir que se enteren de la existencia de Ronan, muchacho.

Declan dio un respingo.

El hombre se dio cuenta, y su expresión se volvió contrita.

—Lo siento, chico. Sé que nunca seré tu padre, pero te aseguro que vosotros siempre seréis mis muchachos. Me acuerdo de vosotros cuando no erais más que unas minucias.

—Eres una copia —dijo Declan por fin.

Jordan se inquietó al oír aquello. Se había habituado a ser una única persona para Declan, no una parte de un «nosotras». Declan ignoraba que ella era algo más que Jordan Hennessy, femenino singular, y ella disfrutaba de su ignorancia mucho más de lo que hubiera debido.

Aquello le había recordado que Declan era hermano e hijo de dos soñadores y conocía bien los hechos misteriosos de los que eran capaces.

Jordan esperaba que el hombre protestase por aquel apelativo, pero él se limitó a reír suavemente.

—Tal vez mi cara lo sea. Pero ya hace casi dos décadas; mis historias son muy distintas de las de Niall Lynch. Aun así, esta cabeza te quiere como si fueras mi propio hijo. Te he echado un ojo cada vez que he podido. Y te aseguro que no debes meterte en esto; acabaría con vosotros. Lo utilizarían hasta que ni siquiera tú pudieras reconocerlo.

Declan tragó saliva; parecía tan aturdido como Jordan durante sus episodios. Ella, sin embargo, tenía aún presente para qué estaban allí.

—No hemos venido para eso, amigo —le dijo.

Declan le lanzó una mirada agradecida y añadió:

—No esperaba que ese número fuera el tuyo. Lo que quería era encontrar a Mór Ó Corra.

—Ese es un nombre que ni siquiera deberías susurrar —le advirtió el hombre.

—¿Pertenece a Boudicca?

El hombre bajó la mirada.

—Olvídalo, ¿quieres? Olvida a Boudicca. Haz como que no nos hemos visto. Les diré que no acudisteis y no creo que insistan. Mór se asegurará de que os olviden.

—Todo esto resulta muy críptico —comentó Jordan.

—Como tiene que ser. Marchaos, por favor. Me rompería el corazón que os pasara algo, y os aseguro que quedan pocas cosas capaces de romperlo.

—Pero yo no te debo nada —replicó Declan con su tono más insulso —. No le debo nada a él, y a ti menos aún. Si quisiera hablar con ella, ¿qué

tendría que hacer ahora?

—Pregúntale a otra persona, muchacho; no seré yo quien te lleve a la muerte.

—¿Es que no quiere verme?

Jordan se sorprendió a sí misma apartando la mirada.

Aquella parecía una pregunta demasiado personal para que ella la presenciara.

—No voy a hablar por ella —repuso el hombre—; al menos tengo que respetarla en eso. No puedo decirte más.

Los ojos de Declan se estrecharon de manera casi imperceptible. Al cabo de un segundo, asintió como indicando que lo dejaba correr.

—Ah, este chico sí que sabe —repuso el hombre con alivio evidente—. Tú eres el más capaz de cuidar de los tres. No se puede confiar en Ronan para estas cosas; primero lanza su corazón al vacío y luego sale corriendo tras él.

Jordan conocía a una persona muy parecida.

—Bueno, pues ya está —concluyó Declan.

El hombre vaciló por un momento y luego extendió la mano hacia él.

—¿Puedo…? Yo… No sé si volveremos a vernos en estas circunstancias.

Al ver que Declan no retrocedía, el hombre dio un paso al frente y le rodeó el cuello con los brazos. Luego lo abrazó con la actitud sencilla y entregada de un padre que estrechase a su hijo, rodeándole la nuca con una mano y apoyando la mejilla en su cabello.

Declan se quedó rígido como un adolescente al que su padre abrazase en la puerta del instituto, pero Jordan vio de reojo que las aletas de su nariz temblaban y sus ojos se ponían vidriosos. Pestañeó con rapidez una, dos, tres veces. Para cuando el hombre lo soltó y dio un paso atrás, su rostro había recuperado su expresión anodina de costumbre.

—Estoy orgulloso de ti —le dijo el hombre a Declan.

«Mi intrépido Declan», pensó Jordan y, luego, como alguien tenía que decirlo, añadió:

—Gracias por haber venido.

El hombre se encorvó y recogió su bolsa.

—Cuidaos y no perdáis la vida —dijo.

65

Hennessy llevaba tanto tiempo sin soñar con nada que no fuese el Encaje que había olvidado cómo eran los sueños.

Lindenmere era un sueño.

Estaba a varios mundos de distancia del café en el que había quedado con Ronan aquella mañana, tanto en el aspecto físico como en el espiritual. Tras un viaje de dos horas en coche, habían llegado a las faldas de la Cordillera Azul. Luego, Ronan se había internado por una maraña de carreteras cada vez más estrechas hasta llegar a un cortafuegos donde se había detenido. A partir de ahí, le había dicho a Hennessy, tendrían que ir andando.

De modo que anduvieron.

Ninguno de los dos tenía pinta de excursionista: Hennessy, con su conjunto de cuero y encaje; Ronan, con sus botas negras y su despeluchado cuervo en el hombro. La situación era tan absurda que casi resultaba reconfortante.

Y Hennessy necesitaba que la reconfortasen, porque empezaba a tener miedo otra vez.

«Lindenmere es un espacio de sueños —le había dicho Ronan durante el trayecto—. Cuando estés dentro, mantén el control de lo que piensas».

Mantener el control nunca había sido el punto fuerte de Hennessy.

Comprobó que tenía puesta la alarma del teléfono. Acababa de reiniciarla; aunque no era muy probable que resbalase y perdiese el conocimiento en aquel camino, Hennessy necesitaba la tranquilidad de saber que el teléfono la despertaría antes de entrar en el sueño.

Ronan sacó el suyo y tecleó un mensaje sin dejar de caminar. Hennessy solo pudo distinguir el nombre del destinatario: GERENCIA.

—¿A quién escribes? —le preguntó.

—A Adam. Le estoy avisando de que voy a entrar para que sepa dónde encontrarme si no salimos en unos días.

«¿Unos días?».

—Ya hemos llegado —indicó Ronan.

Hennessy no había pensado que sería capaz de notarlo, pero lo notó. A aquella altura, los árboles normales eran más finos y ralos; sus troncos se inclinaban para aferrarse al granito y luchaban por alcanzar el sol. Los árboles sobrenaturales de Lindenmere, sin embargo, obedecían a normas diferentes. Eran anchos y espléndidos, hermosos vigías a los que no afectaba la pobreza de aquel terreno pedregoso. Su lado norte estaba cubierto de liquen y musgo de un verde intenso, salpicado de florecillas que temblaban al final de sus delicados tallos.

También el cielo era distinto. Aquí tenía un color gris, pero no era el gris mate de los cielos encapotados del otoño. Era un gris turbulento y licuado, compuesto de tonos azules y violetas y metálicos que vibraban y se ondulaban y giraban sobre sí mismos como las eses de una serpiente. Aunque no tenía ojos ni corazón ni cuerpo, era inevitable pensar que el propio cielo era un ser sintiente, aunque quizá ni siquiera advirtiera su presencia.

—Espera —dijo Hennessy—. He cambiado de idea.

Ronan se giró para mirarla.

—Lindenmere no te hará daño a no ser que tú quieras que lo haga. Mientras estés conmigo, no corres peligro. Lo único que hace el bosque es defenderse o manifestar lo que tú le pides.

—Pero es que… —protestó Hennessy.

«Es que no me fío de mí misma».

Se estaba esforzando por no temblar. Después de una década manteniendo el tipo, había perdido los papeles.

No soportaba pensar que tal vez volviera a ver el Encaje tan pronto.

Ronan la observó por un momento. Se detuvo e hizo una bocina con las manos.

—¡Opal! —gritó, y escuchó con atención—. ¿Dónde estás, bichejo?

—¿Quién es Opal?

Un pájaro invisible graznó con alarma en lo alto. Hennessy se dio la vuelta justo a tiempo para ver algo oscuro que se escurría entre los árboles o, más bien, para experimentar la sensación de que acababa de ver algo oscuro.

—Ya te lo he dicho: no dejes que se te desmanden los pensamientos —le dijo Ronan—. Sé firme: Lindenmere siempre da lo que cree que quieres recibir.

—Mis pensamientos son tan firmes como una piedra.

No lo eran.

—Sierra, ve a buscar a Opal —le ordenó Ronan el cuervo, que seguía posado en su hombro—. La necesitamos.

Aunque Hennessy no era ninguna experta en el lenguaje corporal de las aves, le pareció que al cuervo no le hacía mucha gracia la tarea: agachó la cabeza y empezó a cambiar el peso de una a otra pata, con las plumas del cuello ahuecadas.

Ronan se rebuscó en el bolsillo de la cazadora, sacó un paquete de galletas de mantequilla de cacahuete y le ofreció una al cuervo, que de pronto parecía mucho más animado.

—Galleta —le dijo Ronan.

—Klet —contestó Sierra.

—Galleta —repitió.

—Klet.

—Galleta.

—Klet.

Ronan se la entregó.

—Te doy otra si nos traes a Opal.

El cuervo alzó el vuelo con un ruidoso aleteo. Hennessy miró alrededor con asombro renovado. Por más fuera de lugar que estuvieran Ronan y ella mientras caminaban por la montaña, allí no se sentía fuera de lugar. Se encontraba bien en aquel bosque extraño y frondoso, junto a aquella ave extraña y oscura.

—¿Soñaste este sitio? —preguntó.

—Más o menos.

—¿Más o menos?

—Tuve un sueño y, cuando desperté, Lindenmere estaba aquí — explicó Ronan—. Pero creo que yo solo soñé con otro lugar en el que Lindenmere ya estaba y que mi sueño fue el portal por el que entró. Es un bosque porque mi imaginación no podía representárselo de otra manera; su manifestación estaba limitada por el marco de mis pensamientos. Así que tomó la forma de un conjunto de árboles… o algo así.

Hennessy se estremeció, tanto por el frescor que reinaba en la arboleda como porque aquello le había recordado al Encaje y a lo que pretendía obligarla a hacer.

—¿Y eso no te preocupa?

Ronan no contestó, pero su cara expresaba a las claras que no le preocupaba lo más mínimo. Le encantaba aquel lugar.

Entre la maleza sonó un nuevo chillido seguido de un gruñido profundo, tal vez de un animal o quizá de un motor.

—Sé firme —dijo Ronan, y Hennessy no supo si se lo decía a ella o a sí mismo.

—Si tú creaste este sitio, ¿por qué no hiciste que fuera más seguro? —cuestionó.

Él levantó el brazo y rozó una rama baja con la yema de los dedos.

—Antes de Lindenmere, tuve otro bosque —dijo, y se interrumpió.

Por un momento, Hennessy creyó que iba a confesar algo importante, pero Ronan siguió hablando en tono normal:

—A ese bosque le ocurrieron cosas malas. Como yo era un cagado, hice que fuera demasiado seguro. Le obligué a ser más normal. De modo que dependía de mí para mantenerse a salvo, y yo…

No terminó la frase, pero a Hennessy no le hizo falta. La vida de las chicas también dependía de ella, y conocía bien la sensación de fracasar en su cometido.

—Así que ahora permito que Lindenmere conserve más su esencia, fuera lo que fuese en aquel otro lado —terminó Ronan.

—Y eso es algo peligroso.

—Las cosas peligrosas son capaces de protegerse.

Hennessy se dio cuenta de que a Ronan no le parecía algo censurable. Al fin y al cabo, también él podía ser peligroso.

—Pero no solo es peligroso —añadió Ronan—. Mira.

Extendió las manos y pronunció unas palabras en algún lenguaje que sonaba adecuadamente arcaico. De pronto, sobre él apareció una nube de lucecillas que resplandecían cálidas entre el follaje otoñal. Las centellas empezaron a caer lentamente sobre ellos como una lluvia luminosa. Ronan retrocedió, con las manos aún extendidas para recibir las chispas que se hundían en su piel.

Hennessy dio un respingo cuando una de las luces se posó en su brazo y se fundió con él. No todas se disolvían; algunas se le quedaban prendidas en la ropa o en el pelo. Una se enganchó en sus pestañas y, cuando pestañeó para quitársela, se encontró mirando directamente a su luz. Pero no la cegaba, como habría hecho una chispa normal; en lugar de percibir un resplandor visual, lo que Hennessy percibía era un resplandor interno. Una especie de felicidad, de optimismo. Era como si la iluminase un sol de alegría.

—*Gratias tibi ago* —susurró Ronan en un tono reverente muy distinto del que usaba habitualmente.

—¿Qué has dicho? —preguntó Hennessy, que volvía a ser capaz de hablar después de que la chispa de sus pestañas se disolviese.

—Quiere decir «gracias» en latín —contestó Ronan—, y es de buena educación decirlo cuando te dan algo que te gusta. ¡Opal, ven de una vez! Vamos, anda, mira esto.

Era como vender el alma al diablo, como ser invitada a una danza de las hadas. Ronan Lynch la miraba tendiéndole la mano, una figura de ropas oscuras y ojos resplandecientes de color, rodeado de centellas que descendían girando en torno a él. Ven «conmigo». Aunque no se lo dijo en voz alta, Lindenmere recordó las palabras por ella como si lo hubiera hecho.

—No pienses, Hennessy —le pidió Ronan—. Limítate a ser.

Hennessy se dejó llevar.

Pasaron junto a un prado implacable en el que crecían decenas de espadas hincadas en la tierra, con las empuñaduras a medio metro del suelo. Pasaron junto a una cueva guardada por un gigantesco ciervo blanco con las puntas de la cornamenta teñidas de sangre. Pasaron junto a un prado que era en realidad una laguna y junto a un estanque que estaba hecho de pétalos.

Lindenmere era hermoso y complicado de formas en que el mundo real no lo era. En el mundo cotidiano, el aire y la música eran dos cosas diferenciadas; en Lindenmere, eso no siempre ocurría. También se confundían el agua y las flores. Mientras caminaba, Hennessy sintió profundamente la verdad de aquel lugar. En él había criaturas con las que era mejor no encontrarse si no ibas con Ronan Lynch. Sitios en los que podías quedar atrapado para siempre si no ibas con Ronan Lynch. Era un lugar salvaje y confuso; pero, al final, todo seguía una norma llamada Ronan Lynch. Su bienestar, sus deseos, sus pensamientos… Aquel era el verdadero norte de Lindenmere.

Sí, Hennessy lo sentía: Lindenmere amaba a Ronan.

—¡Kerah!

—¡Opal! Por fin llegas, mierdecilla —saludó Ronan.

Entre los árboles apareció correteando una criatura, una niña flaca de ojos hundidos. Llevaba un grueso jersey de punto, demasiado grande para ella, y una especie de capucha calada sobre su cabello corto y muy rubio.

Habría sido fácil tomarla por una niña humana si no fuera por sus piernas, que estaban cubiertas de pelo y rematadas en pezuñas.

—Ya te he dicho muchas veces que así es como me llama Sierra. Tú tienes labios y puedes llamarme Ronan —la regañó.

La criaturilla le abrazó las piernas y empezó a brincar a su alrededor, dejando las pezuñas marcadas en el suelo húmedo. Ronan levantó un pie.

—¡Eh, me has pisado!

Hennessy se sentó en el suelo. Solo tenía fuerzas para mirar las peludas patas de Opal y las lucecillas que flotaban a su alrededor. Las pocas ganas de bravuconear que le quedaban se habían desvanecido.

Su gesto llamó la atención de Opal, que se asustó al verla y se ocultó tras Ronan.

—Tranquila, pedorra —dijo Ronan, y se inclinó para quitarle algo de tierra de la mejilla—. Esta es Hennessy.

—¿Kruk? —respondió la niña.

—Haz el favor de no hablar como Sierra; puedes hacerlo en inglés. Es una soñadora, como yo.

«No», pensó Hennessy, que se sentía como borracha. No era una soñadora como él. Ni siquiera se aproximaba.

Opal se acercó a ella y se arrodilló a su lado, aunque su postura era muy distinta porque sus rodillas caprinas se doblaban hacia dentro y no hacia fuera. Hennessy se quedó inmóvil. La niña olía a bosque, a animal. Parloteó rápidamente en una lengua que Hennessy no entendía.

—Podrías saludarla —dijo Ronan.

—¿Comes carne? —le preguntó Opal a Hennessy.

—No te va a devorar —resopló Ronan—. No seas gallina.

—No estoy asustada —replicó Opal con aire hosco, aunque estaba claro que lo había estado.

Hennessy, que también había estado asustada, la miró y lanzó una dentellada al aire. Opal saltó hacia atrás y aterrizó apoyándose en las manos para no caer de bruces. Hennessy, sonriente, miró cómo se incorporaba.

—Está bien —decidió la niña inexplicablemente.

Se acercó a Hennessy de nuevo con aire taimado y trató de deshojar una de sus flores tatuadas. Claramente, estaba poniéndola a prueba.

—Dale un cachete —le dijo Ronan.

Aunque Hennessy no hizo ademán de seguir su consejo, Opal retrocedió a toda prisa como si temiese que lo hiciera.

—Es una psicopompo, igual que Sierra —explicó Ronan—. Te ayudará a centrar las cosas, a evitar que todo se vaya al carajo.

—¿Que todo se vaya al carajo?

—Me refiero a la mierda normal de los sueños —contestó Ronan como si eso aclarase algo—. Opal, hoy tenemos algo importante que hacer. ¿Nos vas a ayudar o tengo que pedírselo a Sierra?

La niña lanzó una mirada recelosa al cielo y luego negó con la cabeza.

—¡No, no, no, no!

—Vale —asintió Ronan—. Hennessy, ¿estás preparada?

Ella pestañeó. Ni siquiera tenía palabras para explicarse a sí misma lo abrumada que se sentía.

—¿Para qué? —preguntó.

—Para soñar.

66

Ramsay estaba en la ciudad.

Farooq-Lane no había dormido en toda la noche. Había tenido que meter una persona muerta en un coche de alquiler y luego otra persona viva. Y, ahora, para rematar, Ramsay estaba en la ciudad. El mismísimo Ramsay.

Los sentimientos de Farooq-Lane hacia J. J. Ramsay eran muy simples: lo odiaba. Le parecía que hablaba como un niño pijo con unos cuantos años de más. Todas las personas que trabajaban con Lock tenían razones complicadas que les habían llevado a hacerlo; sin embargo, resultaba difícil imaginar a Ramsay complicándose por algo. A Farooq-Lane la había desconcertado enterarse de que su trabajo real era de altísimo nivel. Al parecer, cuando no estaba empaquetando un dron junto a un cadáver, se dedicaba a asesorar a empresas que se habían metido en problemas con el gobierno de algún país extranjero. Según LinkedIn, Ramsay sabía hablar como un pijo en los cinco idiomas más usados en el mercado global de los negocios. Farooq-Lane también sabía hablar en los cinco idiomas más usados en el mercado global de los negocios, pero sospechaba que sonaban bastante diferentes cuando los hablaba Ramsay que cuando los hablaba ella.

—Eeeeh, no soy yo quien pone las normas —dijo la voz gangosa de Ramsay por los altavoces del coche de alquiler.

Liliana, la nueva Visionaria, que iba en el asiento de al lado, frunció un poco el ceño: se veía que los gilipollas hablaban igual en todas partes del mundo. Farooq-Lane suspiró, deseando no haberse equivocado al contestar aquella llamada por Bluetooth.

—Es Lock quien las pone —añadió Ramsay.

Acababa de decirle a Farooq-Lane que había aterrizado y que tenía que verla por orden de Lock. «¿Ahora?», le había respondido Farooq-Lane, aferrando el volante con tanta fuerza que se sentía como si sus dedos le dieran varias vueltas. «Tengo una Visionaria nueva». Se abstuvo de añadir varias cosas: que no había dormido en toda la noche, que había visto morir

a un chico, que había atravesado Washington D. C. en una gincana enloquecida, que su búsqueda la había conducido hasta una persona que en cualquier momento podía explotar en el tiempo y matarla.

Pero las pensó de todos modos.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy —replicó Ramsay—. Aquí te pillo, aquí te mato. Y me han dicho que tienes un bulto del que hay que deshacerse, así que me necesitas de todos modos.

Colgó.

Mientras atravesaban la ciudad hacia el sur para dirigirse a Springfield, Farooq-Lane se concedió unos segundos para tratar de reconstruir a la Carmen Farooq-Lane que se había unido a los Moderadores tiempo atrás. Aquella joven había sido un mar en calma; la pintoresca estatua que se detenía en el aeropuerto mientras el caos giraba a su alrededor; la participante en las reuniones que se mantenía elegantemente al margen, observaba cómo los demás alzaban la voz y se retorcían las manos y finalmente intervenía con una solución práctica y definitiva. Cuando era niña, una vez había visto cómo una pluma bajaba lentamente por el aire hasta rozar la superficie de un estanque. La pluma no se había hundido; ni siquiera había llegado a romper la tensión superficial del agua. Se había posado igual que una mariposa, estremeciéndose como si estuviera viva, y había dado vueltas lentamente sobre sí misma impulsada por la brisa. De adolescente, Farooq-Lane había recordado aquella imagen cientos de veces. Ella era esa pluma.

Era esa pluma.

Era. Esa. Pluma.

Se volvió hacia la frágil Visionaria que viajaba en el asiento contiguo y trató de explicarle la situación.

—Somos un equipo de trabajo. Él forma parte del equipo. Hacemos…

—Recuerdo un poco —la cortó Liliana.

En muchos aspectos, era lo más opuesto a Parsifal que pudiera imaginarse. Y no solo por su edad, aunque era realmente anciana; tras ayudarla a salir del arcón congelador, Farooq-Lane había comprobado que era aún mayor de lo que ella había supuesto. Era tan vieja que ni siquiera parecía tener edad. Su largo pelo, ahora recogido en dos largas trenzas, hacía pensar en alguien más joven, pero las profundas arrugas que rodeaban sus ojos y su boca delataban todos los años que tenía a sus espaldas. Tenía un aire ensimismado, como si su mirada atravesara el tráfico y los edificios para enfocar algo más importante. Nada más

rescatarla, Farooq-Lane la había llevado a un restaurante donde le había pedido un plato de arroz con pollo y un té. Liliana, en voz baja, había dado las gracias a la carne por alimentarla y luego se había terminado el plato con delicadeza y en silencio. No, no se parecía nada a Parsifal.

«Soy esa pluma», se repitió Farooq-Lane.

—¿Qué es lo que recuerdas? —le preguntó a Liliana—. ¿Una… visión?

—No, son cosas que están en mi memoria. Pero están muy lejanas, de modo que no me acuerdo bien. ¿Cazáis soñadores?

—Zetas. Sí.

—Ya —asintió Liliana—. Sí, entonces sois Marcadores. No…, Moderadores. ¿Sí? Ya lo voy recordando. Y queréis detener ese fuego.

A Farooq-Lane aún le producía un subidón de adrenalina que le confirmasen la visión. Sí, el fuego; el incendio que devoraría al mundo. Se arriesgó a lanzar una mirada a la anciana mientras conducía.

—¿Cómo funciona eso? ¿Qué edad tienes realmente?

Liliana apoyó la cabeza en el respaldo y se acarició con aire ausente el final de una de las trenzas.

—A estas alturas sé que esa no es una pregunta muy útil para alguien como yo. Me gusta tener esta edad; resulta muy apacible. —Debió de darse cuenta de que a Farooq-Lane no le satisfacía la respuesta, porque la miró de reojo y continuó—. Creo que tendré que pasar una buena parte de este año en una edad más temprana, porque los recuerdos que tengo son muy distantes. Pero tengo cercano el momento en que nos conocimos. Sabía que ibas a llegar.

Apoyó la mano sobre la de Farooq-Lane con tal familiaridad, entrelazando los dedos con los de ella en un gesto cariñoso, que Farooq-Lane dio un respingo.

—Se me olvidaba que eres muy joven —repuso Liliana, soltándole la mano para volver a acariciar sus trenzas—. Te agradezco que me rescatases.

Aquello se alejaba demasiado de la experiencia del tiempo que tenía Farooq-Lane para entenderlo a la primera. Durante algunos kilómetros, condujo entre el espeso tráfico mientras reflexionaba sobre ello. Finalmente, dijo:

—Entonces, ahora mismo conoces el futuro.

—Supongo que es una forma de verlo. Recuerdo mi pasado, que incluye parte de tu futuro. Pero ahora mismo soy muy vieja, así que son recuerdos de hace décadas.

—Si esos recuerdos tienen décadas, quiere decir que al final lo vamos a conseguir —dedujo Farooq-Lane—. Que lograremos detener el fin del mundo. ¿No es así como va la cosa? Si recuerdas esto desde la perspectiva de alguien que ha vivido muchos años más, quiere decir que el mundo seguirá, ¿no?

Liliana frunció el ceño. Por primera vez desde que Farooq-Lane la conocía, vio una sombra de inquietud cruzar su rostro.

—Creo que soy más difícil de matar que los humanos.

El coche se quedó en un silencio absoluto. Antes de conocer a Parsifal, a Farooq-Lane no le habría chocado oír decir aquello en voz alta. Habría aceptado sin problemas calificar a los Visionarios como seres con forma humana, pero no humanos. Al fin y al cabo, sus capacidades sobrepasaban el ámbito natural de la existencia; el término «humano» parecía una denominación tan poco aplicable a aquellos seres como a los Zetas. Pero luego, tras convivir unos días con Parsifal —el insoportable y muerto Parsifal—, había decidido que no era más que un chico con mala estrella. Ahí había empezado a pensar que los Moderadores ponían en duda la humanidad de los Visionarios para no sentirse tan mal por llevarlos a la muerte.

Ahora, las palabras de Liliana lo desmentían.

—Aún me perturba pensar en lo frágiles que sois —añadió Liliana con voz suave.

—Bueno, pues esto ya está —declaró J. J. Ramsay mientras cerraba la funda del dron, hablando en voz bien alta para hacerse oír sobre la música tribal que brotaba de los altavoces—. Este cachorrito puede con todo.

Farooq-Lane se preguntó cómo podía no haberse dado cuenta de dónde iba antes de llegar, aunque suponía que la vez anterior había tomado una ruta diferente. Ramsay y ella estaban en el salón de una casita de una sola planta en Springfield, rodeados de teteras y esterillas de colores vivos.

Era la casa de la anciana Zeta.

—No has esperado a los demás —le dijo a Ramsay.

Entre ella y él yacía el cuerpo de la señora que le había dado a Parsifal las únicas tres galletas que Farooq-Lane le había visto comerse enteras. Ramsay la había matado antes de que llegase ella. El cuerpo estaba tendido de una forma muy convencional, boca abajo, con los brazos junto a los costados y la cabeza de lado. Parecía como si la vieja señora hubiera

decidido echarse una siesta en el suelo. La única señal de que tal vez no se hubiera tumbado de forma voluntaria era una de sus manoletinas, que se le había salido y estaba aparcada en línea con el pie. Eso, y que le faltaba la parte posterior del cráneo.

—¿Esperar a los demás? —repitió él—. Tú eres los demás.

Farooq-Lane atravesó la alfombra para bajar el volumen de los altavoces. El equipo de música, un aparato de mala calidad, también estaba pintado en tonos chillones, como si aquella Zeta no pudiera evitar colorear todo lo que veía.

—Y ya estaba hecho cuando yo he llegado. ¿Para qué te has molestado en llamarme?

Ramsay no pareció oír la irritación que teñía su voz; no era un hombre especialmente dotado para captar las sutilezas de la vida.

—Para que respaldes mi informe y Lock no se me suba a la chepa.

—¿Y ni siquiera confirmaste que era una Zeta antes de hacerlo?

Aquello sí que lo oyó. Metió los pulgares en las trabillas de sus chinos y se giró hacia ella con la pelvis por delante.

—No me tomes por un incompetente, Carmen…

—Farooq-Lane, para ti.

Él sonrió de oreja a oreja.

—No me tomes por un incompetente, *Carmen* —repitió—. Mi amigo el dron y yo la pillamos soñando antes de entrar, pero necesito que hagas una catalogación de las tuyas con todo lo demás que hay aquí. Por cierto, me dice Lock que has encontrado otro Visionario, ¿no? Ya era hora, guapa. ¿Dónde está?

—Esperando en el coche.

—¿No hay riesgo de fuga?

—Está dispuesta a colaborar en nuestra misión —respondió Farooq-Lane, a pesar de que ni siquiera había empezado a comentar el tema con ella—. Salvar el mundo —añadió, por si hacía falta recordarle que su misión no era pasárselo bien matando gente.

—¡Salvar nuestro maravilloso mu-u-undo! —tarareó Ramsay, con una musiquilla que debía de ser conocida, pero que a Farooq-Lane no le sonaba—. Carmen, eres la bomba.

Lo que más furiosa la ponía de Ramsay era que se daba perfecta cuenta de lo mucho que la molestaba que le hablase en ese tono, pero lo hacía de todos modos. Inconscientemente, Farooq-Lane estaba convencida de que el mundo debía castigar a un tipo como ese, un plasta pijo y cuarentón que

disfrutaba haciendo sentir incómodos a sus interlocutores. Y, sin embargo, no era así. Por un momento, los dos se miraron fijamente sobre el cadáver de la Zeta. Luego, Farooq-Lane se armó de paciencia y se dijo: «Cuanto antes hagas tu trabajo, antes podrás buscar un sitio seguro para alojar a Liliana».

En silencio, fue anotando en el registro los objetos soñados que había en la casa. Todos eran similares a las piezas de artesanía del salón y al bulto colorido que Farooq-Lane había atisbado por la puerta de la cocina: de tonos chillones, fluctuantes, confusos. No había muchos. La Zeta los había colocado en sitios como la cisterna del váter, el alféizar de una ventana o la mesilla de noche, como si fueran manualidades hechas en el colegio de las que se sintiera orgullosa.

Parsifal tenía razón: aquella Zeta jamás se habría convertido en el tipo de soñadora capaz de crear el fin del mundo.

«Soy esa pluma», se dijo Farooq-Lane.

Cuando regresó al salón vio a Ramsay sentado cerca del cadáver, en una silla colocada con el respaldo por delante. Estaba hablando con Liliana, que se había quedado de pie en el umbral y lo observaba con mirada amable y pesarosa. Ramsay levantó un dedo, como si temiese que Farooq-Lane lo interrumpiera, y terminó su reflexión en voz alta:

—… Todos esos cabrones se conocen, ya nos hemos dado cuenta. Así que es mejor ir a por ellos rápido y sin esperar entre uno y otro para que no se pasen el aviso.

—Creí que ibas a esperarme en el coche —dijo Farooq-Lane.

—Quería ver si estabas bien —respondió Liliana.

—Mira, bonita —intervino Ramsay—: si lo que quieres es ayudarnos, ponte las pilas y ten una visión. Tenemos que salvar el mundo y esas cosas.

«Soy esa pluma», se dijo Farooq-Lane.

No era esa pluma.

Le asestó tal puñetazo a J. J. Ramsay que lo lanzó de espaldas al suelo. Resbaló de culo, con las piernas enredadas entre las patas de la silla.

Se hizo un silencio sepulcral. Ramsay se había quedado sin aliento y sin voz para decir más idioteces. Por un momento, sus labios se movieron como si estuviera ensayando las idioteces que pensaba decir en cuanto recobrase el aliento.

A Farooq-Lane le dolían los nudillos como si acabase de estamparlos contra la cara de un cretino, por la sencilla razón de que acababa de estamparlos contra la cara de un cretino. Se mordió el labio y miró de reojo

a la nueva Visionaria, aquella anciana a la que, según el manual de instrucciones de los Moderadores, debía atraer a su noble causa.

Liliana apartó la vista de Ramsay para mirar a Farooq-Lane y dijo:

—Te seguiré adonde me lleves.

67

Hennessy estaba tan obviamente aterrada que Ronan prefirió no compartir con ella sus reservas. Al fin y al cabo, Lindenmere era sensible a todos los pensamientos, y lo último que quería Ronan era dar voz a algo malo que tal vez pudiera manifestarse.

Pero su plan era arriesgado.

Opal y Hennessy estaban sentadas a lo indio en medio de un claro, sobre un montículo en el que crecía la hierba fina y sedosa típica de los lugares sombreados. Alrededor de ellas había un círculo de setas blanquecinas. En el borde del claro murmuraba un arroyo de aguas oscurecidas por el tanino de la hojarasca. Opal, de espaldas a Hennessy, apoyaba su espalda en la de ella con aire satisfecho.

Ronan había decidido confiar en la capacidad de Opal para hacer de intermediaria entre Lindenmere y él. Normalmente, no usaba el bosque de aquel modo; ya podía soñar lo que quisiera mientras estaba en Los Graneros y prefería no sufrir físicamente las consecuencias de sus sueños. Cuando acudía allí era para sentirse comprendido, para notar cómo el poder de la línea ley lo inundaba, para sentir una conexión con algo más grande que él, para asegurarse de que Lindenmere no lo necesitaba ni él necesitaba a Lindenmere.

No solía ir allí para soñar.

Soñar en Lindenmere era convertir en realidad los propios pensamientos instantáneamente. Los monstruos existían desde el instante en que el soñador los concebía. El nivel del océano se elevaba alrededor de su cuerpo físico. Las copias de su persona eran reales hasta que Lindenmere o el soñador las destruía.

Pero a Ronan no se le ocurría otra manera de enseñar a Hennessy a soñar.

Tal vez podría haberla abordado en el terreno de los sueños, como había hecho Bryde con él, pero allí Ronan no habría podido controlar el proceso del mismo modo. Y las consecuencias de que Hennessy despertase

con un tatuaje más serían demasiado graves para arriesgarse sin emplear antes todas las armas a su alcance.

—Lindenmere —dijo en voz alta—, para esto voy a necesitar toda tu fuerza.

Y Hennessy empezó a soñar. No a soñar de verdad, porque estaba despierta; en realidad, era Lindenmere quien soñaba por ella.

Todo estaba oscuro.

La luz del claro se atenuó.

Sonaba música. Era un viejo disco de *jazz*, con una voz de mujer que se agitaba y oscilaba sobre los chasquidos de la grabación. Hennessy no había mencionado nada así al describirle el sueño a Ronan.

Junto al arroyo había una mujer de pie. Solo que ya no era un arroyo, sino un armario. Las lámparas estaban apagadas. La única luz que había entraba por una ventana alta y estrecha, y teñía de gris todo lo que rozaba. La mujer iba vestida con la ropa interior y un albornoz. No se parecía a Hennessy, pero tampoco dejaba de parecerse a ella. El rímel le caía a churretones por la cara. Sujetaba un revólver.

La mujer del armario se apoyó el revólver en la sien.

La puerta (porque ahora había una puerta) se abrió. Hennessy apareció al otro lado. No era la misma Hennessy que estaba soñando, sino otra. Su postura era algo distinta a la de la Hennessy actual: más amable, con los hombros algo más caídos. Llevaba una camiseta blanca de manga corta y unos vaqueros con bordados de flores en los bolsillos de atrás.

—¿Mamá? —dijo.

—No me echarás de menos —respondió su madre.

—Espera —dijo Hennessy.

El cañón del arma resplandeció.

El sueño se esfumó con la reverberación del disparo. Hennessy volvió en sí y vio a la segunda Hennessy mirándola desde el borde del círculo de setas. Las que había bajo sus pies estaban aplastadas.

Ronan contempló la nueva Hennessy durante una fracción de segundo y luego dijo:

—Llévatela, Lindenmere.

El bosque disolvió al instante la figura de la chica, que se fundió con la fina hierba como si jamás hubiera existido. La Hennessy original se llevó una mano a la garganta y se bamboleó.

—Ese no es el sueño que me contaste —dijo Ronan.

La respiración de Hennessy era lenta y trabajosa, difusa.

Ronan se acercó a ella de dos zancadas y le empujó un hombro con la puntera de la bota.

—Ese no es el sueño que me contaste. ¿Es un recuerdo? ¿Te ocurrió?

—Dame… un… momento —farfulló Hennessy.

—No —respondió Ronan con sequedad—. No necesitas que te dé un momento. Es Lindenmere quien está soñando por ti; tú no estás trabajando. ¿Te ocurrió eso?

Al ver que Hennessy no respondía, Opal se subió a su regazo. Le apartó con ternura la mano de la garganta, le dio un beso y la acarició.

—¿Te ocurrió? —insistió Ronan.

Hennessy lo miró con un aire tan hosco como Opal cuando no se salía con la suya.

—No quiero hablar de eso.

—Como no controles tus pensamientos, nos marchamos pero ya —le espetó Ronan, alejándose de nuevo hacia el borde del claro—. Allá vamos.

Inicio.

Vuelta a empezar.

La luz del claro se atenuó. Empezó a sonar música. La mujer levantó el revólver.

—No dejes que arranque —dijo Ronan—. Páralo antes de que empiece a desarrollarse.

La puerta se abrió.

—¿Mamá?

—No me echarás de menos.

—Espera…

La segunda Hennessy volvió a aparecer, separándose de la primera como si se despojara del recuerdo igual que una serpiente que muda de piel.

—Llévatela, Lindenmere —dijo Ronan con impaciencia.

El sueño se desvaneció; la nueva Hennessy se disolvió en la tierra.

Hennessy se apretó los ojos con las manos.

—¿Te ocurrió eso? —preguntó Ronan una vez más—. ¿O estás jugando a hacer teatro?

—No quiero hablar de ello.

—Entonces, ¿para qué mierda estamos aquí hoy? ¿Ni siquiera lo vas a intentar?

Ronan se acercó al borde del claro y rodeó con las manos una de las setas aplastadas hasta que la sintió recobrar su forma y su peso.

—Otra vez. Pero, ahora, ten el sueño de verdad.

Inicio.

Vuelta a empezar.

El ambiente se oscureció. La música de *jazz* flotaba en el aire. Revólver empuñado. Picaporte abierto.

—Haz que no seas tú —indicó Ronan—. Que sea cualquier otra cosa: Papá Noel, un perro… O, mejor, nadie; que la sala esté vacía. Ni siquiera estás intentando controlarlo.

La puerta se abrió.

—¿Mamá? —dijo Hennessy.

—¡Ni siquiera lo estás intentando, joder! —estalló Ronan, y le pegó un tiro a la Hennessy que acababa de aparecer.

La Hennessy real volvió en sí con un respingo. Jadeó, arañando la hierba con los dedos engarfiados.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó al ver el revólver que sostenía Ronan.

—Lindenmere es un sueño, ya te lo he dicho —gruñó él—. Solo tienes que hacer un esfuerzo. El bosque hace lo que tú le pides, y lo que le estás pidiendo es eso. Yo le he pedido un arma. Ahora voy a pedirle que se la lleve. Lindenmere, llévate todo esto.

El revólver y la copia muerta se esfumaron.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Ronan—. ¿Dónde está tu sueño?

—Lo estoy intentando.

—Lo dudo mucho.

Opal se acurrucó en el regazo de Hennessy y miró a Ronan, mordisqueando la correa de un reloj que Adam le había regalado tiempo atrás.

—Es verdad que lo está intentando —la disculpó sin dejar de mascar la correa.

Pero Ronan no se fiaba de ella; Opal tenía debilidad por los seres desamparados, tal vez porque ella misma pertenecía a esa categoría.

—Otra vez —dijo—. Al menos ten el valor de librarte tú misma de la copia. Aquí puede ocurrir cualquier cosa, ¿no lo entiendes? Tenemos todo esto entre las manos, podemos hacer lo que se nos ocurra. Pero, a cambio, tenemos que estar dispuestos a hacer lo que sea necesario para no joderlo todo. Nadie más lo entiende, pero esa es la base de nuestra vida. Otra vez, vamos.

Inicio. Vuelta a empezar.

Penumbra, *jazz*, revólver, gatillo.
—No dejes que sobreviva la copia —le ordenó Ronan—. Si no vas a cambiar nada más, al menos…
—¿Mamá? —dijo Hennessy.
—No me echarás de menos.
—Espera…
Hennessy resolló y se curvó en posición fetal. Ronan se arrodilló junto a ella, le metió el revólver en la mano y apuntó a la nueva copia.
—En este sueño ocurre lo que tú hagas que ocurra. Nadie te va a ayudar.
Hennessy dejó escapar un gemido de indefensión y apretó el gatillo. Luego empezó a llorar sin lágrimas, con sollozos roncos y estremecedores.
—Lindenmere —ordenó Ronan furioso—, llévatela.
La copia se difuminó y desapareció en el terreno.
—No puedo —susurró Hennessy.
—¿Te ocurrió esto de verdad? —insistió Ronan.
—No puedo.
Ronan se sentó en la hierba.
—Pues estamos jodidos —mascculló.
Opal se acercó a él y lo miró a los ojos.
—Bryde —susurró.
Pronunciado en aquel lugar, el nombre sonaba imponente. Era la misma palabra que siempre había sido; pero allí, en Lindenmere, significaba algo distinto. Llamar a Bryde en Lindenmere podía significar que acudiera el Bryde verdadero o quizá que apareciese una copia hecha de todo lo que Ronan creía que tenía que ser Bryde, como ocurría con Hennessy y sus copias.
Sin embargo, según el propio Bryde, las dos versiones serían reales.
Opal seguía mirando a Ronan fijamente.
—De acuerdo —suspiró él—. Sí.

68

—Esta noche tuve un sueño —dijo Bryde—; eso es lo que dice la gente. Esta noche tuve un sueño que trataba de esto y de lo otro; era delirante. Trataba de un hospital para zombis. De mi quinto cumpleaños. De una estación espacial en la que todos los astronautas eran tú, qué curioso, ¿verdad?

Su voz sonaba muy cercana, en algún lugar entre los árboles. No les había advertido que no lo buscasen, pero la idea flotaba en los jirones de neblina opaca que se movían entre los troncos de Lindenmere. Hennessy no imaginaba a qué persona podría corresponder aquella voz. Podía tener cualquier edad. Rezumaba seguridad, solidez, calma. Ironía. Era la voz de alguien que había visto muchas cosas.

—Todo el mundo piensa que sus sueños tratan de otra cosa —continuó Bryde—. Pero, en realidad, siempre tratan de uno mismo. Tú no sueñas con tu madre, sino con tus sentimientos hacia tu madre. Tu madre no está en el sueño; no eres tan poderosa. No la sacas del otro mundo para que vuelva a representar la escena de su muerte ante tus ojos. Te crees demasiado importante.

Hennessy no se sentía nada importante. De verdad se había esforzado por pensar en el Encaje; no sabía por qué aquella mierda de recuerdo aparecía una y otra vez.

—No lo hago queriendo. Yo solo intento tener mi otro sueño.

—¿De verdad? —replicó Bryde—. ¿Tú crees que este bosque miente? ¿O se limita a darte lo que le pides?

—Yo no le pedía eso.

—Tu mente no —dijo Bryde—. Tu corazón.

Hennessy no podía refutar aquello. Llevaba demasiado tiempo ignorando lo que sentía su corazón para hacerse pasar por una experta en la materia.

—Cuando tenemos miedo, nos engañamos a nosotros mismos mejor de lo que podría hacer nadie —dijo Bryde.

—¿Puedes ayudarla? —intervino Ronan.

—¿Acaso no lo he hecho ya? —replicó Bryde con cierto humor—. Ah… —dijo luego, al ver que Ronan giraba la cabeza como si quisiera buscarlo entre los árboles—. Si sigues con eso, tendré que marcharme.

—No entiendo por qué te sigues ocultando —dijo Ronan—. Estás aquí, en el interior de mi mayor secreto. Lo sabes todo sobre mí. No te pido que me entregues tu certificado de nacimiento; solo una conversación cara a cara.

—Eso es porque no sabes lo que me estás pidiendo —repuso Bryde. Hizo una pausa; cuando volvió a hablar, su voz sonaba más triste—. Si algún día me ves, eso querrá decir que todo ha cambiado para ti. Conocerme no tiene marcha atrás. Y no quisiera sacarte de tu vida. Así que esto es lo máximo que nos podemos aproximar, no más. Esto es lo más cerca que puedes estar de mí sin que cambien las cosas.

—¿Y qué pasó con eso de saltar al centro? —replicó Ronan apartando la mirada.

—No lo sé. Ya no lo sé. No sé si quiero hacer que cambie tu vida.

Hennessy miró a Ronan: su expresión decía a las claras que él sí quería cambiarla. Era el señor de aquel lugar portentoso, un creador de sueños, y aun así quería más.

Pero Hennessy lo entendía. Le habría gustado tener al lado a Jordan para mostrarle aquel sitio, tener al lado a todas las chicas. Quizá habría debido llevarlas consigo, en lugar de cargárselo todo a la espalda, como hacía siempre. Al final, ¿de qué había servido? Mantenerlo en secreto también la estaba matando.

—Yo necesito que cambie la mía —dijo en voz alta.

Se hizo una larga pausa. Opal levantó un brazo delante de Hennessy y abrió la mano, que tenía cerrada. Una chispa de dicha escapó entre sus dedos y, en lugar de derivar hacia abajo, se elevó lentamente. Todos la contemplaron hasta que se disolvió en el gris del cielo.

—Demuéstramelo —dijo Bryde—. Demostrad que podéis trabajar juntos. Y, luego, si aún necesitáis algo de mí, venid los dos a pedírmelo. Pero recordad lo que os he dicho… Ah… No. No… El mundo se va a la mierda.

El bosque quedó en silencio.

Aunque Bryde no se había despedido y tampoco lo habían visto marcharse, Hennessy supo que ya no estaba allí. Había sido un final un tanto inquietante. Miró a Ronan y vio en su cara que esa no era la forma en que Bryde solía despedirse.

—Voy a hacerlo —resolvió—. No dejes que me haga mucho daño al caer, Lynch.

El claro se oscureció.

Así empezaba el sueño: con tinieblas.

No había ningún sonido.

Lo único que había era el vasto movimiento del tiempo y el espacio, algo que poseía entidad propia en el sueño, pero que no era exactamente sonoro. En aquel sueño no había nada que se pudiera mirar; nada que pudiera describirse bien con palabras.

Solo estaba Hennessy y, en el interior de aquel sueño, sabía que podía hacer aparecer lo que quisiera con un esfuerzo de voluntad. Los límites eran los mismos que los de su imaginación; aquella era la imposible, magnífica, pavorosa verdad. Había recibido aquel don al nacer y nadie le había dicho cómo usarlo. Había recibido aquel don y había visto cómo mataba a su madre, o al menos cómo no la salvaba.

Ella lo haría mejor.

Si al menos pudiera soñar con algo que no fuese…

Estaba allí.

Lo sintió antes de verlo. Oscuro y avasallador, lo opuesto al color y al entendimiento humano. Lo único que se percibía con cierto sentido eran sus límites: rasgados y engarfiados, enmarañados y geométricos. Semejantes a una pieza de encaje, si es que podían asemejarse a algo comprensible.

Pero lo más inconcebible era tu tamaño. Era tan vasto y antiguo que su edad no podía medirse; llevaba allí tanto tiempo que, para ello, los humanos no eran más que bacterias infinitesimales, irrelevantes. Su poder superaba tanto al de las personas que la única salvación de estas residía en que jamás advirtiera su presencia…

Su consciencia cobró cuerpo en el sueño.

Y vio a Hennessy.

Ella sintió el espantoso peso de su mirada, la forma en que lo cambiaba todo. Ahora que la había descubierto, jamás podría volver a no ser vista. Había dos Hennessys: la que había vivido hasta entonces ignorando la existencia de aquella cosa —y, sobre todo, siendo ignorada por ella— y la que estaba bajo su mirada.

Y el Encaje la odiaba.

La iba a matar, le dijo. Así lo haría: se metería dentro de ella y la mataría con su simple presencia, porque Hennessy era un ser diminuto y

poroso y el Encaje lo era todo. Hennessy no podía contenerlo y estar viva.

A no ser que lo dejase salir; en ese caso, viviría.

Hennessy no iba a dejarlo salir. No tenía fuerzas para detener su avance hacia ella, pero sí para impedir que saliese. No era tan débil como para obligar a nadie más a vivir mientras aquello miraba, veía, tocaba, invadía…

69

Normalmente, Declan no llevaba a nadie a su casa.

No es que no saliera con chicas o incluso se liara con alguna, por usar el feo eufemismo con el que mucha gente se refería a aquellos ratos perfectamente satisfactorios. Lo que no hacía era acercarse demasiado. Se permitía tener relaciones íntimas siempre y cuando no revelasen nada auténtico sobre él.

Lo cual resultaba muy poco íntimo, obviamente.

Había tenido varias relaciones estables, incluidas tres seguidas con otras tantas chicas que —para hilaridad de sus hermanos— se llamaban Ashley. Pero al final era como un *hobby* que no compensaba el esfuerzo que le dedicaba. Declan no sabía por qué seguía asistiendo al cineclub todas las semanas y tampoco sabía por qué seguía saliendo con Ashleys. Al final, suponía un gasto de tiempo desproporcionado para algo que siempre terminaba por decir entre lágrimas que estaba segura de que no significaban nada para él, porque, si no, se habría acordado de (completar con lo que proceda). Estaba exhausto de soportar todos los secretos de ellas y no entregar ninguno suyo.

De modo que no solía llevar a nadie a su casa. Además, le disgustaba la idea de que la gente supiera dónde vivía, dónde guardaba su cepillo de dientes.

Pero a Jordan sí la llevó.

Tampoco es que fuera exactamente como ir a su casa después de una cita. Simplemente, les resultó extraño pensar en separarse después de que un hombre que era la copia exacta del padre de Declan les pidiese que olvidaran todo lo que sabían de una mafia misteriosa.

Así que los dos fueron a casa de Declan.

Él abrió la puerta y la invitó a pasar con un gesto.

Jordan entró y dio unos pasos observando el interior de la casa. Declan vio la decoración con los ojos de ella: anodina, predecible. Con gusto, sí; cara, sí; pero en absoluto memorable. Sofá gris, alfombras blancas, elegantes cuadros contemporáneos con marcos oscuros… No era una casa,

era una revista de decoración. Declan, aquel joven atractivo y neutro, no era más que un accesorio de su casa.

Suspiró, cansado, y miró su reloj mientras la puerta se cerraba a su espalda. Por suerte, Matthew debía de haberse repuesto lo bastante para ir al entrenamiento de fútbol del fin de semana.

—Mi hermano Matthew llegará en una hora, más o menos —comentó.

—¿Cuántos hermanos tienes? —preguntó Jordan; pero, antes de que Declan pudiera responder, vio una foto de los tres en la mesita de la entrada y se acercó para mirarla. Sus ojos oscilaron entre la foto y Declan del mismo modo en que habían hecho mientras lo pintaba.

—Los dos son menores que yo —explicó Declan—. Matthew vive conmigo.

—Es un chaval muy guapo —repuso ella. O un hombre. O un chico. Lo que sea…

Sí, pensó Declan: aquella era justamente la cruz de Matthew.

—El otro se parece mucho al nuevo Feniano —añadió Jordan—. Es igual, ¿verdad?

—Se llama Ronan —dijo Declan—. Y, sí, ha salido a mi padre.

No le apetecía pensar en su padre. No le apetecía recordar cómo el nuevo Feniano le había abrazado y le había dicho que estaba orgulloso de él. No era real. Qué típico de su padre, prepararle un rompecabezas que lo había conducido a otro sueño más…

—¿Un café? ¿Expreso, con leche?

Jordan le permitió cambiar de tema.

—Creo en el café con leche, y más en un momento como este —respondió—. No es que sea una creyente fanática, pero sí de esas devotas de fin de semana que a veces meten una moneda o dos en el cesto de donativos.

Fueron a la cocina, y él le preparó su café con leche mientras ella esperaba sentada en la encimera. No habían encendido las lámparas; la única iluminación era la que entraba desde el salón y los restos de luz grisácea de la tarde. Todo parecía estar en blanco y negro, en una especie de limitación sensorial muy estilosa.

Cuando el café estuvo listo, Declan se lo acercó y ella separó las piernas para que él pudiera quedarse de pie justo delante de ella. Luego, lo miró con una sonrisa naturalmente sensual y perezosa. Hizo un gesto con la taza señalando hacia el salón y la entrada.

—¿Por qué perpetraste todo eso? La decoración es una auténtica tragedia.

—Es chic y contemporánea —replicó Declan.

—Es invisible —dijo ella, y deslizó una mano bajo el jersey de él—. Me deja fría, y seguro que a ti también.

—Es ideal para recibir visitas.

—Solo si te visitan robots. —Jordan tiró del faldón de la camisa para tocar su piel—. ¿Dónde está el Declan de verdad?

«Escondido».

—¿Cómo sabes que este no es el de verdad?

—Por tus zapatos.

Él la miró fijamente. El momento se prolongó tanto que ella retiró la mano con la que le tocaba y adoptó una pose de modelo, con la barbilla elegantemente levantada y la taza pegada a la cara, como si fuera la imagen de un anuncio o un retrato. «Chica sentada en cocina. Bodegón con pasado turbulento».

Declan se rindió.

—Vamos arriba —dijo, y ella saltó al suelo.

Los dos subieron las escaleras. Como antes, Declan vio la casa con la mirada de ella: más alfombras, más fotografías y grabados enmarcados y olvidables. Al final del pasillo enmoquetado estaba su habitación. Era algo menos anónima; aquí, lo que había en las paredes eran fotos en blanco y negro de paisajes irlandeses que emanaban una vaga nostalgia. La cama estaba tan estirada como si aquello fuera un hotel. Declan arrastró hasta el centro del cuarto una silla que estaba pegada a la pared y se subió encima de ella. Sobre él, en el techo, había una trampilla que conducía al ático.

—¿Ahí arriba? —preguntó Jordan.

—Tú lo pediste.

Mientras él desplegaba la escalerilla, Jordan se volvió hacia las fotografías enmarcadas. De pronto, se llevó una mano a la sien como si le doliese.

—¿Sigues animada? —le preguntó Declan, y ella dejó caer la mano.

—Teletranspórtame, por favor.

—Dame el café mientras subes.

Cuando los dos estuvieron en el ático, Declan tiró de un cordón y en el techo se iluminó una bombilla.

Era un desván abuhardillado, con la altura justa en el centro para que los dos pudieran estar de pie. En el suelo había una alfombra antigua y muy

gastada. Las paredes inclinadas, de madera sin tratar, estaban cubiertas de grabados.

Declan retrocedió para enchufar una enorme lámpara de acero con forma de ángel *art déco*. Era violentamente estilizada, casi una escultura, y abultaba tanto como Jordan.

—¿Eso es una pieza de…? —comenzó a decir Jordan, y se interrumpió para pensar con intensidad—. De Stubenrauch, ¿verdad?

—Reinhard Stubenrauch —asintió él, absurdamente satisfecho de que ella lo hubiera reconocido.

Pero no solo era eso: estaba absurdamente satisfecho de encontrarse allí con ella. Estaba absurdamente satisfecho, punto. Todo aquel día, aquella semana, habían sido desastrosos; y, sin embargo, estaba absurdamente satisfecho.

Jordan, con la cabeza agachada, examinaba una de las obras, cuidadosamente pegada a la pared con varios dobleces de cinta adhesiva en el dorso. A los lados del papel parecía florecer una explosión de negro; el centro estaba cruzado de trazos aún más oscuros que seccionaban la blancura con delicada violencia, como si fueran hojas de bambú o letras manuscritas o heridas.

—Madre mía, Declan, ¡esto es un original! Al principio lo tomé por un grabado… ¿De quién es?

—De Chu Teh-Chun. Sé que se merece un trato mejor que este; no hace falta que me lo digas.

—No iba a decirlo —replicó Jordan—. ¿Y este?

Más tinta negra salpicada y embadurnada en siluetas armónicas, como una criatura en pleno vuelo o una frase que no llegaba a ser inteligible. Jordan volvió a rozarse la sien.

—Es de Robert Motherwell.

Jordan se volvió hacia otro de los grabados. Este, también abstracto, estaba salpicado de exclamaciones irregulares en color rojo y negro, como llamas que lamiesen la tela.

—¿Still? ¿Clyfford Still?

«Joder» —pensó Declan—. «No te enamores de esta chica».

—¿Por qué no tienes todo esto ahí abajo? —preguntó Jordan—. ¿Por qué vives en una especie de hotel mientras tienes a Declan encerrado en el desván como si fuera el loco de la familia?

—¿Por qué pintas como otras personas mientras tienes a Jordan encerrada en tu cabeza como si fuera la loca de la familia?

Jordan volvió a acariciarse la frente y luego la garganta. Se quedó un largo momento mirando el grabado de Still, pero Declan se dio cuenta de que en realidad no lo veía. Dejó su café en el suelo con un gesto que pretendía ser desenfadado, pero que era en realidad una forma de no derramarlo.

En el interior de Declan empezó a aparecer una sensación de vacío que se extendía en manchurrones oscuros y trazos irregulares, como las obras que lo rodeaban en el desván.

—¿Por qué robaste *La dama oscura*? —preguntó.

Jordan cerró los ojos.

—Dijimos… —contestó con voz difusa y somnolienta—. Dijimos que… que no hablaríamos de eso ni… ni de tu padre, el soñador.

«No —pensó él—. No, por favor».

—No creo haber pronunciado la palabra soñador en ningún momento —replicó.

Los ojos de Jordan seguían cerrados. Estaba oponiéndose a ello con todas sus fuerzas, mucho más de lo que había hecho Matthew. Pero Declan sabía que aquello era lo mismo.

—No, quizá… —musitó Jordan—. Rayos… Venga.

Lo último se lo había dicho a sí misma.

Declan se acercó a ella y le apoyó una mano en la frente. No tenía fiebre. Lo sabía de antemano, en realidad. Aprovechó que ya la estaba tocando para sujetarle con delicadeza un mechón de pelo tras la oreja.

Ella abrió los ojos.

—Pareces muy triste —susurró.

—Eres un sueño.

—Si tuviera un cachorrito por cada vez que un hombre me ha dicho lo mismo… —replicó Jordan, pero Declan no sonrió.

—¿Cuánto hace?

—Una década, más o menos.

—¿Dónde está quien te soñó? —dijo Declan, odiando la pregunta ya antes de hacerla.

Odiaba todo aquello. Había llegado a su límite; no tenía fuerzas suficientes para amar a otro sueño. Dolía demasiado. Amar cualquier cosa dolía demasiado.

Aunque aquello no era culpa de Niall Lynch, Declan lo maldijo para sí por pura fuerza de costumbre.

—Hummm… No sé. Emborrachándose en algún sitio, supongo. ¿Cómo lo has sabido?

—No eres el primer sueño al que veo en este estado —respondió Declan y, luego, porque estaba devastado y ya no podía más, le reveló una gran parte de su verdad—. Pero no es solo por eso. Me crie rodeado de sueños. Al final, llegas a… percibirlos. A los sueños, digo —cerró los ojos y sacudió la cabeza—. Y mis pies me llevan hacia ellos una y otra vez.

Jordan se tambaleó; estaba tan ida como Matthew en sus peores momentos.

Había aire en la habitación, pero no del tipo que ella necesitaba.

—Te llevaré a casa —resolvió Declan—. Ya vendrás a por tu coche cuando puedas. ¿Te parece bien? ¿Jordan?

Era difícil saber qué le podía estar pasando a Jordan por la mente. Tenía los ojos vidriosos. En ese momento, se encontraba lejos de allí, en un lugar al que solo podían acceder los soñadores o los sueños, no las personas como Declan.

Jordan asintió.

70

—Más lejos —dijo Liliana—. Por aquí aún hay casas.

Farooq-Lane y ella llevaban un buen rato recorriendo la autopista a toda velocidad. Liliana miraba por la ventanilla, escrutando las luces de las urbanizaciones y las de las casas aisladas entre campos de cultivo cada vez más extensos. Estaban lejísimos del hotel. Después de la escena de Ramsay, Farooq-Lane le había propuesto a Liliana buscarle una *suite* de final de pasillo hasta que pudieran alquilar una casita aislada. «Si aguantas hasta mañana, lo solucionaré todo», le había prometido. ¿Puede ser?

No. No podía aguantar.

Liliana aún no había aprendido a dirigir sus visiones hacia dentro para no dañar con ellas a quienes la rodeaban. Sin embargo, le prometió a Farooq-Lane que el nuevo episodio sería productivo, siempre y cuando estuviera lo bastante lejos de cualquier persona.

De modo que Farooq-Lane condujo más y más lejos, mientras su teléfono sonaba sin que ella respondiera y se llenaba de mensajes de voz que aterrizaban con un tintineo. No le hacía falta escucharlos para saber lo que decían; había estado al otro lado de aquella situación. Ahora que ella había encontrado una nueva Visionaria, los Moderadores de todo el mundo se movilizaban y emprendían viajes para responder a las nuevas visiones.

No hacía falta que respondiera al teléfono para decirles dónde se encontraba o darles luz verde; ellos ya lo sabían. Iban a acudir de todas formas.

Liliana parecía estarse tomando las cosas con mucha calma, a pesar de que tenía que estar tan estresada y falta de sueño como Farooq-Lane, de que acababa de sufrir una conversación con Ramsay, de todos los cadáveres que había en su pasado y probablemente en su futuro. Y a pesar de que estaba a punto de salir despedida hacia una edad totalmente distinta a la que tenía ahora, con el consiguiente peligro para Farooq-Lane.

Farooq-Lane casi habría preferido que perdiera los nervios. La situación parecía demandar que alguien se pusiera histérico y, si no era

Liliana, tal vez tuviera que ser ella.

—No lo estires demasiado —pidió.

—Pronto —le aseguró Liliana.

—¿Pronto encontraremos un sitio en el que parar o pronto tendremos que hacerlo?

Liliana sonrió como si el nerviosismo de Farooq-Lane le resultase familiar y divertido.

—Las dos cosas.

Aquello no la tranquilizó mucho.

—¿Qué estás buscando?

—Lo que recuerdo —contestó Liliana, y empezó a darse golpecitos con una mano en las uñas de la otra como si estuviera reflexionando.

Continuaron varias millas. Las casas escaseaban. La noche se oscurecía.

Farooq-Lane se preguntó hasta qué punto estaba dispuesta a confiar en aquella desconocida.

—Ah, allí —dijo Liliana—. Para ahí.

Señaló un camino de tierra que llevaba a una cancela y luego desaparecía en la hierba de un prado. En el cercado, rodeado por una valla de madera, dormitaban varias vacas.

Liliana suspiró al verlas.

—Pobrecitas —dijo mientras abría la puerta. Sacó las piernas con esfuerzo y salió del coche.

Farooq-Lane la miró y luego miró a las vacas. De pronto, lo entendió.

—¿Van a…?

—No me sigas —le ordenó Liliana.

Echó a andar entre la hierba, iluminada por las luces del coche. Farooq-Lane vio cómo manipulaba el cerrojo de la cancela antes de abrirla y entrar en el cercado. No se molestó en cerrarla; por alguna razón, a Farooq-Lane aquel gesto le pareció lo más inquietante que había presenciado en las últimas veinticuatro horas, una subversión completa de todo lo adecuado y verdadero.

Liliana desapareció en la oscuridad.

Farooq-Lane se quedó allí sentada un largo momento, tratando de decidir si debía recular con el coche para alejarse un poco más del prado. Luego se preguntó cómo podría saber cuándo terminaba la visión de Liliana. Luego intentó identificar sus propios sentimientos ante aquella situación. Había pegado a Ramsay, la mano aún le dolía; Parsifal estaba muerto, pero la vida seguía.

Entonces, oyó un golpecito en el parabrisas. Era un sonido leve y extraño; más que oírlo, lo sintió. Le hizo pensar en una ráfaga de aire o en el ruido que hacían las caracolas al pegárselas al oído. Duró menos de un segundo y sacudió un poco al coche, apenas un empujoncito.

Farooq-Lane se dio cuenta de que las vacas que había junto a la verja ya no estaban de pie. Ahora eran bultos oscuros, apenas visibles a través de los maderos de la cerca. Una había caído de rodillas contra uno de los postes de la verja. La lengua se le salía de la boca, y de ella goteaba algo oscuro que resbalaba por el poste.

Se llevó las manos a los oídos y se los tapó.

Sabía que era una respuesta a destiempo y que no serviría de nada; pero era eso o taparse los ojos o la boca, y tampoco aquellos gestos tenían sentido.

Las vacas estaban muertas. Liliana las había matado. Farooq-Lane se encontraba a solo cinco metros de su radio de acción. ¿Lo sabía Liliana? ¿Lo recordaba con nitidez o simplemente había estado dispuesta a arriesgar la vida de Farooq-Lane?

Farooq-Lane había visto demasiados cadáveres ese día.

Le llamó la atención algo que se movía. Alguien salió por la verja aún abierta y la cerró con cuidado tras de sí. Los faros iluminaron por un momento el familiar vestido de Liliana, que enseguida salió del haz de luz para acercarse al coche. Abrió la puerta del copiloto y entró.

A Farooq-Lane se le abrió la boca.

Liliana estaba muy hermosa. Se reconocía en ella sin duda a la anciana que acababa de ser, pero ya no era la misma. Sus largas trenzas blancas se habían teñido de rojo, y los ojos que antes estaban llenos de calma estaban ahora llenos de lágrimas.

—Odio matar cosas —dijo con un hilo de voz.

Aquella versión de Liliana todavía no había aprendido a reconciliarse con su propia vida.

—Yo también —respondió Farooq-Lane.

Liliana suspiró.

—Pero aún quedan más.

71

La casa tenía un aire extraño cuando Jordan llegó.

No hubiera sabido explicarlo con palabras. «Tal vez sea yo quien está rara», pensó. Como todas las noches, la casa se alzaba entre las luces de diseño del exterior y los extravagantes parterres. Las ventanas que se veían desde la calle estaban oscuras; las que no podían verse estaban iluminadas. El resplandor salía por las puertas de cristal que Hennessy había abierto tiempo atrás para meter el Lexus y bañaba el patio trasero.

Declan le abrió la puerta del coche y los dos se quedaron de pie junto al insulso Volvo de él, mirando la casa. Si a él le pareció un lugar demasiado grande para ella sola, no lo dijo. De hecho, no dijo nada.

La casa tenía el mismo aspecto de siempre, pero…

«Algo va mal», dijo una vocecilla en su cabeza.

—Tienes mejor aspecto —observó Declan.

—No suelen durarme mucho —respondió sin mirarle.

Tampoco él la miró; en vez de hacerlo, examinó el camino de entrada como si algo lo inquietase. Se frotó el pecho en un gesto inconsciente.

—¿Estás bien? ¿Puedes entrar sola? —preguntó por fin.

—Claro, hombre. —Jordan sonrió—. Por cierto, me dejé el café en tu desván. Olvidé recogerlo.

—Ya lo sacaré yo.

Si hubiera estado con cualquier otra persona, Jordan lo habría besado en ese momento. Pero algo había cambiado en la expresión de él al darse cuenta de que ella era un sueño, y eso había derrumbado todo su juego. Declan había adivinado lo que ella era, y la constatación no lo había sorprendido. No: lo había decepcionado. Hasta ese momento, ella era Jordan Hennessy; a partir de ese momento, había pasado a ser otra cosa. Algo inferior. Jordan ya se dejaría sentirlo más tarde; en aquel momento, todo era demasiado extraño. Estiró el puño para chocarlo contra el de Declan.

—Gracias por traerme.

—Ah —respondió él, y Jordan tampoco entendió lo que quería decirle.

Aun así, estiró la mano e hizo entrechocar sus nudillos con los de ella. Luego se metió en el coche y se quedó sentado dentro. Seguía así cuando Jordan llegó a la puerta.

Entró.

En el interior de la casa, el sentimiento de extrañeza era aún más agudo. Las luces de la planta baja estaban apagadas, lo que no resultaba raro a aquellas horas si Hennessy no estaba allí; las demás podían estar ocupadas con sus cosas en otras partes de la casa. Pero Jordan no encontró los interruptores a la primera.

No sabía por qué estaba tan desorientada. ¿Por el episodio? ¿Sería eso aún? Deslizó la mano por la pared para buscarlos.

En algún lugar de la casa sonaba música. Debía de ser la cocina o el salón. Los bajos retumbaban; quien la hubiera puesto se había pasado con el volumen.

Siguió palpando la superficie lisa.

De pronto, una descarga eléctrica le hizo retirar la mano.

No.

No había sido una descarga eléctrica.

Profundizó un poco en lo que acababa de sentir. No había sido dolor ni electricidad. Solo el extraño sobresalto de encontrar una humedad inesperada.

¿Humedad?

Jordan se acercó los dedos a la cara para verlos mejor. Por su mente pasó un destello de la somnolencia anterior: árboles, alas, fuego, oscuridad. ¿Tenía algo oscuro en los dedos?

No, no. Estaba confusa.

La música era atronadora. ¿Por qué estaba tan alta?

Echó a andar, rozando la pared con la mano, y a medio camino tropezó. Alguien había dejado una bolsa en mitad del suelo. Era pesada. Y estaba tibia.

La bolsa le aferró la pierna.

Jordan contuvo un grito. Pero la bolsa no era una bolsa. Era Trinity.

Estaba retorcida en mitad del recibidor, con la camisa manchada como una de las pinturas abstractas de Declan. Le soltó la pierna y se llevó un dedo a los labios. «Chisssst». Luego, su mano cayó flácida al suelo.

El corazón de Jordan se aceleró.

Miró a su espalda. La humedad de la pared era otra mancha oscura y abstracta que chorreaba hasta donde Trinity estaba tirada.

Se arrodilló a su lado, pero Trinity ya no estaba viva.

Así. Sin más.

«No pierdas los nervios, Jordan».

Avanzó con sigilo por el vestíbulo hasta llegar al gran salón. Aunque allí tampoco estaban encendidas las lámparas, la luz del jardín entraba por los ventanales y permitía ver un poco mejor. El enorme caballete que había sostenido a *Madame X* estaba tirado en el suelo, con las largas patas estiradas como las de una jirafa muerta. Allí la música sonaba aún más fuerte, los bajos aún más atronadores.

«Dios, Dios, Dios».

Acababa de ver a Brooklyn. Estaba tirada en el respaldo del sofá, con un agujero de bala entre los ojos y otro en la garganta.

Una oleada de náuseas y somnolencia abrumó a Jordan. Se tambaleó, estirando los brazos en busca de algún asidero, y no encontró ninguno.

«No

pierdas

los

nervios».

Se apoyó en el sofá hasta sentirse más estable. Luego atravesó el salón, el pasillo, un estudio y atravesó el enorme patio interior.

Estaba a punto de pasar de largo por la puerta de la escalera que llevaba a los dormitorios cuando vio que le habían arrancado el picaporte. Se detuvo, la empujó con suavidad y se llevó el dorso de la mano a la boca. Madox. Tenía que ser Madox porque su pelo no estaba alisado, pero le faltaba la cara.

Jordan tuvo que acuclillarse. Se metió los nudillos en la boca para ahogar sus gemidos y los mordió hasta que el dolor la ayudó a centrarse. Empezaba a marearse; debía de estar hiperventilando.

Se forzó a pensar que, si Trinity aún estaba viva cuando la había encontrado, tal vez June lo estuviera también. Se forzó a levantarse. Se forzó a avanzar por el pasillo hacia el lugar donde sonaba la música, caminando con todo el sigilo de que era capaz.

La música salía de la cocina, que tenía todas las luces encendidas.

Toda la casa tenía un sistema de sonido cuyo volumen podía ajustarse por estancias. En la cocina estaba subido al máximo.

De modo que Jordan apenas pudo oír el chillido de June:

—¡Agáchate!

Se dejó caer sin dudarlo y en ese mismo momento sonó un disparo. Mientras gateaba a toda prisa para refugiarse tras el mostrador central, atisbó la figura de un desconocido.

La música aullaba. Con tantas lámparas encendidas, las sombras eran confusas y no permitían anticipar si alguien se acercaba por el otro lado del mostrador.

Jordan caminó en cuclillas hasta el final —no se molestó en no hacer ruido, porque la música no dejaba oír nada más— y se arriesgó a echar un vistazo.

Sonó otro disparo.

Sin peligro; había pasado muy lejos.

Se asomó para echar otra mirada sobre la encimera. Al otro lado, un hombre cargaba su pistola. Jordan se lanzó y cayó encima de él. Por el rabillo del ojo vio que June se enfrentaba a otro atacante.

Jordan se dio cuenta de que aquello no iba a ser fácil; a aquel hombre no le hacía falta la pistola para ser peligroso. La volteó con violencia haciéndola caer de espaldas y ni siquiera pestañeó cuando ella le pateó los testículos.

June dejó escapar un grito agudo, alto, vibrante.

—Estate quieta de una vez —gruñó el oponente de Jordan mientras le asestaba un puñetazo—. ¿Por qué coño no te estás quieta?

Jordan le estrelló un codo en la nariz y él se bamboleó. No era suficiente para dejarlo fuera de combate, pero al menos pudo salir de debajo de él. Alguien le aferró los brazos por detrás. Pataleó con todas sus fuerzas, pero su captor le apresaba los bíceps y no podía desasirse. Su primer atacante se estaba levantando. Aquello había terminado.

De pronto, las manos que la aprisionaban se convulsionaron una vez, dos, tres. Justo en el momento en que el tipo de delante se agachaba para recoger su arma, Jordan quedó libre.

Retrocedió y perdió el equilibrio, pero una mano distinta la agarró y la ayudó a incorporarse en lugar de derribarla. Mientras Jordan se enderezaba, sus ojos tropezaron con algo muy familiar.

Unos zapatos de diseño y ejecución excelentes.

Declan la soltó justo a tiempo para lanzarle un puñetazo al hombre antes de que pudiera apuntarles con la pistola.

Jordan volvió a situarse. En la cocina había demasiadas personas. La mujer medio inconsciente del suelo debía de ser la que la había aprisionado

un momento antes. Declan acababa de asestarle otro golpe al hombre. June tenía que estar en algún sitio.

El oponente de Declan se tambaleó, pero no llegó a caer. Sacudió la cabeza y se lanzó sobre ellos.

Había un aire profesional en todos sus movimientos, tanto los de ataque como los de defensa. Con precisión de cirujano, se enfrentó al mismo tiempo a Declan y a Jordan, empujándolos de forma que se entorpecieran el uno al otro en vez de colaborar. Cuando la mujer se recobró y pudo levantarse, unió fuerzas con él y entre los dos hicieron retroceder a Declan y a Jordan hacia la despensa. La puerta se abrió tras ellos.

Jordan no quiso pensar en lo rápido que terminaría todo dentro de aquel espacio reducido.

De pronto, el hombre se puso rígido y la mujer trastabilló.

El hombre cayó de bruces al suelo. Tras él estaba June, con una pistola en las manos y la boca burbujeante de sangre.

Volvió a apretar el gatillo, pero el arma solo hizo un chasquido. Estaba descargada.

—Jordan —resolló, destrozada por la pelea.

Jordan no podía soportarlo, pero tenía que hacerlo.

—Vete —jadeó June—. Escapa.

—No, June. No puedo.

La mujer gateaba hacia una de las pistolas tiradas por el suelo.

—Hay… muchos… más —balbuceó June—. Marchaos. —Se volvió hacia Declan—. También están… buscando a… a Ronan. Saben lo de su hermano. Dónde vive…

Y entonces la mujer se incorporó con la pistola en la mano, y June se lanzó y la envolvió con su cuerpo incluso mientras ella le pegaba un tiro.

—Matthew —dijo Declan.

Los dos echaron a correr.

72

El Encaje estaba matando a Hennessy.

Estaba cumpliendo su palabra, en realidad, como siempre hacía.

La cubría, la envolvía, la reemplazaba. «Ríndete —la apremiaba—, y dejará de doler».

La había estado matando durante mucho más tiempo de lo que solía. Normalmente ya la habrían despertado sus propios gritos y estaría consciente, con una copia de sí misma y un nuevo tatuaje, un paso más cerca de la muerte.

Pero aquel no era un sueño que ella pudiera detener; estaba en Lindenmere, y la única persona que podía hacer algo para pararlo era…

—¡Lindenmere! —gritó Ronan con una voz que jamás le había oído, y Hennessy vio una luz brillante que estallaba a su alrededor—. ¡Llévatelo!

Y entonces el Encaje la soltó y se esfumó, así sin más, y Hennessy se encontró tumbada de espaldas en mitad del claro. A su lado, Opal lloraba como si estuviese asustada y le acariciaba la manga con cuidado. Hennessy no podía moverse, porque todo le dolía; había pasado muy poco tiempo desde la última vez, y se sentía… del revés. Le escocía la garganta; no le hacía falta mirarla para saber que el Encaje la había marcado con un nuevo tatuaje. Solo quedaba sitio para uno.

Ya casi había acabado todo.

Casi la alivió permitirse pensarlo.

Ronan se arrodilló a su lado y maldijo en voz baja.

—Lo siento, no he sido lo bastante rápido. No supuse que iría a por ti así, tan de repente… —soltó otro taco.

—La copia… —jadeó Hennessy.

—No hay copia —replicó Ronan—. No trajiste nada de vuelta porque no era tu sueño y no estabas dormida, así que no te despertaste. Lindenmere lo paró sin más. Estás tú sola. Mierda, joder… Lindenmere, Opal, ¿podéis hacer algo para ayudarla?

De modo que era cierto: el Encaje iba a matarla con copias o sin ellas. Hennessy sentía la verdad de aquello; se sentía ya casi muerta. Si Opal le

rozaba la piel, se desharía bajo sus dedos.

Opal depositó algo fresco en la frente de Hennessy y luego hizo lo mismo en el dorso de sus manos y en sus tobillos, que estaban desnudos. Mientras lo hacía, murmuraba algo en una jerigonza de sonido irreal y reconfortante. Entre y frase y frase, aún hipaba por el llanto. Ronan se levantó y le acarició la cabeza a la niña.

—No sé… —dijo—. Necesitas algo que lo ahuyente, como hice yo con mi luz.

Hennessy quiso decir que no había visto ninguna luz como esa. Pero hablar era demasiado difícil y, de todos modos, ahora que lo pensaba, sí que había visto algo así. Un destello; una retracción momentánea del Encaje antes de que Lindenmere se lo llevase.

—Algo que ya exista —continuó Ronan—. ¿Te ayuda lo que está haciendo Opal? Una coraza. Una coraza y algo más… Un escudo, por ejemplo; algo que puedas traerte del sueño y que no seas tú, hasta que aprendas a salir sin necesidad de sacar nada.

—No puedo hacerlo —graznó Hennessy.

Opal gimió y le puso otra cosa fresca en la garganta. Sus cuidados proporcionaban a Hennessy ese alivio que solo se siente cuando se tiene un dolor insoportable; lo que estaba haciendo, fuera lo que fuese, parecía estar funcionando un poco. Hennessy ya no se sentía a punto de caer en la inconsciencia.

—Podría hacerlo yo —propuso Ronan—. Podría quedarme dormido al mismo tiempo que tú, entrar en el sueño y manifestar algo en cuanto llegue.

«Ninguna idea parece buena cuando solo queda una oportunidad», pensó Hennessy.

—Tú pide. Es fácil —dijo Opal; aunque sus palabras pretendían ser reconfortantes, la vocecilla aguda de la niña, sus grandes ojos negros y sus extrañas patas de cabra les daban un matiz un tanto macabro—. Escudo.

De pronto, había un escudo sobre el pecho de Hennessy que la aplastaba contra el suelo.

Se le escapó un grito de ansiedad.

—¡Opal, fuera! —exclamó Ronan.

El escudo se esfumó. Hennessy jadeó, aliviada, mientras Opal seguía afanándose en poner más cosas frescas sobre los trozos de piel que tenía al descubierto.

—Sé que pretendías ayudarla —le dijo Ronan a la niña con tono conciliador—. Pero tienes razón: aquí las cosas son fáciles. Solo tienes que pedir. Inténtalo, Hennessy.

Todo lo que Hennessy creía querer se convertía tarde o temprano en un desastre, en un truco cruel. Como pedir un mar y estar a punto de morir ahogada.

—Solo una cosita —insistió Opal canturreando las palabras con voz aguda, como una madre que hablase a su bebé.

—Todo lo que sueño se va a la mierda —replicó Hennessy.

Ronan la miró con el ceño fruncido. Sus labios se movían como si no estuviera en absoluto de acuerdo con aquella frase, pero no lograse encontrar una réplica convincente. Hennessy no creía que existiera ninguna.

—¿Como Jordan? —dijo Ronan por fin.

Pues sí que existía una.

Porque Jordan era algo bueno, claro que lo era. Mejor que Hennessy.

La mejor de todas las chicas. Su mejor amiga.

Y era soñada.

Opal se acurrucó junto a ella y le pegó la mejilla al oído.

—Solo una cosita —musitó con dulzura.

Hennessy cerró los ojos y se llevó las manos al pecho. Allí las juntó, ahuecadas, y pensó en las centellas que habían llovido hacía un rato. Cálidas, perfectas, inocentes, buenas… Hennessy llevaba mucho tiempo sin ser ninguna de aquellas cosas.

—Hennessy —dijo Ronan—, por favor, no dejes que sea el único.

Aquella era la primera grieta que Hennessy veía en su coraza.

—Una cosita —murmuró abriendo las manos.

Una luz se elevó lentamente desde sus palmas. Vista de reojo, no era más que una chispa. Pero si se miraba con atención, se la veía arder con una emoción tan tenue que casi no estaba allí: esperanza.

Lo había hecho. «Pedid y se os dará».

El teléfono de Ronan empezó a sonar.

73

Los teléfonos no siempre funcionaban en Lindenmere. El bosque era un ser que absorbía energía de la línea ley y emitía energía onírica al mismo tiempo, lo cual a veces fortalecía la cobertura y otras veces la debilitaba. Lo más normal era lo segundo. Tampoco ayudaba el que Lindenmere dispusiera del tiempo de forma algo distinta al resto del mundo; un minuto en Lindenmere podían ser dos horas fuera, o al revés. En esas condiciones, era verdaderamente excepcional recibir una llamada.

Y, sin embargo, esta había llegado.

—No estoy de humor para peleas —dijo Ronan a modo de saludo.

—Ronan —contestó Declan—, dime que estás en la ciudad.

—Estoy en Lindenmere.

Declan jadeó. Fue el sonido más estremecedor que Ronan jamás había oído emitir a su hermano.

—¿Por? —preguntó.

—Hay unos tipos que van a por ti —respondió Declan—. Se dirigen a mi casa. Quieren matarte. Y Matthew no coge el teléfono.

Por un segundo, el cerebro de Ronan no pudo producir pensamientos ni palabras.

—¿Dónde estás? —preguntó cuando pudo reaccionar.

—En un atasco —repuso Declan con despecho—. Tratando de salir, pero no hay forma. He llamado a la policía.

Hennessy trataba de incorporarse con las pocas fuerzas que le quedaban. Ronan se dio cuenta de que había oído las palabras de Declan. Lindenmere también debía de haberlas escuchado, porque del cielo turbulento empezaron a caer goterones de inquietud.

—¿A cuánto estás de casa? —dijo Ronan.

—No lo bastante cerca para dejar el coche tirado e ir corriendo, si te refieres a eso —repuso Declan con brusquedad—. No contesta al teléfono, Ronan. Y no sé si estarán ya allí. Yo… La cosa es que ya han… Jordan está…

Al ver que su hermano no podía seguir, Ronan cerró los ojos. «Piensa. Piensa». Tener tanto poder en sus manos, sobre todo estando allí, en Lindenmere, y no poder usarlo… No podía teletransportarse. No podía hacer que su hermano pequeño contestase al teléfono. Podía manipular a su antojo cualquier cosa que hubiera dentro de Lindenmere, pero nada del exterior. Aun cuando hubiera estado dormido, ¿qué podría haber hecho para detener a unos atacantes desconocidos que estaban a dos horas de allí?

Solo podía hacer bagatelas, chismes baratos. «No sirven de nada. De nada».

Hennessy lo miraba fijamente. Sabía que Declan había mencionado a Jordan, pero Ronan no tenía tiempo para ocuparse de eso.

—Lo intentaré —dijo.

—¿El qué? —preguntó Declan.

—No sé. No lo sé…

Colgó. Tenía que pensar. Tenía que…

Lindenmere había empezado a murmurar a su alrededor. Los árboles intercambiaban susurros. «Greywaren —decían—, te daremos lo que necesitas».

—No sé lo que necesito, Lindenmere —replicó, desesperado por imaginar una solución—. Yo no puedo llegar allí a tiempo. Necesito algo que sí pueda. Algo secreto. Confío en ti, Lindenmere; dame lo que necesito.

«Algo peligroso como tú», pensó.

«Y como tú», le susurró el bosque.

La chispa de esperanza que había creado Hennessy seguía suspendida en mitad del claro, resplandeciendo entre las gotas de lluvia.

Lindenmere empezó a trabajar.

La lluvia amainó, absorbida por la tierra.

Sierra reapareció aleteando en el aire. Lanzó un graznido de alarma y descendió para posarse en el brazo de Ronan, con las plumas del cuello ahuecadas. Chascó el pico y se aferró con las garras a su asidero, haciendo brotar sangre de los sitios que no estaban protegidos por las pulseras de cuero.

Hennessy se protegió la cabeza al ver una explosión de hojas secas que salía del suelo. Entre ellas revoloteaban decenas de pájaros que se confundían con la nube de hojarasca. El suelo retumbó, desprendiendo la tierra que aprisionaba las raíces en el subsuelo. Aquel gruñido grave y sostenido atravesó el terreno, haciéndose más alto y agudo hasta

convertirse en una nota de clarín que penetraba el aire con nitidez, una versión consciente y limpia del grito de Adam; una llamada que hablaba de vida, de vida plena y no de lo contrario. La hojarasca quedó congelada en plena caída; los pájaros quedaron congelados en pleno vuelo.

Todo estaba pendiente de aquella nota.

En aquel momento de inmovilidad, empezaron a aparecer luces que giraban y serpenteaban entre los árboles. Daban vueltas sobre sí mismas recogiendo hebras de oscuridad, como si formaran un ovillo. La oscuridad tenía peso, masa y forma. Aquello era lo que Lindenmere estaba creando para Ronan, con Ronan.

Aquellas nuevas formas de oscuridad no emitían ningún sonido. Solo se oía el crujido de las hojas suspendidas en el aire. Se agitaban levemente mientras la oscuridad seguía ovillándose a sí misma alrededor de las luces, añadiendo capas hasta ocultar su centro luminoso.

Y, entonces, la hojarasca cayó y los pájaros remontaron el vuelo.

Había aparecido una jauría.

Aquellas criaturas indefinidas se acercaron corriendo a Ronan y Hennessy.

Opal chilló y pidió por gestos a Ronan que la alzara en brazos, y él lo hizo justo en el momento en que las nuevas bestias llegaban a su altura.

Eran perros, o quizá lobos, negros como el carbón. Se rodeaban mezclándose unos con otros, como si fueran una nube de humo en movimiento, más que animales diferenciados. Sus ojos resplandecían con un brillo entre blanco y anaranjado y, cuando jadeaban, por sus relucientes fauces asomaba el horno al rojo vivo que había en su interior.

«Los perros solares son tan rápidos como la luz del sol —susurraron los árboles—. Tienen hambre. Apágalos con agua».

—Dan miedo —lloriqueó Opal.

—De eso se trata —replicó Ronan.

«Diles lo que quieres que hagan», dijeron los árboles. Los perros solares se arremolinaban ante él, con sus negras lenguas asomando sobre sus oscuros dientes, expulsando humo al respirar.

—Salvad a mi hermano —ordenó Ronan a la jauría.

74

Los chicos Lynch; los hermanos Lynch. En cierto modo, los tres hermanos siempre habían sido la parte más significativa y auténtica de la familia Lynch. Niall casi nunca estaba, y Aurora estaba presente pero a su modo impreciso. Su infancia había consistido en corretear los tres juntos por los bosquecillos y los prados que rodeaban Los Graneros, en hacer fuegos y cavar hoyos y pelearse. Los secretos los unían de forma más estrecha de lo que podría lograr ninguna amistad; y así, aun cuando fueron a la escuela, siguieron siendo los chicos Lynch, los hermanos Lynch. Incluso tras la muerte de Niall, cuando Ronan y Declan pasaron un año entero riñendo, habían seguido ligados, porque el odio une con tanta fuerza como el amor.

Los chicos Lynch, los hermanos Lynch.

Ronan no sabía en qué se convertiría si sus hermanos faltaban.

Condujo como un poseso.

El tiempo no solo hacía cosas raras en Lindenmere. A Ronan y a Hennessy les llevó una hora y treinta y ocho minutos llegar a Alexandria, una hazaña que lograron saltándose todos los límites de velocidad y desdeñando olímpicamente las consecuencias de esa transgresión. Sin embargo, a Ronan jamás se le había hecho tan larga una hora con treinta y ocho minutos. Cada segundo era como un minuto, como un día, una semana, un mes, un año. Cada kilómetro duraba varias vidas. Hasta el final del viaje no podrían saber si los perros solares habían llegado a tiempo o no.

Ronan llamó a sus hermanos. Ninguno de los dos cogió el teléfono.

—Contestad —masculló Hennessy desde el asiento del copiloto.

Al final siempre era Ronan quien encontraba los cadáveres de los miembros de su familia. No le parecía nada justo. No es que quisiera traspasarles a sus hermanos la carga emocional de haber descubierto los cuerpos; era solo que quería desprenderse de ella. Había sido él quien había hallado a su padre muerto en el camino de entrada de la granja, con el cráneo abierto y una llave de tuercas tirada al lado. Había sido él quien

había visto los restos de su madre en las ruinas moribundas de Cabeswater, un sueño disuelto. Aquellas imágenes serían suyas para siempre; el premio para el vencedor, el recuerdo para el primero en llegar.

Llamó a Adam. Tampoco Adam contestó.

—Coge el teléfono —masculló Hennessy.

El tiempo se estiraba largo, extraño e infinito; una noche sin final, una ciudad que no se acercaba nunca.

Volvió a llamar a sus hermanos.

Tampoco ahora respondieron.

—¡Que alguien conteste! —se desesperó Hennessy, con la cara enterrada entre las manos.

Por fin, llegaron al vecindario tranquilo y convencional en el que vivían Declan y Matthew. No parecía haber nada fuera de lo normal: coches aparcados en los caminos de entrada, farolas que zumbaban para arrullarse a sí mismas, arbolillos con ramas desnudas que se agitaban en sueños.

La puerta de la casa de Declan estaba entreabierta.

Ronan buscó en su interior y no encontró preocupación, tristeza ni adrenalina. Lo único que había era una sorda ausencia de sentimientos. «Por supuesto», pensó. Volvió la cabeza para otear la oscura calle, pero estaba desierta. Empujó la puerta y entró, con Hennessy cojeando tras él.

El interior de la casa estaba destrozado. No solo destrozado: devastado, arrasado de forma metódica. Ronan tuvo que dar una zancada para evitar el microondas, que estaba tirado en mitad del recibidor. Los cuadros habían sido arrancados de las paredes y estaban tirados en la escalera, como si los hubieran matado en plena huida. Los cajones de la mesa de la entrada parecían haberse estrellado contra la pared de enfrente. Todas las luces estaban encendidas.

Ronan volvió a buscar sus sentimientos, pero aún no habían regresado. Ladeó la cabeza para mirar a Sierra, que iba en su hombro.

—Encuéntralos —le dijo.

El cuervo despegó en silencio, rodeó una lámpara y luego desapareció escalera arriba.

La última vez que había hablado con Matthew, él le había dicho que era un mentiroso.

Cerró la puerta de la casa y empezó a recorrer la planta baja. Hennessy lo seguía, sumida en una especie de estupor. Las habitaciones estaban irreconocibles. Ronan se dio cuenta de que faltaban algunas cosas:

lámparas, esculturas, varios muebles… Otras, como el microondas, estaban tiradas de cualquier manera.

En el sofá había agujeros de bala

y él

no

sentía

nada.

—¿Matthew? —llamó en voz baja—. ¿Declan?

La planta baja estaba desierta. Ronan se detuvo, resistiéndose a subir las escaleras. Aún percibía aquel silencio borroso en su interior, aquella ausencia de sentimiento; sin embargo, sabía que, si estaban muertos arriba, aquel sería el último minuto de su vida que pasaría sin que el recuerdo de sus cadáveres se añadiese al de los otros.

—Kerah —le llamó Sierra desde la primera o la segunda planta.

«Vale. Hazlo de una vez».

Ronan subió las escaleras. En el rellano encontró unas palabras garabateadas en la pared en la que siempre había habido fotos de familia.

«DEJA DE SOÑAR».

Por alguna razón inexplicable, había un par de los calcetines con dibujos que siempre usaba Matthew tirado en medio de la alfombra del pasillo. Los perritos de punto que los adornaban miraron a Ronan, y él les devolvió la mirada.

En la habitación de Declan sonó un rumor indefinido e inquieto.

—¿Ronan? —susurró Hennessy con una voz que no parecía la suya.

—Quédate abajo —respondió él, consciente de que su voz tampoco sonaba normal.

—Kerah —insistió Sierra, ahora desde el dormitorio de Declan.

Ronan decidió arriesgarse a llamarlos otra vez.

—¿Declan? ¿Matthew?

—¡Ronan! ¡Estamos aquí arriba!

Era la voz de Matthew y, al oírla, todos los sentimientos que Ronan no había percibido en los cinco minutos anteriores se abalanzaron sobre él. Tuvo que agacharse por un momento junto a los calcetines de los perritos, con las manos apoyadas en aquella alfombra que siempre había estado impecable y ahora estaba llena de goterones de pintura. «Dios, Dios, Dios», pensó Ronan, en una plegaria de agradecimiento que era al mismo tiempo un ruego.

—¿Mandaste tú a esos monstruos? —dijo la voz de Declan.

Sí, los había mandado él.

Con el ánimo ya despejado, Ronan pudo incorporarse y continuar hasta el dormitorio principal.

Estaba invadido por los perros solares. Su omnipresencia no tenía sentido si se pensaba en ellos como en perros normales; pero si se contemplaban como una nube de humo, resultaba perfectamente lógica. Como un gas, aquellas bestias se expandían hasta colmar el recipiente. Siguieron a Ronan mientras buscaba por el resto de las habitaciones, abriéndose a su paso e iluminando el aire con la luz de sus fauces.

—¿Pero dónde estáis? —preguntó al fin.

—¡Aquí arriba! —dijo Declan con tono agrio.

Su voz venía de la habitación principal, a pesar de que estaba desierta. Ronan se asomó, miró el techo y reconoció la abertura que llevaba al desván.

—¿Y por qué narices no habéis salido aún? —dijo.

—Porque tus monstruos también nos quieren matar a nosotros —contestó Matthew alegremente.

La trampilla se abrió un poco y los perros solares se arremolinaron de inmediato debajo de ella, amontonándose unos sobre otros en su ansia por alcanzarla. En unos segundos estaban a medio camino.

—¡Eh, eh, cerrad! —gritó Ronan—. ¡Abajo, chuchos!

Los perros solares le hicieron caso omiso.

—Ronan… —dijo Declan con voz admonitoria.

—Dame un momento, ¿quieres? —le pidió Ronan.

Repasó todo lo ocurrido en busca de algo que pudiera ayudarle y recordó lo que le había dicho Lindenmere sobre aquellas bestias. Registró la primera planta hasta encontrar la cantimplora de Matthew tirada bajo su cama. «Apágalos con agua», le había dicho Lindenmere. En la cantimplora no había bastante líquido para rociarlos a todos, pero al menos podría comprobar la hipótesis.

Sin embargo, las cosas no ocurrieron como esperaba.

Desenroscó el tapón.

Al instante, los perros solares se precipitaron al interior de la cantimplora.

Un segundo antes, la habitación estaba infestada de aquellos seres, que cubrían cada centímetro de suelo con sus cuerpos móviles y nebulosos. Ahora, el agua que contenía el recipiente se oscureció por un instante, giró en un remolino y volvió a aclararse. La única prueba de que los perros

solares estaban realmente allí dentro, de algún modo, era una pequeña hebra de oscuridad que no había llegado a disolverse, como un chorrito de algún aceite oscuro.

Ronan volvió a enroscar el tapón.

—Todo despejado. ¡Hennessy, ya puedes subir!

La trampilla del ático vomitó a sus dos hermanos —primero Matthew, luego Declan— y a Jordan.

Jordan echó a correr hacia Hennessy. Al llegar hasta ella, la abrazó con tanto ímpetu que Hennessy tuvo que apoyarse en el marco de la puerta para no perder el equilibrio.

—Creí que estabas muerta —dijo Hennessy con voz hueca.

—Ellas sí —susurró Jordan—. Todas han muerto.

Matthew se acercó a Ronan. Agachó la cabeza para que se la abrazase, como hacía cuando era pequeño, y Ronan se la estrechó con fuerza.

—Siento mucho haberte mentido —le dijo.

Levantó la vista y encontró los ojos de Declan. Los dos intercambiaron una larga mirada que le confirmó a Ronan lo que la casa ya le había indicado: las cosas se habían puesto muy feas.

—Sin tus monstruos, no lo habríamos contado —dijo Declan—. ¿Están…?

Ronan agitó la cantimplora.

—Están aquí metidos —respondió y, luego, se volvió hacia Matthew y le ofreció la cantimplora—. Ahí tienes, chaval; para que luego digas que no te regalo nada.

Matthew, encantado, se liberó de su abrazo y se sentó en la cama para examinarla. Declan se acercó a él y se la arrebató.

—Esto es como regalarle una pistola a un niño de tres años. ¿Tú eres consciente de lo que pueden hacer esas cosas? ¿Lo viste antes de mandarlas para acá?

Ronan negó con la cabeza.

Declan le metió la cantimplora en la mano con ademán firme.

—Yo que tú guardaría esto en un estante bien alto. Mira detrás de la cama.

Tras una breve misión de reconocimiento en el otro lado del cuarto, Ronan descubrió un brazo tirado entre la cama y la ventana. A su lado había un charco de sangre que, supuso, debía de haber estado dentro del brazo hasta hacía poco. Se volvió para asegurarse de que nada de ello pertenecía a Matthew o a Declan. No, no parecía ser suyo. Luego buscó en

su interior alguna sombra de arrepentimiento y no la halló. También buscó miedo, pero lo único que parecía haber en su interior era una furia incandescente.

—Tenemos que hablar —dijo Declan despegando la mirada de Jordan y Hennessy—. Porque esta gente volverá.

75

Los Visionarios nunca querían seguir trabajando después de presenciar un ataque. Lock ya estaba acostumbrado. Tras conocer a los Moderadores, todos abrazaban la causa con gran entusiasmo; luego, cuando veían en qué consistía realmente, se les bajaban los humos. Durante un tiempo, Lock había creído que el remedio era mantenerlos tan alejados de los ataques como fuera posible, pero luego se dio cuenta de que era inútil. Al final siempre acababan presenciándolos en sus visiones, de modo que alejarlos no era más que retrasar lo inevitable.

Liliana también era así. Lock se había alojado en el mismo hotel que Farooq-Lane y Ramsay y, cuando la vio junto a Carmen en el *lobby*, se dio cuenta enseguida de que no era una mujer con tragaderas. Más bien parecía del tipo esotérico, llorón y pacifista. La gente como ella quería colaborar con los Moderadores para hacer del mundo un lugar mejor, y resultaba difícil convencerlos de que eso pasaba por matar adolescentes a tiros.

De modo que, ya antes de salir, Lock sabía que iba a tener que negociar con ella a su vuelta.

Y, cuando la cosa acabó, supo que tenía que convencerla como fuese, porque sus visiones valían su peso en oro.

Sí, en parte había sido una cagada. Bellos se había quedado manco. Ramsay tenía una herida de bala en el mismo brazo en que le habían clavado un crucifijo —claramente, ese brazo estaba gafado—, pero al menos lo conservaba. Nikolenko tenía un mordisco del carajo —¡un *mordisco*!— en el cuello. Se les habían escapado unos cuantos sueños. Era imposible saber cuál de las chicas muertas era Jordan Hennessy, si es que era alguna. Ronan Lynch estaba en paradero desconocido.

Pero nada de eso había sido culpa de Liliana. La información que les había proporcionado era espectacular: datos útiles y concretos sobre dos Zetas distintos que vivían en dos lugares diferentes. Aquella era la Visionaria que llevaban meses esperando. Lock jamás había visto nada semejante.

Empezaba a tener la impresión de que al final iban a poder arreglar aquello, siendo «aquello» el apocalipsis.

Mejor que mejor. Lock llevaba muchísimo tiempo sin ver a su perro.

Mucha gente habría considerado que el trabajo de Lock no merecía la pena; dirigir un equipo mayoritariamente clandestino no proporcionaba prestigio social ni estaba tan bien pagado como un puesto en la empresa privada.

Pero Lock no buscaba esas cosas. Trabajaba por sentido de la responsabilidad, para crear un ambiente de lealtad en su equipo, para ir construyendo una pirámide de humanos que confiaran en él como persona capaz de conseguir las cosas a la primera. Suponía que al final de todo aquello —siempre y cuando el mundo no se terminase, claro— podría cambiar aquel capital de confianza por placeres y recompensas de naturaleza indeterminada.

Se acercó a grandes zancadas al bar, donde lo esperaba Farooq-Lane.

—¿Qué tal está Liliana? —le preguntó.

—Quiere dejarlo —silabeó ella.

Lock jamás la había visto tan enfadada. La ira parecía tan poco propia de ella como el dolor que había mostrado el día en que habían matado a su hermano; a Lock le entraron ganas de darle algo para que se cubriera la cara hasta recuperar su dignidad perdida.

—¿Y por qué crees que puede ser? —continuó Farooq-Lane—. A lo mejor deberías ponerle un bozal a Ramsay, ¿no crees? O quizá llevarlo a sacrificar, ya que te pones.

—Si prescindimos de Ramsay, ¿crees que sería suficiente para hacerla cambiar de opinión?

—No sé si sería suficiente para que *yo* cambiase de opinión —le espetó ella.

Lock la miró fijamente. No le hizo falta decir nada con palabras, porque sus ojos ya se lo decían todo. Por ejemplo, «Recuerda que esto ya lo hablamos». Por ejemplo, «Recuerda que aún no estamos seguros de que no conocieras las intenciones de tu hermano antes de que lo pillásemos». Por ejemplo, «Recuerda que siempre podemos iniciar una larga investigación policial con luz y taquígrafos para averiguar si lo encubriste». Por ejemplo, «No vas a cambiar de opinión». Por ejemplo, «Y, por cierto, lo que estamos haciendo aquí es salvar el mundo y nadie en su sano juicio renuncia a eso».

Farooq-Lane apartó la mirada.

—Creo que no bastará para convencerla —contestó.

—¿En qué habitación está? —preguntó Lock.

—Doscientos quince. Por ahora.

—Duerme un poco, Carmen. Te necesitamos en plenitud de facultades; lo has hecho muy bien esta semana.

Fue hasta el ascensor, subió al segundo piso y caminó hasta el extremo del pasillo. Liliana estaba en la gran *suite* del final, pero Lock sabía que habría que desocupar al menos las diez habitaciones de alrededor si no aprendía pronto a dirigir sus visiones hacia dentro. Ni siquiera se atrevía a imaginar la calidad que podrían tener las informaciones de esa mujer si aprendía a enfocar bien. Aquello se terminaría casi antes de haber empezado; los Zetas no tendrían ninguna oportunidad.

Llamó a la puerta con tres golpes llenos de autoridad. El primero decía: «abre». El segundo, «la». El tercero, «puerta».

—¿Puedo entrar? —preguntó.

Liliana se asomó, con la nariz y los ojos enrojecidos por las lágrimas, y le indicó que pasara. Lock se acomodó en un extremo del sofá y palmeó el otro extremo para que ella se sentase. Liliana obedeció.

—Entiendo que lo de hoy te haya parecido muy desagradable —empezó a decir Lock—, porque es cierto que lo ha sido.

Había descubierto que era mejor no andarse por las ramas con los Visionarios. No tenía sentido tratar de quitar hierro a un asunto escabroso que, de todos modos, ellos ya tenían grabado a fuego en la mente.

—No hace falta que te explique por qué hacemos lo que hacemos —continuó—, porque sé que lo has visto tú misma. Esto es una tarea muy desagradable que, por desgracia, no podríamos realizar sin tu ayuda.

El siguiente paso consistía en recordarles por qué habían accedido a colaborar con ellos.

—Si decides abandonar, lo entenderé perfectamente. Lo único que te pido es que, por favor, nos ayudes a buscar a otro Visionario antes de marcharte para que cubra tu puesto.

A continuación, era importante hacerles ver que no estaban atrapados; las bestias acorraladas podían ser peligrosas, así que hacía falta recordarles que la ventana estaba abierta, aunque sería muy irresponsable por su parte salir sin más.

—Pero si colaboras con nosotros, te prometo que haremos todo lo que podamos por compensártelo.

Para terminar de convencer a los Visionarios, Lock había descubierto que era fundamental descubrir cuál era su mayor anhelo y hacer todo lo posible por ofrecérselo. La gente, en general, era bastante sencilla: *Gold, guns, girls*, como decía la canción. Dinero, poder, sexo.

Lock miró a aquella chica pelirroja que lloraba delante de él, leyó su lenguaje corporal y supuso cuál podía ser su mayor anhelo.

—Si te quedas con nosotros —concluyó—, trataremos de sacarte de este hotel para buscarte una casita aislada en la que puedas vivir. Volverías allí entre misión y misión, y mientras estuvieras fuera te alquilaríamos algún apartamento para que te sintieras más en casa. Habría un Moderador contigo en cada sitio para ayudarte a conseguir lo que necesitases: comida, ropa…

Aquella Visionaria parecía necesitar estabilidad, un lugar en el que pudiera vivir tranquila sin preocuparse por reventar a quienes la rodeaban. Un lugar en el que no tuviera que guardar el cepillo de dientes en la maleta cada noche. De hecho, ni siquiera parecía tener maleta. Quizá también quisiera una, pero eso ya lo irían viendo.

Liliana bajó los párpados, y Lock vio que sus pestañas eran tan rojas como su pelo. Era verdaderamente hermosa, de una forma tan extrema que Lock supuso que formaba parte de su bagaje de Visionaria. Todos ellos poseían algún extraño atributo que influía de un modo inesperado en el presente; aquel debía de ser el de ella.

Por un momento, Liliana reflexionó.

Luego, se mordió el labio y pareció tomar una decisión:

—¿Se podría quedar conmigo Farooq-Lane?

76

De modo que el mundo se había roto.

El mundo se había roto y, al final, Declan no estaba seguro de que hubiera podido hacer nada para evitarlo. No sabía si los asaltantes los habían encontrado por algún descuido de él, o porque había llamado la atención sobre sí mismo, o porque había llamado a un número de Boston para preguntar por *La dama oscura*, o por haber marcado el número de Boudicca, o quizá por ninguna de esas cosas.

Solo sabía que el mundo se había roto y que sus hermanos corrían peligro.

«DEJA DE SOÑAR».

Habían ido al Café Shenandoah. Estaba bastante lejos de la casa, lo cual parecía importante; era un lugar público, lo cual parecía muy importante; y abría las veinticuatro horas los fines de semana, lo cual era de una importancia fundamental.

Nadie hablaba. Aunque habían ido allí para hacerlo, se habían ido quedando en silencio. Hennessy tenía la cabeza apoyada en el hombro de Jordan; parecía rota, exhausta, deprimida y aliviada de que Jordan estuviera allí para sujetarla. Jordan contemplaba los adornos de las paredes; no parecía ida, pero sí muy turbada. Matthew la miraba fijamente, lo cual no era de extrañar; al fin y al cabo, era el primer sueño viviente que conocía tras enterarse de que él también lo era. Ronan abría y cerraba una mano sobre la mesa, con la vista clavada en el lugar del aparcamiento donde habían dejado los dos coches. De vez en cuando miraba su teléfono, porque Adam seguía sin responder. Declan consultaba también el suyo; en el camino hacia allí le había dictado varios correos electrónicos y mensajes a Matthew, para ver si lograba mover algunos hilos que le permitieran averiguar con cautela quién podía andar matando soñadores en la región.

Wendy, la camarera, se acercó a su mesa con una gran fuente.

—Os he traído una ración doble de buñuelos de manzana, chicos —dijo—. Tenéis pinta de haber pasado una noche complicada.

—Ya sabía yo que esta mujer valía mucho —dijo Hennessy después de que se marchase, y dejó caer la cabeza sobre los brazos.

A Declan le asombraba verla junto a Jordan. Eran la misma chica y, al mismo tiempo, no se parecían en nada. Tenían la misma cara, pero la usaban de forma enteramente distinta. Resultaba difícil creer que Hennessy fuera la soñadora. Jordan parecía estar allí desde antes; Hennessy era simplemente… menos.

«No pienses en eso —se ordenó Declan a sí mismo—. Para de una vez».

Sonó un teléfono.

No era el de Declan, sino el de Ronan. Quien llamaba era un tal SARGENTO. Blue.

Ronan deslizó el dedo por la pantalla y se llevó el teléfono al oído. Agachó la cabeza y escuchó, intercalando apenas algún comentario. «¿Qué opina Gansey? No. Pero por qué… No, no se os ocurra venir. ¿Sabéis algo de Ad…? ¿Sabéis algo de Parrish? Un par de horas. Lo sé. Sí, lo sé».

Después de colgar, miró a los otros.

—Han hablado con el señor Gris —dijo.

Los dos hermanos Lynch mayores se concedieron un momento para apretar la mandíbula. Su relación con el señor Gris era complicada, porque él había sido el sicario encargado de matar a Niall Lynch. Niall solo había sido una más de las muchas personas que Gris había ejecutado por encargo de su jefe, Colin Greenmantle, que lo estaba chantajeando. ¿Eso lo convertía en un matarife? Sin duda. ¿Y en un asesino? Eso era más discutible; podía considerarse que lo era o, tal vez, que había sido el arma que había usado Greenmantle para asesinar.

Desde que se había liberado de Greenmantle, el señor Gris había dedicado muchos esfuerzos a reconciliarse con los hermanos Lynch, aunque matar al padre de alguien no era la mejor manera de establecer una relación saludable. Fuera como fuese, siempre estaba dispuesto a ofrecerles información, si podía.

Declan y Ronan, sin embargo, se negaban a hablar con él.

—Dice que es *vox populi* que hay un grupo que se dedica a cazar soñadores y que están respaldados por el Gobierno. Son muy numerosos —explicó Ronan.

—¿Por qué? —preguntó Matthew.

—No se sabe.

—¿Cuántos son «muy numerosos»? —dijo Declan.

—Lo bastante para que hubiera otro ataque en Sudáfrica mientras el grupo de ayer asaltaba tu casa.

El mundo estaba roto; a Declan no le quedaba ninguna duda. Estaba roto sin remedio.

«Y ni siquiera he llegado a vivir», pensó.

—¿Y cómo saben de los soñadores? —se extrañó Jordan—. Nosotras ni siquiera sabíamos de tu existencia hasta que te presentaste en la puerta de casa.

Porque se suponía que los soñadores eran un secreto, pensó Declan. Porque todos ellos sabían que la discreción era su única arma de supervivencia. «Mierda —se dijo en un acceso de impotencia—. ¿Qué hacemos ahora?».

—Y yo no supe de vosotras hasta que apareció Bryde —repuso Ronan—. Ah… ¿Te acuerdas de lo que dijo al marcharse, Hennessy?

Ella ladeó la cabeza para que la oyeran hablar.

—Dijo «El mundo se va a la mierda». Lo vio venir. Se sorprendió, pero lo vio venir.

—Declan —dijo Ronan—, no me digas que no lo haga.

—¿El qué?

—No me digas que deje de buscar a Bryde. No me digas que sea discreto.

Pero Declan anhelaba decírselo. El mundo podía romperse más aún. Mientras sus hermanos estuvieran vivos, siempre podrían ocurrir cosas peores.

—Y, si no, dime otra forma —continuó Ronan—. Proponme algo que no sea pedir ayuda a Bryde y lo haré.

Declan odiaba aquella sensación: la tensión repentina que le retorcía el estómago, la acidez rancia del peligro. No era miedo por lo que le pudiera pasar a él; acudir a la cita con el nuevo Feniano había sido arriesgado y, sin embargo no se había sentido así. Aquello había sido algo ilícito y excitante, y no solo por estar en compañía de Jordan. Lo había disfrutado porque la sangre canalla de su padre corría por sus venas. Pero esto era diferente: Declan no soportaba ver a sus hermanos en peligro.

—¿Y cómo va a ayudarnos? No sabes nada de él.

—Sabemos que tiene poder —replicó Hennessy—. Sabemos que todo el mundo hablaba de él en el Mercado de las Hadas.

—Él conoce a más soñadores, aparte de nosotros —añadió Ronan—. Y sabe mejor que yo cómo funciona todo esto. Y sabemos que el monstruo

que hay en la cabeza de Hennessy le tiene miedo.

—Pero, para convencerle, tenéis que pedírselo los dos juntos —intervino Jordan—. ¿No dijisteis eso cuando llegamos aquí? Tenéis que hacerlo Hennessy y tú. Y a ella solo le queda un sueño.

Hennessy se enderezó en el asiento.

—Puedo hacerlo —afirmó.

—No hay plan B —dijo Jordan.

—Puedo hacerlo —repitió Hennessy—. O lo consigo o me quedo en el intento. De todas formas, tendría que soñar la próxima vez que me viniera la mierda negra…, el brotanoche, quiero decir.

—Podemos hacerlo —recalcó Ronan—. Estoy seguro.

No era propio de Ronan mentir.

Apartó la mirada de Declan y contempló a los demás.

—¿Qué decís vosotros?

—Yo no quiero fingir —dijo Matthew.

Declan miró a su hermano pequeño. Parecía distinto al Matthew de siempre porque, por primera vez en muchos meses, había dormido mal. Sus amables ojos estaban rodeados de ojeras, y había arrugas alrededor de su boca normalmente sonriente.

—Durante el entrenamiento, solo podía pensar en eso que dijiste de que a lo mejor no tengo órganos internos —explicó.

—Mat… —empezó a decir Declan.

—Es que todo esto no es verdad —le cortó Matthew—. No es verdad pensar que cualquiera de mis compañeros se va a largar del instituto de repente sin saber ni siquiera por qué lo ha hecho. No es verdad pensar que se van a ir andando a Great Falls. No es verdad, no es verdad para nada. Y yo quiero ser de verdad. Quiero saber por qué está pasando esto. Quiero saber si puedo pararlo. Si no, nada tiene sentido, D. Nada de nada.

—De acuerdo —murmuró Declan.

Todos los ojos estaban clavados en él.

Declan jamás había sido capaz de negarle nada a Matthew, pero en esta ocasión era algo más que eso. Era que había renunciado a todo y no había obtenido nada a cambio. Era que no podía considerarse un soñador ni un sueño, pero tampoco podía ser un humano normal, y ya no quedaba nada más. Solo un mar de color turquesa sin rastro alguno de que Declan hubiera existido. Algo tenía que cambiar.

—Vámonos tú y yo a Los Graneros —propuso—. Es un lugar oculto, ¿no? Allí podremos buscar respuestas y dejar de fingir.

—Ronan y yo nos pondremos en contacto con Bryde —dijo Hennessy —. Jordan, quiero que vayas con Declan y Matthew.

Jordan estaba sentada en la esquina; ahora que Hennessy se había incorporado, había aprovechado para apoyar la pierna en una silla contigua. Era un sueño, pero a Declan le parecía más real que él mismo. Todo estaba tan enmarañado…

—Si Jordan viene y le ocurre algo a Hennessy —dijo Declan—, me aseguraré de dejarla en un lugar seguro.

Jordan los recorrió con la mirada: primero a su soñadora, luego a Declan, luego a Ronan. Negó con la cabeza.

—No. Voy a ir para ver cómo duermes.

—Por favor, Jordan, vete con él —suplicó Hennessy—. Imagina que me ocurre algo.

Ella volvió a negar con la cabeza.

—No voy a dejar que lo hagas sola —afirmó.

—Jordan, las demás están muertas —insistió Hennessy—. Murieron creyendo que las había dejado tiradas, que ni siquiera iba a intentarlo. Lo vi en sus caras. Por favor, déjame que haga esto por ti. Por favor. Por favor, ponte a salvo.

En toda aquella situación no había ni un solo resquicio que permitiera estar a salvo, pero Declan entendió lo que Hennessy quería decir. Al decir «ponte a salvo» no se refería a la ausencia de riesgos; de hecho, ya había riesgos en su vida anterior. Se refería a una situación que ella pudiera controlar.

—Jordan —dijo—, si quieres te dejo conducir.

77

De noche, los ruidos del parque de Great Falls eran mucho más inquietantes que de día. No se oían turistas, coches ni pájaros diurnos. Lo único que se oía era el abrumador caudal de millones de litros de agua que borboteaban en su camino desde Virginia Occidental hacia el Atlántico y los murmullos con los que los árboles lo acompañaban.

Por fin hacía frío; era una verdadera noche de noviembre. Dejaron el coche en un aparcamiento que quedaba como a un kilómetro de la cascada. Pensaban hacer andando el resto del trayecto, ya que el parque cerraba desde la puesta del sol hasta su salida. Así era como necesitaban aquel lugar: desierto, sin molestias.

Hubiera sido mejor soñar más cerca de la línea ley. Pero a ninguno de los dos le parecía que tuvieran tiempo para ir hasta allí, y ya habían comprobado que las cascadas eran la mejor fuente de energía que se podía encontrar cerca.

En algún lugar del estado, los otros dos hermanos Lynch y Jordan viajaban a toda prisa en dirección a Los Graneros. Hennessy había visto cómo Ronan y Matthew se abrazaban y cómo Ronan y Declan se encaraban justo después. Ronan dio una patada al suelo como si estuviera furioso con él. Declan le dijo: «Nos vemos en Los Graneros».

Luego se habían despedido Jordan y Hennessy. Aquella podía ser la última vez que se vieran la una a la otra, aquellos dos rostros tan iguales que no se parecían en nada. Jordan, que siempre había creído en el mundo, y Hennessy, que siempre había sabido que el mundo estaba esperando su muerte. La Hennessy que nunca había visto al Encaje y la que lo había sufrido.

—No hagas nada que yo no haría —bromeó Hennessy.

—Tráeme una camiseta —respondió Jordan, también en broma.

Se abrazaron fuerte.

Hennessy no quería que Jordan se aletargara para siempre.

Y ahora Hennessy y Ronan estaban en Great Falls, tumbados en medio del Mirador Uno. El follaje negro se recortaba contra el negro del cielo,

inquietantemente similar al recuerdo del Encaje. Hennessy apoyó una oreja en la plataforma de madera. El rumor del agua sonaba imposiblemente cerca, como si estuviera a centímetros de la plataforma.

Estaba cansada —siempre lo estaba—, pero no se veía capaz de quedarse dormida sabiendo que tal vez fuera la última vez que lo hiciese.

—¿Cómo crees que será? —preguntó al cabo de unos minutos.

—¿Bryde? No lo sé.

—¿Cómo te gustaría que fuera?

—Mejor que yo —contestó Ronan.

—¿En qué?

—En todo esto. Soñar. Conservar la vida. Saber qué hacer cuando aparece el brotanoche. Saber qué hacer con Matthew. Saber qué hacer con esos asesinos de sueños. ¿Tú cómo quieres que sea?

Hennessy quería que fuera capaz de decirle cómo no morir. Que le revelase cómo salvar a Jordan para que nunca más tuviera que depender de ella, siempre tan inestable. Que le dijese cómo ayudar a Jordan a tener la vida que merecía.

—Sexi como un demonio —contestó.

Los dos se echaron a reír.

Todo sonaba amplificado en la noche, y su risa retumbó alrededor.

Un cuadradito de luz brotó de la oscuridad: Ronan había encendido el teléfono. Comprobó si había alguna respuesta al último mensaje que había enviado a GERENCIA. Hennessy vio el largo texto que Ronan había escrito hablando de Bryde y, luego, una línea sola: «*Tamquam*». El destinatario no había leído ninguno de los dos.

Ronan apagó el teléfono y se lo guardó.

Hennessy sintió pena por él: obviamente, habría deseado recibir una respuesta antes de empezar lo que iban a hacer.

—Bueno, a ver —dijo Ronan—. Tú te duermes primero, porque yo sé cómo encontrarte en el espacio de los sueños. Pero tienes que crear algo para bloquear al Encaje hasta que yo llegue. Y lo tienes que hacer de inmediato; si te sales de ese sueño antes de que yo aparezca y podamos llamar a Bryde, te mueres y se acabó todo.

Hennessy no contestó.

—Ya lo hiciste en Lindenmere. Y viste cómo lo hacía yo.

Era cierto, lo había visto. Y no solo con aquellas chispas de pura alegría, sino también con los perros solares. Lo que más increíble le había parecido a Hennessy de todo aquello no era la parte en la que habían

surgido las criaturas, era el momento en que Ronan le había dicho «Confío en ti» a aquel espacio de sueños que conocía hasta el último rincón de su mente. Era milagroso que un tipo tan salvaje y retorcido como él se atreviera a ponerse en manos de su subconsciente.

¿Sería capaz de hacer ella lo mismo?

—Yo también crearé algo en cuanto te vea —añadió Ronan.

Estaba muerta de miedo.

—¿Hennessy? —dijo Ronan en un tono distinto.

—Dime, Lynch.

—He estado solo mucho tiempo.

A una parte de Hennessy le sorprendió oírlo. Ronan tenía a sus hermanos, a su novio; tenía amigos que le llamaban en mitad de la noche para pasarle información.

Pero la otra parte, más grande, lo entendió, porque ella también había estado sola. Porque, al final, nadie más que un soñador podía concebir lo que era vivir con un infinito de posibilidades en la mente.

Al llegar allí aquella noche, Hennessy había pensado que no quería que Jordan se aletargara para siempre si ella fracasaba.

Pero ahora se deba cuenta de otra cosa: tampoco ella quería morir.

Estiró una mano y palpó las tablas hasta encontrar las pulseras de Ronan y, debajo, su mano. La agarró y él apretó fuerte.

78

Ronan había caído en el infierno.

Estaba soñando.

El Encaje estaba en todas partes; era el sueño entero.

Habría sido falso decir que lo rodeaba, porque para eso Ronan tendría que existir y no estaba seguro de ello. El sueño era el Encaje. Él era el Encaje.

Era el infierno.

Era su sistema de seguridad soñado.

Era el grito de Adam.

Era su primer bosque agonizando.

Era el cuerpo muerto de su padre.

Era la tumba de su madre.

Eran sus amigos marchándose en el viejo Camaro de Gansey para viajar un año sin él.

Era Adam sentado junto a él en el laberinto de Harvard, diciéndole que aquello no iba a funcionar.

Era un mensaje que decía «*Tamquam*» sin leer.

El Encaje.

Decía que también lo mataría a él. «Solo te tienes a ti mismo —decía—, y eso no es nada».

Pero, entonces, vio un resplandor furioso y sintió que la esperanza destellaba en su interior.

Era parte de algo mayor que él.

Recordó la promesa que le había hecho a Hennessy. Debía crear algo. Un arma. Algo. Sintió su peso en la mano. Ya no estaba solo él con el Encaje: ahora él también era su cuerpo, su mano. Y su mano sostenía la empuñadura con la que había despertado en el BMW, después de perseguir a Mór Ó Corra.

—¡Hennessy! —llamó.

No hubo respuesta.

«Mierda».

Él se había dormido y había llegado allí.

Y ella se había dormido y había ido adonde siempre iba: el interior del Encaje. Quizá estuviera ya muerta.

—¡Hennessy! —gritó—. Lindenmere, ¿estás ahí? ¿Estás con ella?

El Encaje se acercó más a él. Hambriento, terrible.

Ronan deseó tener cerca a Opal o a Sierra. Necesitaba alguno de sus psicopompos. Necesitaba a Adam reforzando la línea ley mientras él dormía. Necesitaba…

Necesitaba otra soñadora.

—¡Nosotros somos más que esto, Hennessy! —se desgañitó.

El destello de antes volvió a aparecer, tan blanco y brillante que tuvo que apartar los ojos. Se dio cuenta de que había estado todo el tiempo detrás del Encaje y de que la primera vez lo había atisbado por una de las desgarraduras. La luz trazaba círculos amplios, aproximándose cada vez más a él.

Y detrás de ella estaba Hennessy. Agarraba una tira de pura luz con ambas manos y la hacía girar frente a ella, obligando al Encaje a retroceder. No lo destruía, pero no le permitía acercarse.

Era una espada. Cada vez que cortaba el aire, de su filo brotaba un resplandor de un blanco tan puro como el de la luna y las estrellas.

—Me la ha dado Bryde —dijo Hennessy, con la cara arrebatada por el asombro.

Ronan miró la empuñadura que sostenía él: ahora se prolongaba en una bella hoja, también negra. Ronan la blandió y, al hacerlo, grabó una línea de luz solar en su trayectoria.

El Encaje retrocedió.

Tal vez no pudieran derrotar del todo al viejo sueño de Hennessy, pero entre los dos podían mantenerlo a raya.

Por fin podían recobrar el aliento. Al menos, lo bastante para decirlo los dos juntos:

—Bryde.

79

El primer sueño del que Ronan se había sentido verdaderamente orgulloso, incluso eufórico, fue una copia.

Había ocurrido cuando aún iba al instituto. A Ronan no se le daba bien sobrevivir en el instituto y tampoco se le daba bien sobrevivir como amigo de alguien. Sin que su amigo Gansey se enterara, le había robado el coche. Era un coche precioso: un Camaro de color naranja de 1973, con dos rayas que le subían por el capó y le bajaban por el maletero. Ronan llevaba meses queriendo conducirlo, pese a la prohibición de Gansey.

O quizá precisamente por aquella prohibición.

Varias horas después de robarlo, Ronan lo había estrellado. Siniestro total.

Gansey se oponía a prestárselo porque pensaba que Ronan podía raspar el embrague, abollarlo, quemar las ruedas en un frenazo o, quizá, como muchísimo, griparle el motor.

Y Ronan lo había destrozado.

En aquella época, Ronan quería a Richard C. Gansey Tercero mucho más de lo que se quería a sí mismo, y no sabía cómo iba a poder mirarle a la cara cuando regresara de su viaje.

Y entonces Joseph Kavinsky le había enseñado a soñar copias.

Antes de aquello, todos los sueños creados por Ronan —al menos aquellos de los que él era consciente, y Matthew no se contaba entre ellos— habían sido hallazgos accidentales, chismes extravagantes e inútiles. Y, así, después de reproducir con éxito un coche —un coche entero—, Ronan no cabía en sí de alegría. El coche soñado era perfecto; no le faltaba detalle. Exacto al original. Aquello era el no va más de los sueños.

Ahora, las copias soñadas no le impresionaban lo más mínimo. Ronan podía copiar cualquier cosa que se le antojase, pero eso solo lo convertía en una fotocopiadora muy original. Era una impresora en 3D con patas.

Los sueños de los que se sentía orgulloso ahora eran los originales. Sueños que no habrían podido existir de otro modo; sueños que aprovechaban las posibilidades irreales del espacio onírico con astucia,

belleza o efectividad, o con todo ello al mismo tiempo. Los perros solares, Lindenmere… Sueños que no podían ser otra cosa.

Hasta entonces, todos sus buenos sueños habían sido regalos de Lindenmere o accidentes, más que construcciones deliberadas. Ahora, después de escuchar a Bryde, empezaba a darse cuenta de que aquello se había debido a que limitaba sus pensamientos. Su conciencia había ido cobrando poco a poco la forma del mundo concreto de la vigilia, y eso hacía que sus sueños se encogiesen hasta encajar en el molde de lo probable. Bryde tenía razón: tenía que empezar a darse cuenta de que las palabras «posible» e «imposible» no significaban lo mismo para él que para otras personas. Tenía que deshabituarse a las normas, a las dudas, a las leyes de la física. Sus «¿Y si…?» se habían vuelto anodinos, domesticados.

Estás hecho de sueños y este mundo no es para ti.

No iba a permitir que el brotanoche terminase con él y con Matthew.

No iba a permitir que el mundo los matara lentamente.

Merecía tener un sitio en él.

Despertó.

Ronan se vio desde arriba. Lo iluminaba una luz extraña, brillante. Hennessy estaba tumbada enfrente de él, también inmóvil. En el pecho de cada uno había una espada. La empuñadura que rodeaban las manos de Ronan rezaba HASTA LA PESADILLA; la de Hennessy, desde el caos. Las dos hojas estaban enfundadas en sendas vainas de cuero oscuro.

Hennessy lo había conseguido.

Los dos lo habían conseguido.

Habían mantenido al Encaje a raya; Hennessy había creado algo que no era ella misma dentro del sueño y había logrado salir indemne, sin sangrar ni producir una copia de sí misma. En el tatuaje de su cuello seguía habiendo espacio para una rosa.

De pronto, se oyeron voces. Gritos.

Aquello no cuadraba.

Tampoco cuadraban los haces de luz que los iluminaban a los dos. Eran faros, tal vez linternas.

«Muévete», ordenó Ronan a su cuerpo.

Pero su cuerpo tenía un ritmo propio.

Si los asesinos de sueños habían logrado seguirlos hasta allí de algún modo y los encontraban antes de que salieran de la parálisis, daría igual lo

que hicieran aquellas espadas soñadas. Los matarían de un tiro allí mismo.

«Muévete», volvió a pensar con firmeza.

No ocurrió nada. Seguía viéndose a sí mismo desde arriba.

—¡Aquí! —gritó una de las voces desde muy cerca del mirador.

«No».

Ahora empezó a oírse un rumor de maleza, de hojas aplastadas, de pisadas sobre la gravilla. Los cazadores avanzaban hacia ellos. No había tiempo para negociar, para amenazarles, para nada que no fuese morir.

—No os acerquéis más —dijo una voz muy familiar.

Era tranquila, templada. Sonaba infinitamente menos irreal ahora, en el espacio de la vigilia, que cuando Ronan la oía en sus sueños.

Aunque la limitada visión de Ronan no le permitía distinguir a su dueño, sabía de quién se trataba.

Bryde.

—Sugiero que os detengáis ahí mismo, o me veré obligado a disparar mi arma —dijo Bryde con calma.

Estaba muy cerca. Ronan se esforzó por verle, pero quedaba justo fuera de su campo de visión. Lo único que podía hacer era seguir mirando a Hennessy y a sí mismo desde arriba.

—¡Muéstrate! —gritó una voz ronca.

—Preferiría no hacerlo —repuso Bryde con tono casi burlón—. Dejen un poco de sitio, si no les importa. Y los de las primeras filas, hagan el favor de bajar las armas; esto no es nada civilizado.

Por un instante, Ronan atisbó el cielo nocturno. Estaba volviendo a su cuerpo.

—¿Quién eres? —dijo otra voz desde el camino, algo más lejos.

—Me conocéis por el nombre de Bryde.

—¿Y qué quieres?

—Hablar, por ejemplo —repuso Bryde—, antes de que vengáis en tromba y empecéis a pegar tiros en la cabeza a la gente.

Ronan por fin había recobrado el movimiento.

—Voy a sentarme —dijo.

—¿Lo habéis oído? —preguntó Bryde—. Van a sentarse. No hagáis ninguna tontería; como dije antes, preferiría no verme obligado a cometer una masacre.

Ronan y Hennessy examinaron el camino. Había docenas de personas, unas sesenta. Algunas iban vestidas de civil, pero muchas llevaban uniforme y chaleco antibalas.

Ronan ladeó la cabeza y trató de distinguir a Bryde. Era una silueta entre los árboles, envuelta en las tinieblas. Solo se veían destellar sus ojos. El pulso de Ronan se aceleró.

—Di, ¿qué quieres? —insistió un asesino de sueños.

—¿Por qué intentáis matarnos?

—No solo lo están intentando —le corrigió Hennessy—. ¿Por qué nos estáis matando? Habéis terminado con toda mi familia. Nosotras no os habíamos hecho nada.

—Sabemos por fuentes fiables que un Zeta como vosotros va a provocar el fin del mundo —respondió una voz grave de hombre—. No es nada personal; simplemente, poseéis demasiado poder para una sola persona.

—¿Qué fuentes son esas? —replicó Ronan con sarcasmo.

—Fuentes fiables, ya lo he dicho antes.

—Entonces, lo único que queréis es matarnos —constató Hennessy.

—O que dejéis de soñar —dijo otra voz.

—Eso es un poco frívolo, ¿no creéis? —replicó Bryde con tono amable —. A estas alturas todos sabemos que los soñadores no pueden evitar soñar, de modo que lo que ofrecéis no es un trato factible. Solo es una excusa para poder dormir tranquilos; el cuento que les contáis a vuestros hijos cuando habláis con ellos por teléfono. No es algo que podáis decirle a otro adulto sin poneros colorados.

—Mis chicas solo querían sobrevivir —dijo Hennessy—. Las matasteis para nada. Para nada.

—Espera —dijo una voz suave. Pertenecía a una mujer con el pelo oscuro, vestida con un traje de lino inmaculado—. Si os entregáis, quizá podamos trabajar con vosotros. ¿Querríais colaborar?

—Carmen —dijo el hombre de voz grave—, eso no es…

—No —le cortó Hennessy—. Habéis matado a tiros a mi familia. ¿Qué tal si nos dejáis en paz y nosotros os dejamos en paz a vosotros? Es lo que haríais con cualquier otra persona de este país, ¿no?

—No sois cualquier otra persona —replicó la voz grave.

Bryde bajó la voz para que solo lo oyesen Ronan y Hennessy.

—Esto no es una negociación; hemos llegado a un punto muerto. Están a punto de acribillarnos con armas de un tamaño considerable. Ya os dije lo que ocurriría si me llamabais.

—Que tendríamos que seguir escondiéndonos —asintió Ronan.

—Huir y esconderse son dos cosas distintas.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Ronan.

—Lo que haga falta.

El teléfono de Ronan no había vibrado; no había respuesta de Adam. Iba a tener que decidir sin hablar con él.

Llevó la mano a la empuñadura de HASTA LA PESADILLA. Si la desenfundaba, no habría marcha atrás: todos los presentes sabrían lo que era capaz de hacer. Aquello no era el Mercado de las Hadas, ni los espectadores eran unos cuantos delincuentes aficionados a comprar en el mercado negro. Había sesenta testigos, la mayor parte de los cuales considerarían aquello una prueba suficiente para condenarle a muerte.

Miró a Hennessy y ella le devolvió la mirada.

Los dos desenvainaron al mismo tiempo.

HASTA LA PESADILLA destelló, cegadora. La hoja estaba hecha de la materia del cielo, y el sol relucía en cada centímetro. Cuando Ronan la blandió en un gran arco sobre su cabeza, su filo dibujó un rastro chorreante de luz solar, una explosión de resplandor que ocultó su silueta. Hennessy, a su lado, empuñaba DESDE EL CAOS; de su espada emanaba el brillo frío y níveo de la luna llena. Cuando la esgrimió, de su estela brotó una explosión de chispas, estrellas y colas de cometa que ocultó a Bryde y a ella.

Las dos espadas repelieron a los asesinos de sueños aún con más celeridad que al Encaje.

Bryde se adelantó hasta quedar iluminado por aquella luz furiosa. Era mayor que Ronan y Hennessy, pero resultaba difícil determinar su edad. Sobre su nariz aguileña destellaban unos ojos intensos y astutos. Era alto, de pelo leonado, y sus movimientos emanaban una confianza instintiva. A Ronan le pareció una persona consciente de su fuerza, alguien que no necesitaba recurrir a artificios. También le pareció un hombre de ánimo templado. En suma, le pareció un héroe.

—Ahora, soñemos —dijo Bryde.

En las manos tenía un objeto familiar: una copia de la tabla flotante que Ronan había soñado en Harvard.

La lanzó hacia delante. La tabla se deslizó cabeceando hacia Hennessy y Ronan y quedó suspendida delante de ellos.

Ronan esgrimió HASTA LA PESADILLA una vez más, provocando una nueva tormenta de luz cegadora. Luego, Bryde, Hennessy y él se subieron a la tabla y se agarraron.

Bryde, que iba el primero, inclinó la tabla sobre las aguas tumultuosas del río.

Cuando la luz se disipó, los soñadores ya no estaban allí.

AGRADECIMIENTOS

Este libro tardó mucho en venir, y durante un año yo no creí en él. Estaba demasiado enferma para las historias; jamás había supuesto que pudiera ponerme así de enferma, pero ocurrió. Descubrí que es poco recomendable albergar parásitos, porque jamás pagan un alquiler suficiente para justificar los trastornos que causan. Debido al tiempo que tardó mi enfermedad en diagnosticarse, y más aún en curarse, su historia, de escribirla, sería aún más larga que este libro; sin embargo, no creo exagerar si digo que esta novela no existiría sin el equipo médico del centro Resilient Roots Functional Medicine de Charlottesville y sin los doctores Ryan Hall y Robert Abbott. La ayuda que me prestaron en mi vacilante camino de vuelta a la salud fue incalculable.

Mis queridas amigas y críticas habituales Brenna Yovanoff y Sarah Batista-Pereira estuvieron ahí en todo momento soportando mis quejas con aguante sobrehumano, incluso en momentos en los que yo estaba medio dormida. Brenna y Sarah, lo cierto es que siempre se os ha dado bien encontrarme mientras sueño.

Agradezco enormemente a mi editor, David Levithan, y a mi agente, Laura Rennert, la paciencia que han tenido conmigo. Antes de recibir por fin una novela mía por correo, recibieron muchas cosas que no eran novelas. Muchas gracias por haberme dado tiempo para despertarme del todo.

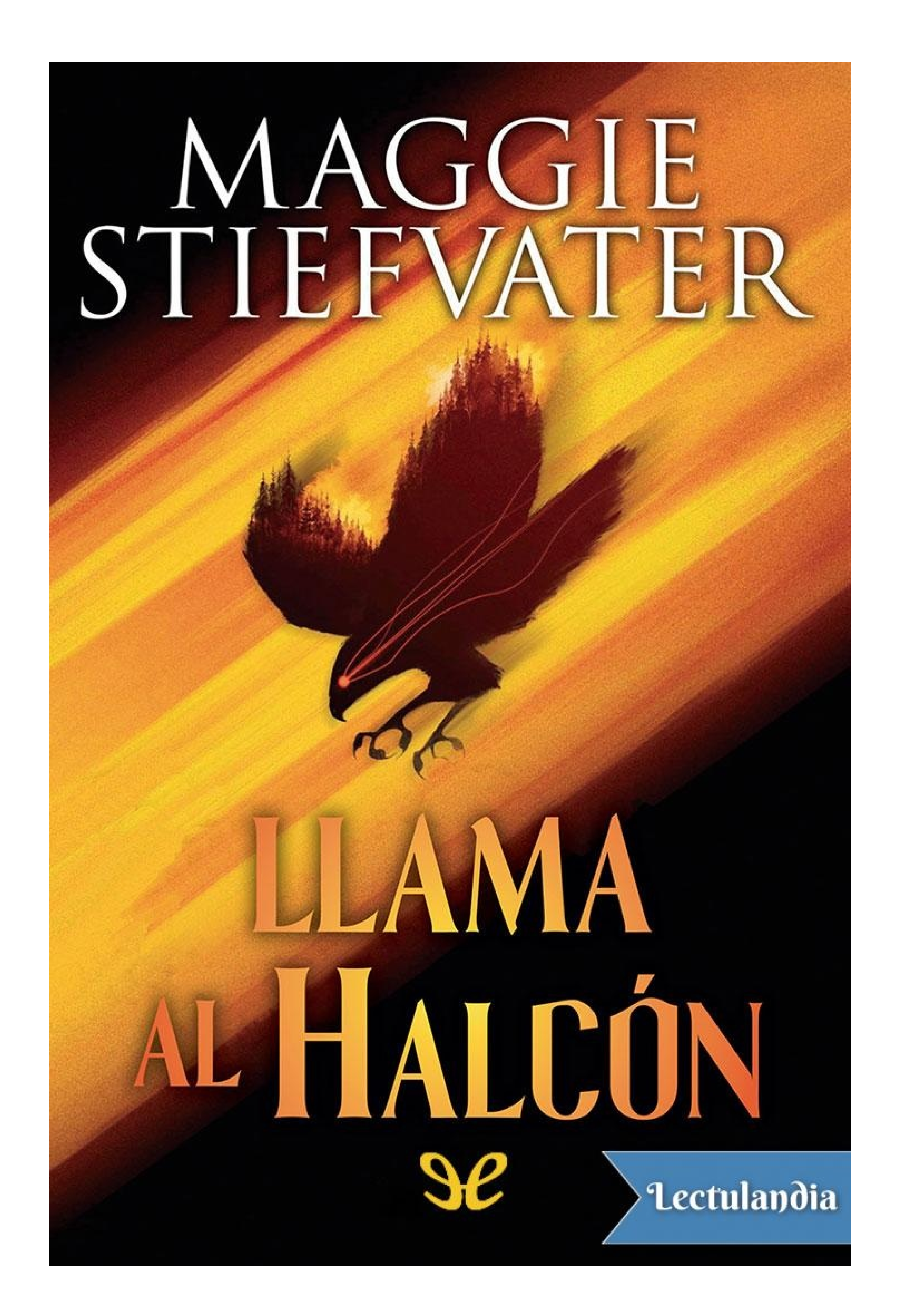
También debo dar las gracias a Bridget y a Victoria por haberse leído tantas versiones feas sin final, a Ryan el de Harvard por sus aventuras nocturnas en Thayer y a Will por haber aguantado tanto tiempo a una soñadora.

Y, como siempre, he de dar las gracias a Ed. Esta vez, la cosa ha sido larga; pero hemos salido juntos de la pesadilla, y me alegra ver que seguimos agarrándonos de las manos ahora que estamos despiertos.



MAGGIE STIEFVATER. Nació en Virginia, Estados Unidos, en 1981. Es escritora, ilustradora y además toca varios instrumentos musicales. Está casada y tiene dos hijos.

Es una autora de literatura para jóvenes adultos. Su libro más conocido a nivel internacional es *Temblor* perteneciente a la serie *Los lobos de Mercy Falls*. También tiene publicadas otras series de libros, *The Raven Cycle* y *A gathering of faerie* todavía no publicada en español.


MAGGIE
STIEFVATER
LLAMA
AL HALCÓN
Lectulandia